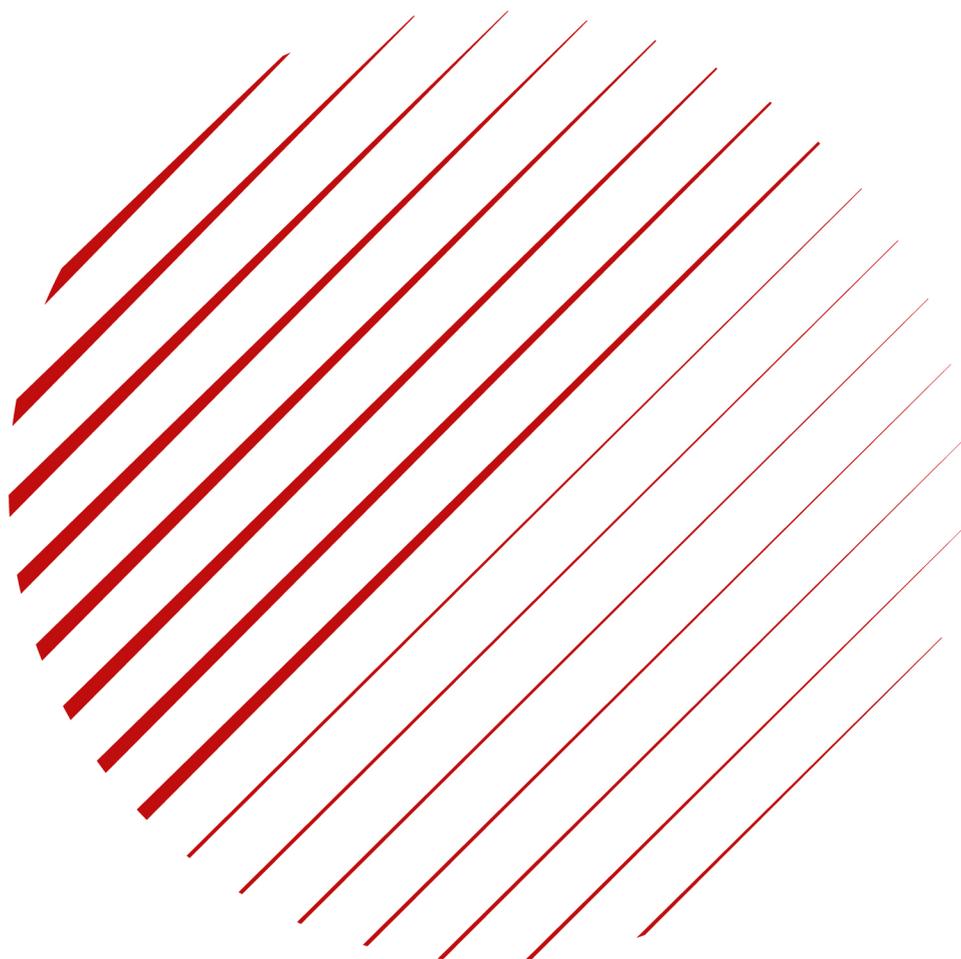


Klaus Mann

# MEFISTO



# MEEFI~~STO~~

Klaus Mann



se

Escrita en el exilio en 1936, *Mefisto*, tras su publicación en Alemania en 1956, provocó uno de los más significativos procesos literarios de la Alemania de la posguerra. Inspirada en un personaje real, el actor Gustaf Gründgens, que llegó a ser Director General de Teatro en el III Reich, *Mefisto* describe la progresiva corrupción y el oportunismo de un actor lleno de ambición que utiliza para satisfacerla la palanca del poder nazi. Pero *Mefisto* es a la vez un vasto cuadro de un período y el análisis de una insatisfacción. Sobre esta novela Istvan Szabo realizó un filme interpretado por Karl-Maria Brandauer.



Klaus Mann

# Mefisto

ePub r1.0

IbnKhalidun 23.04.14

Título original: *Mephisto*  
Klaus Mann, 1956  
Traducción: Araceli Castro Martínez

Editor digital: IbnKaldun  
ePub base r1.1





ANIVERSARIO  
EDICIÓN CONMEMORATIVA



Dedicado a la actriz Therese Giehse

Disculpo al actor todos los defectos del hombre, al hombre no le  
disculpo ninguno de los defectos del actor.

Goethe, *Wilhelm Meister*.

## Prólogo

—Según parece, en una ciudad industrial del Oeste, más de ochocientos obreros han sido condenados a penas de prisión mayor en un proceso único.

—Según mis informaciones sólo han sido quinientos, y otros cien más que ni siquiera han sido juzgados, sino asesinados en secreto por sus convicciones políticas.

—¿Son los sueldos en realidad tan horrorosamente bajos?

—De miseria, e incluso, siguen bajando mientras los precios suben.

—Según dicen, la decoración de la Ópera para esta ocasión ha costado 60.000 marcos y otros 40.000 de gastos varios, sin contar con las pérdidas que ha sufrido la hacienda pública en los cinco días que ha estado cerrado el teatro a causa de los preparativos para el baile.

—Una modesta y simpática fiesta de cumpleaños.

—¡Qué espanto, tener que presenciar semejante espectáculo!

Los dos jóvenes diplomáticos extranjeros se inclinaron con la mejor de sus sonrisas ante un oficial de alta graduación, que los miraba con desconfianza a través de su monóculo.

—Todo el generalato está presente.

Continuaron la conversación cuando el oficial ya no podía oírlos...

—Pero todos son entusiastas de la paz —añadió el otro con malicia.

—¿Por cuánto tiempo? —preguntó sonriendo alegremente el primero, a la vez que saludaba a una menuda dama de la embajada japonesa que, del brazo de un atlético oficial de marina, avanzaba con menudos y delicados pasos.

—Cabe esperar todo.

Un caballero del Ministerio de Asuntos Exteriores se unió a los jóvenes agregados de embajada, que inmediatamente cambiaron de conversación, para pasar a alabar el esplendor y la belleza de la decoración.

—Sí, al Presidente del Gobierno le divierten estas cosas —dijo algo confundido el funcionario.

—No hay nada de mal gusto —le aseguraron casi al unísono los jóvenes diplomáticos.

—Por supuesto —contestó forzado el funcionario de la Wilhelmstrasse.

—Un acto tan suntuoso no se puede presenciar sino en Berlín —concluyó uno de los dos extranjeros.

El funcionario de Asuntos Exteriores vaciló un segundo antes de decidirse a sonreír cortésmente.

Se produjo entonces un vacío en la conversación. Los tres caballeros miraban a su alrededor y escuchaban el festivo bullicio. «Colosal», dijo finalmente uno de los jóvenes en voz baja, esta vez no con sarcasmo, sino realmente impresionado, casi

asustado, ante el enorme lujo que le rodeaba. El centelleo del aire cargado de luces y aromas era tan fuerte que casi le cegaba. Impresionado, pero no sin cierta desconfianza, parpadeaba en medio del fulgor. «¿Dónde estoy?», se preguntaba el joven, originario de un país escandinavo. «El lugar en donde me encuentro es, sin duda, generosamente fastuoso, pero tiene algo de siniestro. Estos seres tan bien ataviados tienen una viveza que no inspira precisamente confianza. Se mueven como marionetas, de forma curiosamente convulsiva y torpe. En sus ojos se oculta algo, no tienen la mirada limpia, hay en ella miedo y crueldad. En mi país tiene la gente otra mirada, más amistosa, más libre. La risa es también diferente en el Norte. Aquí tiene algo sarcástico, desesperado, insolente, provocativo y al tiempo desesperanzado, ostensiblemente triste. No ríe así la persona satisfecha consigo misma. No ríen así los hombres y mujeres que llevan una vida honrada, metódica...»

El gran baile con motivo del cuarenta y tres cumpleaños del Presidente del Gobierno se extendía por todo el Palacio de la Ópera. Por los amplios salones, por los corredores y los vestíbulos se movía la engalanada masa, que también disparaba corchos de champán en los palcos, ornados con ricos tapices, y bailaba en el patio de butacas, del que habían sido retiradas las sillas. La orquesta, que tocaba en el escenario vacío, era numerosa, como si fuera a interpretar una sinfonía o una pieza de Richard Strauss. Pero no tocaba más que marchas militares en viva mezcla con música de jazz que, si estaba condenada en el Reich por su obscenidad negroide, el alto cargo no podía pasar sin ella en su fiesta conmemorativa.

Todas las personalidades que tenían algo que decir en el país estaban presentes, no faltaba nadie, excepto el propio Dictador, que se hizo disculpar, aquejado de dolor de garganta y tensión nerviosa, y algunos cargos del Partido que, por su condición plebeya, no habían sido invitados.

Habían acudido también varios príncipes imperiales y reales y la casi totalidad de la alta nobleza; allí estaba el generalato de la Wehrmacht al completo, muchos hombres influyentes del campo de las finanzas y de la industria pesada, varios representantes del cuerpo diplomático —casi todos pertenecientes a embajadas de pequeños o lejanos países—, algunos ministros, algunos actores famosos —era conocida la benévola debilidad del homenajado por el teatro— y también un escritor, de aspecto muy decorativo y que, por cierto, disfrutaba de la amistad del dictador. Se habían enviado más de dos mil invitaciones; de ellas aproximadamente un millar eran tarjetas de honor, que permitían disfrutar gratuitamente de la fiesta; los otros mil invitados habían tenido que pagar cincuenta marcos de entrada cada uno: así, una parte de los enormes gastos volvió a la caja; el resto corrió a cargo de los contribuyentes, que ni siquiera pertenecían al círculo del Presidente del Gobierno y muchísimo menos a la élite de la nueva sociedad alemana.

—¡Qué maravillosa fiesta! —dijo la voluminosa esposa de un fabricante de armas

renano a la mujer de un diplomático sudamericano—. Me estoy divirtiendo muchísimo, y me encantaría que todo el mundo, en Alemania y en el extranjero, estuviera de tan buen humor como yo.

La esposa del diplomático sudamericano, que no entendía bien el alemán y se estaba aburriendo, sonrió sin alegría. La divertida esposa del fabricante quedó decepcionada por aquella falta de entusiasmo y decidió seguir paseando.

—Perdone, querida —dijo educada, recogiendo la brillante cola de su vestido—. Deseo saludar a una vieja amiga de Colonia, la madre del Principal de nuestro Teatro Nacional, ya sabe usted, el gran Hendrik Hofgen.

Aquí abrió por primera vez la sudamericana la boca para preguntar, con defectuosa pronunciación:

—*Who is Henrik Hopfgen?*

Esto dio pie a la señora del fabricante para exclamar en voz baja:

—¿Cómo? ¿Que no conoce a nuestro Hofgen? Hofgen, querida, no Hopfgen, y Hendrik, no Henrik, él da mucha importancia a esa pequeña «d».

Mientras lo explicaba se dirigía presta hacia la distinguida matrona que caminaba llena de dignidad por la sala, del brazo del escritor y amigo del Führer.

—¡Queridísima señora Bella! ¡Hace una eternidad que no nos vemos! ¿Cómo está usted, querida? ¿Se acuerda alguna vez con nostalgia de nuestra Colonia? Pero, ¡disfruta usted aquí de una posición tan buena! ¿Y cómo está la señorita Josy, la querida niña? Y, sobre todo, ¿qué hace Hendrik, su gran hijo? ¡Dios mío, qué magnífica carrera! ¡Si es casi tan importante como un ministro! Sí, sí, querida señora Bella, nosotros, allá en Colonia, sentimos nostalgia de usted y de sus maravillosos hijos.

En realidad, la millonaria no se había preocupado nunca por Bella Hofgen cuando ésta vivía en Colonia, antes de que su hijo hiciera tan fabulosa carrera. Las dos damas se habían conocido superficialmente; jamás había recibido la señora Bella una invitación para visitar la villa del fabricante. Sin embargo, ahora la divertida, animada y potentada señora no dejaba de apretar la mano de aquella mujer, cuyo hijo pertenecía al círculo de los amigos próximos al Presidente del Gobierno.

La señora Bella sonreía benevolente. Era muy sencilla e iba vestida con una cierta honesta coquetería; sobre su vestido de seda negra, liso, lucía una orquídea blanca. El cabello, gris, peinado con sencillez, contrastaba con su rostro, bien conservado y arreglado. Sus ojos azulverdosos miraban con amabilidad reservada, pensativa, a la comunicativa señora, que debía el maravilloso collar, los largos pendientes, el tocado parisino, todo, en fin, a los animados preparativos de guerra alemanes.

—No tengo motivos de queja, nos va a todos muy bien —dijo la señora Hofgen con orgullosa modestia—. Josy se ha prometido al joven conde Donnersberg. Hendrik está un poco agobiado por el excesivo trabajo.

—Me lo imagino.

La industrial la miraba llena de respeto.

—¿Me permite presentarle a nuestro amigo Casar von Muck? —preguntó la señora Bella.

El escritor se inclinó sobre la enjoyada mano de la dama, que prosiguió inmediatamente.

—Interesantísimo. Estoy encantada, lo he reconocido en seguida por las fotografías. Vi su drama *Tannenberg* en Colonia; una representación estupenda. Faltaba, naturalmente, la calidad a que estamos acostumbrados en Berlín, pero fue una buena representación, muy digna, sin duda alguna. Y usted, Señoría, ha hecho mientras tanto un maravilloso viaje. Todo el mundo habla de su libro, también yo quiero hacerme con él.

—He visto muchas cosas bellas y muchas cosas feas —dijo el escritor—. Pero no sólo atravesé fronteras para ver y gozar, sino, en misión divulgadora. Creo haber podido captar nuevos amigos para nuestra nueva Alemania.

Sus ojos azul acero, cuya pureza penetrante y ardiente era alabada por todas las revistas del corazón, tasaban las colosales joyas de la renana. La próxima vez que tenga una conferencia o un estreno en Colonia podría vivir en su villa, pensaba mientras seguía hablando:

—Para nuestro recto sentido, resulta incomprensible la cantidad de mentiras malévolas, de conceptos equivocados que circulan sobre nuestro Reich en el resto del mundo.

Su rostro estaba configurado de tal manera, que cualquier reportero lo habría calificado de «tallado en madera»: frente rugosa, ojos acerados bajo las rubias cejas y boca con un rictus amargo, que hablaba fácilmente dialecto sajón. La fabricante de armas estaba impresionada tanto por su aspecto como por el noble contenido de sus palabras.

—¡Ah! —lo miraba arrobada—. ¡Cuando venga usted por Colonia nos tiene que visitar!

Su Señoría Casar von Muck, presidente de la Academia de las Letras y autor del drama *Tannenberg*, representado en todos los teatros, se inclinó caballerosamente.

—Estaré realmente encantado, estimada señora —y al decirlo se puso la mano sobre el corazón.

La industrial lo encontró maravilloso:

—¡Será delicioso oírlo hablar toda la velada, excelencia! —exclamó—, ¡Lo que habrá vivido! ¿No ha sido usted también principal del Teatro Nacional?

Tanto la señora Bella como el autor del drama *Tannenberg* encontraron una gran falta de tacto en esta pregunta. Él contestó secamente:

—Cierto.

La dama de Colonia no se dio cuenta. Peor aún: siguió hablando con una picardía fuera de lugar:

—¿No está usted algo celoso de nuestro Hendrik, su sucesor?

Y amenazaba con el dedo. La señora Bella no sabía hacia dónde mirar.

Casar von Muck demostró excepcional comprensión y fortaleza de ánimo. Por su rostro tallado en madera pasó una sonrisa, que al principio pareció amarga para convertirse luego en suave, bondadosa y, al fin, sabia:

—He traspasado esta difícil tarea con gusto, sí, de todo corazón, a mi amigo Hofgen, indicado como ningún otro para desempeñarla.

Su voz temblaba; él mismo quedó conmovido por su generosidad y por la belleza de sus sentimientos.

La señora Bella, la madre del Principal, parecía impresionada; pero la esposa del rey de los cañones se sintió tan conmovida por la postura noble, majestuosa, del famoso dramaturgo, que a punto estuvo de llorar. Valerosa, se superó a sí misma, contuvo las lágrimas, se enjugó ligeramente los ojos con el pañuelito de seda y rechazó el éxtasis fervoroso con un movimiento visible. Ganó la vivacidad típica del Rin; su mirada recuperó el brillo, y comentó:

—¿No es una fiesta maravillosa?

No había duda: era una fiesta maravillosa. ¡Qué brillo! ¡Qué perfume! ¡Qué rumor! No se podía decir qué era más fulgurante, si las joyas o las medallas militares. La generosa luz de la araña se reflejaba sobre los hombros desnudos y blancos y sobre los maquillados rostros femeninos; sobre los cuellos, sobre las pecheras almidonadas o sobre los engalanados uniformes de los más elegantes caballeros; sobre las sudorosas caras de los lacayos que iban y venían con refrescos. Expandían su aroma las flores, repartidas en bellos centros por toda la casa; expandían su aroma los perfumes parisinos de todas las alemanas; exhalaban su aroma los puros de los industriales y las pomadas de los jovencitos, vestidos con los sobrios uniformes de las SS; expandían su aroma los príncipes y las princesas, los jefes de la policía secreta, los directores de las revistas del corazón, las divas del cine, los profesores de universidad, que tenían una cátedra de etnología o de ciencias bélicas, y los pocos banqueros judíos, cuya riqueza y relaciones internacionales eran de tal altura, que incluso se les invitaba a participar en tan exclusivas fiestas. Se extendían nubes de aromas artificiales, como queriendo ocultar otro aroma: el olor dulce de la sangre, que tanto gustaba y que llenaba el país, pero del que se avergonzaban en una fiesta tan fina y en presencia de diplomáticos extranjeros.

—Es fantástico —decía un alto cargo del ejército a otro—, ¡Hay que ver lo que se permite el Gordo!

—Mientras se lo permitamos —contestó el segundo. Y ambos adoptaron expresiones sonrientes, pues los estaban fotografiando.

—Dicen que Lotte lleva un traje de tres mil marcos —contaba una actriz de cine al príncipe de Hohenzollern mientras bailaban. Lotte era la esposa de aquel poderoso con tantos títulos que celebraba su cuarenta y tres cumpleaños como un príncipe de cuento de hadas. Lotte había sido actriz en provincias y era considerada una buena mujer, sencilla, una típica alemana.

El príncipe de Hohenzollern apuntó:

—Un despliegue así no lo ha llevado a efecto mi familia jamás. ¿Cuándo pensará hacer su entrada la eminente pareja? ¿Acaso quieren que nuestra espera llegue al paroxismo?

—Lotte sabe hacer las cosas —opinaba objetivamente la en tiempos colega de la primera dama.

Una magnífica fiesta: todos los presentes parecían disfrutar en ella, lo mismo los invitados que aquellos que habían tenido que pagar cincuenta marcos para poder estar en ella. Se bailaba, se charlaba, se flirteaba; cada uno se admiraba a sí mismo, admiraba a los demás y, sobre todo, admiraba el poder que se podía permitir tan lujosos actos. En los salones y pasillos, ante los tentadores *buffet*, las conversaciones eran animadas. Se discutía acerca de los tocados de las damas, del capital de los caballeros y de los premios de la tómbola benéfica: el premio más valioso era una cruz gamada guarnecida de brillantes, un detalle coqueto y caro para usar como broche o como colgante en un collar. Los enterados pretendían saber que habría también divertidísimos premios de consolación, como tanques y metralletas de mazapán de Lübeck. Algunas damas afirmaban caprichosas que preferían un instrumento mortífero de tan dulce material a la costosa cruz gamada. Se reían mucho y con ganas. En voz más baja se discutía sobre el trasfondo político de un acto así. Chocó la ausencia del Dictador, y también el que algunas figuras prominentes del Partido no hubieran sido invitadas, y que, por el contrario, estuvieran representados tantos miembros de familias principescas. Esta circunstancia se relacionaba con toda clase de oscuros y significativos rumores, que pasaban, en susurros, de boca en boca. También se rumoreaban noticias preocupantes sobre la salud del Dictador; se comentaban en voz baja y apasionadamente tanto en los círculos de periodistas y diplomáticos extranjeros como entre los hombres de armas o de la industria pesada.

—Parece que es cáncer —informaba un periodista inglés con el pañuelo delante de la boca, a un colega francés. Pero no fue muy oportuno. Pierre Larue, que tenía el aspecto de un enano frágil pero pérfido, era un entusiasta del heroísmo y de los hermosos muchachos uniformados de la nueva Alemania. Por cierto, no era periodista, sino un hombre rico que escribía libros escandalosos sobre la vida social, política y literaria de las capitales europeas, cuya vocación era coleccionar famosos. Este pequeño gnomo, grotesco y de mala reputación, con carilla puntiaguda y voz quejumbrosa de anciana enfermiza, despreciaba la democracia de su propio país y

explicaba al que quisiera oírlo que él consideraba a Clemenceau un canalla sinvergüenza y un idiota; en cambio, a aquel alto oficial de la Gestapo lo tenía por un semidiós, y a la cumbre del nuevo régimen alemán, por un conjunto de dioses inmaculados.

—¡Qué absurdos difunde usted, señor mío! —El hombrecillo lo miró terriblemente enfadado; su voz crujió seca como hojarasca caída—. La salud del Führer no deja nada que desear. Sólo está ligeramente acatarrado.

De aquel pequeño monstruo se podía esperar hasta que presentara una denuncia. El corresponsal inglés se puso nervioso e intentó justificarse: —Un colega italiano me lo ha dado a entender en confianza... Pero el enjuto amante de los ceñidos uniformes le cortó secamente la palabra: —¡Basta, señor mío! No quiero oír nada más. ¡Esto es un cotilleo irresponsable! Disculpe —añadió, más suave—. Tengo que saludar al ex rey de Bulgaria. Está con él la princesa de Hessen. Conocí a Su Alteza en la corte de su padre, en Roma. Marchó de allí con las blancas y puntiagudas manos cruzadas sobre el pecho, en la postura y con la expresión de un cura intrigante. El inglés murmuró a sus espaldas: —¡Condenado snob!

Un movimiento atravesó la sala, y se oyó un murmullo: Había entrado el Ministro de Propaganda. No se esperaba su presencia aquella noche. Todos conocían su tirante relación con el gordo festejado, quien, a su vez, todavía no había aparecido para hacer de su llegada el gran colofón.

El Ministro de Propaganda —señor de la vida espiritual de millones de hombres — cojeaba ágilmente a través de la brillante masa que se inclinaba ante él. Un viento gélido parecía acompañar su paso. Era como si una divinidad maligna, peligrosa, solitaria y cruel hubiera descendido al ordinario barullo de unos mortales viciosos de placer, cobardes y dignos de compasión. Los invitados quedaron durante algunos segundos paralizados por el sobresalto. Los que bailaban permanecieron quietos, en la misma postura, y su mirada cayó humillada y llena de odio sobre el temido enano. Éste intentaba paliar con una sonrisa encantadora el efecto que había causado; distendía hasta las orejas sus labios finos; se esforzaba en encantar, en reconciliar, en que sus ojos, hundidos e inteligentes, miraran amistosamente. Arrastrando con gracia su pie contrahecho, avanzó ligero por la sala, mostrando a aquellos dos mil esclavos, simpatizantes, estafadores, estafados y bufones su perfil signficante, falso, de ave de rapiña. Pasaba rápidamente por delante de los grupos de millonarios, embajadores, comandantes de regimiento, artistas de cine, sonriendo con malicia. Fue ante el Principal Hendrik Hofgen, consejero de Estado y senador, donde se detuvo.

¡Una sensación más! El Principal Hofgen figuraba claramente entre los favoritos del Presidente y General de aviación, que había conseguido el nombramiento de aquél frente a la opinión del Ministro de Propaganda. Éste se vio obligado, tras larga y difícil controversia, a sacrificar a su propio protegido, el escritor Casar von Muck, y

a enviarlo de viaje. Ahora alababa sin disimulos la criatura de su enemigo. Lo saludó y habló con él. ¿Quería demostrar el inteligente maestro de la propaganda, ante aquella reunión de la élite internacional, que en la cumbre del gobierno alemán no había fricción ni desacuerdo? ¿Que los celos entre él y el general de aviación pertenecían a la esfera de los cuentos macabros? ¿O es que Hendrik Hofgen —la figura más debatida de la capital— era tan sumamente listo que sus relaciones con el Ministro de Propaganda habían llegado a ser tan íntimas como las que mantenía con el General del Aire? ¿Se dejaba proteger por ambos y los enfrentaba ante sí? Algo así se podría esperar de su ya legendaria habilidad...

¡Aquello era terriblemente interesante! Pierre Larue dejó plantado al ex rey de Bulgaria y atravesó la sala —su propia curiosidad lo movía como una hoja flota en el viento—, para ver de cerca tan sensacional encuentro. Los ojos acerados de Casar von Muck parpadearon incrédulos y la millonada de Colonia suspiraba de pura animación, mientras la señora Bella Hofgen, la madre del gran hombre, sonreía a los que se encontraban a su alrededor, como queriendo decir: «Mi Hendrik es grande, y yo soy su distinguida madre. A pesar de ello, no hace falta que os hincéis de rodillas. Él y yo estamos hechos también de carne y hueso, aunque sobresalgamos entre las demás personas.»

—¿Cómo está, mi querido Hofgen? —preguntó el Ministro de Propaganda, mientras sonreía con amabilidad.

También el Principal sonreía, pero no abiertamente, sino con una distinción que parecía casi dolorosa. —Bien, gracias, señor ministro—. Hablaba bajo, con tono ligeramente musical y muy acentuado. El ministro no había soltado aún su mano. —¿Puedo preguntarle por la salud de su esposa? —inquirió el Principal. Su interlocutor se puso serio: —Esta noche no se encuentra bien —y soltó la mano del consejero de Estado y senador, quien dijo compungido—: ¡Cuánto lo lamento! El sabía —todos en la sala lo sabían— que la esposa del Ministro de Propaganda estaba interiormente destrozada por los celos que sentía de la esposa del Presidente del Gobierno. Puesto que el Dictador permanecía soltero, había sido ella, como esposa del Ministro de Propaganda, la primera dama del país, y había realizado su función con gracia y dignidad. Ni su peor enemigo se lo podía discutir. Pero apareció una tal Lotte Lindenthal, una actriz de mediana categoría —ni siquiera era ya joven— y se casó con el gordo amante del lujo. La esposa del Ministro de Propaganda sufrió lo indecible. ¡Se le disputaba el rango de primera dama! ¡Otra se le antepone! ¡Se rendía culto a la cómica como si la propia reina Luise hubiera resucitado! Cada vez que había un acto en honor de Lotte, la mujer del Ministro de Propaganda se disgustaba a tal punto, que le daban jaquecas. También aquella noche se había quedado en cama.

—Seguro que su esposa se habría divertido mucho. —Hofgen tenía aún un gesto

festivo. En sus palabras no había rastro de ironía— Es una lástima que el Führer no haya podido venir. Tampoco han podido hacerlo los embajadores de Francia e Inglaterra.

Con estas observaciones hechas en tono suave traicionó a su amigo y mecenas — a quien debía todo su esplendor— ante el celoso Ministro de Propaganda: a éste había que mantenerlo en reserva para lo que fuera.

El ágil contrahecho preguntó en confianza y no sin desdén:

—¿Y qué tal ambiente hay?

El Principal del Teatro Nacional contestó con reserva:

—Parece que los invitados se divierten.

Los dos dignatarios conversaban en voz baja; a su alrededor se apiñaban los curiosos y varios fotógrafos. La fabricante de cañones susurraba a Pierre Larue, que se frotaba encantado las pálidas, pequeñas y huesudas manos:

—Nuestro Principal y el Ministro forman una pareja impresionante, ¿no es cierto? ¡Son ambos tan atractivos!

Y acercaba su generoso cuerpo enjoyado al frágil cuerpecito del pequeñajo. El débil admirador galo del heroísmo germano, de los jovencitos vigorosos, del pensamiento del Führer y de los nombres con blasón, temía la proximidad de tanta carne femenina. Intentó retirarse un poco mientras exclamaba:

—¡Exquisito! ¡Encantador! ¡Inigualable!

La renana añadió:

—Nuestro Hofgen es todo un hombre, ¡se lo digo yo! ¡Un genio: ni en París ni en Hollywood se puede encontrar algo así! ¡Y tan alemán, tan recto, sencillo y cordial! Yo lo conocí cuando era así de pequeño. Y señalaba con la mano la estatura de Hendrik cuando ella, la millonaria, había relegado la madre de él a un segundo plano en un acto benéfico, allá en Colonia. —¡Un chico maravilloso! Y acabó con una mirada tan voluptuosa, que Larue huyó de ella, preso de verdadero pánico.

Se hubiera dicho que Hendrik Hofgen era un hombre de unos cincuenta años, cuando en realidad no tenía más que treinta y nueve, prodigiosa juventud para un cargo tan importante como el suyo. Su faz pálida tras las gafas de concha mostraba la calma pétrea en que se pueden refugiar los hombres muy nerviosos y altivos cuando se sienten observados por mucha gente. Su cráneo calvo tenía una noble forma. En el rostro poroso, grisáceo, se marcaba un rasgo de cansancio, sensible y sufrido que iba de las rubias cejas a las hundidas sienas; la forma acusada de la fuerte mandíbula se alzaba orgullosa de manera que la elegante, bella línea entre la oreja y la barbilla resaltaba audaz y señorial. Sus anchos y pálidos labios dibujaban una sonrisa gélida, ambigua y al tiempo burlona, que buscaba compasión. Tras los grandes cristales reflejantes de las gafas se escondían sus ojos, que sólo a veces podía uno ver y que causaban efecto: entonces se comprobaba, no sin miedo, que eran fríos en su

suavidad, crueles en su melancolía. Estos ojos grisverdosos, centelleantes, recordaban esas piedras preciosas que son costosas pero atraen la desgracia: al mismo tiempo recordaban los ojos ávidos de un peligroso pez. Todas las damas y casi todos los caballeros opinaban que Hendrik Hofgen era un hombre no sólo importante y muy inteligente, sino también visiblemente atractivo. Su postura contenida, casi rígida por su consciente y calculada elegancia, y su costoso frac, ocultaban su gordura, sobre todo de caderas y parte posterior.

—Por cierto, he de felicitarle por su Hamlet —dijo el Ministro de Propaganda—. Una gran creación. La escena alemana puede sentirse orgullosa de usted.

Hofgen inclinó ligeramente la cabeza y bajó la barbilla: sobre el cuello alto y brillante de su camisa aparecieron numerosas arrugas. —El que fracasa con Hamlet no merece llamarse actor. Su voz sonaba cargada de modestia. El ministro añadió: —Ha llevado usted la tragedia a su plenitud. Y en este momento se notó una gran agitación en la sala.

El general aviador y su esposa, la que fuera actriz, Lotte Lindenthal, habían entrado por la puerta central: fueron recibidos con estrepitosos aplausos y vibrantes aclamaciones. La notable pareja atravesó por entre las filas de los jubilosos invitados. Ni un emperador habría hecho una entrada más bella. El entusiasmo parecía tremendo: cada uno de los dos mil invitados expresaba con aplausos y aclamaciones al Presidente del Gobierno su ardorosa participación en su cuarenta y tres cumpleaños y su adhesión al Estado Nacional. Se gritaba «¡Viva!», «Heil!» y «¡Felicidades!». Se arrojaban flores, que la señora Lotte recogía con una gracia llena de dignidad. Sonó entonces el toque de atención. El rostro del Ministro de Propaganda apareció desencajado por el odio, pero nadie se dio cuenta, excepto quizá Hendrik Hofgen, que no se movía; esperaba a su bienhechor con postura contenida, elegantemente rígida.

De buen grado se habrían cruzado apuestas sobre el uniforme de fantasía que luciría el Gordo en la fiesta. Su ascética coquetería le llevó a desconcertar a los asistentes con una indumentaria sumamente discreta. La guerrera que vestía parecía casi una sencilla chaqueta de estar por casa, de color verde botella. Sobre su pecho sólo resplandecía una pequeña medalla plateada. Sus piernas —escondidas de ordinario bajo el largo abrigo— parecían enormes enfundadas en los pantalones grises: eran como dos columnas sobre las que se movía lentamente. La estatura y el volumen colosales de su monstruosa figura despertaban miedo y respeto a su alrededor, fundamentalmente porque no se podía hallar en él nada de cómico: al más temerario le abandonaban los deseos de reír solo con sopesar la cantidad de sangre derramada por un solo gesto del gigante de grasa y carne, y qué inconmensurable cantidad de sangre correría aún en su honor. Sobre el corto cuello abotagado reposaba su masiva cabeza como regada por el rojo jugo: la cabeza de un César a la que se le hubiera quitado la piel. Nada quedaba de humano en aquel rostro: era un tarugo de

carne cruda, deforme.

El Presidente del Gobierno empujaba su estómago, cuya enorme curvatura llegaba hasta el pecho, majestuoso a través de la brillante reunión. Sonreía ligeramente.

Su esposa Lotte iba regalando sonrisas. Una reina Luise palmo a palmo. También su vestuario, que había sido tema de conversación femenina, era sencillo en su pompa: de un centelleante tejido plateado, caía liso para acabar en una larga cola propia de un manto real; sin embargo, los brillantes de la diadema que sujetaban su cabello trigueño, las perlas y esmeraldas sobre su pecho, superaban en peso y brillo todo lo que se podía admirar en la exuberante reunión. El enorme aderezo de la antigua actriz de provincias costaba millones: se lo tenía que agradecer a la galantería de un esposo que criticaba públicamente el boato y la corrupción de algunos súbditos bien situados y favorecidos. La señora Lotte sabía aceptar atenciones de tanto peso con una alegría sin exigencias que le había procurado fama de mujer ingenua, maternal, digna. Se la consideraba desprendida, pura. Se había convertido en figura ideal para las mujeres alemanas. Tenía grandes ojos de vaca, redondos, algo saltones, de un azul húmedo, un hermoso cabello rubio y los senos blancos como la nieve. También ella se iba poniendo demasiado rellenita: se comía mucho, y bien, en el palacio presidencial. Decían de ella con admiración que había intercedido ante su marido por algunos judíos de la alta sociedad, unos judíos que, pese a ello, fueron enviados al campo de concentración. La llamaban el ángel bueno del Presidente del Gobierno, pero éste no se había hecho más clemente por el hecho de que ella lo aconsejaba. Uno de los principales papeles que había interpretado había sido el de Lady Milford en la obra de Schiller *Intriga y amor*, aquella favorita de un poderoso que no fue capaz de soportar el brillo de sus joyas ni la presencia de su príncipe desde que supo con qué se pagaban las piedras preciosas. La última vez que pisó un escenario interpretó Minna von Barnhelm, de Lessing; así, antes de mudarse al palacio del general de aviación, declamó los versos de aquel poeta al que, de haber estado vivo, habrían perseguido y condenado su marido y los cómplices de éste. En su presencia se hablaba de escalofriantes secretos de Estado: ella sonreía maternalmente. Por la mañana, si miraba por encima del hombro de su marido, veía ante él, sobre el escritorio renacentista, las condenas a muerte; por la noche mostraba la blancura de sus senos y el artístico peinado de sus cabellos trigueños en los estrenos de ópera o en las mesas engalanadas de los privilegiados, a los que honraban con su trato. Lotte era incommovible, intocable, porque era inconsciente y sentimental. Se creía rodeada del «amor de su pueblo» porque dos mil ambiciosos, sobornables y snobs, la jaleaban. Paseaba a través del fulgor y regalaba sonrisas — otra cosa no regalaba nunca—. Creía seriamente que Dios deseaba su bien, porque le había permitido obtener tanto lujo. La falta de fantasía e inteligencia la protegía de la

tentación de pensar en el futuro que, seguramente tendría bien poco parecido con el presente. Mientras caminaba, con la cabeza alta, bañada por la luz y rodeada de la admiración general, no albergaba en su corazón la menor duda de que el encantamiento sería perdurable. Nunca —pensaba, confiada—, nunca se desprendería de ella este boato; jamás serían vengados los mártires, jamás la envolverían las tinieblas.

Sonaba aún el toque de atención, tan fuerte como largo; aún continuaban los gritos de júbilo, Lotte y su Gordo habían llegado al lugar donde se encontraban el Ministro de Propaganda y Hofgen. Los tres caballeros levantaron los brazos sin especial energía, insinuando apenas la ceremonia del saludo. Hendrik se inclinó después, con una sonrisa seria y efusiva, sobre la mano de la gran dama, a la que tantas veces había abrazado en el escenario. Allí estaban, en pie, centro de la ardiente curiosidad de una sociedad elegida, cuatro poderosos de este país, cuatro seres con autoridad, cuatro comediantes; el jefe de publicidad, el especialista en condenas a muerte y bombarderos, la esposa cursi y el lívido intrigante. El público observaba cómo el Gordo daba palmaditas en el hombro del Principal y se informaba con una risa que semejaba un gruñido:

—¿Qué tal, Mefisto?

Desde el punto de vista estético, la situación era ventajosa para Hofgen: al lado del ampuloso matrimonio aparecía delgado, y junto al ágil pero contrahecho enano, el de la publicidad, parecía muy alto y presentable. También su rostro, no importaba que macilento y fatal, contrastaba agradablemente con los tres que lo rodeaban: las sensibles sienes y el fuerte mentón le hacían parecer un hombre que ha vivido y sufrido; el rostro carnosos de su protector era un mascarón tumefacto; el de la sentimental, una careta estúpida, y el del propagandista, una caricatura desfigurada.

La sentimental decía con expresiva mirada al principal, por el que sentía en secreto —un secreto muy relativo— una pronunciada inclinación: —No le he dicho aún, Hendrik, qué maravilloso me ha parecido su Hamlet. Él apretaba su mano en silencio, se acercó un paso e intentó igualar la expresiva mirada, que en ella era tan espontánea. El intento fracasó: sus ojos de pez no eran capaces de emanar tanto calor. Por eso puso cara seria, casi enfadada, oficial, y murmuró: —He de pronunciar un par de palabras. Y alzó la voz.

Tenía un tono metálico, bien estudiado y brillante, y se le oyó hasta en el último rincón de la gran sala cuando habló:

—¡Señor Presidente del Gobierno, Altezas, Excelencias, señoras y señores! Nos sentimos orgullosos —sí, orgullosos y contentos— de poder compartir esta celebración con usted, señor presidente, y con su maravillosa esposa...

Desde estas primeras palabras enmudeció la viva conversación en aquella reunión de dos mil personas. En absoluto silencio, con devota quietud, se escuchaba el largo y

patético discurso de felicitación que el Principal, consejero y senador pronunciaba para su presidente del Gobierno. Todas las miradas se dirigían a Hendrik Hofgen. Todos le admiraban. Él pertenecía al poder, era parte de su destello mientras el destello durara. Era el más fino y diplomático de sus representantes. En el cuarenta y tres cumpleaños de su señor, su voz alcanzaba los más sorprendentes tonos de júbilo. Mantuvo el mentón erguido, sus ojos resplandecían. Sus gestos, parcos y resueltos, tenían el más bello movimiento. Evitaba con cuidado decir una palabra auténtica. El César escalpado, el jefe de publicidad y la mujer de ojos de vaca parecían vigilar que de sus labios no fluyeran más que mentiras, sólo mentiras: así lo exigía un pacto secreto, que estaba vigente en aquel salón como en todo el país.

Mientras se acercaba con ritmo brillante y acelerado al final de su discurso, una damita atractiva, de aspecto infantil —la esposa de un conocido realizador de cine—, que ocupaba un modesto lugar al fondo de la sala, susurraba a su vecina: —Cuando termine, quiero ir a saludarle. ¿No es fantástico? Lo conozco hace tiempo, sí, trabajamos juntos en Hamburgo. ¡Qué tiempos más divertidos! ¡Y qué carrera ha hecho este hombre!

## Capítulo primero

H. K.

En los últimos años de la primera Guerra Mundial y en los primeros que siguieron a la Revolución de Noviembre, el teatro literario alemán conoció un momento de esplendor. También al director Oskar H. Kroge le fueron bien las cosas, a pesar de la difícil coyuntura económica. Dirigía un Teatro de Cámara en Frankfurt del Main, un sótano angosto, pero con mucho ambiente, donde se reunían todos los intelectuales de la ciudad y, sobre todo, una juventud inquieta, sacudida por los sucesos, amante de la discusión y entusiasta, particularmente cuando se trataba de una reposición de Wedekind o Strindberg o un estreno de Georg Kaiser, Sternheim, Fritz von Unruh, Hasenclever o Toller. Oskar H. Kroge, que escribía también ensayos y odas, concebía el teatro como una aula moral: desde el escenario había que educar a la juventud en unos ideales para los cuales se creía que había llegado ya la hora: los ideales de la libertad, de la justicia, de la paz. Oskar H. Kroge era patético, confiado e ingenuo. Cada domingo por la mañana, antes de la representación de una obra de Tolstoi o de Rabindranath Tagore, hablaba a sus fieles. La palabra «Humanidad» se repetía una y otra vez; a los jóvenes, que se apretujaban en los pasillos, les decía con voz emotiva: «Tened el valor de ser vosotros mismos, hermanos», y cosechaba ardorosos aplausos al concluir con las palabras de Schiller: «Recibid un abrazo, millones.»

Oskar H. Kroge era querido y respetado en Frankfurt del Main y en todos los lugares del país donde se seguían los atrevidos experimentos del teatro intelectual. Su cara expresiva, de frente ancha, arrugada, el cabello ralo y gris y los ojos bondadosos, prudentes tras las gafas de estrecha montura dorada, se veía frecuentemente en las pequeñas revistas de vanguardia, a veces incluso en las revistas importantes. Oskar H. Kroge era uno de los más activos precursores del expresionismo dramático.

Sin lugar a dudas, fue una equivocación —de la que muy pronto se dio cuenta— dejar su pequeño teatro de Frankfurt, con su estupendo ambiente, pero en 1923 le ofrecieron la dirección del Teatro de los Artistas, en Hamburgo, que era mayor, y por esto último aceptó. Al público de Hamburgo no se llegaba con el apasionado y exigente experimento con tanta facilidad como a aquel círculo que, con rutina y entusiasmo al mismo tiempo, había sido fiel a las obras de cámara en Frankfurt. En Hamburgo tenía que escenificar una y otra vez *El rapto de las sabinas* y *Pensión Scholler*, junto a las obras que a él le parecían importantes. Y esto le hacía sufrir. Todos los viernes, cuando se elaboraba el plan para la semana siguiente, libraba una pequeña batalla con el señor Schmitz, el gerente de la casa. Schmitz quería incluir

farsas y comedietas porque eran obras que hacían taquilla; Kroge se empeñaba en poner el repertorio literario. Casi siempre cedía Schmitz, que en verdad sentía una cordial amistad y admiración por Kroge. El Teatro de los Artistas continuaba siendo literario, con el consiguiente perjuicio para los ingresos.

Kroge se quejaba en particular de la indiferencia de la juventud hamburguesa, y del materialismo de una sociedad que se había apartado de todo lo que tuviera altura, en general.

—¡Cuán rápida ha sido la evolución! En 1919 se acudía a ver a Wedekind y a Strindberg, y hoy no se desea más que ver operetas —decía con amargura.

Oskar H. Kroge era exigente y no poseía un espíritu profético. ¿Se hubiera quejado del año 1926 si hubiera podido imaginarse lo que iba a ser 1936?

—Nada bueno atrae ya —protestaba—. Hasta con *Los tejedores* estaba la sala vacía.

—A pesar de todo, mantenemos el equilibrio.

El gerente Schmitz intentaba consolar a su amigo: le dolían las arrugas de consternación en su rostro, aunque a él tampoco le faltaran motivos para disgustarse, y en su cara rosada hubiera también arrugas.

—¡Pero cómo! —Kroge no se dejaba consolar—. ¿Cómo nos vamos a equilibrar? Tenemos que invitar a conocidos artistas de Berlín, igual que hoy, para que los hamburgueses vengan al teatro.

Hedda von Herzfeld, antigua colaboradora y amiga de Kroge, que ya había estado con él en Frankfurt como actriz y consejera literaria, observó:

—¡Otra vez lo ves todo negro, Oskar H.! No es una vergüenza invitar a Dora Martin. Es maravillosa, y además nuestros hamburgueses vienen también a ver a Hofgen.

Al nombrar a Hofgen, la señora von Herzfeld sonrió inteligente y cariñosa. Su rostro empolvado, de nariz carnosa, y sus dorados ojos se encendieron súbitamente.

—A Hofgen se le paga demasiado —dijo Kroge, gruñón.

—A la Martin también —añadió Schmitz—, Sin menoscabo de su atractivo y reconociendo que arrastra al público, mil marcos por velada me parecen mucho.

—Son las exigencias de las estrellas berlinesas —dijo Hedda, burlona.

Nunca había trabajado en Berlín y afirmaba menospreciar el movimiento teatral de la capital.

—Mil marcos al mes para Hofgen es también exagerado —afirmó Kroge, irritado de pronto—, ¿Desde cuándo cobra mil marcos? Antes cobraba ochocientos, lo que ya me parecía suficiente.

—¿Qué otra cosa podía hacer sino aumentarle? —se disculpó Schmitz—. Entró en mi oficina como un rayo y se me sentó en las rodillas. —La señora Herzfeld observó divertida que Schmitz enrojecía mientras contaba el suceso—. Me hacía

cosquillas en la barbilla y decía: «¡Tienen que ser mil marcos! ¡Mil, directorcito! ¡Es una suma tan redonda y bonita!» ¿Qué remedio me quedaba? ¡Dígame!

Era costumbre de Hofgen entrar como un nervioso viento de tormenta en el despacho de Schmitz cuando necesitaba un adelanto o un aumento de sueldo. En estas ocasiones hacía el papel de jovencito maniático y caprichoso, porque sabía que el bobalicón de Schmitz estaba perdido si le alborotaba el cabello o le oprimía insolentemente el estómago con el índice. Como esta vez se trataba de un sueldo de mil marcos, hasta se le había sentado en las rodillas. Schmitz lo confesó enrojeciéndose.

—¡Eso son tonterías! —Kroge movía con disgusto la cabeza—, Hofgen es un necio integral. Todo en él es falso, desde sus aficiones literarias hasta su pretendido comunismo. No es un artista, sino un comediante.

—¿Qué tienes contra nuestro Hendrik? —la señora von Herzfeld se esforzaba por hablar con ironía; en realidad no la sentía al referirse a Hofgen, a cuyos estudiados encantos no era del todo insensible—. Es lo mejor que tenemos, y podemos estar contentos de que no se nos vaya a Berlín.

—Pues yo no estoy especialmente orgulloso de él —admitió Kroge—. No es más que un actor de provincias, con cierta experiencia. Eso lo sabe, en el fondo, hasta él.

—Por cierto, ¿dónde anda metido? —preguntó Schmitz.

—Está en su camerino, escondido detrás de un biombo. Me lo ha contado el pequeño Bock. Siempre que vienen invitados de Berlín se pone sumamente nervioso y celoso. Dice que no va a llegar tan lejos como ellos, y se esconde, histérico perdido, detrás del biombo. La Martin le saca especialmente de sus casillas, es una especie de odio-amor lo que siente por ella. Dicen que esta tarde ha tenido un ataque producido por el alcohol —dijo, sonriente, la Herzfeld.

—¡Ahí veis su complejo de inferioridad! —apuntó triunfante Kroge—. Más aún: en cierto modo se valora exactamente a sí mismo.

Los tres estaban sentados en la cantina del teatro, a la que llamaban H. K, por las iniciales del Hamburger Künstlertheater (Teatro de los Artistas de Hamburgo). Detrás de las mesas, cuyos manteles estaban llenos de manchas, colgaba de la pared una galería de retratos polvorientos: los de todos aquellos que, en el paso de los decenios, se habían promocionado desde allí. La señora von Herzfeld sonreía a veces a las ingenuas damas jóvenes, al cómico, al actor de carácter, a los juveniles amantes, a los intrigantes y a las damas de sociedad, que pasaban inadvertidos a Schmitz y Kroge.

Abajo, en el teatro, actuaba Dora Martin, quien con su ronca voz, la delgadez atrayente de su cuerpo de efebo y sus grandes ojos trágicos, infantiles, insondables, embrujaba al público de las grandes ciudades alemanas. La gran actuación tocaba a su fin. Los dos directores y la señora von Herzfeld habían abandonado su palco después del segundo acto. Los demás miembros de la compañía habían permanecido

en la sala para ver a su colega de Berlín, a la que admiraban y odiaban por partes iguales.

—La compañía que se ha traído no resiste la menor crítica —opinaba Kroge despectivo.

—¿Qué quiere usted? ¿Cómo ganaría mil marcos por velada si llevara actores caros consigo? —replicó Schmitz.

—Ella, en cambio, está cada vez mejor —dijo la despabilada Herzfeld—. Se puede permitir cualquier amaneramiento. Podría hablar como un bebé subnormal, y arrollaría.

—No está mal lo de bebé subnormal —reía Kroge—. Parece que abajo han terminado —añadió, mirando por la ventana. La gente subía por el camino adoquinado que, pasando por delante de la cantina, llevaba al portal que daba a la calle.

Poco a poco se llenó la cantina. Los actores saludaban con respetuosa cordialidad hacia la mesa de los directores y bromeaban con el encargado del bar, un anciano de barba blanca y nariz amoratada. Papaíto Hansemann, el dueño de la cantina, era para la compañía casi tan importante como Schmitz, el gerente. De Schmitz se podía sacar un adelanto cuando se sentía generoso, pero Hansemann les fiaba si el día quince se les había acabado el sueldo y no habían conseguido el adelanto. Todos le debían algo. Se decía que Hofgen le debía más de cien marcos. A Hansemann no le hacía falta responder a las bromas de sus poco serios clientes; con gesto impávido y solemne seriedad en la frente servía coñac, cerveza y bocadillos que nadie pagaba.

Todos hablaban sobre Dora Martin; cada uno tenía su opinión sobre la categoría, sobre la capacidad de Dora; sólo en un punto estaban de acuerdo: ganaba demasiado. La Motz explicaba:

—El teatro se hunde con esta economía de estrellas —a lo que asentía su amigo Petersen.

Petersen era un actor de carácter con pretensiones de héroe; le gustaban los papeles de reyes y nobles espadachines maduros en obras históricas. Desgraciadamente, era demasiado bajo y gordo para estos papeles, cosa que intentaba paliar con una postura firme y luchadora. En su rostro, que expresaba falsa sinceridad, hubiera cuadrado una barba de marinero, pero como no la tenía, su cara parecía como calva, con el labio superior afeitado, y unos ojillos muy azules y expresivos. La Motz lo quería más de lo que él la quería a ella, eso lo sabían todos. Como él había asentido, ella se dirigió directamente a él en tono íntimo:

—¿No es cierto, Petersen, que sobre esta triste economía ya hemos hablado en otras ocasiones?

—Sí, mujer —confirmó él mansamente, e hizo un guiño a Rahel Mohrenwitz, que iba de muchachita perversa y demoníaca: flequillo negro hasta las cejas afeitadas y un

gran monóculo con montura negra en la cara, que aparecía infantil, mofletuda y deformada.

—Es posible que en Berlín atraigan las monerías de la Martin, pero a nosotros no puede engañarnos —sentenció la Motz—; nosotros somos profesionales de toda la vida.

Miró a su alrededor como si esperara los aplausos. Era la actriz de carácter; algunas veces le permitían hacer papeles de dama de sociedad. Le gustaba reír mucho y fuerte, por lo que se le señalaban arrugas alrededor de la boca, en cuyo interior brillaba el oro. En estos momentos tenía una expresión digna, seria, casi furibunda.

Rahel Mohrenwitz comentaba, jugando con la punta de su largo cigarrillo:

—Nadie puede negar que la Martin posee una enorme personalidad. Haga lo que haga sobre el escenario, lo hace siempre con la mayor intensidad, ya sabéis lo que quiero decir...

Todos lo habían entendido, la Motz indicaba con la cabeza su desacuerdo, mientras la pequeña Angelika Siebert declaraba con su vocecita tímida:

—Yo admiro a la Martin. Exhala una fuerza maravillosa, me parece...

Se puso muy colorada por haber osado pronunciar una frase tan larga y atrevida. Todos la miraron con una cierta emoción. La pequeña Siebert era encantadora. Su cabecita, pelo corto y rubio con raya a la izquierda, parecía la de un muchacho de trece años. Sus ojos claros e inocentes no eran menos atractivos por ser cortos de vista; al contrario, algunos pensaban que esa forma de guiñar los ojos al mirar era precisamente su mayor encanto.

—Nuestra pequeña quedó otra vez prendada —dijo el atractivo Rolf Bonetti, riendo demasiado fuerte.

Él era el miembro de la compañía que recibía más cartas de amor del público. De ahí su expresión orgullosa, hastiada, casi repugnante por su indolencia. Le gustaba la pequeña Angelika, a la que cortejaba desde hacía tiempo. En el escenario tenía a menudo la posibilidad de abrazarla, se lo permitían sus papeles de galán. Pero fuera del escenario era esquiva. Con increíble cabezonería depositaba su cariño allí donde menos posibilidad tenía de ser correspondida, allí donde quizá ni era deseada. Conmovedora y deseable como era, parecía hecha para ser amada y mimada. Pero la especial constancia de su corazón le hacía permanecer fría y burlona ante las tormentosas protestas de Rolf Bonetti y llorar, en cambio, amargamente ante la poca atención que le dedicaba Hendrik Hofgen.

Rolf Bonetti decía con aire de entendido:

—Como mujer, esa Martin no vale gran cosa; es un increíble producto híbrido; por sus venas debe correr algo así como sangre de horchata.

—Yo la encuentro bella —dijo Angelika en voz baja, pero decidida—. Para mí es la más bella.

Se le llenaron los ojos de lágrimas. Angelika lloraba a menudo, aunque no tuviera un motivo especial.

—Es curioso —dijo—, noto cierta semejanza enigmática entre Dora Martin y Hendrik...

Esta afirmación maravilló a todo el mundo.

—La Martin es judía.

Fue el joven Hans Miklas el que dijo esto de repente. Todos lo miraron sorprendidos y algo hastiados.

—Miklas es delicioso —dijo la Motz rompiendo el silencio, e intentó reír.

Kroge arrugó la frente, maravillado y asqueado al propio tiempo, mientras que la señora von Herzfeld no podía sino mover la cabeza; también se había puesto pálida. La pausa resultaba larga y penosa; el joven Miklas se apoyaba, pálido y altivo, en la barra. Entonces el director Kroge dijo, punzante:

—¿A qué viene eso? —y adoptó un gesto tan furibundo como le fue posible.

Otro actor joven, que había estado hablando con Papaíto Hansemann hasta este momento, dijo, enérgico y conciliador:

—¡Anda, hombre, que te has pasado! Déjalo, Miklas, eso le puede ocurrir a cualquiera. Tú eres un buen muchacho.

Al mismo tiempo daba palmadas en el hombro del joven, y sonreía tan cordialmente, que todos asintieron; incluso Kroge se permitió un ataque de hilaridad, aunque un poco envarado: se dio una palmada en el muslo, inclinó la parte superior del cuerpo hacia delante y pareció de pronto tremendamente divertido. Miklas estaba serio; volvió el rostro obstinado hacia un lado, los labios apretados.

—De todas formas, es judía.

Habló tan bajo, que nadie le oyó; sólo Otto Ulrichs, que acababa de salvar la situación con tanta naturalidad, lo escuchó y le reprendió con una seria mirada.

El director Kroge, después de haber demostrado que sabía tomar el desliz de Miklas por su lado cómico, hizo una seña a Ulrichs.

—¡Ah, Ulrichs, venga usted un momento, por favor!

Ulrichs se sentó a la mesa con los directores y la señora von Herzfeld.

—No es que me quiera meter en sus asuntos, de verdad que no —Kroge dejó ver que la situación le resultaba profundamente penosa—. Pero cada vez es más frecuente que hable usted en reuniones comunistas. Ayer volvió a participar en una de ellas. Esto le daña a usted, Ulrichs, y también a nosotros —Kroge hablaba bajo—. Ya sabe usted lo burgueses que son los periódicos —dijo, insistente—. La gente es suspicaz cuando uno de nuestros miembros se expone políticamente; esto nos puede perjudicar, Ulrichs.

Kroge bebía su coñac con abandono, incluso había enrojecido.

—Me alegra, señor director, que desee usted hablar conmigo de este tema —

respondió Ulrichs, tranquilo—. Por supuesto, yo también he reflexionado sobre ello. Quizá sea mejor que nos separemos, señor director, y crea que no me es fácil proponerle esto. Pero no puedo renunciar a mi actividad política. Pensando en ustedes, creo que tendría que rescindir mi contrato, aunque eso sería para mí un gran sacrificio, puesto que me gusta estar aquí.

Hablaba con voz agradable, tenue, cálida. Y mientras hablaba, Kroge lo miraba con simpatía paternal en su rostro lleno de fuerza. Otto Ulrichs era un hombre bien parecido. Su frente ancha, suave, de la que se separaba el cabello negro, y los ojos castaños, rasgados, inteligentes y alegres, inspiraban confianza. Por eso, el director se puso casi furioso.

—¡Pero Ulrichs —exclamó—, eso no hace falta ni discutirlo! ¡Usted sabe de sobra que no lo dejaría ir!

—No podríamos prescindir de usted —añadió Schmitz.

El hombre gordo sorprendía de cuando en cuando por su voz, clara y atractiva, que brillaba extraordinariamente. A esto asintió la Herzfeld.

—No le pido más que un poco de discreción —aseguró Kroge.

Ulrichs dijo, cordial:

—Sois todos muy amables conmigo, de verdad, muy amables, y voy a intentar por todos los medios no comprometeros demasiado.

La Herzfeld le sonrió confidencialmente y dijo:

—Ya debe saber que nosotros simpatizamos ampliamente con usted desde el punto de vista político.

El hombre con el que había estado casada en Frankfurt, y cuyo apellido conservaba, era también comunista. Era mucho más joven que ella y la había abandonado. Ahora trabajaba como director de cine en Moscú.

—Ampliamente —acentuó Kroge con el dedo índice alzado, como si estuviera impartiendo una lección—. Aunque no del todo, no en todos los aspectos. No todos nuestros sueños se han hecho realidad en Moscú. ¿Pueden realizarse los sueños, las esperanzas, las exigencias del espíritu bajo la dictadura?

Ulrichs contestó serio. Sus ojos se rasgaban más aún y adquirían una expresión casi amenazadora.

—No sólo los intelectuales, o los que se hacen llamar así, tienen esperanzas, exigencias. Más urgentes son las exigencias del proletariado. Tal como está hoy el mundo, éstas sólo se podrían realizar mediante la dictadura.

En este punto el gerente Schmitz mostró un gesto confuso. Ulrichs, para dar a la conversación un tono más ligero, dijo sonriente:

—Por cierto, ayer casi estuvo representado el Teatro de los Artistas por su miembro más destacado. Hendrik quería haber hablado en la reunión, pero en el último momento le fue imposible asistir.

—A Hofgen siempre le será imposible en el último momento asistir si se trata de algo que pueda suponer un obstáculo en su carrera.

Kroge hacía con la boca un gesto despectivo mientras decía esto. Hedda von Herzfeld lo miraba suplicante y llena de preocupación. Pero sonrió aliviada cuando Ulrichs dijo:

—Hendrik es de los nuestros. Es de los nuestros —repitió—. Y lo demostrará con hechos. Su obra será el Teatro Revolucionario, que se inaugurará este mes.

—Pero aún no está inaugurado —Kroge sonreía malévolamente—. Hasta estos momentos no existe de él más que papel de cartas con el bello membrete Teatro Revolucionario. Pero imaginemos que se llegara a inaugurar. ¿Cree usted que Hofgen se arriesgará a debutar con una obra revolucionaria?

Ulrichs respondió con vehemencia:

—¡Naturalmente que lo creo! Ya hemos escogido la obra, y se puede decir con toda seguridad que es una obra revolucionaria.

Kroge mostró, con gesto y ademán, su duda, cansada y despectiva.

—Ya veremos.

Hedda von Herzfeld, que observó el repentino y violento enrojecimiento de Ulrichs, creyó oportuno cambiar de conversación.

—¿Qué significará esa fantástica, ligera afirmación de Miklas? ¿Será cierto que el chico es antisemita y tiene algo que ver con los nacionalsocialistas?

Al pronunciar la palabra nacionalsocialista su rostro se contrajo en una mueca de asco, como si hubiera tocado una rata muerta. Schmitz miró despectivo; por su parte, Kroge dijo:

—¡Uno de éstos es justo lo que nos faltaba!

Ulrichs, mirando de reojo, se aseguró de que Miklas no podía oírlo, antes de aclarar con voz apagada:

—Hans es, en el fondo, un buen muchacho. Lo sé, he hablado con él muchas veces. De un joven como él hay que ocuparse mucho y con paciencia; así se le podría ganar para una buena causa. No creo que esté perdido para nosotros. Su rebeldía, su descontento general han caído en mal lugar: ¿comprenden lo que quiero decir?

Hedda asintió. Ulrichs murmuraba:

—El pensamiento de una persona tan joven está confundido, no ve nada con claridad. Como Miklas, pulula por ahí un montón de gente, impregnada de odio, de un odio positivo, hacia lo que existe. Pero si tiene mala suerte, un chico así cae en manos de los tentadores, y éstos corrompen su odio positivo, sano. Le cuentan que los judíos tienen la culpa de todo lo malo, y le hablan del Tratado de Versalles, y él se cree toda esa porquería, olvidando quiénes tienen en verdad la culpa, aquí y en todas partes. Esta es la famosa maniobra de desorientación, y tiene éxito con todas estas cabezas jóvenes, confusas, que nada saben y no pueden discurrir coherentemente. Y

al final nos encontramos ante un nuevo desgraciado que se deja tachar de nacionalsocialista.

Los cuatro miraron hacia Hans Miklas, que se había sentado en una pequeña mesa, en la esquina más alejada de la estancia, con la gorda, vieja apuntadora señora Efeu, con Willi Bock, el pequeño guardarropista, y con el portero del teatro, el señor Knurr. De éste se decía que llevaba escondida tras la solapa de la chaqueta una cruz gamada y que tenía su piso lleno de fotos del «Führer» nacionalsocialista, que no se atrevía a colgar en su garita de portero. El señor Knurr sostenía acaloradas discusiones y disputas con los trabajadores comunistas del teatro, que, por su parte, no frecuentaban la H. K., sino que tenían una mesa fija en el bar de enfrente, donde a veces los visitaba Ulrichs. Hofgen no se atrevía casi nunca a ir a la mesa de los trabajadores; temía que éstos se rieran de su monóculo. Por otra parte, se quejaba de que le resultaba incómoda la presencia del nacionalsocialista Knurr.

—¡Este condenado pequeño burgués —decía Hofgen de él—, que espera a su dirigente y salvador como una virgen al hombre que la deje embarazada! Me dan retortijones cuando paso por su garita y pienso en la cruz gamada que lleva bajo la solapa...

—Naturalmente, ha tenido una infancia espantosa —dijo Otto Ulrichs, que aún hablaba de Miklas— Algo me ha contado sobre ella. Creció en algún triste lugar de la baja Baviera. El padre cayó en la Guerra Mundial, y la madre parece ser una persona nerviosa y poco razonable; armó un buen jaleo, fácil de imaginar, cuando el joven anunció que quería trabajar en el teatro. El es ambicioso y trabajador y tiene talento; ha aprendido muchísimo, más que la mayoría de nosotros. En un principio quería ser músico, aprendió el contrapunto, y toca bien el piano, sabe hacer acrobacias y bailar claqué, y tocar el acordeón, y... todo. Trabaja las veinticuatro horas del día, aunque seguro que está enfermo: su tos suena de espanto. Como es lógico, piensa que se le relega a un segundo plano, que no obtiene bastante éxito y que carga con los peores papeles. Creé que estamos conjurados contra él por sus erróneas convicciones políticas.

Ulrichs seguía mirando, atento y serio, al joven Miklas.

—Noventa y cinco marcos de sueldo al mes —dijo de pronto, mirando amenazador al gerente Schmitz, que, intranquilo, se hizo atrás en su silla—, con esto resulta difícil seguir siendo decente.

También la Herzfeld miraba atentamente a Miklas.

Hans se solía sentar con el guardarropista Bock, la apuntadora Efeu y el señor Knurr siempre que se sentía indignamente perjudicado por la dirección del Teatro de los Artistas, a la que calificaba de «judaizante» y «marxista» cuando estaba con sus correligionarios. Por encima de todos, odiaba a Hofgen, aquel «asqueroso comunista de salón». Hofgen era, si se podía dar crédito a las palabras de Miklas, celoso y

altanero; Hofgen tenía delirios de grandeza y quería arrebatarse a todos los demás sus papeles, sobre todo a él, a Miklas.

—Es una faena que no me haya dejado el Moritz Stiefel —decía amargado— si él mismo dirige *El despertar de la primavera*. ¿Por qué tiene que hacer también el mejor papel? No deja nada para ninguno de nosotros. Y sobre todo, es demasiado gordo y viejo para el Moritz. Tendrá un aspecto bien grotesco con los pantalones cortos.

Miklas miraba rabioso sus propias piernas, delgadas y musculosas.

El guardarropista Bock, un muchacho tonto, de ojos acuosos y cabellos muy rubios y duros, cortados a cepillo, reía sobre su vaso de cerveza: nadie sabía si de Hofgen, que tendría un aspecto muy cómico vestido de bachiller, o de la impotente furia del joven Miklas. Efeu, la apuntadora, se mostraba indignada; coincidía con Miklas en que aquello había sido una mala faena. El interés maternal que la mujer vieja y gorda sentía hacia el joven le reportaba a éste ventajas de tipo práctico. Por otra parte, también simpatizaba políticamente con él. Le zurcía los calcetines, le invitaba a cenar, le regalaba embutidos, jamón y conservas.

—Para que engordes, muchacho —le decía mirándolo con ternura, aunque le gustase precisamente la delgadez de su cuerpo entrenado, no muy alto, sin grasa.

Cuando el espeso cabello rubio se le despeinaba por la nuca, la Efeu decía:

—¡Pareces un golfillo! —y sacaba un peine de la bolsa.

Hans Miklas parecía realmente un golfillo, al que no le iban las cosas demasiado bien, pero que reprimía terco su agresividad. Su vida era agotadora: ensayaba todo el día, exigía demasiado de su delgado cuerpo, y de ahí venían posiblemente su irritabilidad y la expresión ausente de su joven rostro... Este rostro tenía mal color; bajo los fuertes pómulos, las mejillas se deformaban, formando negros hoyos. También, alrededor de los claros ojos, las ojeras eran casi negras. Por el contrario, la frente pura e infantil parecía rodeada de una pálida y sensible claridad, y también la boca brillaba, demasiado roja, pero de forma poco sana; en los labios salientes y carnosos parecía concentrarse la sangre que no aparecía en todo el rostro. Bajo aquellos encantadores labios, de los que la apuntadora Efeu no podía separar a veces la mirada, decepcionaba el mentón, demasiado débil, corto, caído.

—Esta mañana, en el ensayo, tenías un aspecto horrible —le decía la Efeu, preocupada—. ¡Esos hoyos tan negros en las mejillas! ¡Y qué tos! Era bronca, daba lástima.

Miklas no podía resistir la compasión; sólo aceptaba gustoso las dádivas en que ésta se traducía, aunque fuera con palabras lacónicas. Simplemente, ignoraba la charla ruidosa de la Efeu. Por el contrario, deseaba enterarse por Bock:

—¿Es cierto que Hofgen permaneció toda la velada escondido en su camerino, detrás de un biombo?

Bock no quería hablar de ello. A Miklas le encantaba que Hofgen mostrara un comportamiento tan necio.

—Ya lo decía yo. ¡Es un bufón! —reía triunfal—. ¡Y todo por culpa de una judía, que anda con la cabeza metida entre los hombros!

Encorvaba la espalda, imitando el aspecto de la Martin; la Efeu se divertía cordialmente.

—¡Y una cosa así pretende ser estrella!

Con su irónica exclamación se podía referir tanto a la Martin como a Hofgen. Los dos pertenecían, a su juicio, a la misma pandilla privilegiada, no alemana, reprochable.

—¡La Martin! —siguió hablando con el joven rostro enfadado, sufrido, atractivo, enterrado entre las no muy limpias manos—. También ella usará esas frases de comunista de salón, pero cobrando sus mil marcos por velada. ¡Menuda banda! ¡Pero a todos éstos se les quitará de en medio! También Hofgen tendrá que ir haciéndose a la idea.

En general, no solía hablar en la cantina de cosas tan peligrosas, especialmente cuando Kroge estaba cerca. Pero hoy no se había podido contener, aunque procuró hablar en voz no demasiado alta; había mantenido un tono susurrante, aunque vehemente. La Efeu y Knurr asintieron, mientras Bock miraba con ojos acuosos.

—Ya llegará el día —dijo aún Miklas, en voz baja pero apasionada y con un brillo febril en sus ojos claros, rodeados por las negras ojeras.

Tuvo entonces un terrible ataque de tos; la Efeu le daba palmadas en la espalda y en los hombros.

—De nuevo suena horriblemente bronca, como si viniera de lo más profundo del pecho —dijo asustada.

El angosto local estaba lleno de humo.

—El aire es tan denso que lo podríamos cortar con un cuchillo —se quejaba la Motz—. Esto no lo resiste ni el más fuerte. ¡Y mi voz! Hijos, mañana me veréis pudrir en la sala de espera del otorrino.

Nadie tenía ganas de verla pudrirse. Rahel Mohrenwitz exclamó irónica.

—¡Horror, nuestra cantante de gorgoritos!

A cambio recibió una mirada irritada de la Motz, que ya tenía algo en contra de Rahel: Petersen sabía por qué. El día antes lo habían encontrado de nuevo en el camerino de la demoníaca muchacha, y la Motz no había podido reprimir las lágrimas. Pero hoy parecía no estar dispuesta a dejarse aguar la velada por aquella simplona que se creía ser alguien con su monóculo y su estrafalario peinado. Por el contrario, cruzó las manos sobre el regazo y observó con humor tranquilo:

—¡Qué ambiente más agradable! ¿No es cierto, Papaíto Hanseemann? —y hacía guiños al dueño del bar, al que debía aún 27 marcos, y que por eso ni se inmutó. Inmediatamente después la actriz se disgustó, porque Petersen había pedido un filete

y un huevo.

—¡Cómo si unas salchichas no hubieran bastado!

En sus ojos había lágrimas de ira. Entre Motz y Petersen había siempre discusiones, porque el actor de carácter, según opinión de su amiga, era un derrochador. Siempre pedía cosas caras, y las propinas que daba eran también excesivas. La Motz, fuera de sus casillas, preguntó a la Mohrenwitz si Petersen la había invitado a una copa de champaña:

—¡Veuve Cliquot extrafino!

Y pronunció con toda enemistad la marca del champaña, con tal finura que la legitimaba en su papel de dama de sociedad. Esto ofendió en serio a la Mohrenwitz.

—¡Ya está bien! —chilló—, ¿Es un chiste?

El monóculo se le cayó del ojo. Su rostro, que ya no parecía demoníaco, enrojeció del disgusto. Kroge miraba extrañado. La señora von Herzfeld sonreía irónica. El bello Bonetti dio unos golpecitos en el hombro de la Motz, y al mismo tiempo en el de la Mohrenwitz, que se había acercado con cara de buscar disputa.

—¡No os peleéis, chiquillas! —les dijo; alrededor de la boca sus arrugas parecían más cansadas y aburridas—. No sacaréis nada en limpio. Mejor será que juguemos a las cartas.

En este momento se oyeron voces. Todo el mundo miró hacia la puerta. Dora Martin estaba en el umbral. Detrás de ella se apretujaba su compañía, al modo que en escena el séquito detrás de la reina.

Dora Martin reía y saludaba a todos los miembros del Teatro de los Artistas, mientras hablaba con su ronca voz de aquella forma tan personal, que copiaban miles y miles de jóvenes actrices en todo el país: alargando una palabra en cada frase.

—¡Hijos, estamos invitados a un banquete *aburridísimo*; es una *verdadera* lástima, pero *tenemos* que asistir!

Parecía parodiar su propia forma de hablar, por lo gratuito de las palabras que alargaba. Pero a todos les sonó agradablemente, incluso a aquellos que no podían ver a la Martin, por ejemplo al joven Miklas. No se podía negar que su presencia causaba siempre gran efecto. Sus profundos ojos, muy abiertos, infantiles, enigmáticos bajo la frente amplia e inteligente, confundían y encantaban a todos. Hasta Hansemann dejó escapar una risa tonta, deslumbrada. La Herzfeld, que había sido amiga de la Martin, la llamó:

—¡Qué pena, Dorita! ¿No te puedes sentar un poco con nosotros?

El respeto en que se tenía a Hedda aumentó al oíría tutear a la Martin. Pero ésta negó con su sonriente rostro, que casi desaparecía en el cuello alzado del abrigo de piel marrón, con los hombros muy levantados:

—¡Una *gran* pena! —suspiró, y al girar la cabeza voló su rojiza melena rizada, libre de sombrero—. ¡Ya llegamos *demasiado* tarde!

Entonces alguien se abrió paso por detrás de ella, por entre su séquito. Era Hendrik Hofgen, que llegaba. Lucía el smoking que usaba en escena para los papeles mundanos, y que visto de cerca aparecía rozado y lleno de manchas. Sobre los hombros le caía un pañuelo de seda blanco. Jadeaba, con las mejillas y la frente vivamente ruborizadas. La nerviosa risa que lo sacudía producía una impresión intranquilizadora, mientras él, con apresuramiento, rodeado por el pañuelo de seda, se inclinaba sobre la mano de la diva, todo ello con cierta sinceridad enajenada.

—Disculpe —dijo, con la cara, en la que sorprendentemente aún se mantenía el monóculo, inclinada sobre la mano de la actriz—. Es fantástico: he llegado demasiado tarde. ¿Qué pensará usted de mí? ¡Algo fantástico...! —dijo preso de la risa, y con el rostro cada vez más rojo—. Pero no quería que se fuera usted —al fin se enderezó— sin decirle cómo he disfrutado de esta velada. ¡Qué maravillosa ha sido!

Repentinamente la cómica situación que le había provocado aquel ataque de risa pareció haberse disuelto; puso un gesto muy serio.

Ahora era a Dora Martin a la que le apetecía reír un rato, y lo hizo alegre y encantadora.

—¡Tramposo! —parecía que no iba a terminar nunca la «o» alargada—. ¡Usted no ha estado en el teatro! ¡Se mantuvo escondido! —y le pegó ligeramente con el guante de piel de cerdo—. Pero no importa —le sonreía—, creo que tiene usted talento.

Hofgen se asustó tanto de aquella sorprendente afirmación que sus mejillas empalidecieron. Con una voz que parecía en pleno deshielo, dijo:

—¿Yo? ¿Talento? Eso no son más que rumores sin probar...

También él sabía alargar las vocales, no sólo Dora Martin lo conseguía. Su coquetería al hablar tenía estilo propio, no necesitaba copiar a nadie. Si Dora Martin arrullaba con su voz, él, de puro amaneramiento, cantaba. Al tiempo, sonreía como lo hacía cuando, en los ensayos, en alguna escena tenía que ilusionar a la dama: descubría los dientes y era bastante malicioso. El la llamaba sonrisa «canallesca» («Canallesca ¿entiendes, querida?: ¡canallesca!» advertía a Rahel Mohrenwitz o a Angelika Siebert, y les hacía una demostración.) Dora Martin también enseñaba sus dientes, pero mientras su boca hacía un gesto de bebé y la cabeza se hundía coqueta entre los hombros levantados, sus ojos grandes, inteligentes, tristes, a los que no se podía mentir, escrutaban el rostro de Hofgen.

—Usted demostrará su talento —dijo en voz baja.

Y durante un segundo fue seria no sólo su mirada, sino también su cara. Con el rostro serio, casi amenazador, asentía. Hofgen, que hasta hacía un cuarto de hora había estado escondido tras el biombo, aguantó aquella mirada. Después, la Martin volvió a reír; arrullaba:

—¡Llegamos con *demasiado* retraso!

Saludó y desapareció con su séquito.

El encuentro con Dora Martin había puesto a Hofgen de un humor excelente, festivo. De su semblante surgía un brillo indulgente. Todos lo miraban, ahora casi con tanta humildad como anteriormente a la diva de Berlín. Antes de saludar al director Kroge y a la señora von Herzfeld, se acercó al guardarropista Bock:

—Escucha, pequeño Bock —cantó, cautivador, ante él: las manos enterradas en los bolsillos de los pantalones, los hombros levantados y en los labios la sonrisa «canallesca»—. Me tienes que prestar *por lo menos* siete marcos y medio. Quiero cenar decentemente y tengo la sensación de que Papaíto Hansemann exige hoy pago al contado.

Sus ojos irisados como piedras preciosas enviaron una mirada suspicaz a Hansemann, que estaba sentado, con la nariz amoratada, detrás de la barra.

Bock se había levantado. Sus ojos se habían vuelto más acuosos y sus mejillas más rojas de miedo a los ojos de Hofgen, honrados por un lado, por el otro horribles. Mientras Bock rebuscaba en los bolsillos, nervioso y mudo, y Miklas observaba el trance con mirada hostil y tensa, se adelantó apresuradamente la pequeña Angelika.

—Pero, Hendrik, ¿si necesitas dinero, yo te puedo prestar cincuenta marcos hasta el día uno! —dijo, tímida.

Los ojos de Hofgen se volvieron, fríos como el hielo. Arrogante, le espetó por encima del hombro:

—No te mezcles en nuestros negocios de hombres, pequeña mía. Bock me lo presta con gusto.

El guardarropista asintió excitado, mientras la Siebert, con los ojos húmedos, se retiraba. Hofgen metió en el bolsillo del pantalón las monedas de plata de Bock, sin siquiera darle las gracias. Miklas, Knurr y Efeu miraban con ceño adusto, Bock no salía de su asombro y Angelika lloraba, mientras él, con paso cadencioso, el pañuelo de seda blanca aún sobre el hombro, atravesaba el local.

—Papi Schmitz me deja morir de hambre —aclaró, con la cabeza vuelta hacia la mesa de los directores y sonriendo victorioso.

Desde la mesa lo saludaron algunos «¡Hola!»; hasta Kroge se impuso una cordialidad ruidosa un tanto falsa.

—¿Qué hay, viejo pecador? ¿Cómo le va? ¿Ha pasado bien la velada?

Alrededor de su boca de gato surgieron pronunciadas arrugas, casi como las de la Motz, y sus ojos adquirieron un brillo falso; de repente se le notó que no sólo escribía ensayos político-culturales e himnos en verso, sino que desde hacía más de treinta años trabajaba en el teatro. Hofgen y Otto Ulrichs se daban la mano con confianza, mudos, largamente. El gerente Schmitz hizo alguna broma intrascendente, con voz suave y agradable; la señora von Herzfeld sonreía irónicamente, mientras que sus ojos castaños, húmedos de fervor y casi suplicantes, se dirigían a Hendrik. Él se dejó

aconsejar por ella a la hora de elegir la cena, lo que le dio a Hedda pie para aproximarse a él, acercándole sus pechos, que respiraban profundamente. Su sonrisa canallesca parecía no asustarla: estaba acostumbrada a ella, le gustaba.

Cuando Papaíto Hansemann hubo tomado nota, empezó Hofgen a hablar de su puesta en escena de *El despertar de la primavera*.

—Me parece que va a quedar muy bien —dijo con seriedad, mientras sus ojos inquisitivos resbalaban por el local, sobre los actores, como los de un general sobre sus tropas.

—En la Wendla, la Siebert no puede estropear nada; Bonetti no hace un Melchior Gabor ideal, pero lo saca adelante; nuestra demoníaca Mohrenwitz da una Ilse de primera.

No ocurría muy a menudo que hablara así, sin efectismos, en serio y concentrado en el asunto como ahora. Kroge lo escuchaba con atención, no sin sorpresa. Fue la Herzfeld la que de nuevo deshizo el encantamiento al observar, entre sarcástica y adúladora, con su empolvado rostro de melocotón muy cerca del de Hofgen:

—Y en lo que se refiere al Moritz Stiefel, acaba de ser confirmado por la persona más indicada para ello, por la propia Dora, que el joven actor al que hemos confiado el papel no es del todo malo...

Kroge arrugó disconforme el ceño; Hofgen por su parte simuló no haber oído la indirecta.

—¿Y cómo va a estar usted de señora Gabor, querida? —preguntó a la Herzfeld directamente.

Fue una burla abierta y áspera. Que Hedda era una actriz con poco talento era una realidad bien conocida; todos sabían también que esto era para ella un sufrimiento. A todos les gustaba bromear sobre su impotencia para dejar el teatro, o al menos reducir sus actuaciones a discretos papeles de madre. Ante la insolencia de Hendrik intentó encogerse de hombros con indiferencia; pero su semblante, ya no tan joven, adquirió un fuerte tono rojo, casi violeta. Kroge se dio cuenta, y el corazón se le encogió en una compasión próxima a la ternura. Kroge había tenido un romance con la Herzfeld años atrás.

Para cambiar de tema, o para volver al único tema que de verdad le interesaba, Ulrichs empezó a hablar, sin preocuparse de la hilación, del Teatro Revolucionario.

El Teatro Revolucionario estaba planteado como una serie de representaciones los domingos por la mañana, bajo la dirección de Hendrik Hofgen y el patrocinio de una organización comunista. Ulrichs, para el cual el teatro era ante todo y sobre todo un instrumento político, había puesto una tenaz pasión en el proyecto.

—La obra escogida para la inauguración es muy indicada. La he estudiado otra vez con detenimiento. En el partido hay mucho interés hacia nuestra idea.

Al tiempo que lo explicaba, miraba a Hofgen con aire de complicidad, sin ver a

Kroge, ni a Schmitz, ni a la Herzfeld, pero orgulloso de que todos lo oyeran y de la impresión que pudiera causarles.

—Sin embargo, a mí el partido no me pagará daños y perjuicios si el público de Hamburgo boicotea mi teatro —rezongaba Kroge, a quien pensar en el Teatro Revolucionario llenaba de enojo y escepticismo—. En 1918 se podía permitir uno un experimento así, pero hoy...

Hofgen y Ulrichs intercambiaron una mirada que contenía un acuerdo secreto, valiente, y no mucha atención hacia los temores de pequeño burgués que interponía Kroge. Esta mirada fue larga. La señora von Herzfeld, que la observó, sufría. Por fin, Hofgen se dirigió en tono paternal y condescendiente a Kroge y a Schmitz.

—El Teatro Revolucionario no nos va a perjudicar, seguro que no, ¡créalo, Papá Schmitz! Lo que es verdaderamente bueno no compromete jamás. ¡Y el Teatro Revolucionario será bueno, magnífico! Una obra tras la que hay una creencia auténtica, un entusiasmo verdadero, convencerá a todos, hasta los enemigos enmudecerán ante esta manifestación de nuestras ardientes convicciones.

Sus ojos brillaban, miraban ligeramente de soslayo y parecían observar arrobados la lejanía, donde se toman las grandes decisiones. Adelantaba orgullosamente el mentón; en su rostro pálido, echado hacia atrás, sensible, aparecía el fulgor de aquel que está seguro de su victoria. «Está realmente conmovido», pensaba Hedda von Herzfeld. «Por mucho talento que tenga, esto no es una representación.» Miraba triunfalmente a Kroge, que no podía ocultar cierta emoción. Ulrichs tenía un aire solemne.

Mientras todos estaban como ausentes por efecto de su emocionado entusiasmo, Hofgen cambió de pronto su postura y su expresión. Inesperadamente empezó a reír, mientras señalaba la fotografía de un «héroe maduro», que colgaba de la pared, junto a la mesa: brazos amenazadoramente cruzados, mirada leal bajo las negras cejas, ancha barba cuidadosamente colocada sobre un fantástico jubón de cazador. Hendrik no se podía tranquilizar, por lo cómico que le parecía el viejo personaje. Entre risas, después de que Hedda le diera unos golpes en la espalda, ya que amenazaba ahogarse con la ensalada, contó que él mismo había tenido un aspecto semejante, casi igual, yendo de gira con el Teatro Ambulante del Norte de Alemania.

—Cuando aún era un muchacho —decía alegre— parecía fantásticamente mayor. Hacía papeles de padre, y por el escenario andaba siempre encorvado, de la turbación que sentía. En *Los bandidos* me dieron el papel del viejo Moor. Hice un viejo Moor estupendo. Cada uno de mis hijos era veinte años mayor que yo.

Cuando reía tan alto y contaba anécdotas del Teatro Ambulante, desde todas las mesas se acercaban los colegas: ya se sabía que iban a empezar las historias, pero no las viejas conocidas sino otras nuevas, y seguramente buenas. Hendrik raras veces se repetía. La Motz se frotaba las manos de placer, mostraba el oro del interior de su

boca y exclamaba con inaudita jovialidad:

—¡Ahora empieza lo divertido!

Inmediatamente tuvo que lanzar una mirada glacial a Petersen, que había pedido un coñac doble. Rahel Mohrenwitz, Angelika Siebert y el bello Bonetti pendían de los labios de Hendrik. Hasta Miklas escuchaba, aun contra su voluntad; las refinadas bromas del odiado personaje le arrancaban pequeñas risas gruñonas y testarudas.

Como su favorito protestón se divertía, también la gorda Efeu se puso alegre. Jadeando, acercó su silla al sillón de Hendrik y murmuró:

—Si no les importa a los señores...

Dejó descansar sus agujas de punto y se puso la mano derecha en forma de embudo ante la oreja, para que a su sordera no se le escapase nada.

Fue una velada maravillosa. Hofgen estuvo totalmente en forma. Encantaba, brillaba. Como si hubiera tenido un numeroso público ante sí en lugar de aquel puñado de colegas, derrochó, con altiva generosidad, chistes, encanto y anécdotas. ¡La cantidad de cosas que le habían sucedido en aquel teatro ambulante donde le daban papeles de padre! La Motz ya ni podía respirar, de tanto reírse.

—¡Hijos, ya no puedo más! —gritaba.

Y como Bonetti la abanicaba, entre pícaro y galante, con el pañuelito, no se dio cuenta de que Petersen había pedido de nuevo aguardiente. Cuando Hofgen empezó a imitar a la joven sentimental del Teatro Ambulante con voz chillona, gestos veleidosos y ojos terriblemente estrábicos, hasta Hansemann perdió su aspecto pétreo, y el señor Knurr tuvo que esconder su risa tras el pañuelo. Un triunfo mayor no se podía obtener de la situación. Hofgen se interrumpió. También la Motz se puso seria al ver lo ebrio que estaba Petersen. Kroke hizo señas de retirarse. Eran las dos de la mañana. Como despedida, la Mohrenwitz, que siempre tenía ocurrencias originales, le regaló a Hendrik su boquilla para los cigarrillos, un objeto decorativo, pero sin valor.

—Por lo enormemente divertido que has estado esta noche, Hendrik.

Su monóculo relampagueaba frente al de él. Se pudo ver cómo a Angelika Siebert, de pie junto a Bonetti, se le ponía la nariz pálida de celos y se le llenaban los ojos de lágrimas con algún destello maligno.

La señora von Herzfeld había pedido a Hendrik que la acompañara a tomar una taza de café. En el local, vacío ya, empezaba Hansemann a apagar las luces. A Hedda aquella semioscuridad la favorecía: su cara blanda y ancha, de ojos suaves e inteligentes, parecía ahora más joven o, al menos, perdía edad. Este no era ya el rostro ensombrecido de la mujer intelectual, que envejecía. Las mejillas ya no estaban cubiertas de pelusilla, sino que eran tersas. La sonrisa de los labios entreabiertos con desidia oriental no resultaba ya irónica, sino que era casi seductora. Tranquila y cariñosa, la señora von Herzfeld miraba a Hendrik Hofgen. No se daba cuenta de que

ella misma estaba mucho más atractiva que de ordinario; sólo se fijaba en el rostro de Hendrik, con el rasgo de sufrimiento en las sienes y el noble mentón, que, pálido y patente, se recortaba en la penumbra. Disfrutaba de ello.

Hendrik había apoyado los codos sobre la mesa y unido las yemas de los dedos estirados. Se permitía esta exigente postura como si tuviera las manos alargadas, especialmente bonitas, pero sus manos no eran alargadas; antes bien, con su rudeza poco bella, parecían querer llevar la contraria a los rasgos de las sienes. Los dorsos de las manos eran anchos y estaban cubiertos por un vello rojizo, y anchos eran también los largos dedos, rematados por uñas cuadradas no demasiado limpias. Precisamente eran las uñas las que daban a las manos su carácter innoble, poco agradable. Parecían estar hechas de un material malo: se astillaban, no tenían brillo, ni forma, ni convexidad.

Esta fragilidad y defecto permanecían ocultos en la favorecedora penumbra. En contraposición, los ojos verdosos causaban una impresión enigmática y atractiva con su mirada ensoñadora, perdida.

—¿Qué piensa, Hendrik? —preguntó la Herzfeld con voz tierna y sofocada, después de un largo silencio.

—Pienso que Dora Martin no está en lo cierto... —contestó Hofgen, también en voz baja.

Hedda lo dejó hablar en la oscuridad, por encima de sus manos juntas, sin preguntar o contradecir.

—Yo no voy a demostrar mi talento —se quejaba en la penumbra—. Porque no tengo nada que demostrar. Nunca seré un actor de primera categoría. Soy un provinciano.

Enmudeció, apretó los labios, como si él mismo se hubiera asustado ante el reconocimiento, ante la confesión a que le empujaba aquella hora extraña.

—¿Y qué más? —preguntó la señora von Herzfeld con un suave reproche—. ¿No piensa usted en nada más? ¿Siempre en eso?

Como él continuara en silencio, pensó ella: «Sí, ciertamente, esto es lo único que le interesa de verdad. Lo del teatro político de antes y su entusiasmo por la revolución no eran más que una comedia.» Este descubrimiento la decepcionó profundamente, pero de alguna manera también la satisfizo.

Los ojos de él brillaban, pero no tenía respuesta alguna.

—¿No se da usted cuenta de cómo tortura a la pequeña Angelika? —preguntó la mujer—. ¿No siente que hace daño a otras personas? De alguna forma tendrá usted que pagar todo esto —no apartaba de él la mirada, una mirada de reproche y de búsqueda—. De alguna forma tendrá usted que expiarlo, y amar.

En seguida le pareció violento haber hablado así. Se había excedido, no se había sabido controlar. Rápidamente Hedda desvió su rostro del de Hofgen. Se sorprendió

de que no la castigara ni con una sonrisa malévola ni con una palabra burlona. Su mirada permaneció brillante, desviada y fija, dirigida a la oscuridad, como si buscara en ella una respuesta a preguntas urgentes, la calma para su duda y la visión de un futuro que no tuviera más sentido que hacerle grande a él.

## Capítulo II

### La clase de baile

Para el día siguiente Hendrik había fijado el comienzo del ensayo a las nueve y media. Puntualmente se fueron reuniendo todos los miembros de la compañía que tomaban parte en *El despertar de la primavera*, algunos en el amplio escenario, otros en el patio de butacas. Tras haber esperado un cuarto de hora, la señora von Herzfeld decidió ir en busca de Hofgen al despacho, donde estaba hablando con Kroge y Schmitz desde las nueve.

Ya al verlo aparecer se dieron cuenta todos de que estaba de un humor imposible. Nada quedaba ya en él del alegre conversador de la víspera. Llevaba los hombros alzados nerviosamente, las manos hundidas en los bolsillos de los pantalones. Cruzó apresurado el patio de butacas y, con voz casi sin tono a causa de la excitación, pidió un ejemplar del texto.

—Me he dejado el mío en casa.

Con voz amargada, reprochaba a todos que él, Hendrik, hubiera estado olvidadizo y descentrado al salir de casa.

—¿Es que nadie tiene un cuadernillo de éstos para mí? —consiguió que la voz le saliera ahogada y muy cortante.

La pequeña Angelika le ofreció el suyo.

—Ya no lo necesito —dijo ruborizándose—. Me sé mi texto.

—¡Eso espero! —observó lacónico Hendrik, en lugar de darle las gracias. Y le volvió la espalda.

Su rostro parecía muy macilento en contraste con el pañuelo rojo que llevaba en lugar de camisa —o sobre la camisa, ocultándola—. Uno de los ojos miraba, con el párpado entornado, despectivo y enfadado—, ante el otro brillaba el monóculo. Todos se estremecieron cuando, con voz de mando muy clara, penetrante y algo metálica, convocó:

—Empecemos, señores.

Mientras en el escenario se trabajaba, él recorría el patio de butacas. El Moritz Stiefel, el papel que se había reservado, se lo hizo leer a Miklas, cuyo papel propio le daba poco trabajo. Esto fue un acto de refinada maldad, pues el pobre Miklas hubiera dado su vida por hacer el Moritz. Hofgen, provocadoramente soberbio, hacía ver a los colegas que él no necesitaba preparar o ensayar: era el director, estaba por encima de ello; su rutina era tan grande como su genio, su propio papel lo liquidaba como algo secundario; hasta el ensayo general no se vería ni se oiría cómo interpretaría el

Moritz Stiefel, cómo haría el sombrío colegial, el amante desesperado, el suicida.

Por el contrario demostraba lo que se podía hacer de la muchacha Wendla, del muchacho Melchior, de la maternal Señora Gabor. Hendrik saltó con sorprendente agilidad al escenario y, verdaderamente, se convirtió en la delicada muchacha, que sale por la mañana al jardín y quiere abrazar el mundo, pues piensa en el amado; en el muchacho ávido de vida, orgulloso; en la inteligente madre, llena de preocupación. Ahora mostraba una apariencia infantil, un segundo después parecía muy viejo. Era un magnífico actor.

Cuando hubo demostrado al bello Bonetti, que alzaba las cejas con una mezcla de respeto y disgusto, o a la tímida Angelika, que luchaba por contener las lágrimas, todo lo que se podía hacer con sus papeles sólo con tener el talento necesario, hizo un gesto cansado y despectivo, fijó el monóculo ante el ojo y volvió al patio de butacas. Desde allí seguía explicando, organizando, criticando. A nadie libraba de sus palabras cínicamente degradantes. Incluso la señora von Herzfeld recibió su sermón, que acogió con una sonrisa irónica. La pequeña Angelika se había tenido que esconder, con los ojos llenos de lágrimas, entre los decorados; en la frente de Bonetti la furia marcaba las venas. Pero el más profundo y apasionadamente irritado era Hans Miklas; su rostro, descompuesto por la furia, parecía llenarse de oscuras cavernas. Como todos sufrían, el humor de Hendrik mejoró sensiblemente. Durante la pausa de mediodía, en la cantina, charló animadamente con la señora von Herzfeld. A las dos y media llamó a los actores para volver al trabajo. Hacia las tres y media surgió en torno a la boca del bello Bonetti un rictus de hastío, metió las manos en los bolsillos del pantalón y gruñó como un niño malcriado:

—¿Es que no va a terminar aún este suplicio?

Hofgen le lanzó una mirada destructiva con sus ojos blandos, fríos como el hielo, y le respondió:

—¡Cuándo va a terminar lo decidiré yo! —y alzó el bello mentón.

Mostró a la amedrentada compañía el rostro de un noble y nervioso tirano, que sin embargo, recordaba la expresión macilenta de un gobernante enervado, ya entrado en años. Todos le temían; especialmente la pequeña Angelika, a la que le corrían a chorro dulces gotas de sudor por la espalda. La humillada inmovilidad duró unos segundos; se podían oír los resuellos con que el grupo reaccionó ante el siguiente gesto liberador de su señor. Hendrik se dignó dar una palmada y echar la cabeza hacia atrás con magnánima jovialidad.

—Continuemos, señores —y su voz tenía un irresistible timbre metálico—. ¿Dónde nos habíamos quedado?

Se ensayaba con sumisión la siguiente escena, pero apenas acabada Hendrik miró el reloj: eran las cuatro menos cuarto, y al verlo se asustó de tal modo, que le dolió el estómago. Recordó que a las cuatro tenía una cita con Juliette en su piso. Su sonrisa

resultó forzada cuando dijo a la compañía con palabras precipitadas, amables, que había que dejar ya el ensayo. Con un gesto de la mano rechazó al joven Miklas, que se acercaba a preguntarle algo con gesto malhumorado. Corrió a través del oscuro patio de butacas hacia la salida; rápidamente anduvo el camino entre la salida y la cantina; entró casi sin respiración en la H. K., arrancó del perchero su blando sombrero gris y desapareció.

El abrigo se lo puso en la calle al mismo tiempo que discurría: «Si voy a pie, llegaré un par de minutos tarde, por muy de prisa que vaya; Juliettchen me tendrá preparado un recibimiento terrible. En un taxi llegaría a tiempo; con el tranvía probablemente también. Pero no llevo en el bolsillo más que una moneda de cinco marcos, y eso es lo menos que puedo ofrecer a Juliette. En un taxi no hay ni que pensar, tampoco en el tranvía: me quedarían cuatro ochenta y cinco, demasiado poco para Juliettchen, y encima en monedas, lo que me ha prohibido enérgicamente.»

Mientras así pensaba, seguía corriendo; en el fondo no se había planteado seriamente tomar un taxi o un tranvía, ya que su amiga se habría enfadado de verdad con la calderilla, mientras que su aparente ira por el retraso era un rito irremediable que pertenecía ya a su convivencia.

Hacía un día de invierno claro y muy frío; Hendrik tiritaba embutido en su ligero abrigo de cuero que, además, había olvidado abotonar. Especialmente notaba el hielo en las manos y en los pies: no llevaba guantes, y los zapatos abrochados de tipo sandalia que calzaban sus pies no eran lo más indicado para la estación. Para combatir el frío y llegar antes, caminaba a grandes zancadas, que tendían a convertirse en curiosos saltitos. Muchos transeúntes miraban al estrafalario joven con una sonrisa o con desaprobación: sobre sus ligeros y originales zapatos se movía con una agilidad en parte bufonesca, en parte divina. Y no sólo andaba a saltitos, sino que además cantaba, alternando Mozart con canciones de moda. Y acompañaba las canciones y los saltitos con todo tipo de gestos, cosa que tampoco se ve todos los días. Ahora jugaba a pelota con un ramillete de violetas que había encontrado en el ojal de su abrigo. De seguro que se lo había regalado una de sus admiradoras de la compañía, probablemente era un delicado presente de la pequeña Angelika.

Hendrik pensó en aquella criatura corta de vista y afable, mientras él se convertía en motivo de diversión o de enfado para la gente con sus saltos y canciones. No se dio cuenta de que una dama de la burguesía hizo señas a otra y le comentó:

—Este parece salido del teatro.

A lo que la otra contestó riendo:

—Claro, es ese que actúa siempre en el Teatro de los Artistas, Hofgen se llama. Fíjese, querida, ¡qué movimientos más divertidos hace y cómo parlotea consigo mismo!

Las dos rieron, y en la otra acera rieron también un par de adolescentes. Pero

Hendrik, que por su soberbia y por su oficio estaba acostumbrado a registrar y observar la reacción de las personas ante cada uno de sus gestos, no se fijó esta vez ni en las damas ni en los mozalbetes. La carrera a través del frío y la alegría por su encuentro con Juliette le habían transportado a un estado de liviana embriaguez. ¡Rara vez disfrutaba de un humor tan entusiástico! Antes sí, antes era muy a menudo, casi siempre así, tan alado y olvidado de sí mismo: cuando, con veinte años, hacía papeles de padre y de héroe maduro en un teatro ambulante. En aquella época había conocido días divertidos. Entonces su alegría y su espíritu travieso eran más fuertes que su ambición. De ello hacía mucho tiempo, pero no tanto como ahora le quería parecer.

¿Tanto había cambiado en realidad? ¿Era aún alegre y travieso? Tampoco ahora, en plena euforia, sentía absolutamente ninguna ambición. Si ahora se hubieran materializado conceptos como «ambición» o «importante carrera», no hubiera hecho más que reírse. Sólo le importaba en este instante que el aire era frío soleado, y que él mismo era joven aún; y algo más, que corría, que su bufanda ondeaba, que muy pronto estaría con su queridísima Juliette.

El buen humor le hacía sentirse bien dispuesto, por ejemplo, para con Angelika. Si con frecuencia la irritaba y humillaba, ahora pensaba en ella casi con ternura. «Una niña buena, sí, una cría muy buena; esta noche le regalaré algo, para que también ella esté contenta. ¿No se podría convivir con Angelika? Si, sería una existencia cómoda, mucho más que con mi Juliette.» Pero incluso en aquellos momentos de benevolencia tuvo que reír por haber comparado a Angelika con Juliette. ¡A la pobre pequeña Siebert con la gran Juliette, que era, de una manera exacta, lo que él necesitaba! Se disculpó mentalmente con Juliette. Mientras tanto, había llegado ya al portal de su casa.

La anticuada villa, en cuyo entresuelo tenía alquilada una habitación, estaba situada en una de aquellas calles tranquilas que habían contado treinta años antes entre las más elegantes de la ciudad. Con la inflación se había empobrecido la mayor parte de los habitantes de aquel distinguido barrio; sus villas, con muchas terrazas y frontispicios, tenían aspecto inhóspito y abandonado, como los jardines que las rodeaban. También la viuda del cónsul Monkeberg, a la que Hendrik pagaba cuarenta marcos al mes por una amplia habitación, pasaba sus estrecheces, a pesar de lo cual había continuado siendo, al pasar de los años, una dama intachable, orgullosa, que llevaba con dignidad sus viejos vestidos de mangas abombadas y su chal de blonda, con un peinado liso, en el que ni un pelo osaba rebelarse, y alrededor de cuyos delgados labios las pequeñas arrugas eran un signo de ironía, pero no de amargura. La viuda Monkeberg estaba por encima de las excentricidades y de los comportamientos de sus inquilinos; no la asustaban, sino que, por el contrario, buscaba en ellos el lado gracioso. En el círculo de sus amigas, todas mayores, con el

mismo refinamiento, la misma pobreza y casi el mismo aspecto que ella, solía contar, con un humor seco, las cosas de sus inquilinos.

—A veces sube la escalera a la pata coja —decía riendo, casi con tristeza—, Y cuando sale de paseo se sienta a menudo en la acera, ¡figúrense ustedes: sobre los sucios adoquines!, porque tiene miedo de tropezar y caerse.

Mientras todas sus amigas movían las grises cabezas, perplejas y divertidas a la vez, y hacían crujir sus mantillas, añadía conciliadora la viuda del cónsul:

—¿Qué quieren ustedes, queridas? Es un artista... Quizás un artista importante.

La anciana patricia hablaba despacio y movía sus enjutos, blancos dedos, en los que hacía más de diez años no lucía anillos, sobre las blancas puntillas del mantel.

Hendrik se sentía inseguro en presencia de la señora Monkeberg; su buena cuna y su pasado lo intimidaban. Por eso no le resultó agradable tropezarse con la anciana en el vestíbulo. Ante su imponente figura se contenía un poco; se colocó la bufanda de seda roja y se fijó el monóculo.

—Buenas noches, señora, ¿cómo está usted? —dijo con voz cantarina, que no se elevó al final de la fórmula de cortesía, con lo cual acentuaba el carácter convencional y vacío de la frase. Acompañó la cortés pregunta con una pequeña inclinación, a la que dio un estilo casi cortesano con su elegante dejadez.

La viuda Monkeberg no sonreía; sólo las arruguitas de experta ironía se marcaron un poco más alrededor de los ojos y de los delgados labios al contestar:

—Apresúrese, querido señor, su profesora le espera desde hace un cuarto de hora.

La malévola pequeña pausa que hizo antes de la palabra profesora, hizo que Hendrik sintiera ardor en su cara: «Seguro que me he puesto colorado», pensaba, con vergüenza y enfado. «Pero ella no lo ha notado en la penumbra», intentó tranquilizarse, mientras se retiraba con la perfecta cortesía de un grande de España.

—Muchas gracias, señora —había abierto la puerta de su habitación.

En la estancia reinaba una rosada penumbra; sólo estaba encendida la lámpara que había sobre la mesita redonda y baja, al lado del sofá-cama, que estaba cubierta con un montón de seda de colores. Envuelto en la matizada penumbra, llamó Hendrik con voz muy suave, humilde, temblorosa:

—Princesa Tebab, ¿dónde estás?

Desde una esquina oscura le contestó una voz fuerte, profunda, enconada:

—Aquí, cerdo, ¿dónde voy a estar?

—Oh, gracias —dijo, aún en voz baja, Hendrik, que había permanecido junto a la puerta con la cabeza gacha—. Sí... ahora te veo... Estoy encantado de verte...

—¿Qué hora es? —gritó la mujer desde la esquina.

—Alrededor de las cuatro... creo —Hendrik contestó con un estremecimiento.

—¡Alrededor de las cuatro! ¡Alrededor de las cuatro! —se burlaba la maligna persona, que seguía invisible en la penumbra—. ¡Muy gracioso! ¡Es estupendo!

Hablaba con fuerte dialecto del Norte. Su voz era tan ronca como la de un marinero que bebiera, fumara y jurara demasiado.

—Son las cuatro y cuarto —puntualizó de repente en voz muy baja.

Con el mismo tono, que no auguraba nada bueno, ordenó:

—¿No querrías acercarte un poco a mí. Heinz? ¡Sólo un poquito! Pero ¡primero enciende la luz!

Al oírse llamar Heinz, Hendrik se estremeció como si le hubieran dado un golpe. No permitía a nadie llamarle así, ni siquiera a su madre: sólo Juliette osaba hacerlo. Excepto ella, nadie sabía en la ciudad que su verdadero nombre era Heinz. ¿En qué dulce y débil hora se lo habría confiado? Heinz era el nombre por el que todos le habían llamado hasta los dieciocho años. Cuando comprendió claramente que quería ser actor y famoso, cambió ese nombre por el más escogido de Hendrik. ¡Qué difícil había sido lograr que la familia se acostumbrara a ese poco corriente Hendrik y lo tomara en serio! ¡Cuántas cartas había dejado sin contestar, porque empezaban «Mi querido Heinz», hasta que Bella, su madre, y Josy, su hermana, se hicieron al nuevo nombre! Con los amigos de la infancia que habían seguido tercios con el Heinz, había roto rigurosamente todo contacto; a fin de cuentas, tampoco tenía mucho valor la relación con compañeros que se empeñaban en contar penosas anécdotas de un pasado insípido, entre las explosiones de risa de un humor sin tacto.

El joven actor Hofgen tenía que librar una amarga batalla con agentes, administradores de teatro y redactores de revistas para que escribieran correctamente su nombre inventado, preciosista. Temblaba de ira y disgusto cuando se veía mencionado en un programa o una crítica como Hendrik. La pequeña «d» en el centro del nombre que había elegido era para él una letra con un significado muy especial, mágico. En el momento en que consiguiera ser conocido por todo el mundo como Hendrik, habría llegado a la meta, sería un hombre hecho y derecho.

Tan predominante papel tenía el nombre en los ambiciosos pensamientos de Hendrik Hofgen, que más que una denominación personal era una tarea, un deber. Y a pesar de ello consentía que Juliette, desde su oscura esquina, lo llamara amenazadora utilizando el abandonado y tan aborrecido «Heinz».

Obedeció sus dos órdenes; apretó el conmutador de la luz, de manera que la claridad le cegó los ojos, y dio un par de pasos, con la cabeza aún gacha, hacia Juliette. Se paró a un metro de ella, pero tampoco esto fue suficiente. Ella murmuró con ronca e intranquilizadora amabilidad, manteniendo los dientes apretados:

—Acércate más, jovencito.

Y como él no se moviera de su sitio, lo llamaba como a un perro, en tono adulator, para castigarlo cruelmente.

—¡Más cerca, bonito! ¡Muy cerca! ¡Sin miedo!

Hendrik seguía sin moverse, con la cabeza aún baja; los hombros y los brazos

colgaban hacia adelante; alrededor de las sienes y de las cejas surgía un rasgo tenso, de sufrimiento; las ventanas de la nariz, ensanchadas, percibían un penetrante perfume, dulce y vulgar, que se mezclaba de manera excitante y penosa con otro más salvaje y nada dulce, el olor de un cuerpo.

Como a la muchacha la aburría e irritaba poco a poco la postura lastimera de él, hizo sonar su iracunda voz como un ronco lamento de la selva:

—¡No pongas esa cara de cagado! ¡Animo, hombre! —Majestuosamente añadió:  
· Mírame a la cara.

El alzó lentamente la cabeza, mientras se acentuaba el rasgo de sufrimiento. En el rostro macilento, los ojos azul verdosos estaban muy abiertos, de gozo o de miedo. Sin habla, miraba fijamente a la princesa Tebab, a su Venus negra.

Negra lo era sólo por parte de madre —su padre había sido un ingeniero de Hamburgo—; pero la sangre negra había demostrado ser en ella más fuerte que la blanca; no tenía aspecto de mestiza, sino casi de pura raza. El color de su piel tosca, en algunos lugares agrietada, era pardo oscuro, y en determinadas zonas, como en la hundida frente o en el dorso de las delgadas manos, casi negro. La naturaleza sólo había aclarado las palmas de las manos, mientras que ella misma, por medio del maquillaje, había cambiado el color en la parte superior de las mejillas: sobre los pómulos fuertes, brutalmente acusados, el pálido colorete se extendía como un rubor tísico. También llevaba maquillados los ojos: las cejas iban afeitadas y sustituidas por trazos de carboncillo, las pestañas alargadas artificialmente, las sombras azuladas sobre los párpados hasta las delgadas cejas. Por el contrario, había dejado con su color natural los carnosos labios. Los resplandecientes dientes, que descubría al reír o al reprender, parecían toscos como la piel de las manos y del cuello, y de un color violeta, que contrastaba, por lo turbio, con el sano rojo de las encías y de la lengua. En su rostro, dominado por los ojos vivos, crueles, inteligentes, y por los brillantes dientes, no se notaba la nariz, por lo plana y hundida, hasta que se miraba detenidamente. Esta nariz, en efecto, parecía inexistente; no era como una prominencia en aquella máscara salvaje pero atractiva, sino como una depresión.

Como fondo del rostro en extremo bárbaro de Juliette se habría esperado un paisaje selvático en lugar de aquella habitación burguesa, con sus muebles de terciopelo, sus figurillas y sus lámparas con pantallas de seda. Pero el marco de fondo no era lo único defraudante, sino la coronación de la cabeza misma: el cabello. No era negro y crespo como hubiera correspondido a esta frente, a estos labios; por el contrario, sorprendía porque era liso, de color rubio mate. El peinado era muy simple, con raya al medio. La morenita se complacía en decir que su cabello siempre había sido así, que no había cambiado nada en él: su color y características los había heredado de su padre, el ingeniero Martens, de Hamburgo.

Que un hombre con este apellido y profesión hubiera sido su padre, parecía ser

cierto, o al menos nadie lo discutía. Por cierto, Martens había muerto años antes. Una temporada de trabajo en el interior de África no le había sentado bien. Debilitado por la malaria, con el corazón arruinado por las inyecciones de quinina y por el exceso de alcohol, regresó a Hamburgo, para morir rápida e inadvertidamente. La negrita que había sido su amante quedó en el Congo, así como la criatura, negra de piel, de la que decía ser el padre. La noticia de la muerte del ingeniero no llegó hasta África. Poco después Juliette perdió también a su madre, y se puso en camino hacia la remota y supuestamente maravillosa Alemania. Esperaba gozar allí del amor paterno. Pero ni siquiera pudo ver la tumba del ingeniero. Los restos mortales de su pobre padre se habían perdido, al igual que su recuerdo.

Fue una suerte para la pobre Juliette saber bailar claqué: lo había aprendido entre los suyos. Así consiguió en seguida un contrato en uno de los mejores locales de Sankt Pauli. Probablemente esta enérgica e inteligente mujer se habría mantenido allí, e incluso hubiera hecho una carrera honrosa, de no haber sido por su ardiente temperamento y por su tendencia irresistible a las bebidas fuertes. Le gustaba, y no podía evitarlo, atacar a sus conocidos o colegas con una fusta de montar si no estaban totalmente de acuerdo con ella. Una costumbre que al principio divertía en Sankt Pauli, pero que acabó siendo demasiado original y molesta.

Juliette fue despedida, y conoció con rapidez alucinante lo que generalmente se conoce como «hundirse por etapas», es decir, tuvo que mostrar sus artes en locales cada vez más pequeños, de peor categoría. Sus ingresos por esta actividad disminuyeron tanto, que pronto se vio obligada a completarlos con otras ganancias. ¿Y qué otra ocupación podía haber para ella sino la de los vespertinos paseos por la Reeperbahn y calles adyacentes? Su bello y oscuro cuerpo, que ella movía con paso firme, orgulloso, casi altanero, no era en verdad de los peores ejemplares en aquella horrorosa venta de cuerpos que allí se ofrecía, noche tras noche, a los marineros durante la escala, tanto a los pobres, como a los honorables hombres de Hamburgo.

El actor Hofgen no había conocido a la Venus Negra en la calle, sino en un bar angosto, lleno del humo y el ruido de los marinos borrachos, donde ella, por tres marcos cada noche, exhibía su cuerpo y su artístico claqué. En el programa del sombrío cabaret la bailarina negra Juliette Martens figuraba como «Princesa Tebab», nombre que sólo podía utilizar en la vida artística, aunque afirmase tener derecho a él en la vida privada. Si daba uno crédito a sus afirmaciones, su difunta madre, la amante abandonada del ingeniero hamburgués, tenía sangre real: era hija de un rey negro riquísimo, generoso, pero que, desgraciadamente, fue devorado por sus enemigos a una edad relativamente temprana.

En lo que respecta a Hendrik Hofgen, lo que de ella le había impresionado no fue el título, aunque también éste le había gustado enormemente, sino sus vivaces, crueles ojos, y los músculos de sus piernas color chocolate. Cuando terminó el

número de la Princesa Tebab, Hendrik se acercó a su camerino para hacerle una oferta, que resultaba un tanto sorprendente: deseaba que le diera clases de baile.

—Hoy en día un actor tiene que estar tan entrenado como un acróbata —había añadido Hofgen a modo de aclaración.

Pero la princesa no parecía prestar mucha atención a sus explicaciones. Sin concederse tampoco a sí misma la posibilidad de extrañarse, fijó el precio por hora, y la primera cita.

Este fue el comienzo de las relaciones entre Hendrik Hofgen y Juliette Martens. La morena era «la maestra», es decir, el ama, y ante ella estaba el hombre pálido como «alumno», el que obedece, el que se rebaja, el que recibe con el mismo ánimo el frecuente castigo y la rara, mezquina alabanza.

—Mírame —exigía la princesa Tebab.

Y hacía girar terriblemente los ojos en las órbitas, mientras los de él, solícitos y temerosos, pendían del gesto dominante de ella.

—¡Qué guapa estás hoy! —dijo él finalmente, y los labios parecían obedecerle con dificultad.

—¡Déjate de tonterías! No estoy más guapa que otras veces —dijo ella, enfadada, mientras se alisaba los pliegues de la falda, que le llegaba por encima de la rodilla.

De las medias de seda negra no se veía más que una pequeña franja; las botas de caña alta, de suave charol verde, le cubrían las pantorrillas. Además de las bonitas botas y de la corta falda, llevaba la princesa una chaquetilla de cuero gris, con el cuello alzado por atrás. En los brazos negros, nervudos, tintineaban anchas pulseras de latón corriente. La pieza más elegante de su atuendo era la fusta de montar, un regalo de Hendrik. Era de piel trenzada y color rojo fuego. Juliette golpeaba con ella las botas de alta caña con un ritmo duro y amenazador.

—Has llegado con un cuarto de hora de retraso —dijo, después de una larga pausa—. ¿Cuántas veces he de advertírtelo, querido? —frunció con enfado la frente estrecha, abombada— ¡Basta ya! Estoy harta. ¡Dame tus pezuñas!

Hendrik levantó lentamente las dos manos, girando hacia arriba las palmas. No retiraba sus ojos, abiertos, hipnotizados, de la caricatura gesticulante, espantosa, de la amada.

—Uno, dos, tres... —contaba ella con voz chillona, mientras levantaba la fusta.

El trenzado de la fusta cayó cruel, atravesado, sobre las palmas de las manos, en las que aparecieron de inmediato ronchones rojos. El dolor que él sintió fue tan fuerte que se le llenaron los ojos de lágrimas. Torció la boca; al primer golpe soltó un grito ahogado, después se dominó y quedó en pie con la cara blanca y petrificada.

—Para empezar, has tenido bastante.

Juliette mostró una sonrisa cansada que, desde luego, iba en contra de las reglas del juego: no tenía nada de caricatura cruel, sólo contenía broma y algo de

compasión.

—¡Cámbiate de ropa! Vamos a trabajar —dijo, despacio.

No había ningún biombo detrás del cual pudiera él desaparecer para mudarse. Con los párpados caídos, mirando con desinterés, Juliette observó cada uno de sus movimientos. Tenía que quitarse toda la ropa y mostrarle a ella su cuerpo claro, demasiado gordo ya cubierto de vello rojizo, antes de embutirse en la camisa sin mangas a rayas azules y blancas, y en el pantaloncito de gimnasia negro. Finalmente quedó ante ella con aquel poco digno atuendo al que llamaba «traje de entrenamiento», y que se componía de zapatos negros, abiertos, blancos calcetinitos, coquetamente enrollados sobre los tobillos, pantaloncillo de satín negro y brillante — como los llevaban los muchachos en clase de gimnasia— y camisa rayada, que dejaba desnudos brazos y cuello.

Ella lo repasaba, crítica y fría:

—Has engordado desde la semana pasada, querido —y golpeaba burlona las botas verdes con la fusta.

—Perdona —suplicó él despacio.

Su blanco rostro, con la línea dura del mentón, las sensibles sienes y los hermosos ojos suplicantes, mantuvo su seriedad, y su cuerpo una casi trágica dignidad, a pesar de la grotesca vestimenta.

La negra se ocupó del gramófono. En medio de la música de jazz, que comenzó a sonar de pronto, dijo hosca:

—Empieza ya.

Al tiempo hacía rechinar los blancos dientes y giraba los ojos furibunda: éste era, exactamente, el juego de gestos que él esperaba y deseaba.

Su rostro estaba ante él como la terrible máscara de un dios extraño que tiene su trono en medio de la selva y que exige con su castañetear de dientes y su girar de ojos un sacrificio humano. Se lo ofrecen, a sus pies salpica la sangre, humea con su nariz aplastada el conocido olor dulce y contonea la parte superior de su cuerpo al ritmo del salvaje tam-tam. Alrededor de él, sus esclavos bailan una vibrante danza orgiástica. Lanzan brazos y piernas a lo alto, saltan, se mecen, entran en paroxismo; su grito se convierte en un suspiro de bienestar, el respiro en jadeo, y acaban por caer. Se dejan caer ante los pies del dios negro al que aman, al que admiran integralmente, de la única forma en que los hombres pueden amar y admirar a Aquel al que han ofrecido lo más caro: sangre.

Hendrik había empezado a bailar con lentitud. Pero... ¿Dónde estaba la ligereza triunfal que el público y los colegas admiraban en él? Había desaparecido; sólo con gran sufrimiento parecía poder mover ahora los pies, sólo sufrimiento que, naturalmente, también suponían placer: así lo confesaban la ensimismada sonrisa de sus labios apretados y su mirada embriagada.

Juliette, por su parte, no tenía intención de bailar. No hacía más que animarle con palmas, gritos toscos y el balanceo rítmico de su cuerpo.

—¡Más rápido, más rápido! ¿Qué tienes hoy en los huesos? ¿Y tú pretendes ser un hombre? ¿Pretendes ser actor y cobrar dinero por dejarte ver? ¡Un cómico pedazo de miseria eres tú!

La fusta restalló sobre las caderas y sobre los brazos. Esta vez los ojos no se le llenaron de lágrimas, permanecieron secos y ardientes. Sólo temblaron sus apretados labios. Y la princesa Tebab le fustigó de nuevo.

Trabajó durante media hora, sin interrupción, como si se tratara de un entrenamiento en serio y no de lo que era, una monstruosa diversión. Finalmente jadeó con violencia. Entró en paroxismo. Su rostro quedó cubierto de sudor. Con dificultad, dijo:

—Estoy mareado. ¿Puedo dejarlo ya?

—Tienes que seguir saltando, por lo menos, un cuarto de hora —dijo ella, consultando el reloj.

Sonó de nuevo la música. Juliette daba frenéticas palmadas. Hendrik intentó otra vez el frenético zapateado. Pero sus atormentados pies se rebelaron dentro de los coquetos zapatos y de los coquetos calcetinitos. Se movió un segundo y luego se quedó inmóvil, quitándose el sudor de la frente con la temblorosa mano.

—¿Qué tonterías son esas? ¿Te detienes sin mi permiso? ¿Dónde se ha visto algo parecido?

Dirigió la roja fusta hacia su cara, y él se retiró justo a tiempo para no recibir el terrible golpe. Hubiera sido demasiado aparecer por la noche en el teatro con un ronchón sangriento desde la frente hasta la barbilla. A pesar del ensimismamiento en que se encontraba, veía con claridad que de ninguna manera podía permitirse una cosa así.

—¡Déjalo! —dijo lacónicamente. Y añadió, mientras se separaba de ella—: Basta por hoy.

Ella comprendió que la broma había terminado. No le contestó nada. Con un suspiro de alivio, le miró mientras se ponía la bata forrada, de seda roja, que por cierto estaba rota en varios sitios, y se echaba luego en la tumbona.

El sofá que utilizaba como cama por la noche estaba cubierto durante el día con paños y cojines de colores. Al lado del canapé se encontraba la lámpara sobre la mesita redonda.

—Apaga la luz y ven conmigo, Juliette —pidió Hendrik, con voz melodiosa y quejumbrosa.

Ella se acercó en medio de la penumbra rosada.

—¡Qué bien! —suspiró cuando ella se detuvo a su lado.

—¿Te ha gustado? —preguntó ella, secamente.

Había encendido un cigarrillo, y le daba fuego a él, que utilizaba para fumar la larga y ordinaria boquilla regalo de Rahel Mohrenwitz.

—Estoy rendido —dijo él.

Al oír esto, ella torció su impresionante boca en una sonrisa bondadosa y comprensiva.

—Estupendo —dijo, inclinándose hacia él.

Hendrik había puesto su ancha, pálida mano cubierta de vello rojizo sobre la brillante rodilla de seda negra. Dijo, soñador:

—¡Qué feas parecen mis manos, tan vulgares, sobre tus maravillosas piernas, cariño!

—¡En ti todo es feo, cerdito: cabeza, pies, manos, todo! —le aseguraba ella con ternura runruneante.

Luego se deslizó junto a él. Se había quitado la chaquetita de piel gris; debajo llevaba una blusa camisera de un tejido de seda brillante, a cuadros rojos y negros.

—Te querré siempre —dijo él rendido—. Eres fuerte, eres pura.

Y miraba sus pechos, duros y puntiagudos, que resaltaban bajo el ceñido fino tejido.

—Lo dices por decir —dijo ella despectiva—. Eso es lo que te imaginas. Algunas personas se tienen que imaginar siempre cosas así, sino se sienten mal.

Él buscaba con sus dedos las suaves y altas botas.

—Pero yo sé que te querré siempre —replicó él, ahora con los ojos cerrados—. Nunca encontraré otra mujer como tú. Tú eres la mujer de mi vida, princesa Tebab.

Ella mecía desconfiada su rostro oscuro, serio, sobre el de él, blanco, cansado.

—Pero a pesar de todo no me dejas ir al teatro cuando actúas.

—A pesar de ello, actúo sólo para ti. Sólo para ti, mi Juliette. De ti tomo mi fuerza.

—No admito que me lo prohíbas. Iré al teatro quieras o no. La próxima vez estaré sentada en el patio de butacas, y me reiré bien alto cuando salgas a escena, mi pedazo de mono.

—¡Eso ni en broma! —dijo él rápidamente. Asustado, abrió los ojos y se incorporó. La visión de su Venus Negra pareció tranquilizarlo. Sonrió, e incluso empezó a recitar:

—*Viens-tu du ciel profond ou sors-tu de l'abime, ó Beauté?*

—¿Qué tontería es ésta? —inquirió ella, impaciente.

—Es de aquel maravilloso libro —le aclaró, mostrando una edición francesa, encuadernada en amarillo, de *Les fleurs du mal*, de Baudelaire, que estaba junto a la lámpara, sobre la mesita.

—No lo entiendo.

Pero él siguió en su éxtasis, recitando:

*Tu marches sur des morts, Beauté, dont tu te moques.  
De tes bijoux l'Horreur n'est pas le moins charmant.  
Et Meurtre, parmi tes plus chères breloques,  
Sur ton ventre orgueilleux, danse amoureusement...*

—¿Cómo puedes mentir de manera tan tonta? —dijo ella, y rozó con sus dedos la boca que hablaba.

Él continuó con tono melancólico:

—Tú no me cuentas cómo has vivido, princesa Tebab. En tu tierra, quiero decir.

—Ya no me acuerdo de nada —dijo lapidariamente.

Después lo besó, quizá sólo para evitar que siguiera haciendo preguntas indiscretas y poéticas: su boca, muy abierta, animal, con los labios oscuros, enormes, y la lengua de color rojo sangre, se acercaba lentamente a la otra boca, ávida, pálida.

Tan pronto como ella separó el rostro, Hendrik siguió hablando:

—No sé si me comprendiste antes, cuando te dije que actúo sólo por ti y para ti.

Mientras él hablaba blanda, soñadoramente, ella acariciaba con diestros dedos su cabello sedoso, sobre cuya palidez proyectaba la lámpara un tenue brillo dorado. No es que tratara su cabello de forma cariñosa, sino más bien parecía que lo estuviera peinando.

—Yo lo decía literalmente —continuó él—. Si a la gente le gusto un poco, si tengo éxito, a ti te lo debo. Verte, tocarte, princesa Tebab: esto es para mí como un tratamiento milagroso... algo magnífico, un alivio incomparable...

—¡Ah! Tú no sabes más que charlar y mentir —dijo con aire maternal—. Eres el mierda más divertido que he visto en la vida.

Para obligarlo a callar, había puesto las manos sobre su rostro; las anchas pulseras tintineaban junto a su barbilla; las palmas de las manos descansaban sobre sus mejillas. Por fin él calló. Colocó la cabeza sobre el cojín como si quisiera dormir. Al mismo tiempo rodeó con sus brazos a la muchacha negra, con el ademán del que busca ayuda. Mientras descansaba muy quieta en su abrazo, ella dejó las manos sobre el rostro de él, como si quisiera impedirle ver la sonrisa tierna e irónica con que lo miraba.

## Capítulo III

### Knorke

La temporada continuaba, y no era mala para el Teatro de los Artistas de Hamburgo. Oskar H. Kroge había sido decididamente injusto al decir que era excesivo pagar mil marcos a Hofgen. Sin este actor y director, la institución no se habría podido mantener; el rendimiento de Hofgen era enorme, y tan incansable como creativo. Él hacía toda clase de papeles, de galán o de carácter. No sólo Miklas tenía motivos para estar celoso de él; también Petersen e incluso Otto Ulrichs podían tenerlos; pero este último estaba ocupado en cuestiones más importantes, y no se tomaba muy en serio las cosas del teatro burgués. Hofgen se ganó los corazones infantiles como el inteligente y hermoso príncipe del cuento de Navidad; las señoras le encontraban irresistible en las comedias de salón francesas y en las obras de Oscar Wilde; los interesados en literatura discutían sobre sus creaciones en *El despertar de la primavera*, como abogado en *Fantasmagoría*, de Strindberg, como Léonce en *Léonce y Lena* de Büchner. Podía ser elegante, pero también trágico. Tenía la sonrisa «canallesca», pero también el rasgo de sufrimiento en las sienes. Encantaba con audaz «esprit», imponía con el mentón señorialmente avanzado, con el tono de mando cortante y con gestos orgullosos y nerviosos; conmovía con su humildad, con su mirada divagante y desvalida, con su suave perturbación de soñador. Era bondadoso o malvado, arrogante o cariñoso, cortante o humillado, según lo exigiese el repertorio. En *Intriga y amor*, de Schiller, representaba alternativamente al mayor Ferdinand y al secretario Wurm —el amante exaltado y el intrigante desalmado— aunque no hubiera sido necesario subrayar su capacidad de transformación de forma tan coqueta. Por la mañana ensayaba *Hamlet*, por la tarde una farsa: *Mieze hace todo*. Estrenaron la farsa la noche de Fin de Año y fue un gran éxito, Schmitz estaba contento; sobre el *Hamlet* Kroge se enfurecía, ya en el ensayo general quería prohibir la representación.

—¡Nunca he permitido tamaña porquería en esta casa! —se indignaba el viejo luchador por el teatro literario—. ¡Hamlet no se liquida como un folletín!

Hofgen lo liquidaba; tenía un aspecto imponente con el traje negro, muy cerrado, con ojos misteriosamente bizcos y rostro sufriente, macilento. La prensa aseguraba en sus críticas que había sido una creación interesante, quizá no muy estudiada, algo improvisada, pero con momentos de gran tensión. Angelika Siebert había hecho de Ofelia, y en cada ensayo se había deshecho en lágrimas; en el estreno apenas podía salir a escena a causa de su llanto. Por cierto, algunos entendidos en cuestiones

teatrales encontraban que su creación había sido la mejor en aquella escenificación dudosa.

Hofgen trabajaba dieciséis horas al día y tenía por lo menos dos ataques de nervios a la semana. Estas crisis empezaban con mucha virulencia y revestían diversas formas. Una vez Hofgen cayó al suelo y se contrajo mucho. En la siguiente ocasión permaneció de pie, pero gritó terriblemente durante cinco minutos, sin interrupción. Otra vez afirmó en el ensayo, ante el estupor de todos, que no podía despegar las mandíbulas, que las tenía anquilosadas y, por tanto, no podía más que murmurar, y efectivamente tan sólo murmuraba. Antes de la representación de noche, en el guardarropa, le pidió a Bock —que aún no había recobrado sus siete marcos y medio— que le hiciera un masaje en la parte inferior de la cara, mientras suspiraba y murmuraba con los dientes apretados. Un cuarto de hora más tarde, en el escenario, sus mandíbulas le obedecían como de costumbre.

Un día que la princesa Tebab no se presentó, lloraba, gritaba y se contraía en convulsiones simultáneamente: fue un ataque terrible. Lo rodeaba, tímida y amedrentada, la compañía, a pesar de que ya estaba acostumbrada a sus números. Al final, la señora von Herzfeld le echó un cubo de agua fría. Por lo demás, Juliette daba a su amigo pocos motivos de queja; llegaba casi siempre puntualmente a su piso para hacer exactamente aquello que de ella esperaba Hendrik, y éste resurgía fortalecido y refrescado, más ocurrente todavía, dominante y endurecido, de estas tardes de diversión. Le decía a Juliette que la quería, que era el centro de su vida. A veces, incluso él se lo creía. ¿Acaso no expiaba él con la Venus Negra su altivez? ¿No pisoteaba su orgullo ante ella? ¿No la amaba de verdad? Podía ocurrir que él diera vueltas a estos pensamientos en el camino a casa desde la H. K. Entonces se decía a sí mismo: «Sí, la quiero, seguro.» Una voz más profunda aún le espetaba: «¿Por qué te mientes a ti mismo?» Pero casi siempre conseguía hacerla enmudecer. La voz profunda callaba. Hendrik podía seguir creyendo que era capaz de amar.

La pequeña Angelika sufría; Hofgen no se preocupaba de ello. La señora von Herzfeld sufría; él la abrumaba con conversaciones intelectuales. Rolf Bonetti sufría por la pequeña Angelika, que permanecía tanto más insensible cuanto mayores eran las insinuaciones de él. El joven enamorado se tenía que consolar con Rahel Mohrenwitz; pero lo hacía en contra de su voluntad y sin que desaparecieran de su cara los gestos de repugnancia. Hans Miklas odiaba—, pasaba hambre si la Efeu no le regalaba bocadillos; hablando de política con sus amigos, despotricaba de marxistas, judíos y siervos de judíos; ensayaba con dureza, le daban pequeños papeles y bajo sus pómulos los hoyos eran cada vez más negros.

Otto Ulrichs estaba también cada vez más metido en política. Precisamente, ante sus compañeros le resultaba penoso el hecho de que hubiera que aplazar la inauguración del Teatro Revolucionario. Hofgen encontraba cada semana una nueva

excusa. A menudo Ulrichs llevaba aparte a su amigo, después del ensayo, para suplicarle:

—Hendrik, ¿cuándo empezamos?

Entonces Hofgen comenzaba a hablar, rápida y apasionadamente, de la abyección del capitalismo, del teatro como instrumento político, de la necesidad de una acción vigorosa, bien estudiada, de carácter político-artístico, para terminar prometiendo que, inmediatamente después del estreno de *Mieze lo hace todo*, empezarían los ensayos para el Teatro Revolucionario.

Pasó, sin embargo, el estreno de fin de año. Pasaron también muchos otros estrenos. La temporada llegaba a su fin, casi había terminado: del Teatro Revolucionario sólo existía el bonito papel de cartas con que Hofgen mantenía una correspondencia viva y variada que tenía como interlocutores a destacados autores de convicciones socialistas. Cuando Otto Ulrichs suplicó y apremió de nuevo, Hendrik le explicó que, desgraciadamente, y como consecuencia de fatales circunstancias, para aquella temporada se había hecho demasiado tarde: había que esperar hasta el otoño siguiente. Esta vez el gesto de Ulrichs se oscureció, pero Hendrik puso el brazo sobre el hombro del amigo y compañero de ideología y le convenció con su voz irresistible, que primero cantaba y se estremecía, para hacerse después cortante y enérgica mientras Hofgen condenaba la decadencia de la burguesía y alababa la solidaridad internacional del proletariado. Ulrichs se dejó conformar. Se separaron con un largo apretón de manos.

En esta época se estaba preparando la última novedad de la temporada: Hendrik iba a hacer el protagonista de la comedia *Knorke*, de Theophil Marder. La obra de Marder, una dramática crítica social, tenía mucha fama; todos los entendidos alababan su forma, de características profundamente personales, su efectismo infalible sobre el escenario y su maldad despiadada, intelectual. Para el estreno vendrían críticos de Berlín. También se esperaba al autor, y no sin nerviosismo, pues el alto concepto en que Marder se tenía a sí mismo era tan conocido como su gesticulante impertinencia y su tendencia a las disputas gratuitas, pero fuertes y duraderas.

A pesar de ese miedo, Hofgen se alegraba de la presencia del famoso dramaturgo; prácticamente no tenía la menor duda de que su interpretación causaría gran efecto al perspicaz y experimentado autor. «Tengo que estar muy bien en *Knorke*», se prometía Hendrik a sí mismo.

Para poder dedicarse por entero al papel, Hofgen dejó la dirección escénica a Kroge, especialista en las comedias de Marder. *Knorke* pertenecía a un ciclo de obras satíricas que mostraba con ironía a la burguesía alemana durante el reinado de Guillermo II. El héroe de la comedia era un advenedizo que, con el dinero ganado cínicamente gracias al constante brío de su propio ser y a una inteligencia sin

escrúpulos, rastrera y consciente, conquista poder e influencia en los más altos niveles. Knorke era grotesco, pero a la vez imponente. Representaba el tipo burgués, cursi de altos vuelos, vital, totalmente divorciado del espíritu. Hofgen se prometía estar magnífico en este papel. El personaje poseía su mismo acento cruel y cortante y, en algún momento, su desamparo. Todo lo llevaba él consigo: la grandeza de porte y gestos, cruelmente hábil, de quien hace caer a todos para elevarse sólo él; el gesto demacrado, fijo, casi heroico del poseso de ambición, y hasta la mirada de espanto por su propia ascensión, que es demasiado fraudulenta y podría acabar de modo insospechado. Sin lugar a dudas. Hofgen causaría sensación en este papel.

Su compañera, la esposa de Knorke, es tan poco escrupulosa como él, aunque más débil, porque ama: ama a Knorke. Su compañera en la genial comedia iba a ser una muchacha especialmente recomendada por Marder en cartas enérgicas y casi iracundas. Nicoletta von Niebuhr tenía aún poca experiencia teatral, sus actuaciones habían sido escasas y siempre en ciudades pequeñas, pero era una criatura tan segura de sí misma, que casi intimidaba. Marder, intransigente, había amenazado al pobre Oskar H. Kroge con el peor de los escándalos si la dirección del Teatro de los Artistas no contrataba a la señorita von Niebuhr para un papel principal... Kroge, que se achicaba y amedrentaba ante la agresividad verbal del dramaturgo, dejó a Nicoletta actuar en *Knorke* como actriz invitada. Ella se presentó con muchas maletas de charol rojo, un sombrero negro de caballero, de ala ancha, un abrigo de plástico rojo fuego, una gran nariz aguileña y brillantes ojos de gato bajo la amplia y bella frente. Todos constataron inmediatamente que tenía una gran personalidad: así lo dijo la Motz en la H. K., con voz emocionada por el respeto, y nadie le llevó la contraria, ni siquiera Rahel Mohrenwitz, que estaba profundamente disgustada por la llegada de la nueva; en efecto, Nicoletta era también una dama joven demoníaca, aunque no necesitara ni del monóculo ni del estrafalario peinado para demostrárselo al mundo.

Rolf Bonetti y Petersen discutían sobre si cabría calificar a Nicoletta de bella. El entusiasta Petersen la encontraba «sencillamente deslumbrante»; en cambio, el cauteloso entendido Bonetti sólo la consideraba «interesante».

—Con esa nariz, no se puede hablar de belleza —dijo, despectivo.

—Pero sus ojos son maravillosos —contestó Petersen, después de comprobar que la Motz no estaba en las cercanías—. ¡Y qué apostura! Casi diría que majestuosa.

Fuera, ante sus ojos, pasó Nicoletta del brazo de Hendrik, cosa que llamó inmediatamente la atención. Su cabeza, con la atrevida nariz, la mirada resplandeciente y la ancha frente, semejaba la de un jovencito del Renacimiento. Así lo observó con tristeza la señora von Herzfeld, que seguía celosa a la pareja. Nicoletta caminaba muy erguida. Sus labios, pintados de color vivo, articulaban las palabras con cortante precisión; cada frase tintineaba por su meticulosidad: pronunciaba las vocales muy avanzadas, lo que hacía que sonaran limpias y lisas, sin perderse ni una

consonante; el giro más vulgar se convertía en una exhibición de buena dicción.

En aquellos momentos Nicoletta estaba explicando, con cuidado demoníaco, que ella era ambiciosa y, si fuera necesario, también intrigante.

—Naturalmente, querido —le decía con laconismo a Hofgen, al que conocía desde un par de horas antes— Todos queremos salir adelante. Hay que saber utilizar los codos.

Hendrik, que miraba su perfil, pensaba si en esos momentos era sincera o se trataba de una pose. Era difícil de precisar. Quizás este cinismo tan radicalmente decidido era la máscara tras la que se escondía un rostro diferente. Pero, ¿quién podría asegurar que esta otra cara oculta poseía también una nariz tan atrevida y unos labios tan dibujados como el gesto que ahora mostraba con orgullo?

Hendrik no podía ocultarse a sí mismo que la mujer que iba a su lado le impresionaba. Sin duda era la primera mujer a la que había mirado con interés desde que conocía a Juliette. Ese mismo día se lo confesó a la Venus Negra, de la que recibió terribles golpes, que esta vez no tuvieron su origen en el ritual, porque así eran las reglas del juego, sino en la convicción y la pasión auténticas; la princesa Tebab se había disgustado. Hendrik sufrió, suspiró, disfrutó y, finalmente, aseguró a la princesa que seguiría siendo su auténtica señora y amada. Pero cuando volvió a ver a Nicoletta le fascinaron de nuevo su forma cortante de hablar, su mirada fulgurosa y penetrante y su postura contenida con orgullo.

Sus piernas no eran realmente bonitas, sino más bien gruesas, pero las mostraba, enfundadas en medias de seda negra, de forma triunfal, que impedía cualquier duda sobre su belleza, al modo como Hendrik sabía mover sus manos dando la sensación de que eran alargadas, finas y góticas. Nicoletta cruzaba las piernas, miraba deslumbradora, sonreía misteriosamente y se subía la falda por encima de la rodilla. Hendrik se daba cuenta de que todo eso formaba parte de una actuación, y precisamente por ello le encantaba. Por cierto, no le era muy difícil imaginar estas piernas, de las que ya se había prendado hasta el entendido Bonetti, enfundadas en botas de caña alta color verde, circunstancia que añadía atractivo a la muchacha. Hendrik bajó la cabeza y dejó vagar sus ojos ávidos. Nicoletta le gustaba.

También le gustaba lo que ella le confiaba, con expresiones precisas, sobre su origen y su pasado. Proviendo como provenía de medios burgueses, a él le fascinaba lo excéntrico, lo dudoso y aventurero. Nicoletta le contaba que no había conocido a sus padres.

—Mi padre era un estafador —decía con la cabeza alta, contenta y orgullosa—; mamá fue bailarina en la Ópera de París: era muy tonta, según tengo entendido, pero tenía unas piernas divinas —miró retadoramente las suyas, de las que presumía como si también lo fueran—. Papá fue Un genio. Siempre supo vivir a lo grande. Murió en China, donde dejó diecisiete casas de té y enormes deudas. El único recuerdo que me

queda de él es su pipa de opio.

En su habitación del hotel mostró a Hendrik aquella reliquia. Luego, con una corrección tras la que se podía presumir algo diabólico, le preguntó si quería té o café. El encargo se lo hizo al camarero por teléfono, como si se tratara de una sentencia terrible, proclamada con una helada falta de compasión. Después siguió contando extensamente cosas de su juventud.

—Aprender, no he aprendido mucho —dijo—. Pero sé caminar sobre las manos, correr sobre una bola en movimiento y gritar como una lechuza.

Su manual era la muy recomendable revista *La Vie Parisienne*. Creció en parte en varios escogidos internados franceses, de los que era expulsada en seguida por su terrible falta de educación, y en parte en casa del académico Bruckner, al que designaba como amigo de infancia de su padre.

Hofgen ya había oído hablar del académico Bruckner. Las obras del historiador eran famosas, pero Hendrik no las había leído. Con todo, sabía que la posición del académico era tan destacada como desacostumbrada. Aquel investigador y pensador no sólo era una de las figuras más controvertidas del mundo cultural alemán y europeo, sino que también se le atribuían influyentes relaciones en los círculos políticos. Se sabía de su amistad con un ministro socialdemócrata; por otro lado, tenía relaciones con el ejército, pues su difunta esposa era hija de un general. La gira de conferencias que realizó por la Unión Soviética fue motivo de muchos comentarios. En aquella época la prensa nacionalista inició contra él una campaña difamatoria. Desde ese momento se constató con amargura que la visión de la historia de Bruckner estaba impregnada de conceptos marxistas. También sucedió que los estudiantes lo abuchearon cuando entró en su cátedra. Su fama universal y su postura tranquila, de superioridad, hicieron que se calmaran sus nervios. Bruckner salía victorioso de los escándalos. Seguía siendo intangible.

—El viejo es maravilloso —dijo Nicoletta de él—. Él sí que entiende algo sobre los seres humanos; hacia papá, por ejemplo, sentía mucho apego. Por eso a mí siempre me lo consentía todo, y yo, por mi parte, era paciente soportando su delicado aburrimiento.

La mejor amiga de Nicoletta, casi su hermana, era Barbara, la hija de Bruckner.

—Una criatura bellísima... ¡y tan buena!

La mirada de Nicoletta se ablandó mientras decía esto; pero no pudo prescindir de la pronunciación tintineante y exacta.

Para el estreno de *Knorke* no sólo se esperaba a Theophil Marder, sino también a Barbara.

—Siento curiosidad, ¿te gustará? —preguntó Nicoletta a Hendrik— Quizá no te haga mucha gracia, pero hazme el favor de ser simpático con ella. Es algo tímida —aclaró Nicoletta, haciendo resonar las vocales.

Barbara Bruckner llegó el día del gran estreno; Marder lo hizo por la tarde en el rápido de Berlín. Hofgen conoció a Barbara mientras se tomaba un coñac en la cantina, poco antes de la representación. Nicoletta hablaba con claridad modélica y voz chillona:

—Esta es mi mejor amiga, Barbara Bruckner —e hizo un gesto ceremonioso bajo la capa plisada.

Hendrik estaba demasiado excitado como para mirar con atención a la muchacha. Acabó apresuradamente su coñac y desapareció. En el camerino encontró dos grandes ramos de rosas: lilas blancas de Angelika Siebert y rosas de un suave color amarillo té de la Herzfeld. Para asegurarse el beneplácito del cielo con una buena obra, dio al pequeño Bock, que antes de un estreno siempre tenía aspecto lloroso, una moneda de cinco marcos, con lo que la deuda de siete marcos y medio no quedó aún saldada.

El estreno de *Knorke* transcurrió brillantemente: las mordaces escenas de Marder pegaron fuerte. El ritmo ascendente del diálogo provocaba risas en el público, en parte preocupadas, en parte felices; pero sobre todo entusiasmó la compenetración exacta, patética, perfecta desde cualquier punto de vista, entre Hofgen y la nueva actriz, Nicoletta von Niebuhr, que actuaba como «estrella invitada». Después del segundo acto tuvieron que salir varias veces a saludar a la animada sala. En el entreacto apareció Theophil Marder en el camerino de Hofgen. Nicoletta lo acompañaba.

La mirada intranquila pero inquisitiva de Marder analizó todos los objetos del camerino, para fijarse después en el propio Hendrik, que estaba sentado ante el espejo, agotado. Nicoletta, en respetuoso silencio, permaneció de pie junto a la puerta. Tras larga pausa, dijo Marder con penetrante voz de mando:

—¡Da usted un tipo despampanante!

Sus ojos, que escrutaban cruelmente, no se separaban del rostro bellamente maquillado de Hendrik.

—¿Está usted satisfecho, señor Marder?

Hofgen intentaba encantar al autor satírico con miradas fulgurosas y sonrisa fatigada. Pero Theophil dijo: —En fin..., y añadió, con descaro:

—En fin... Señor... Perdón, ¿cómo se llama?

Hendrik se sintió ofendido; a pesar de ello, le dijo su nombre con su característica voz cantarina, conquistadora. A lo que Marder contestó:

—Hendrik, Hendrik, un nombre divertido, hay que reconocerlo, muy divertido —lo dijo con tanta ironía, que Hendrik notó que una sensación de frío le corría por la espalda—, ¡Hendrik! ¿Por qué Hendrik? ¡Pero, claro, en realidad se llama usted Heinz! —exclamó el escritor, con una alegría que daba miedo—. ¡Se llama realmente Heinz, pero se hace llamar Hendrik! ¡Ja, ja, ja, qué chistoso!

Reía con voz penetrante, cordial, prolija. Hofgen, estremecido por tanta

clarividencia, se había puesto pálido bajo la rosada máscara y temblaba. Nicoletta, sin inmiscuirse, miraba a uno y otro con sus ojos gatunos, brillantes. Theophil se puso de nuevo serio. Parecía reflexionar; movía ininterrumpidamente los azulados labios bajo el negro bigote. El nervioso juego de sus labios recordaba, de forma misteriosa, el sorber ávido de ciertas plantas carnívoras o el respirar de la boca de un pez. Finalmente dijo:

—Pero es usted un tipo despatarrante, un talento loco. Lo huelo, tengo un olfato muy fino para estas cosas. Hablaremos. Comeremos juntos. ¡Ven, niña!

Tomó a Nicoletta del brazo y abandonó el camerino. Hofgen quedó allí, profundamente consternado.

No se rehízo del todo hasta que estuvo de nuevo en el escenario, bajo los focos. En el tercer acto superó todo cuanto hasta entonces había mostrado en lo que se refería a su ardoroso ímpetu. Cuando cayó el telón, el auditorio hervía de entusiasmo. Nicoletta estrechó a Hofgen entre sus brazos llenos de flores y dijo:

—Theophil ha encontrado de nuevo la palabra exacta: ¡eres realmente un tipo despatarrante!

Kroge se acercó para pronunciar unas palabras de agradecimiento. Aseguraba a la señorita von Niebuhr que sería un placer seguir trabajando con ella; que se pasara al día siguiente por su oficina para discutir las condiciones. Nicoletta adoptó una expresión alevosamente correcta, hizo una reverencia solemne y expresó, con agudas palabras, su contento por la decisión del director.

Theophil Marder había invitado a las dos jóvenes y al actor Hofgen a cenar en un restaurante muy caro, más bien burguesamente sólido que mundano. Hendrik no había estado nunca en él, lo que dio pie a Marder para afirmar que ésta era la única «tasca» en Hamburgo donde servían una comida decente, alimentos sólidos, con buen estilo y a la antigua usanza, si se podía dar crédito a las palabras del dramaturgo: «Por todas partes no hay más que grasa rancia y asados malolientes, pero aquí vienen finos caballeros de edad que todavía saben vivir; la carta de vinos es también muy escogida.»

Era cierto. En el salón poblado de mesas marrones y de cuyas paredes colgaban escenas de caza y bellos tapices, no había más que personas de edad con aspecto de poseer grandes capitales. Y más digno todavía que todos ellos parecía el *maitre*: en el respeto con que anotó el encargo de Theophil se intuía algo irónico. Marder propuso empezar con langostas.

—¿Qué le parece, estimado Hendrik? —preguntó al actor, con aquella corrección alevosa que Nicoletta tal vez había aprendido de él.

Hendrik no tenía nada que objetar. Por lo demás, se sentía algo inseguro y desconcertado en aquel señorial restaurante. Le parecía como si el camarero hubiera tasado con menosprecio su smoking, lleno de manchas y, en algunos lugares, muy

rozado. Bajo la mirada calculadora del elegante camarero, Hendrik se sintió consciente, superficialmente pero con fuerza, de su convicción revolucionaria. «Mi puesto no está en un local como éste, para explotadores capitalistas», pensaba, iracundo, mientras le llenaban la copa de vino blanco. Ahora lamentaba haber aplazado la apertura del Teatro Revolucionario. Marder le había decepcionado. El crítico de la sociedad burguesa, clarividente, sin compasión, peligroso, se descubría a sí mismo al estar sentado frente a él, cara a cara, como persona de sospechosas tendencias reaccionarias. Tenía una ronca voz de mando, una mirada pérfida, llevaba un traje de confección demasiado perfecta y una corbata elegida con cuidado; y de las langostas, que ya estaban sobre la mesa, elegía las mejores con conocimiento de causa. ¿No tenía mucho en común con aquellas figuras a las que criticaba irónicamente? Ahora alababa los buenos tiempos pasados de su juventud, con los que no se podían comparar estos de ahora, superficiales y degenerados. Y mantenía continuamente sus ojos fríos, inquietos, ávidos, sobre Nicoletta, la cual no sólo movía sinuosamente la boca, sino también el cuerpo dentro del traje de noche de brillo metálico. Barbara estaba silenciosa.

Hendrik, asqueado por el provocativo flirteo de Nicoletta con Marder, o quizá simplemente celoso, dedicó su atención a Barbara. Entonces se dio cuenta: lo había estado observando inquisitivamente. Hofgen se asustó. Se asustó porque en su fuero interno encontraba a Barbara revestida de un atractivo que jamás advirtiera en ninguna otra mujer. Había conocido todo tipo de mujeres, pero nunca una como ésta. Mientras la miraba, recordaba en un resumen rápido, pero exacto, como si se dispusiera a correr un velo sobre un pasado sucio, a todas aquellas criaturas con las que había tenido relación. Les pasó revista para reprobarlas a todas: las vigorosas y alegres renanas, que le habían introducido sin mucho aparato, sin mucho refinamiento, en la áspera realidad del amor; damas maduras, pero firmes, amigas de Bella, su madre; jóvenes, pero en absoluto delicadas, amigas de su hermana Josy; las expertas prostitutas berlinesas y las no menos aplicadas de provincias, que solían hacer aquellos servicios especiales que él exigía, y que le hicieron perder el gusto por otros placeres menos fuertes, menos particulares; las colegas, arregladas artísticamente, expertas y siempre complacientes, a las que sólo en contadas ocasiones concedía su favor y que se tenían que conformar más bien con su camaradería caprichosa, unas veces cruel, otras seductoramente coqueta; la bandada de admiradoras tímido— juveniles, patético-sombrías o irónico-inteligentes. Todas se presentaban de nuevo, mostraban su rostro, su figura, para retirarse, diluirse, hundirse frente a la recién descubierta naturaleza de Barbara. La propia Nicoletta, la hija del aventurero, la fascinante conversadora, cayó también: resultaba casi cómica con toda su depravación y exactitud. Hendrik renunció a ella, abandonó su interés por ella. Pero ¿qué es lo que no habría abandonado en aquel momento llevado por el destino,

decisivo y dulce? Mientras miraba a Barbara ¿no estaba traicionando por primera vez a Juliette, la sombría amante, a la que había llamado centro de su vida y gran fuerza en la que se renovaban y descansaban sus propias fuerzas? Nunca hubiera engañado seriamente a Juliette con Nicoletta, cuyas piernas tan bien se imaginaba dentro de las verdes botas de caña alta; hubiera sido, en el mejor de los casos, un sustitutivo de la Venus Negra, nunca su contrincante. La contrincante estaba ahora allí, sentada, y había estado observando inquisitivamente a Hendrik, mientras él charlaba con Marder y Nicoletta. Como él la miraba ahora fijamente, no con desvío seductor ni con centelleos enigmáticos, sino con la auténtica emoción que le deja a uno desvalido, ella bajó los ojos y giró la cabeza hacia un lado.

Su sencillo traje negro, en el que un entendido apreciaría la hechura de modista casera, que se completaba con un cuello duro y blanco, como uniforme de colegio, dejaba ver el cuello y los delgados brazos. El delicado y perfecto óvalo de su rostro era pálido. El cuello y los brazos tenían el tono moreno, dorado brillante del matiz maduro y suave, muy noble, que tiene la manzana que ha adquirido su aroma durante un largo verano. A Hendrik le costó localizar ese color, que le impresionaba todavía más que el aspecto de Barbara. Recordó los retratos de mujer pintados por Leonardo, y se emocionó al pensar en tan elevados objetos mientras Marder presumía de su conocimiento de viejas recetas francesas; sí, en determinados cuadros de Leonardo estaban esos colores de piel lisos, suaves, frágiles y delicados; también los tenían algunos de sus jovencitos, que levantaban el brazo amoroso en la oscuridad llena de sombras. Jóvenes y madonas de antiguos cuadros poseían una belleza semejante.

La visión de Barbara hizo, pues, que entusiasmado Hendrik pensara en jóvenes y madonas. Los muchachos formados según los cánones clásicos tenían esa bella delicadeza de miembros; las madonas tenían esos rostros. Así se abrían esos ojos, exactamente como Barbara lo hacía ahora: ojos bajo largas pestañas, negras y rizadas, pero naturales; ojos de un vivo color azul oscuro, casi negros. Barbara Bruckner tenía unos ojos así, que miraban serios, inquisitivos, con curiosidad amistosa y a veces casi picara. Todo su rostro tenía rasgos picaros: no expresaba llanto ni súplica como los de las madonas, sino más bien astucia. Los labios grandes, húmedos, sonreían ensimismados, pero no sin gracia. En aquella cabeza soñadora de mujer ponía una nota graciosa el moño, de abundante cabello rubio ceniza, al estar un poco ladeado sobre la nuca. La raya, por el contrario, estaba exactamente en el centro.

—¿Por qué me mira así? —preguntó Barbara finalmente, ya que Hendrik no retiraba la vista de ella.

—¿No me lo permite? —preguntó a su vez Hendrik en voz baja.

Ella dijo con jovial coquetería, tras la que se escondía su timidez:

—Si le divierte...

A Hendrik le pareció que su voz era literalmente un placer para el oído, como el

color de su rostro lo era para los ojos. También su voz parecía impregnada de un tono maduro y suave. También ella resplandecía, con un preciado brillo oscurecido. Hendrik la escuchaba ahora con el mismo fervor con que antes la había mirado. Le hacía preguntas para que siguiera hablando. Quería saber cuánto tiempo pensaba quedarse en Hamburgo. Ella dijo, mientras aspiraba el humo de su cigarrillo con la poca destreza propia de la falta de costumbre:

—Mientras Nicoletta actúe aquí. Depende del éxito de *Knorke*.

—Ahora me alegro de que el público haya aplaudido tanto esta noche —afirmó Hendrik—, Creo que también tendremos buenas críticas.

Se informó sobre sus estudios. Nicoletta había mencionado que Barbara iba a la Universidad. Ella habló de Sociología, de Historia.

—Pero todo lo hago muy irregularmente —dijo, ensimismada y algo burlona.

Y puso los codos sobre la mesa, apoyando la cara en las manos delgadas, morenas. Un observador menos benevolente que Hendrik en aquellos momentos habría calificado sus movimientos, que a él le parecieron deliciosamente tímidos y bellos, de torpes y casi groseros. La rigidez de su postura traicionó a la joven dama de provincias, a la poco desenvuelta hija del profesor, y realzó el contraste con la inteligente, alegre sinceridad de su mirada. Poseía la inseguridad de la persona amada y mimada en un medio limitado, pero que fuera de éste tiende a tener complejo de inferioridad. En presencia de Nicoletta, sobre todo. Barbara parecía estar acostumbrada a desempeñar un papel secundario. Por eso estaba contenta y un poco divertida de que un actor maravilloso, Hendrik Hofgen, se dedicara tan abiertamente a ella, y continuó la conversación sin disgusto.

—Hago un montón de cosas —dijo pensativa—, en especial dibujo... He hecho algunos decorados para teatro.

Esta fue una palabra clave para Hendrik: reavivó la conversación. Con celo y un pálido rubor en sus mejillas, habló él de las transformaciones en el estilo de los decorados, de todo lo que quedaba por descubrir en este campo y de todo lo que se podía recobrar. Barbara escuchaba, contestaba, miraba inquisitivamente, sonreía, movía con conmovedora torpeza los brazos, su voz sonaba bromista y ensimismada al contestar con conocimiento, sensatamente.

Hendrik y Barbara hablaban bajo, absortos, con tono íntimo. Entre tanto, Nicoletta y Marder se miraban seductoramente. Los dos utilizaban todas sus artes. Los bellos ojos gatunos de Nicoletta estaban más relucientes que nunca; la perfección de su lenguaje adquiría un carácter triunfal. Entre los labios pintados de vivo color, resaltaban al reírse o hablar los pequeños dientes. Por su parte, Marder daba suelta a todos los fuegos de artificio de su ingenio. Su boca móvil, convulsiva, cuyo color azulado no parecía muy sano, hablaba casi ininterrumpidamente. Por cierto que Marder tendía a decir siempre las mismas cosas, con gran afecto. Insistía sobre todo,

con cabezonería apasionada, en que la época actual, de la que él era el más atento y calificado juez, resultaba la peor de todas las imaginables, la más degradada, la menos esperanzadora. No había en ella ningún movimiento espiritual, ninguna tendencia general, ninguna realización especial que hubiera podido hacer valer sus derechos. Marder opinaba que en ella faltaban ante todo personalidades; él, Marder, era la única, y un día llegaría en que todos lo tendrían que reconocer. Lo desconcertante era que el observador y juez de la decadencia europea no opusiera a este desconsolador presente la imagen de un futuro que fuera tan deseable. Como para rechazar lo existente, sino que para denigrar el presente alababa un pasado que él mismo había liquidado irónica y críticamente. La febrilmente animada Nicoletta no estaba en condiciones de maravillarse de nada; si no, se habría sorprendido al ver que precisamente el hombre que se llamaba a sí mismo «el clásico crítico de la época burguesa», elevaba a la condición de figuras ideales a oficiales del antiguo ejército alemán y a industriales renanos que conjugaban con éxito una intachable disciplina y una resuelta personalidad. El antiguo burlón, cuyo radicalismo, autocrático pero sin dirección espiritual, había caído y degenerado en lo reaccionario, proclamaba con estridentes alabanzas las cualidades físicas y morales de los generales prusianos y se burlaba, con la nerviosa voz de un sargento, de la debilidad vacilante de la raza actual.

—¡En ninguna parte hay casta! ¡En ninguna parte disciplina! —gritó en voz tan alta y furiosa que los caballeros sentados ante sus botellas de exótico vino tinto volvían hacia él las cabezas, sorprendidos. También las mujeres habían perdido la disciplina, afirmaba el exaltado Marder. Ya no entendían el amor, de cada donación hacían un negocio; al igual que los hombres, se habían vuelto superficiales y vulgares. Aquí Nicoletta rió de forma tan retardora que él se vio obligado a decir:

—Naturalmente, hay excepciones.

Después continuó protestando. Llegó al extremo de afirmar que los hombres alemanes habían perdido todo sentido del orden y del respeto desde que había desaparecido el servicio militar obligatorio. Hoy, en una democracia destartada, todo era falso, un fraude montado por la publicidad.

—Si fuera de otra manera —preguntó Marder amargado—, ¿no tendría que ser yo el primer hombre en el Estado? Por la increíble fuerza y la competencia de mi cerebro ¿no estaría llamado a decidir todos los asuntos vitales de la vida pública? Mientras que ahora, como se ha perdido todo instinto y medida para la verdadera clase, mi voz no es más que la mala conciencia pública, casi desoída.

Sus ojos lanzaban llamas, su rostro enjuto, cuya palidez contrastaba con la negrura del bigote, estaba desfigurado. Para calmarlo, Nicoletta le recordó que ningún otro autor vivo era tan representado como él. Entonces él sonrió, ligeramente satisfecha su vanidad. Pero a los pocos segundos se ensombreció de nuevo.

Repentinamente preguntó a gritos a Hendrik Hofgen, que estaba muy abstraído en su conversación con Barbara:

—¿Ha hecho Vd. el servicio militar?

Hendrik, sorprendido por la pregunta, volvió hacia él, silencioso, el rostro perplejo. Marder exigió:

—Conteste, señor.

—No, claro que no... Gracias a Dios... —consiguió decir Hendrik con una ligera sonrisa.

Entonces Marder rió triunfante:

—Otra vez lo que dije antes. ¡Ni disciplina ni personalidad! ¿Acaso tiene usted disciplina, señor? ¿Es usted tal vez una personalidad? ¡Todo oropel, un sucedáneo, villanía se mire donde se mire!

Esto fue una impertinencia, y Hendrik no sabía cómo reaccionar. Sentía que le afloraba la ira; por las damas presentes y porque le imponía la fama de Marder, decidió evitar el escándalo. Experimentó la certeza de que el escritor estaba enfermo de los nervios. ¡Qué cambio tan sorprendente y perturbador se produjo entonces en Marder! Su voz adquirió tono de horror y sus ojos un aire profético:

—Todo terminará de forma espantosa —dijo en un murmullo.

¿Qué lejanías o qué profundidades veía ahora su mirada, que en un momento tomó una fuerza terriblemente penetrante?

—Va a ocurrir lo peor —prosiguió—, pensad en mí, hijos, cuando llegue. Yo lo he previsto, lo he predicho. Este tiempo es la podredumbre, apesta. Pensad en mí: yo lo he oído. A mí no se me engaña. Yo siento la catástrofe que se avecina. No va a tener parangón. Va a devorar a todos, y por nadie habrá que lamentarse, excepto por mí. Todo lo que está en pie explotará. Está podrido. Yo lo he sentido, comprobado y rechazado. Cuando caiga nos va a enterrar a todos. Lo siento, hijos, pues vosotros no vais a poder vivir vuestra vida. Yo, en cambio, he tenido una vida hermosa.

Theophil Marder tenía cincuenta años. Había estado casado tres veces. Había tenido enemigos y había sido objeto de burla; había conocido el éxito, la fama y la riqueza.

Como él callaba y sólo respiraba con fuerza, en silencio, los demás callaban también; Nicoletta. Barbara y Hendrik habían bajado los ojos.

Marder cambió radicalmente el ambiente. Llenó las copas de costoso vino meridional y se mostró encantador. A Hofgen, al que había ofendido unos momentos antes, le cumplimentó por su capacitada actuación.

—Sé muy bien —dijo altanero— que el papel es magnífico, que mi diálogo está inigualablemente salpicado de ingenio. Pero las figuras lamentables que hoy día se llaman actores, consiguen que resulten absolutamente aburridas hasta mis obras. Usted, Hofgen, tiene por lo menos una idea clara de lo que es teatro. Entre los ciegos,

usted destaca como el tuerto. ¡Salud!

—Parece que no lo pasa mal con nuestra Barbara —añadió, alegre, dirigiéndose al actor.

Barbara recibió la mordaz insinuación con una mirada seria. Hendrik vaciló antes de brindar con Theophil. Encontró impropio la manera de hablar del escritor al referirse a la maravillosa Barbara. Parecía como si Marder, que presumía ostentadamente no sólo de su conocimiento sobre vinos y salsas, sino también de su certero instinto para reconocer el valor de una mujer, ignorara la presencia de Barbara. Sólo tenía ojos para Nicoletta, la cual, por su parte, evitaba cuidadosamente contestar a la mirada tierna y preocupada que Barbara le dirigía de cuando en cuando.

Para los dulces Marder había pedido champaña, que el fino camarero servía en aquel momento. Era ya más de medianoche; el aristocrático local, donde ya no quedaba nadie aparte aquellos cuatro especiales clientes que eran ellos, normalmente habría cerrado ya sus puertas; pero Marder había dado a entender a los camareros que tendrían una buena propina si prolongaban su servicio un poco más de lo normal. El gran satírico, la conciencia vigilante de una civilización acabada, mostraba ahora su talento para la diversión intrascendente. Contaba chistes de ambiente familiar prusiano y judeo-oriental. De vez en cuando miraba a Nicoletta y observaba:

—¡Magnífica muchacha! ¡Persona disciplinada! ¡Una cosa muy rara hoy!

O miraba a Hofgen y decía, divertido:

—¡Este llamado Hendrik! ¡Un tipo sensacional! ¡Un fenómeno colosal, divertido!  
¡Me encanta, me lo tengo que apuntar!

Hendrik lo dejaba hablar, presumir, irradiar. Le concedía cualquier triunfo. No tenía las más mínimas ganas de hacerle la competencia. ¡Que dominara aquella mesa! El se reía, alegre, con sus chistes. El placer que le producía a Hofgen la situación era delicado y original: ante el pronunciado buen humor de Theophil se sentía él mismo tranquilo y educado, lo que le sucedía muy raras veces. Y tranquilo y educado quería aparecer ante Barbara, que seguramente no valoraba mucho el estilo ruidoso de Marder. Hendrik sentía que la mirada examinadora de Barbara manifestaba una curiosidad llena de simpatía. Le parecía que le gustaba a la muchacha. Las más bellas esperanzas llenaron su emocionado corazón.

Se separaron tarde, de un humor excelente. Hendrik recorrió a pie el camino hacia su casa. Siguió pensando en Barbara. Sentir un enamoramiento puro era algo totalmente nuevo para él, y ese sentir se vio reforzado por los efectos de las selectas bebidas alcohólicas de la cena. «¿Cuál es el secreto de esta muchacha?», pensaba arrobado. «Creo que es el secreto de la perfecta decencia. Es la muchacha más correcta que he conocido en mi vida. Es también la persona más natural que jamás haya visto. Podría ser mi ángel bueno.»

Se paró en medio de la calle, la oscuridad era suave y olía agradablemente.

Llegaba el verano. Ni se había dado cuenta de que había habido primavera. Y ahora era ya casi verano. Su corazón se conmovió por una felicidad que nunca había conocido, para la que no se encontraba preparado por ningún suave ejercicio.

«Barbara será mi ángel bueno.»

Hendrik estaba aterrorizado ante su próximo encuentro con la princesa Tebab. Tenía que pedir a la maestra de baile que no volviera a aparecer por su casa. Le obligaba a esta decisión su nuevo, elevado sentimiento por otra muchacha. Pero sufría ya ante el pensamiento de no poder ver más a Juliette, y además tenía miedo de su previsible arranque de ira. Cuando se encontró frente a ella para aclararle la nueva situación con tranquilidad, su voz temblaba, no lograba que le saliera la sonrisa canallesca; más aún, se ponía alternativamente pálido y encarnado, y gruesas gotas de sudor cubrieron su frente. Juliette saltó, amenazó, gritó que a ella no se la despedía como a una cualquiera, que le iba a arrancar los ojos a esa señorita Nicoletta, porque por su culpa se le exigía irse. Hendrik, que se había hecho a la idea de volver a ver la fusta, le pidió que se tranquilizara y subrayó que la señorita von Niebuhr no tenía nada que ver en el asunto.

—Tú me dijiste que yo era el centro de tu vida y otras tonterías semejantes —refunfuñó la princesa Tebab.

Hendrik se mordió los pálidos labios e intentó disculparse.

—¡Has mentido! —gritó la hija de príncipes—. Yo creí siempre que sólo te mentías a ti mismo, pero no, me has mentido también *a mí*. Nunca se llega a saber lo malvados que son los hombres.

Su voz chillona y su gesto expresaban drásticamente disgusto y la más amarga decepción.

—Pero no voy a ir detrás de ti —terminó orgullosa—, yo no soy de esas que corren detrás de los hombres. Si tienes ahora otra que te pegue... ¡pues adelante!

Hendrik estaba contento de que no pensase perseguirle. Le hizo un regalo en metálico, que ella aceptó entre protestas. Cuando ella ya estaba en la puerta, le sonrió triunfante.

—No creas que hemos terminado —dijo vivamente—. Si me necesitas otra vez, ya sabes dónde encontrarme.

Theophil Marder se había marchado después de sostener una catastrófica discusión con Oskar H. Kroge. El autor de *Knorke* había querido obligar al director a prometer en acta notarial que representaría su obra por lo menos cincuenta veces. Kroge, naturalmente, se había negado, tras lo cual Marder amenazó con un abogado, y al ver que esto no surtía el efecto deseado, insultó al director del Teatro de los Artistas de Hamburgo, tachándole de completa nulidad, de no tener disciplina ni personalidad, de negociante fraudulento, de hombre trivial sin ideas y de típico representante de una sociedad fétida, muerta. Ante estas chillonas ofensas Kroge, por

lo general hombre tranquilo, reaccionó sin poder evitar la amargura. Se pelearon durante una hora entera. Después, Marder se subió de un humor excelente al expreso de Berlín.

Hendrik, Nicoletta y Barbara se encontraban a diario. En algunas ocasiones Hendrik y Barbara salían sin Nicoletta. Iban a pasear, remaban en el Alster, se sentaban en las terrazas, visitaban galerías. Se acercaban uno a otro, hablaban. Barbara supo de Hendrik lo que él le dejó saber: declamaba patéticamente sus ideas, expresaba su esperanza de la revolución mundial y la proyección del Teatro Revolucionario. De forma dramáticamente adornada le contó la historia de su niñez, describió el ambiente de su casa, le habló de su padre Kobes, de su madre Bella, de su hermana Josy.

También Barbara habló de su niñez. Hendrik comprendió cuáles habían sido las dos figuras centrales de su vida hasta entonces: su querido padre y Nicoletta, la amiga hacia la que sentía un tierno apego. La muchacha, aventurera y llamativa, le había dado muchas preocupaciones; pero lo que más le inquietaba a Barbara era la nueva relación de Nicoletta con Marder. Barbara lo despreciaba, Hendrik lo había imaginado en seguida. De sus ligeras bromistas insinuaciones, se podía deducir que Theophil había hecho la corte apasionadamente a Barbara antes de conocer a Nicoletta. Pero ella lo había rechazado hasta un grado hiriente: por eso Theophil la odiaba. Tuvo más suerte con Nicoletta. Ésta explicaba con palabras precisas a quien quisiera escucharla que Theophil Marder era el único hombre importante, valioso y digno de ser tomado en serio que Europa poseía en aquel momento. Casi a diario hablaba con él por teléfono largo y tendido, a pesar de que Barbara le mostraba con qué profundidad y dolor lo reprochaba. Nicoletta, por su parte, contemplaba con ojos brillantes, benévolo, lo que se preparaba entre Barbara y Hendrik. Le gustaba que Barbara, cuyo interés pedagógico-cariñoso le estorbaba, tuviera aventuras sentimentales. Así, en lo que estaba de su mano, Nicoletta avivaba esta relación. Una tarde entró en el camerino de Hendrik y le dijo:

—Me alegro mucho de que intimes con Barbara. Os casaréis. De todas maneras, la muchacha no sabe qué hacer de sí misma.

Hendrik hacía poco caso de este tipo de expresiones, pero temblaba de alegría cuando preguntó:

—¿Crees que Barbara piensa en ello...?

Nicoletta, con su risa tintineante, contestó: —Naturalmente que piensa en ello, ¿no notas lo cambiada que está? No te dejes engañar, tesoro, porque parezca compadecerte. Yo la conozco, es de esas mujeres en las que el afecto se mezcla siempre con la compasión. ¡Cásate con ella!, es lo más práctico para los dos. Por cierto, también será positivo para tu carrera: el viejo Bruckner tiene influencias.

Hendrik también había pensado en esto. El delirio de su enamoramiento —que

aún existía—, por muy profundo que fuera —y él quería creer que iba a ser duradero —, no le impedía razonamientos más realistas. El académico Bruckner era un gran hombre y no pobre; la unión con su hija le traería ventajas materiales además de felicidad. ¿Tenía Nicoletta razón con sus cínicas y decididas palabras? ¿Consideraba Barbara la posibilidad de una unión con Hendrik Hofgen? ¿Hasta dónde llegaba su interés hacia él? ¿No era sólo de naturaleza juguetona y superficial? Su cara de madona con rasgos de muchacho travieso resultaba impenetrable. Su voz, llena de tonos dorados, musical, no traicionaba nada. ¿Qué delataban sus ojos indagadores, que tan a menudo se posaban en Hendrik con curiosidad, con compasión, con amistad, quizá con ternura?

Tenía que apresurarse si quería saberlo; la temporada tocaba a su fin, se estaban dando ya las últimas representaciones de *Knorke*; Barbara y Nicoletta se marcharían. Entonces, Hendrik se decidió. Nicoletta le había dicho claramente que iba a dar un largo paseo con Rolf Bonetti. Barbara se había quedado sola. Hendrik acudió a verla.

Fue una larga conversación, que acabó con Hendrik de rodillas y llorando. Llorando, pidió a Barbara que tuviera compasión.

—Te necesito —sollozaba con la frente sobre el regazo de ella—. Sin ti caeré en el abismo. Hay en mí demasiada maldad. Solo no conseguiré reunir fuerzas para vencerla, pero tú vas a fortalecer lo mejor que hay en mí.

Estas patéticas y penosas palabras se las arrancaba la desesperación. La mirada desconcertada de Barbara le había hecho comprender que la tan convencida afirmación de Nicoletta no había sido más que un error o un engaño: Barbara Bruckner no había pensado nunca en una unión con el actor Hofgen.

Él levantaba con lentitud su rostro cubierto de lágrimas del regazo de ella; su boca temblaba; el brillo de piedra preciosa de sus ojos había desaparecido, eran ahora unos ojos que miraban ciegos de miseria.

—No te gusto —dijo lloroso—. No soy nada, nunca seré nada. No me quieres, estoy acabado...

No pudo seguir hablando. Lo que habría querido añadir quedó en balbucesos.

Con los párpados bajos. Barbara miró su cabello. Era ralo. En lo alto de la cabeza, los mechones perfectamente peinados que deberían cubrir la pequeña calva, estaban totalmente desordenados. Quizá fue la vista del pelo fino y pobre lo que conmovió a Barbara.

Sin rozar con sus manos el rostro húmedo que él le ofrecía, sin alzar los párpados, dijo despacio:

—Si tanto lo deseas, Hendrik... Podemos intentarlo... Podemos intentarlo...

Al oírlo, Hendrik Hofgen emitió un pequeño, un ronco grito, que sonó a contenido triunfo.

Así se formalizó el compromiso.

## Capítulo IV

### Barbara

Barbara seguía muy sorprendida por la aventura para la que ni su corazón ni sus pensamientos estaban preparados y cuyas consecuencias le parecían poco claras. ¿En qué se había metido? ¿Qué había cargado sobre sus hombros? ¿Sentía en realidad algún sentimiento profundo hacia aquel hombre ambiguo, inteligente, altamente capacitado, a veces conmovedor, otras casi repugnante, hacia el comediante Hendrik Hofgen?

A Barbara no se la conquistaba fácilmente, permanecía fría ante los trucos más hábiles. En ella eran más frecuentes la compasión y el interés pedagógico. La agudeza experta de Hendrik lo había comprendido desde el primer momento. Desde la primera noche, en la que había hecho el papel de hombre educado y tranquilo, en convincente contraste con el estilo ruidoso-osado de Marder, renunció ante Barbara, sagaz y mesurado, a todo comportamiento discorde. Entre ellos sólo se había hablado de asuntos serios y conmovedores, de sus convicciones ético-políticas, de la soledad de su juventud, de la dureza y encanto de su profesión. Sin embargo, finalmente le había mostrado, en el minuto decisivo, su rostro cubierto de lágrimas, cegado por el sufrimiento de su alma, y lo que hubiera podido añadir quedó en balbuceos.

Barbara estaba acostumbrada a que sus amigos recurrieran a ella cuando se encontraban en situaciones de necesidad o de confusión. Habían acudido a ella no sólo Nicoletta con sus complicadas confesiones, sino también hombres jóvenes, e incluso viejos amigos de su padre que necesitaban consuelo. Tenía experiencia en lo referente al dolor de los demás; pero desde su más tierna juventud se había prohibido a sí misma tomar en serio sus propios dolores, sus dudas personales. Por eso podía uno creer que no había nada capaz de descompensar su equilibrio interior. Sus amigos la consideraban la persona más equilibrada, enérgicamente inteligente, versátil, madura, suave y segura que conocían. De entre todos ellos, sólo uno había comprendido la labilidad de su condición, lo incierto de su propia fuerza, su amor lleno de tristeza al pasado, su temor al futuro: el viejo Bruckner conocía a su hija, a la que amaba.

Por eso, la carta que le escribió al recibir la noticia de su compromiso rebosaba no sólo tristeza por el hecho de que fuera a abandonar su casa, sino también preocupación. ¿Lo había meditado todo bien y había decidido en consecuencia?, quería saber el padre. Y Barbara se asustó de la seria advertencia que incluía esta pregunta.

Realmente, ¿lo había meditado bien y decidido en consecuencia? Si todos los consejos que daba a sus amigos eran el resultado, cuidadosamente sopesado, de largas meditaciones, de inteligentes razonamientos, en lo concerniente a su persona esperaba los acontecimientos con frívola dejadez. A veces tenía un poco de miedo, pero nunca el miedo suficiente como para cambiar sus planes o defenderse; esto se lo prohibían tanto la curiosidad como el orgullo. Con escepticismo y sonriente atrevimiento, esperaba los acontecimientos que iban a sucederle, pero sin prometerse que serían muchos los agradables. Sonriente, miraba a su Hendrik, que con temperamental retórica exigía de ella que hiciera el papel de ángel bueno. Quizá fuera interesante, quizá tenía en ello una obligación, quizá había en él un fondo noble, deteriorado, y a ella, precisamente a ella, le había sido confiada su custodia. Si así era, Barbara no se oponía. Mayores preocupaciones le producía Nicoletta, que se perdía con Marder.

Todo sucedió deprisa. Hendrik apremiaba: la boda debía celebrarse aquel mismo verano. Nicoletta había apoyado este deseo.

—Si os vais a casar, queridos —decía, y habló como si aquí fuera a suceder algo que ella desaconsejaba con fervor, pero de lo que ahora opinaba, pues parecía inevitable—, si tiene que ser antes o después —dijo, acentuando las palabras—, más vale que sea pronto. Un noviazgo largo es ridículo.

Se fijó para la boda una fecha a mediados de julio. Barbara se había ido a casa: tenía que arreglar y preparar muchas cosas. Mientras tanto, Nicoletta y Hendrik actuaban en los balnearios del mar Báltico, como actores invitados, en una comedia que no tenía más que dos papeles. Barbara tuvo que sostener numerosas y caras conferencias con Hendrik, hasta conseguir que le mandara todos los documentos que el juzgado consideraba imprescindibles. Dos días antes de la boda llegó Nicoletta, vistosa aparición para la pequeña ciudad universitaria del sur de Alemania donde residían los Bruckner. Un día más tarde llegó Hendrik, que había pasado por Hamburgo para recoger su frac. Lo primero que contó a Barbara en el andén fue que el frac era precioso, pero que, desgraciadamente, no lo había pagado. Se reía mucho y nerviosamente; estaba moreno y llevaba un traje de verano muy claro, algo estrecho, camisa rosa y un sombrero de suave fieltro gris perla. Su risa se hacía más y más envarada a medida que se acercaba a la villa Bruckner. Barbara creyó notar que Hendrik tenía miedo de conocer a su padre.

El académico esperaba a la joven pareja ante la puerta de su casa, en el jardín. Saludó a Hendrik con una inclinación de torso, tan profunda y solemne que se podría suponer irónica. Pero no sonreía; su rostro permaneció serio. La delgada cabeza tenía una finura y sensibilidad que casi asustaban. La frente arrugada, la larga nariz ligeramente aguileña, las mejillas parecían hechas de un valioso marfil amarillento. La distancia entre la nariz y la boca era grande, y la cubría un bigote gris. Quizás era

precisamente esa falta de relación entre el labio superior y el nacimiento de la nariz lo que marcaba la cara, haciéndola parecer de alguna manera desfigurada y semejante a aquellos retratos que dan ciertos espejos preparados o las representaciones del rostro masculino características de los pintores primitivos. También era visiblemente largo el mentón, asimismo cubierto de barba. A primera vista, podría parecer que la barba del académico era puntiaguda, pero en realidad apenas sobresalía de la barbilla. Era la extraordinaria longitud de ésta la que proporcionaba el efecto de barba puntiaguda.

En este semblante, al que el suave modelado, el espíritu y la edad concedían la elegancia que intimida y al tiempo conmueve, sorprendían los ojos: tenían la profundidad, la suavidad, el color azul oscuro tirando a negruzco que tan bien conocía de los de Barbara. Pero los párpados del padre eran pesados y estaban casi siempre caídos sobre la mirada, amistosamente ensimismada, velada también; la hija, en cambio, miraba clara y abiertamente.

—Mi querido señor Hofgen —dijo el patriarca—, estoy encantado de conocerlo. Espero que haya tenido un buen viaje.

Su dicción era sorprendentemente inteligible, sin que recordara para nada la demoníaca precisión en la que se ejercitaba Nicoletta. El académico acababa todas las sílabas con amoroso cuidado, como si su justicia no quisiera abandonar o hacer de menos a ninguna: hasta las más insignificantes sílabas finales, que casi siempre se omiten, recibían de él el trato más exacto.

Hendrik estaba realmente confuso. Antes de decidirse a hacer un gesto solemne, rió un poco, fuera de lugar y de aquella manera tan convulsiva con que lo había hecho al saludar a Dora Martin en el H. K. Mientras Barbara, inquieta, lo miraba, parecía que a su padre no le había chocado este comportamiento. Permaneció intachablemente correcto, a la vez que bondadoso. Con amistoso ceremonial, invitó a los dos jóvenes a entrar en la casa. A Barbara, a la que quería dejar pasar primero, le dijo:

—Pasa tú, hija mía, y enseña a tu amigo dónde puede dejar su bonito sombrero.

En el recibidor reinaba una penumbra fría. Lleno de respeto, Hendrik respiró el olor de la estancia: el aroma de las flores, repartidas sobre la chimenea y el anaquel de ésta, se mezclaba con ese otro, serio y lleno de dignidad, que emana de los libros. La biblioteca ocupaba todas las paredes hasta el techo.

Hendrik fue acompañado a visitar varias habitaciones. Charlaba envarado, para demostrar que no se sentía en absoluto impresionado por la magnificencia de los aposentos. En realidad vio poco; solamente le chocaron algunos detalles: un gran perro, que producía miedo, se levantó gruñendo, Barbara lo acarició, y él se alejó con paso balanceante y digno; un retrato de la difunta madre, que miraba amistosamente bajo un peinado alto, antiguo; una doncella o gobernanta ya mayor, menuda, bondadosa y charlatana, con un larguísimo delantal almidonado hizo una reverencia

ante el novio de su joven señora y le apretó la mano larga y cordialmente; después empezó a hablar con Barbara de asuntos domésticos. Hendrik quedó sorprendido de los detalles económicos de los que se ocupaba Barbara, del conocimiento que mostraba sobre asuntos del jardín y de la cocina. Por cierto, le pareció curioso que la criada la llamase «señorita», pero tuteándola.

En aquellas habitaciones señoriales, donde había bellos tapices, oscuros cuadros, bronces, grandes relojes y muchas cubiertas de terciopelo, se había criado Barbara; allí había pasado su juventud. Había leído aquellos libros; en aquel jardín había recibido a sus amigos. Cuidada con ternura y solemnidad por el inteligente amor de su padre, su niñez había sido pura y llena de juegos, cuyas reglas secretas sólo ella conocía; así había transcurrido su juventud. Junto a una conmoción, que casi era temor, Hendrik sentía, sin quererlo reconocer aún, otra cosa: envidia. Le atormentó la perspectiva del día siguiente, en que tendría que presentar a su madre, Bella, y a su hermana, Josy, en estos aposentos, a un padre así. Se avergonzaba de pertenecer a la clase media. Y menos mal que papá Kobes no podía venir...

Comieron en la terraza. Hendrik alabó la belleza del jardín, cuyos setos, arboledas y caminos ofrecían un agradable panorama. El consejero le enseñó la estatua de un jovencito, un Hermes, que mostraba su atractiva delgadez, su fisonomía, alzada como para volar, entre el follaje rizado de los abedules. Esta magnífica estatua parecía ser motivo de especial orgullo para su dueño.

—Sí, es hermoso mi Hermes —dijo, y su sonrisa tenía un aire halagüeño—. Cada día me alegro más de tenerlo y de que esté en tan deliciosa postura entre mis abedules.

Ciertamente, también estaba encantado de que hubiera tan buenos vinos y bebidas; se servía sin embargo con mesura de todas ellas, y alababa la calidad de lo que llegaba a la mesa.

—Frambuesas —comentó con agrado a la hora del postre—. Muy oportuno. Fruta del tiempo y con un estupendo aroma.

La atmósfera que el catedrático creaba a su alrededor era una curiosa mezcla de solemnidad y calor acogedor, de frialdad inaccesible y hombría de bien. Parecía que su futuro yerno no le disgustaba... Le obsequiaba con una benevolencia no exenta de ironía. Su sonrisa parecía decir más o menos: «Tipos como tú, querido amigo, también ha de haberlos. Es divertido observarlos, al menos no son aburridos. Aunque, naturalmente, jamás hubiera imaginado que iba a tener por yerno una figura como tú. Tampoco lo he deseado. Pero tengo tendencia a aceptar las cosas como son, sólo hay que buscar su lado bueno; y además, mi Barbara tendrá sus razones para casarse contigo...»

Hendrik creyó ver posibilidades de éxito, y deseaba aprovecharlas. No pudo impedir por mucho tiempo que sus ojos cambiaran, centelleando del modo habitual.

Con la cabeza entre los hombros, riendo ambigua y forzadamente, lanzaba miradas de piedra preciosa, a cuyo encanto el académico parecía no ser del todo insensible. El viejo caballero permaneció atento y conservó la expresión satisfecha del rostro cuando su futuro yerno pasó a analizar sus convicciones en un tono estudiado, utilizando las palabras más destructivas para calificar el cinismo explotador de la burguesía y la locura criminal del nacionalismo. El suegro lo dejó divagar y declamar. Sólo una vez levantó la bella, enjuta mano para objetar:

—Usted habla con mucho desprecio de los burgueses, mi querido señor Hofgen, y yo soy uno de ellos. Naturalmente, no un nacionalsocialista, y espero que tampoco un explotador —añadió amistosamente.

Hendrik, con el rostro enrojecido a causa de la conversación y del vino, balbució que también había burgueses que estaban por encima de la burguesía, y que podían ser respetados por los comunistas; que la herencia grandiosa de las revoluciones burguesas y del liberalismo seguía presente aún en la ideología bolchevique, y otras afirmaciones igualmente solemnes.

El consejero rechazó este alud de palabras sonriendo. Pero después, como si le interesara convencer a Hofgen de su falta de prejuicios políticos de una manera muy suya, calculadamente ponderada a la vez que socarrona y complicada y marcadamente sugestiva, comentó las significativas impresiones que le había producido su viaje por la Unión Soviética.

—Todo observador objetivo constata que allí se está generando una nueva forma de convivencia humana, y todos debemos hacernos a la idea de que eso es así —dijo lentamente, dirigiendo la mirada hacia un punto lejano, como si en él se estuvieran produciendo los hechos, graves y conmocionantes, de aquel país. Con severidad añadió:

—Esto sólo lo ponen en duda los locos o los embusteros.

Repentinamente, cambió el tono de su voz; pidió la fuente de las frambuesas y, mientras se servía, con el rostro, que sonreía casi pícaro, ligeramente inclinado, dijo:

—No me interprete mal, querido señor Hofgen: naturalmente, este mundo nuevo me resulta extraño, temo que demasiado extraño. Pero ¿quiere esto decir que haya de ser yo insensible a su grandeza, llena de futuro?

Mientras decía esto, agradeció a Barbara con un gesto que le pasara la nata. Hendrik estaba encantado de tomar de nuevo la palabra. Parecía que los detalles de la vida soviética no le interesaban gran cosa; por el contrario, empezó a hablar del Teatro Revolucionario, poniendo en ello todo su temperamento, y de las persecuciones que él había sufrido en Hamburgo por parte de los reaccionarios. Se acaloró; calificó a los fascistas alternativamente de «bestias», «diablos» e «idiotas», explayándose con las más furibundas palabras sobre aquellos intelectuales que, por un vulgar oportunismo, simpatizaban con el nacionalismo militante.

—¡Habría que colgarlos a todos! —gritó Hendrik, y dio un puñetazo sobre la mesa.

Bruckner dijo, conciliador:

—Sí, sí, también yo he sufrido momentos incómodos.

Se refería a los conocidos y escandalosos sucesos en que se viera envuelto: a los abucheos de los estudiantes nacionalistas y a los ordinarios ataques a los que le había sometido la prensa reaccionaria.

Después de la comida el viejo profesor pidió al actor Hofgen que los recrease con una pequeña muestra de su arte. Hendrik, al que la sugerencia había pillado de improviso, se negó largo rato. Pero al sabio le apetecía un poco de distracción y diversión: ya que su hija se casaba con un comediante que llevaba camisa rosa y monóculo, él, como padre, quería sacarle una pequeña representación. Hendrik tuvo que declamar en el vestíbulo versos de Rilke, e incluso la gobernanta y el gran perro se acercaron para escuchar. Al pequeño auditorio se sumó también Nicoletta, que no había comido con ellos y a la que el patriarca saludó con solemnidad no exenta de ironía. Hendrik se esforzó al máximo, utilizó todos los medios a su alcance, lo hizo muy bien y cosechó muchos aplausos. Cuando acabó con una parte del *Cometa*, el académico le apretó la mano conmovido y Nicoletta, articulando perfectamente las palabras, alabó su magnífica pronunciación.

Al día siguiente llegaban las dos señoras Hofgen, madre e hija. Hendrik dijo a Barbara, que estaba junto a él en el andén:

—Ya verás, Josy se echará a tus brazos y te contará que se ha prometido de nuevo. Es espantoso, se compromete dos veces al año por lo menos, ¡y con qué tipos! Nosotros nos quedamos tranquilísimos cada vez que se rompe uno de estos noviazgos. El último compromiso casi le cuesta la vida a mi padre. El novio era un piloto de carreras, llevó a papá una vez con él y la excursión acabó en la cuneta. El piloto murió; gracias a Dios, a papá sólo se le rompió una pierna, pero, naturalmente, no puede venir hoy, y eso le tiene muy disgustado.

Ocurrió tal como Hendrik había augurado: Josy, la hermana, que llevaba un vestido amarillo vivo con flores bordadas en rojo, saltó ágil del tren, mientras la madre se ocupaba de las maletas en el departamento, se abalanzó sobre su hermano y le pidió tempestuosamente que la felicitara: esta vez el novio era un hombre con un buen empleo en la emisora de radio de Colonia.

—¡Podré cantar ante el micrófono! —jaleaba Josy— A él le parece que tengo mucho talento, nos casaremos en otoño, ¿eres feliz, Heinz... Hendrik? —corrigió apresuradamente su error.

—¿Eres feliz tú? —Hofgen la apartó como si fuera un perrillo molesto que le saltase encima.

Corrió a ayudar a la madre, que llamaba a un mozo desde la ventana del

departamento. Josy besó a Barbara en ambas mejillas.

—Me alegra conocerte —charloteaba—. Naturalmente, nos tenemos que tutear. El usted sería demasiado tieso entre cuñadas. Estoy muy contenta de que Hendrik se case; hasta ahora siempre he sido yo la que se comprometía, seguro que Hendrik te ha contado lo mal que acabó la vez anterior, papá aún tiene la pierna escayolada, pero ahora Konstantin tiene un trabajo estupendo en la radio, nos queremos casar en octubre. Eres guapísima, Barbara. ¿De dónde es tu vestido? De seguro que es un auténtico modelo de París.

Hendrik había traído a la madre y su rostro resplandecía cuando Barbara le dio la mano.

—Mi pequeña, mi querida —dijo la señora Hofgen, y se le humedecieron los ojos.

Hendrik sonreía, tierno y orgulloso. Amaba a su madre. Barbara lo comprendió así y se alegró. A veces se avergonzaba un poco de ella, no era lo bastante elegante para él, le parecía que su aburguesamiento era difamante. Pero la quería: se notaba en cómo apretaba su brazo, con qué cariño la miraba.

¡Y qué parecidos eran madre e hijo! De la señora Bella tenía Hendrik la nariz larga, recta, algo carnosa, con vibrantes ventanas; la boca ancha, suave, sensual; el fuerte y noble mentón con el marcado hoyo en el centro; los grandes ojos verdegrisáceos, y las curvadas cejas rubias, de las que arrancaba el sensible rasgo hasta las sienes. Había entre ellos una diferencia: la fisonomía de la elegante e íntegra dama exhibía una expresión mucho menos exigente, más modesta que la de su hijo; faltaban tanto los rasgos trágicos como los diabólicos. Sus ojos no centelleaban, y sus labios no sonreían de forma seductoramente canallesca ni tampoco misteriosamente suplicante. La señora Bella era una mujer enérgica y bondadosa de cincuenta y pocos años, estupendamente conservada, de colores frescos en su simpático rostro abierto, con un busto acogedoramente bombeado, rubio cabello con permanente bajo un sombrero de paja adornado con flores y una ligera línea de pecas sobre la nariz. Aún no tenía motivos para sentirse ni vieja ni para renunciar a la alegría de vivir.

—Hay que divertirse de vez en cuando —decía.

Después, turbada, empezó a hablar y contó una complicada historia sobre una fiesta benéfica en la que hubo de todo. En favor de los niños huérfanos, las damas de la sociedad de Colonia habían montado grandes carpas de lona, en las que ofrecían refrescos, flores y objetos de arte. Como era un honor participar en ella, la señora Hofgen no había dudado en hacerse cargo de la venta del champán: cinco marcos costaba cada copa, precio excesivo, pero como iba destinado a los pobres pequeños... Sin embargo, después había habido cotilleos: malas lenguas habían tenido la desfachatez de afirmar que la señora Bella no había actuado altruistamente, sino que había vendido el champán cobrando de la empresa que lo fabricaba, y encima se

había dejado besar, ¡imagínense!, dejarse besar, y, por si fuera poco, en el pecho.

La madre Hofgen explicó todo esto seriamente disgustada, mientras paseaban en coche abierto por la ciudad veraniega. Enrojeció de ira, se tuvo que secar el sudor de la frente y exclamó:

—Ha sido una auténtica canallada. Entregué todos mis ingresos, e incluso mi recaudación fue superior a la de las otras señoras; el asilo me lo agradeció, y cuando un caballero me quiso besar la mano le dije: «Déjese de tonterías», y le habría dado una bofetada si no se hubiera disculpado inmediatamente. Las personas son tan malas que por más correctamente que una pueda comportarse, siempre la criticarán. Pero ahora acabarán los rumores. Tú les taparás la boca, ¿verdad, Hendrik?

Y miraba orgullosa a su hijo, después a Barbara. A Hendrik le hacía sufrir la falta de tacto de su madre. Se ruborizó, se mordió los labios y desvió la conversación hablando de la belleza de la calle por la que pasaban.

El académico recibió a las damas en la puerta del jardín con la misma amabilidad con que el día anterior había acogido a Hendrik. Barbara acompañó a Bella y Josy al piso superior para que pudieran lavarse las manos y empolvase la nariz. Una hora más tarde salieron en dos coches hacia el juzgado: en el coche de Bruckner tomaron asiento los novios, la señora Bella y el consejero; en un taxi les seguían Nicoletta, Josy y un amigo de infancia de Barbara que se llamaba Sebastian y cuya presencia sorprendió a Hendrik.

La ceremonia oficial fue muy breve. Nicoletta y el académico fueron los testigos —, todos estaban bastante excitados, la señora Bella y la gobernanta lloraban, mientras Josy reía nerviosamente. Hendrik contestó a las preguntas del juez de paz con voz turbada, al tiempo que sus ojos quedaban fijos y bizqueaban algo. Barbara mantenía su mirada suavemente inquisitiva sobre el hombre que estaba a su lado y que, sorprendentemente, iba a ser su marido. Siguieron las felicitaciones y los abrazos. Para sorpresa de todos, Nicoletta pidió permiso a la señora Bella para llamarla «Tía Bella», y, puesto que el permiso le fue concedido, le besó la mano con diabólica corrección. La imponente muchacha estaba aquella mañana especialmente radiante y con una alegría estrepitosa. Iba muy erguida, vestía un traje de un tejido de lino muy rígido con un cinturón de charol rojo fuerte sobre las caderas. Le dijo a Barbara:

—Me alegra, querida, que todo haya salido tan bien.

Observación innecesaria, pero hecha con exactitud cortante. Sus bellos ojos de gato centelleaban. Llevó a Josy a un lado para aconsejarle un remedio estupendo contra las pecas, que —de repente mintió— su padre había descubierto y extendido por el Lejano Oriente.

—¡A usted le hace falta, querida! Su pequeña nariz está llena.

Nicoletta hablaba con una expresión amenazadora, caprichosa. Deseaba tutearse

con la señora Bella, pero no con Josy. Miró con severidad la banda de manchas rojizas que se extendía sobre la graciosa nariz chata de Josy, y que cubría también parte de las mejillas y de la frente, donde los puntos eran, sin embargo, menos abundantes y estaban distribuidos más ligeramente, como en alguna espiral de niebla cósmica o en la Vía Láctea, cuyos laterales son menos espesos y al tiempo más transparentes.

—Sí, ya lo sé —dijo Josy, avergonzada—. En verano es siempre fatal. Pero a Konstantin le gusta —añadió, consolándose. Y continuó hablando del magnífico puesto de su prometido en la radio.

La abuela de Barbara, la viuda del general, no apareció hasta la comida. Entre los principios de esta anciana dama estaba el no utilizar automóviles; salvaba los diez kilómetros que separaban su pequeña finca de la villa de los Bruckner en una gran calesa pasada de moda, y llegaba con retraso a todas las fiestas familiares. Con una bella, sonora voz, que iba desde el bajo a la tiple, se quejaba de haberse perdido la representación en el juzgado.

—Bueno, veamos, qué aspecto tiene mi último nieto —dijo la ordenada abuela, y observó a Hendrik detalladamente a través de los impertinentes, que llevaba colgados de una cadena de plata con piedras azuladas. Hendrik se ruborizó sin saber a dónde mirar. La observación fue larga y, por cierto, no pareció desfavorable para él. Cuando, por fin, la viuda del general dejó caer los impertinentes, rubricó su observación con una risa argentina.

—No está nada mal —sentenció, apoyando los brazos en las caderas.

Y asintió, alegre. En su rostro empolvado de blanco, los bellos ojos, oscuros y expresivos, utilizaban un lenguaje más inteligente y con más fuerza que el de la boca, aun cuando fuera ésta la que dejaba oír la imponente voz.

Hendrik no había conocido jamás a una anciana tan maravillosa. La viuda del general le imponía muchísimo. Tenía el aspecto de una aristócrata del siglo XVIII: su rostro altivo, inteligente, divertido y severo, estaba enmarcado por el cabello gris, peinado en pequeños tirabuzones que le caían sobre las orejas. Suponía uno que en la nuca habría una trenza, y de ahí que se quedara uno un tanto sorprendido y decepcionado al ver que no la había. La anciana, que tenía una postura marcial, llevaba un vestido de color gris perla con puntillas en los puños y en el cuello. La gargantilla, que empezaba directamente encima de los volantes, y acababa bajo la barbilla, era un bello trabajo antiguo en plata mate y piedras azules que hacían juego con la cadena de los impertinentes. El conjunto hacía el efecto de ser un cuello de uniforme, alto, duro y bordado en colores.

En todas las reuniones en que estaba presente la viuda del general, ella era el centro, no estaba acostumbrada a otra cosa. Hacia finales del siglo XIX, se la había considerado una de las mujeres más bellas, y en los primeros decenios del siglo XX

la sociedad la había mimado. Todos los grandes pintores de la época habían hecho un retrato suyo. En su salón se reunían príncipes y generales con escritores, compositores y pintores. Durante muchos años se había hablado en Munich y en Berlín de la inteligencia y originalidad de la esposa del general y también de su belleza. Como el general, muerto hacía algunos años, había disfrutado de simpatías entre los más altos cargos, y además había sido rico, a su esposa se le disculpaban opiniones, convicciones y maneras que en cualquier otra persona habrían sido tachadas de excéntricas hasta la repelencia. El propio Káiser había admirado su belleza; por eso le permitió, ya en el año 1900, hablar en favor de los derechos de la mujer. Conocía el *Zarathustra* de memoria, y a veces recitaba párrafos de él, para disgusto de sus aristocráticos huéspedes, que lo consideraban un texto socialista. Había conocido a Franz Liszt y a Richard Wagner y mantenido correspondencia con Henrik Ibsen y Bjornstjerne Bjornson. Seguramente estaba en contra de la pena de muerte. Todo esto se podía ver en su magnífica apostura, en la que se mezclaba una jovial despreocupación con una dignidad innegable.

La viuda del general le causó a Hofgen una impresión mucho más honda que incluso su suegro. Ahora comprendió del todo la magnificencia del ambiente en que se le permitía entrar. Su buena madre tenía razón, aunque no debería haber hecho una insinuación tan falta de tacto: a la vista de semejantes parientes, iban a desaparecer en Colonia los comentarios insolentes sobre la familia Hofgen, supuestamente venida a menos. Barbara también mereció mayor atención de parte de Hendrik, debido al tono de confianza que usaba al hablar con tan maravillosa abuela. Barbara había pasado sus vacaciones escolares y casi todos los domingos en la finca de la abuela. Hendrik recordaba ahora habérselo oído decir. La incomparable dama había leído a su nieta cosas de Dickens o de Tolstoi. A la anciana le había gustado siempre leer en voz alta, y lo hacía con impecable entonación. A veces paseaban juntas a caballo por una zona que Hendrik se imaginaba como un parque inglés y a la vez romántico, selvático, con colinas y atravesado por riachuelos plateados, con desfiladeros, valles y maravillosas vistas. De nuevo se mezcló la envidia en el encanto con que Hofgen imaginaba la niñez de Barbara. ¿No había conocido esta juventud despreocupada la perfecta cultura y la casi perfecta libertad? La vida diaria en la villa del padre; el descanso en las fiestas que, por su regularidad, casi se convertían en vida diaria, en la finca de esta principesca señora... ¿Cómo podía Hendrik reprimir una sensación de amargura cuando comparaba su niñez con la propia?

En Colonia, en casa de su padre, que ahora yacía con la pierna rota, no había parque, ni habitaciones con tapices, ni biblioteca ni pinturas; por el contrario, las habitaciones olían a moho, y por ellas iban y venían Bella y Josy alegres cuando había visita, de mal humor y desaliñadas cuando estaban en familia. El padre, Kobes, tenía siempre deudas, y se quejaba de la maldad del mundo si los acreedores

apremiaban. Peor que su mal humor eran los momentos familiares «hogareños», que organizaba de repente en días festivos o, simplemente, cuando le apetecía. Entonces papá Kobes pedía a los suyos que cantaran con él en canon. El joven Hendrik se negaba; se sentaba en una esquina alicaído y amargado. Su único pensamiento fue siempre: «He de salir de este ambiente. Tengo que apartarme de todo esto...»

«Barbara ha tenido una vida fácil», pensaba ahora, mientras conversaba con la viuda del general. «Encontró el camino hecho; es un producto de la alta burguesía. Se asombrará de la dureza de la vida, que yo ya conozco. Lo que yo consiga, lo que ya he conseguido, es producto de mis propias fuerzas.» Picado, dijo a su joven esposa, que lo había conducido a la mesa donde estaban las felicitaciones y los regalos:

—Los telegramas serán todos para ti. A mí nadie me telegrafía.

Barbara rió burlona y satisfecha de sí misma, o al menos eso le pareció a él.

—Al contrario, Hendrik. Mucha gente dirige la felicitación a tu nombre; por ejemplo, Marder.

Del montón de cartas, tarjetas y telegramas buscó aquellos que eran para Hendrik. Además de Theophil Marder, cuyo mensaje iba redactado en expresiones ambiguamente correctas, seguramente buscadas con ironía, le habían escrito la pequeña Angelika Siebert, los directores Schmitz y Kroge, Hedda von Herzfeld y Juliette, cuya carta le dejó helado. ¿Cómo había sabido la dirección y la fecha? Hendrik, que se había puesto pálido, arrugó los papeles. Para distraerse, admiró, con irónica exageración, los regalos que había recibido Barbara: la porcelana y la plata, el cristal, los libros y las joyas; los muchos objetos útiles y de buen gusto que parientes y amigos habían elegido con cuidado y cariño.

—¿Qué vamos a hacer con todas estas cosas tan caras? —preguntó Barbara, mirando desconcertada la abundancia de regalos. Hendrik imaginaba lo que adornarían todos aquellos objetos tan elegantes su habitación de Hamburgo, pero no dijo nada; se limitó a reír y a encogerse despectivamente de hombros.

El joven cuya presencia había inquietado a Hendrik y al que llamaban Sebastian, se unió a ellos. Habló con Barbara en un lenguaje rápido, difícil de comprender, lleno de insinuaciones personales, que Hendrik no pudo seguir más que con dificultad. Hendrik se dio cuenta de que el joven, al que Barbara calificaba de su mejor amigo de la infancia, y del que dijo que escribía versos llenos de belleza e inteligentes artículos, no le era nada simpático. «¡Es altivo e insoportable!», pensó Hendrik, que se sentía especialmente inseguro cerca de Sebastian, a pesar de lo amable que éste era con él. Pero era precisamente aquella desinteresada amabilidad un poco bromista, la que le hería. Sebastian —tenía abundante cabello rubio ceniza, que le caía en espesos mechones sobre la frente, y un rostro delicado, algo indolente, larga nariz y ojos grises de brillo velado. «Seguramente también su padre es un catedrático o algo similar», decidió Hendrik con amargura, «Este niño mimado e ingenioso, es lo que

podría acabar de corromper a Barbara.»

Después de la comida se sentaron todos juntos en el recibidor, pues en la terraza hacía demasiado calor. Bella consideró su obligación hablar de literatura. Contó que en el tren había leído algo muy simpático e interesante, pero, ¿de quién?

—De nuestro ruso, del más grande. ¿Cómo habré podido olvidar su nombre, si siempre ha sido mi escritor favorito?

Nicoletta apuntó si tal vez era Tolstoi.

—¡Exacto, Tolstoi! —asintió la señora Bella, aliviada—. Ya lo decía yo: el mejor. Era lo último de él.

Pero después se vio que lo que a mamá Bella le había gustado tanto era una pequeña historia de Dostoievski. Hendrik se ruborizó. Para cambiar de tema y demostrar a aquel elegante grupo que él no abandonaba a su madre en situaciones desairadas, charló con la señora Bella, recordándole, con risa franca, toda suerte de situaciones cómicas que habían compartido en otros tiempos. Sí, había sido divertido cuando los dos, madre e hijo, montaron un salón de magia y asustaron a papá Kobes. La señora Bella se disfrazó de pachá, el pequeño Hendrik, cuyo nombre era aún Heinz, aunque eso no lo confesó, de bayadera. También decoraron el piso. Papá Kobes no podía dar crédito a sus ojos cuando llegó a casa.

—Mamá fue la primera en comprender que me debía dedicar al teatro —dijo Hendrik mirando a su madre con cariño—. Papá no quería saber nada del asunto.

Después narró el comienzo de su carrera de actor. Fue durante la guerra cuando Hendrik, que apenas contaba dieciocho años, leyó en un trozo de papel de periódico que se buscaban actores para un teatro en el frente, en la zona belga ocupada.

—Pero dónde me tropecé con el recorte que iba a ser artífice de mi destino —dijo Hendrik—, eso sí que no lo puedo contar.

Como todos rieron con ganas, hizo como si se avergonzara y, escondiendo el rostro entre las manos, añadió:

—Sí, sí, me temo que lo han adivinado.

—En el water —rió sin apuro la anciana viuda. Y su risa alcanzó los tonos más bajos y los argentinos altos.

Como el ambiente era cada vez más alegre y animado, Hendrik pasó a contar anécdotas del teatro ambulante, donde había tenido que hacer papeles de padre: desenvuelto y con alegría, expuso brillantemente todas aquellas historias, que en este círculo eran desconocidas aún. Sólo Barbara conocía algunas, de ahí la mirada con que observaba al narrador, sorprendida y un poquitín molesta.

Por la tarde vinieron algunos amigos, y Hendrik pudo lucir su maravilloso frac, que le sentaba estupendamente. La mesa estaba bellamente adornada con flores; después del asado, el académico golpeó la copa de champán y pronunció un discurso. Saludó a los presentes, sobre todo a la madre de Hendrik y a su hermana, llamando a

la señora Bella «la otra joven señora Hofgen» con humorística bondad, y pasó de los problemas del matrimonio en general a la persona y méritos artísticos de su yerno en particular. Escogiendo cuidadosamente y con todo el cariño las palabras, consiguió caracterizar al actor Hofgen como una especie de príncipe de cuento, que pasaba inadvertido durante el día para transformarse mágicamente por las tardes.

—Ahí está —Bruckner señaló con el índice largo y delgado a Hendrik, que se ruborizó de inmediato—. No parece más que un delgado joven, ciertamente correcto en su impecable frac, pero relativamente discreto. Y digo discreto porque lo comparo con la abigarrada, mágica figura en que se convierte por la noche, bajo la luz de las candilejas, en el escenario. ¡Allí resplandece, allí se hace irresistible!

Y el intelectual, arrastrado por su tema, comparó al actor Hofgen, al que nunca había visto en escena y sólo conocía como recitador de Rilke, con una luciérnaga, que por el día, con inteligente modestia, se hace imperceptible, y en la oscuridad maravilla con sus fantasmagorías. Aquí Nicoletta dejó oír una clara risa, mientras la viuda del general aplaudía con la cadena de la que colgaban los impertinentes.

Al término de su discurso vitoreó ritualmente a los novios. Hendrik besó la mano de Barbara.

—¡Qué bella estás! —dijo, y sonrió entrañablemente.

El vestido de Barbara era de una pesada tela color té. Nicoletta lo había criticado: no era moderno, era un traje de fantasía en el que se notaba la aguja de la costurera. Pero nadie podía negar que a Barbara le sentaba de maravilla. Sobre el cuello ancho de antiguas puntillas, uno de los regalos de la viuda del general, se alzaba su cuello moreno, de una delgadez conmovedora. La sonrisa con la que respondió a Hendrik era algo distraída. ¿No pasó de largo ante Hendrik su mirada azul oscura, suave, inquisitiva? ¿A quién iba dirigida esa mirada que parecía llena de preocupación y algo burlona? Hendrik, irritado, se volvió de pronto. Vio a Sebastian, el amigo de Barbara, que estaba a sólo unos pasos de la joven pareja en una postura muy personal: los hombros caídos, la cabeza hacia delante. Su rostro parecía nublado y mostraba una expresión cansada, expectante. Movía los dedos de una manera curiosa, como si quisiera tocar en un piano puesto en el aire. ¿Qué quería decir? ¿Hacía a Barbara unas señas cuyo sentido secreto sólo ella podía descifrar? ¿Qué sería lo que escuchaba aquel odiado ser? ¿Por qué había tristeza en su rostro? ¿Estaría quizás enamorado de Barbara? Seguramente la quería, había querido casarse con ella, hasta quizá de niños se habían comprometido. «¡Y ahora yo lo he estropeado!», pensaba Hendrik, a medias triunfante, a medias molesto. «¡Cómo me desprecia!» Dejó de mirar a Sebastian para ocuparse de los demás huéspedes, los amigos de la casa. Vio preocupación en el rostro de cada uno de ellos. Hombres de gesto bruñido, de mucho carácter, cuyos nombres no había entendido cuando le fueron presentados; pero eran profesores, escritores, grandes médicos; un par de jóvenes que parecían tener una

semejanza fatal con Sebastian; muchachas que se diría disfrazadas con sus trajes de noche, como si normalmente vistieran pantalones de franela, batas blancas de laboratorio o delantales verdes de jardinería. A Hendrik le pareció que en sus miradas se mezclaban envidia e ironía. ¿Amaban todos a Barbara? ¿Se la robaba él a todos? ¿Era él el intruso, la figura sospechosa y poco seria, con la que ellos se sentaban a la mesa sólo por respeto a Barbara, a su capricho inexplicable, seguramente pasajero? En realidad estas personas charlaban sobre innumerables cosas neutrales: un nuevo libro, una representación teatral, la situación política, que les preocupaba. Hendrik, sin embargo, creía que sólo se ocupaban de él, que hablaban, sonreían y bromeaban sobre él.

Se hubiera querido esconder, de tan avergonzado como se sintió de repente. ¿No habría querido el académico burlarse también de él con sus palabras? En pocos segundos, todo lo que había vivido durante el día se convirtió en enemistad, en desprecio. La bondad de su suegro, tolerante y alegre, mezclada con ironía, que poco antes le había hecho sentirse orgulloso, ¿no sería en el fondo mucho más hiriente y despectiva que lo hubiera sido su orgullo abiertamente demostrado? Ahora empezó Hendrik a comprender cuánta burla hiriente contenía la desenfadada alegría de la viuda del general. Realmente, poseía una personalidad increíble, era una gran dama del más elevado estilo y tenía un aspecto encantador, cuando se acercó con paso firme, despreocupadamente señorial, jugando con la cadena de los impertinentes, a la joven pareja: vestida de blanco, con un collar de perlas de tres vueltas, de brillo mate, alrededor del cuello. Si a mediodía había aparecido como una marquesa del siglo XVIII, vestida de gris, ahora, vestida de blanco y adornada con las valiosas perlas, tenía una dignidad casi papal. Y a la grandeza de su presencia se oponía su despreocupada forma de hablar.

—¡Tengo que brindar con «Luciérnaga» y mi pequeña Barbara! —exclamó, moviendo la copa de champán.

Por el otro lado apareció Nicoletta, también con la copa en la mano. Sus ojos centelleaban y su boca formaba una línea sinuosa.

—¡Salud! —dijo la señora.

—¡Salud! —brindó Nicoletta.

Hendrik brindó primero con la regia abuela; después con Nicoletta, la muchacha que había llegado a este ambiente por un azar tan absolutamente inesperado como el suyo propio y que aquí se movía, figura sorprendente, arropada por la tolerancia curiosa, benévola del académico y por la viveza soberana de la viuda del general y cariñosamente protegida por el amor de Barbara. En este momento Hendrik sintió con fuerza y claridad, compañerismo, simpatía fraternal hacia Nicoletta. Comprendió por qué era de los suyos, aunque su padre hubiera sido el literato y aventurero cuya vitalidad y cínica inteligencia fascinaron a la bohemia de fines de siglo, mientras que,

por el contrario, la poca fiabilidad del pequeño burgués Kobes no había fascinado a nadie, y únicamente había molestado a sus acreedores. Sin embargo aquí, entre personas de alta cultura, pudientes —la mayoría de los presentes no poseía gran cosa, pero Hendrik los creía muy ricos—, entre estos seres seguros de sí mismos, irónicos y listos, en cuya presencia Barbara se movía con tanto aplomo, aquí hacían los dos, Nicoletta y Hendrik, el mismo papel de pajarillos vistosos. Ambos estaban dispuestos en lo más profundo de su ser a dejarse alzar por esta sociedad, a la cual sentían no pertenecer, y a disfrutar su triunfo como una venganza.

—¡Salud! —brindó Hendrik. Su copa chocó tintineando con la de Nicoletta. Barbara, que mientras tanto se movía rodeando la mesa, llegó hasta su padre. Lo abrazó y lo besó en silencio.

El bello hotel junto a un lago, en la alta Baviera, lo había recomendado Nicoletta, que acompañaba a la joven pareja en su viaje de novios. Barbara fue muy feliz allí: amaba el paisaje, que con sus ondulantes praderas, sus bosques y sus ríos no era suave ni tampoco patético, pero contenía en sí lo heroico y audaz como un elemento y una posibilidad. En momentos de fuerte viento la montaña parecía acercarse. A la luz del crepúsculo se teñían de sangre las laderas, las escarpadas cimas. Barbara encontraba el paisaje aún más bello cuando, después del crepúsculo, las montañas tenían una palidez sublime, una paz helada, y parecían hechas de una sustancia extraña, frágil, que no era cristal, ni metal ni piedra, sino la más rara, totalmente desconocida materia.

Hendrik no percibía el encanto ni la grandiosidad del paisaje. El ambiente del elegante hotel le inquietaba y excitaba. Frente a los camareros se comportaba desconfiado e irritable; decía que le trataban peor que a los demás huéspedes, y reprochaba a Barbara que le obligara ya ahora a vivir por encima de sus posibilidades. Por otro lado, estaba encantado de vivir en tan elegante medio.

—Excepto nosotros, casi no hay más que ingleses aquí —observaba satisfecho.

A pesar del nerviosismo de Hendrik, pasaban a veces horas divertidas. Por la mañana tomaban el sol los tres en la pasarela de madera que se adentraba en el agua azul, y en el que a mediodía atracaba un pequeño vapor blanco, con adornos dorados. Nicoletta hacía gimnasia y se entrenaba; saltaba a la comba, andaba con las manos, curvaba el cuerpo hacia atrás hasta que la frente tocaba al suelo. Mientras tanto, Barbara vagueaba tendida al sol. Después, nadando, era ella mucho mejor que la activa Nicoletta, nadaba más deprisa y aguantaba más. Hendrik no pensaba siquiera en tomar parte en la carrera: con sólo mojarse un dedo en el agua fría ya empezaba a gritar, y únicamente a base de buenas palabras y muchas bromas consiguió Barbara que intentara moverse un poco en el agua. Con mucha precaución, procurando permanecer en zonas poco profundas, con la cara llena de arrugas de preocupación,

Hendrik se esforzaba por permanecer a flote en el peligroso elemento. Barbara lo observaba divertida. De pronto le dijo:

—Te pareces horriblemente a tu madre. Cuando nadas se te nota todavía más. ¡Dios mío, si tienes su misma cara!

Hendrik no tuvo más remedio que reírse, y lo hizo de tal forma que no fue capaz de nadar, tragó mucha agua y casi se ahogó.

Más brillante estuvo por la noche, bailando. Todos los huéspedes del hotel e incluso los camareros lo admiraron cuando conducía a Nicoletta o a Barbara en paso de tango. Ninguno de los demás caballeros se sabía mover con tanta altivez y tanta elegancia. Fue una auténtica representación la que Hendrik llevó a cabo; todos aplaudieron cuando terminó, y él se inclinó sonriente, como si estuviera sobre un escenario. Cuando tenía que formar parte del público, ser un hombre entre los demás, se sentía envarado y a menudo molesto; recuperaba su seguridad, tenía conciencia de haber vencido cuando podía distanciarse, situarse bajo los focos y allí resplandecer. Sólo se sentía verdaderamente protegido en un lugar elevado, por encima de una masa que sólo existía para aclamarle, admirarle, aplaudirle.

Un día se descubrió que junto a aquel lago, cuya belleza había recomendado tan ardorosamente Nicoletta, tenía Theophil Marder una casa de verano; Barbara, cuando lo supo, quedó silenciosa y sus ojos se hicieron más negros por el mucho cavilar. Primero se negó a visitar al escritor, pero al final se dejó convencer por Nicoletta. Partieron con el barco blanco de adornos dorados que tantas veces habían observado desde el embarcadero, y atravesaron el lago. El tiempo era hermoso; un ligero viento fresco movía el agua, tan azul como el radiante cielo. Cuanto más alegre estaba Nicoletta, más pensativa se mostraba su amiga Barbara.

Theophil Marder esperaba a sus huéspedes en la orilla. Llevaba un traje sport de cuadros grandes, con pantalones bombachos y salakof de explorador, lo que causaba un curioso efecto. Ni para hablar quitaba de su boca la corta pipa inglesa. Al preguntarle Nicoletta desde cuándo fumaba en pipa, contestó riendo, como ausente:

—El nuevo hombre tiene nuevas costumbres. Yo me transformo. Cada mañana me asusto de mí mismo, pues al despertar ya no soy el mismo que se durmió la noche anterior. Mi espíritu ha crecido durante la noche en altura y fuerza. Siempre llegan a mí durante el sueño las más monstruosas intuiciones. Por eso duermo tanto: por lo menos catorce horas al día.

A esta información, que no dispensaba en absoluto la intranquilidad producida por el salakof, siguió una risa cordialmente satisfecha. Después Theophil se volvió a comportar correctamente. Tenía para Hendrik y Nicoletta los detalles más cariñosos, a Barbara la ignoraba.

Después de la comida, que hicieron en un elegante y claro comedor revestido de madera natural, Theophil pasó el brazo por el hombro de Hofgen llevándolo aparte.

—Y bien, de hombre a hombre —dijo el dramaturgo mirando vacilante y moviendo los azulados labios bajo el bigote—. ¿Está usted contento con su experimento?

—¿Con qué experimento? —quiso saber Hendrik.

Theophil rió fuerte, moviendo aún más los ávidos labios.

—¿Y a usted qué le parece? ¡Me refiero, naturalmente, a su matrimonio! —susurró áspero—. ¡Está usted loco, meterse en algo así! Esa hija de académico es durita de pelar. ¡Yo lo intenté también! —confesó, y su mirada adquirió un aire enfadado—. Con éstas pocas satisfacciones tendrá, amigo. Es una sosa, créame a mí, que soy el más competente especialista del siglo: una pava sosa.

Hendrik quedó tan perplejo por esta expresión, que se le cayó el monóculo del ojo. Marder, entre tanto, divertido, le daba golpecitos en el estómago.

—¡No lo tome usted a mal! —repentinamente se puso de buen humor—. Quizá lo consiga usted. Nunca se sabe. Usted es un tipo sorprendente.

Durante toda la tarde se quejó de la falta absoluta de disciplina que caracterizaba tan tristemente a su época. Jamás se cansaba de repetir las mismas afirmaciones y exclamaciones. Una y otra vez aseguraba:

—No hay personalidades. ¡Sólo yo! Por muy atentamente que mire a mi alrededor, nunca encuentro a nadie más que a mí.

Con hastío se comparó a algunos grandes hombres del pasado, desde Holderlin hasta Alejandro Magno; excitado, alabó «los buenos tiempos pasados» de su juventud, y al hacerlo mencionó al académico Bruckner.

—El viejo profesor es colosalmente aburrido, pero tiene clase, de la vieja escuela; no es un charlatán. Una persona digna de respeto, sin duda. Es peor lo que viene después. Nuestra época no produce más que cretinos o criminales.

Más tarde acompañó a los tres jóvenes, Nicoletta, Barbara y Hendrik, a la biblioteca, que contaba con más de mil volúmenes, y los conminó:

—Lo primero, aprender algo. ¡Nadie sabe nada! —gritó inesperadamente—. La incultura general y el entontecimiento claman al cielo. Totalmente desmoralizada, esta generación. ¡Inevitable pues, la catástrofe europea y, desde los más elevados puntos de vista, justificada!

Cuando se empeñó en examinar a Hendrik de los verbos griegos irregulares, a Barbara le pareció que ya era hora de marcharse.

En el barco, de vuelta al hotel, Nicoletta aclaró que su padre, el aventurero, tenía que haber sido muy parecido a Theophil Marder.

—No poseo ningún retrato de papá —dijo mirando al agua, que ya no reflejaba la luz del sol, sino el gris perla inmóvil de la tarde que caía—. Ningún retrato, sólo la pipa de opio. Pero tiene que haber muchos rasgos comunes entre él y Theophil Marder. Lo intuyo. Por eso me noto tan emparentada con Marder.

Después de una pequeña pausa, Barbara se hizo oír:

—Estoy segura de que tu padre fue mucho más simpático que Marder. Marder no es nada simpático.

Los verdes ojos felinos de Nicoletta miraban misteriosos y divertidos; se reía para sí.

Casi a diario Nicoletta iba en el barco hasta la orilla opuesta, donde se encontraba la villa de Marder. Salía a mediodía y regresaba por la noche. Barbara estaba cada vez más silenciosa y pensativa, especialmente durante las pocas horas que Nicoletta pasaba cerca de ella.

Por lo demás, el irrazonable y extraño flirt de Nicoletta no era la única circunstancia que llevaba a Barbara a ensimismarse. Por la noche, cuando estaba acostada sola en su cama —y se acostaba siempre sola—, escuchaba en su interior para descubrir si el comportamiento singular y un poco infamante de Hendrik, al que también se podía calificar de fracaso, suponía para ella un alivio o una decepción. Sí, era un alivio, y también una decepción...

Las habitaciones de Barbara y Hendrik estaban comunicadas. Hofgen solía entrar ya muy tarde en la habitación de su esposa, decorativamente envuelto en su bata lujosa y gastada. Encogido de hombros, los párpados caídos sobre la mirada centelleante y distraída, atravesaba deprisa la habitación y aseguraba a Barbara con voz cantarina lo contento y agradecido que estaba, diciéndole también que ella sería para siempre el centro de su vida. La abrazaba, pero sin entusiasmo, y mientras la tenía entre sus brazos palidecía. Sufría, se estremecía, se le llenaba la frente de sudor y, con la vergüenza y la ira, de lágrimas los ojos.

No estaba preparado para este fracaso. Había creído amar a Barbara; sí, la amaba de verdad. Pero ¿hasta tal punto le había corrompido la amistad con la princesa Tebab? No se podía imaginar en las bellas piernas de Barbara las botas verdes de caña alta... Los abrazos lamentables y sin consecuencias se convertían para él en un suplicio. Creía leer burla y reproche en los ojos de Barbara, cuando no contenían más que una pregunta silenciosa y algo sorprendida. Para salir de la terrible situación, charlaba de lo que se le ocurría en el momento, procuraba alegrarse, una nerviosa risa le sacudía, paseaba por la habitación de arriba abajo.

—¿Tienes tú también pequeños recuerdos abominables como yo? —preguntó a Barbara, que estaba inmóvil en la cama observándolo—. Ya sabes: de esos recuerdos que le hacen a uno sentir escalofríos cuando piensas en ellos, y se ve obligado a recordarlos a menudo...

Permaneció en pie, apoyado en la cama de Barbara; con prisa febril, un color insano en las mejillas y alterado por la risa, empezó a contar.

—Tendría yo once o doce años cuando cantaba en el coro del colegio. A mí me gustaba muchísimo, y me creía que cantaba mejor que los demás chicos. Y ahora

viene el pequeño recuerdo endiablado. Escucha, no va a sonar tan duro si lo cuento ahora. Nuestro coro tenía que cantar en la ceremonia de una boda. Era una gran ocasión y todos estábamos bastante excitados. Pero a mí se me metió el demonio en el cuerpo. Deseaba sobresalir muy especialmente. Cuando nuestro coro inició la piadosa canción, yo tuve la *espantosa* idea de cantar una octava más alto que todos los demás. Estaba muy creído de mi soprano y pensé que haría un efecto maravilloso oír mi tono aflautado resonar en la bóveda, y allí estaba yo, orgulloso y cantando fuerte... Entonces me miró el profesor de música, que dirigía el coro, con una mirada en la que había más espanto que enfado, y sólo dijo: «¡Cállate!» ¿Comprendes, Barbara? —preguntó colocando las manos delante de la ardiente cara—. ¿Comprendes lo infernal que es algo así? Secamente, muy bajo, me dijo: «¡Cállate!» Y yo que me sentía en esos momentos como un arcángel en el coro...

Quedó en silencio. Después de una larga pausa dijo:

—Recuerdos así son como pequeños infiernos, a los que a veces tenemos que bajar...

Con una expresión de desconfianza en el rostro preguntó:

—¿Tú no tienes recuerdos de este tipo. Barbara?

No, Barbara no tenía recuerdos de esa clase. Esto le irritó, casi le enfureció de repente.

—¡Ahí está! —dijo en tono desagradable, y de sus ojos surgió una luz malévola—. Eso es exactamente: tú no te has tenido que avergonzar nunca... A mí me ha sucedido a menudo; ésta fue la primera vez. A menudo me tengo que avergonzar profundamente, me tengo que avergonzar hasta el infierno... ¿Entiendes lo que quiero decir. Barbara?

## Capítulo V

### El esposo

El joven matrimonio Hofgen volvió con Nicoletta von Niebuhr a Hamburgo a finales de agosto. Hendrik había alquilado en la villa de la señora Monkeberg, la viuda del cónsul, todo el piso bajo, que constaba de tres habitaciones, una pequeña cocina y cuarto de baño. Para decorar el piso, grande y confortable, necesitaron algunos muebles nuevos. El académico Bruckner tuvo que pagar las elevadas facturas.

Nicoletta prefirió quedarse a vivir en el hotel.

—El ambiente burgués en la casa de esta señora Monkeberg es inaguantable —aclaró nerviosa y altanera.

Barbara opinó, conciliadora, que la señora Monkeberg era, a su aire, una estupenda persona y muy decorativa.

—De todas maneras, yo me llevo francamente bien con ella —reconoció Barbara.

La señora Monkeberg le había regalado cuando se mudó dos gatitos, uno negro y otro blanco, y era sumamente atenta con ella.

—Estoy encantada de tenerla en mi casa, hija mía —aseguró la anciana a su nueva inquilina—. Las dos pertenecemos a la misma clase.

La señora Monkeberg, cuyo padre había sido catedrático de universidad, conoció en su juventud al doctor Bruckner cuando éste era profesor en Heidelberg. Invitó a Barbara a tomar el té en el piso superior, le enseñó las fotografías familiares y le presentó a sus amigas.

Nicoletta se burlaba, furiosa, de que Barbara aceptase estas invitaciones. Ella, por su parte, recibía en su habitación del hotel a acróbatas de revista, a bailarines y a *cocottes*. Hendrik temblaba al pensar que en este círculo tan original podía caer, por una casualidad desdichada, pero no imposible, Juliette, llamada Princesa Tebab. ¡Qué divertido sería para Nicoletta recibir a la Venus negra! Pues era una entusiasta del esnobismo, la excentricidad y la depravación.

—La gente a la que mi padre se preciaba en llamar sus amigos, tampoco será menospreciada por mí —solía asegurar con la cabeza alta a todo el que quisiera escucharla.

Lo que no se podía negar de ninguna manera es que Nicoletta estaba plenamente en forma. Todo en ella parecía en tensión; todo resplandecía, seducía, chisporroteaba como cargado de electricidad. Más segura de su éxito que nunca, mostraba la resuelta cabeza de efebo, con la frente arqueada, la nariz grande, aguileña y los llamativos labios, entre los que brillaban los dientes. La mayoría de los miembros varones de la

compañía estaban ya locamente enamorados de ella: la Motz ya había tenido que reñir y sollozar, porque Petersen se había comportado nuevamente de manera indómita y arrojada: no había renunciado a invitar a Nicoletta a una cena carísima en el Hotel Atlantic. Motivo para el más amargo resentimiento tuvo también la Mohrenwitz, que se había acostumbrado a ocupar junto a Bonetti el puesto de sustituía de la frágil Angelika, y que vio sus encantos demoníacos ensombrecidos por los de Nicoletta, más acusados, auténticos y fuertes. ¿De qué le servía a la progresista Rahel maquillarse los labios de morado, eliminar sus cejas y fumar largos cigarrillos de Virginia, que le sentaban fatal? Nicoletta hacía brillar sus ojos de felino y convencía a todos por medio de fuerzas hipnóticas de que tenía las piernas preciosas, igual que aquellos sugestivos narradores de cuentos de la India, que transportaban a su maravillado público a lugares donde el cielo era azul, crecían las palmeras y saltaban los monos. Aunque Oskar H. Kroge no simpatizaba con Nicoletta, le había confiado, siguiendo el consejo de su amigo Schmitz, que afirmaba el gusto de la gente por «algo así», el papel de protagonista en la primera novedad del otoño: una comedia francesa. Nicoletta haría la mundana trágica, a la que asesinaban en escena, al final del tercer acto. El joven asesino era Bonetti, cuyos gestos, repugnantes y altivos por su indolencia y fatuidad, concordaban perfectamente con el personaje; el rufián con aspecto de gran señor, que en el fondo no es tal, sino un hombre vulgar, era Hofgen. La señora von Herzfeld, que había traducido y adaptado la obra, dirigía el montaje.

—Con esta mamarrachada va a tener mucho más éxito que con *Knorke* —le profetizaba a Nicoletta, por la que manifestaba un interés maternal desde que sus celos por Hendrik se habían tenido que concentrar en otra persona.

—De eso también yo estoy convencida —apuntó Nicoletta, fría y cortante—. Una creación como la que voy a ofrecer mañana por la tarde no se habrá visto nunca en Hamburgo.

—¡Que sea en buena hora! Me parece que de esta obra podremos dar por lo menos treinta representaciones.

Schmitz sonrió satisfecho, y tocó madera supersticiosamente. Cayó el telón, los aplausos retumbaron por todo el teatro. Los espectadores llamaron una y otra vez a la Niebuhr: la escena de la muerte la habrían hecho repetir. En verdad los gritos y gestos de Nicoletta habían sido impresionantes al máximo cuando Bonetti la apuntó con el revólver. Se oyó el tiro, la trágica cortesana se desplomó, contrajo los miembros, lloró, y, ya moribunda, pronunció un largo discurso, en el que hacía los más amargos y efectistas reproches al amante celoso en particular y a los hombres en general; rezó, lloró de nuevo, y murió.

Las críticas, al día siguiente, formaron un coro de entusiasmos. Todos los periódicos parecían estar de acuerdo en que la creación de Nicoletta von Niebuhr

había tenido una calidad extraordinaria. «Nicoletta von Niebuhr, al principio de una gran carrera», decían los titulares de primera página del periódico más leído. De este mismo tenor fue la noticia que se envió también a los diarios de Berlín. Ante las taquillas del teatro había cola ya por la mañana, cosa que desde hacía años no sucedía. Se vendieron todas las localidades para las siguientes cinco representaciones del efectista drama folletinesco.

Pero Nicoletta recibió al mediodía siguiente al estreno el siguiente telegrama de Theophil Marder:

«Exijo de ti vengas en seguida a mí stop prohíbo te prostituyas como actriz stop viril sentimiento de honra en mí protesta contra tu degradación stop te espero mañana en la estación stop mujer disciplinada tiene que pertenecer sin condiciones a hombre absolutamente genial, que la quiere elevar hasta él stop en caso de que fracasases en situación decisiva y retrases llegada con la excusa que sea, te consideraré como definitivamente repudiada por mí, la conciencia del mundo, Theophil.»

Nicoletta despidió sin contemplaciones a algunos muchachos y muchachas del ballet, que se habían acercado a felicitarla por su éxito. Llamó por teléfono a Hofgen y le notificó escuetamente que una hora más tarde salía en tren hacia el sur de Alemania. Hendrik le preguntó si estaba contándole un chiste o se había vuelto loca. Ninguna de las dos cosas. Más bien renunciaba a su contrato y a su carrera de actriz. El papel en la obra folletinesca se lo podrían dar sin dificultades a Rahel Mohrenwitz, que seguramente estaba ya preparada para aceptarlo. Para ella, Nicoletta, sólo había una cosa importante en el mundo: el amor de Theophil Marder. Una mujer disciplinada pertenecía sin condiciones, totalmente, al hombre genial que la quería elevar hasta él, afirmó la señorita von Niebuhr por teléfono, para mayor sorpresa de su colega.

Hendrik, a quien el sobresalto casi había dejado mudo, murmuró:

—Estás enferma. Tomo un taxi y voy a verte.

Diez minutos más tarde estaba con Barbara en la habitación de Nicoletta, que ya había empezado a hacer las maletas.

El noble y sensible óvalo del rostro de Barbara estaba tan blanco como la pared en la que apoyaba la espalda. Barbara guardaba silencio; Nicoletta guardaba silencio; Hendrik hablaba. Primero se burló, después suplicó y finalmente amenazó y bramó.

—¡Tú tienes un contrato! ¡Te llevarán a los tribunales!

Nicoletta respondió tranquila, pero con la más cortante claridad:

—Al señor Kroge no le apetecerá litigar con Theophil Marder por la propiedad sobre mi persona.

Hendrik la invitó a pensar:

—Esto arruinará tu carrera. Ningún teatro del mundo te volverá a contratar.

—Ya te lo he dicho: renuncio encantada a esa carrera. Lo que recibo a cambio de

ella es, sin punto de comparación, más valioso, esencial y bello.

Su voz no era ya cortante, sino que cantaba de alegría.

Hendrik no podía ocultar su conmoción. Aquella muchacha empezaba a ser un jeroglífico para él. Pero ¿cómo, es que había pasiones capaces de hacer que una persona tire por la borda una carrera tan prometedora? La fantasía de Hendrik no estaba en condiciones de imaginar sentimientos que su corazón no pudiera albergar. Las pasiones solían tener para su carrera consecuencias más bien positivas; de ninguna manera admitía que la perjudicaran, y mucho menos que la destrozaran.

—Y todo esto a causa del profeta insolente —concluyó.

Al oír estas palabras Nicoletta se enderezó, cortó el aire con la nariz y silbó:

—Te prohíbo que hables así de mi prometido, del más grande de los mortales.

Hendrik, dándose por vencido, rió y se secó el sudor de la frente.

—Bien, se lo tendré que comunicar a Kroge —dijo.

Mientras llamaba por teléfono al teatro. Barbara dejó oír por vez primera su voz, que parecía velada por la tristeza.

—Entonces, ¿te quieres casar?

—¡Si él me quiere! —exclamó con visible alegría Nicoletta, evitando mirar a su amiga.

—Es treinta años mayor que tú, podría ser tu padre.

—Precisamente —de los bellos ojos de Nicoletta surgió la llama del éxtasis—. Es como mi padre. En él he vuelto a encontrar a la persona perdida. De forma maravillosa se renueva la vieja unión.

—Está enfermo —añadió Barbara.

La deslumbrada Nicoletta habló con la cabeza bien alta:

—Tiene la salud suprema del genio.

A Barbara no le quedó más que suspirar:

—¡Dios mío. Dios mío! —y escondió el rostro entre las manos.

Cuando un cuarto de hora más tarde aparecieron Oskar H. Kroge, el gerente Schmitz y la señora von Herzfeld, Nicoletta había terminado de hacer las maletas y estaba ya en el vestíbulo del hotel, esperando el coche que había de llevarla a la estación.

Schmitz, cuya voz no era ya suave, sino un puro grito, amenazó con acudir a la policía y a una orden de arresto; Oskar H. Kroge bufaba como un gato viejo, mientras que Nicoletta le respondía dando picotazos como un ave de rapiña; la señora von Herzfeld intentó convencerla con razonamientos, pero enmudeció ante la furia exaltada de Nicoletta y su férrea pasión. Todos hablaban al tiempo: Schmitz se quejaba pensando en las entradas ya vendidas, Kroge hablaba del sentido de la responsabilidad artística y de la decencia humana y la Herzfeld calificaba el comportamiento de Nicoletta de histeria tardía y de mal gusto, propia de la pubertad.

Barbara había abandonado el hotel sin ser vista. Nicoletta marchó sin despedirse de ella.

La brusca desaparición de Nicoletta supuso para Barbara no sólo dolor, sino también un alivio. Recibió la noticia de la boda de Nicoletta y Theophil Marder, celebrada «en la mayor intimidad», sin demasiada emoción. «¡Pobre Nicoletta!», fue en realidad todo lo que pensó. Su corazón empezaba ya a renunciar al problemático goce de una amistad que durante tantos años la había ocupado, alegrado y torturado.

Ya no podía pensar en un futuro con Nicoletta, pero le gustaba recordar el pasado común y contarse a sí misma la historia de una amistad, que había surgido en circunstancias tan fantásticas, llenas de sentido, y se había desarrollado siguiendo pautas tan fascinantes.

Willy von Niebuhr, el padre, cuya vida había transcurrido intranquila, aunque quizá sin ser tan aventurera como su hija solía presentarla, no se había preocupado nunca por Nicoletta. Cuando murió, en China, la muchacha tenía trece años, y la acababan de expulsar de un internado de Lausana, con gran escándalo. Niebuhr, que sabía que no iba a vivir mucho tiempo, escribió desde Shanghai a Bruckner, con el que había tenido amistad desde los tiempos de estudiante: «¡Ocúpate de la niña!» El académico decidió invitar a la muchacha a pasar un par de semanas en su casa, hasta encontrar un nuevo internado adecuado para ella, o cualquier otra posibilidad de alojamiento. Así fue como apareció Nicoletta en casa de los Bruckner: una criatura gravemente solemne, lista y voluntariosa, con gran nariz aguileña, brillantes ojos de felino, cuerpo delgado y flexible y arrogante postura de cabeza, segura de su triunfo. Al historiador todo en su huésped le parecía inquietante: la mirada llamativa e intranquilizadora, la pronunciación excesivamente clara, fuertemente acentuada, la corrección diabólica de su comportamiento. Le parecía fascinante, pero también algo penoso, tener tan cerca a la tan especial hija de un amigo interesante y tenerla que observar todo el día.

No pudo evitar la sorpresa al ver que Barbara se hacía amiga íntima de Nicoletta. ¿Qué atraía a su hija en aquella muchacha desconocida, extraordinaria, imprevisible? Y reflexionaba con cariño sobre el particular. Le parecía que Barbara buscaba en Nicoletta la personalidad más decididamente opuesta a la suya... De todas formas, esta amistad le parecía tan sospechosa, que prefería alejar a Nicoletta de su casa. La confió a un pensionado en la Riviera francesa; pero también allí hubo de nuevo escándalo. Y Nicoletta volvió a la villa de Bruckner. Al cabo de un tiempo se alejó de ella nuevamente, pero volvió; este juego se repitió con frecuencia. De las muchas aventuras que le deparaba su joven vida festiva e inconsciente se reponía siempre junto a Barbara. Ésta la esperaba siempre, abría sus puertas cuando Nicoletta llamaba; el padre lo veía, se asombraba, quizá se afligía, pero lo permitía. Al menos pudo comprobar que su bella e inteligente hija, al tiempo que participaba fielmente de

la curiosa existencia de su amiga, no descuidaba su propia vida. Se ocupaba juguetona y pensativa, se ocupaba de mil cosas; tenía amigos, a cuyos estados de ánimo y preocupaciones siempre brindaba paciente simpatía; era superficial y sensata; medio amazona y medio suave hermana; fría y bondadosa, muy frágil y siempre dispuesta a la ternura, que no podía sobrepasar ciertos límites. Así vivía Barbara, y quizás el hecho de que *esperaba a Nicoletta*, de que todas las horas del día estaba preparada para su llegada, diera a su vida un sentido secreto, el enigmático centro que necesitaba.

Si Nicoletta había vuelto siempre. Barbara intuía y sabía que esta vez no lo iba a hacer. Esta vez había sucedido algo decisivo, definitivo. Nicoletta creía haber encontrado en Theophil Marder al hombre que se parecía a su padre, de igual condición que él; lo comparaba con la legendaria figura que ella había reconstruido. Ya no necesitaba a Barbara. Ahora encomendaba su vida al recuperado padre, al nuevo amado, con el dramático escándalo que caracterizaba todas sus acciones. Nicoletta se sometía a su inconmensurable e irritable voluntad, ella que llevaba la cabeza muy alta, pero deseaba que le dieran órdenes. ¿Qué debía hacer Barbara? Era demasiado orgullosa para entrometerse, demasiado activa para quejarse; enmudeció y conservó incluso su insondablemente sereno rostro. «Pobre Nicoletta», pensó, «ahora tienes que resolver tu propia vida. No va a ser una tarea fácil, pobre Nicoletta.»

Barbara, dicho sea de paso, no tenía mucho tiempo para pensar en Nicoletta; su propia existencia, la vida en una ciudad desconocida al lado de un hombre desconocido la absorbían. Se tenía que acostumbrar a la convivencia con Hendrik Hofgen. ¿Aprendería gradualmente a amar a ese hombre a cuya patética solicitud había cedido, en parte por curiosidad y en parte por compasión? Incluso antes de plantearse esta pregunta tenía que intentar contestar a otra que le parecía más decisiva, la de si Hendrik, por su parte, la amaba aún, si la había amado alguna vez. Barbara, escéptica en muchas cosas humanas por su inteligencia y su experiencia, dudaba ahora si la pasión que Hendrik le había mostrado —o representado— durante las primeras semanas de conocerse había sido alguna vez auténtica. «He sido engañada», pensaba Barbara a menudo. «Me he dejado engañar por un comediante. Le pareció útil para su carrera casarse conmigo y, además, necesitaba una persona a su lado. Pero nunca me ha querido. Quizá ni siquiera sea capaz de amar...»

El orgullo, la buena educación y la compasión le impidieron hablar de su disgusto, mostrar su decepción. Pero Hendrik era lo suficientemente sensible como para notar lo que ella, más por altivez que por bondad, le ocultaba. A la inteligencia de ella se le escapó que él sufría.

Él sufría, atormentado por el fracaso de sus sentimientos hacia Barbara, y también por el fracaso de su cuerpo, que se había repetido muy a menudo de forma humillante y grotesca. Se quejaba de su derrota; el ímpetu de sus sentimientos y la llama en su

corazón habían sido auténticos o, por lo menos, casi auténticos, es decir, auténticos hasta el más alto grado que él podía alcanzar. «Con más fuerza y más pureza que en aquellos primeros días del verano, después del estreno de *Knorke*, no voy a sentir», pensó Hendrik. «Si esta vez fracaso, estaré condenado a fracasar siempre. Si así fuera, sería seguro que el resto de mi vida sólo podré pertenecer a muchachas como Juliette. «Pero puesto que ser fiscal de sí mismo, por muy honrada y amargamente que se cumpla la tarea, se convierte, hasta cierto punto, en autojustificación, y esto sucede a casi todas las personas, Hendrik pasó inmediatamente a reunir en su interior los argumentos que podía utilizar contra Barbara y que a él lo exonerasen de su culpa. Pensándolo mejor, ¿no era Barbara la que había fracasado? ¿No había ahogado ella el ímpetu de sus sentimientos con frialdad arrogante? ¿No estaba demasiado creída de su alcurnia, de su delicado intelecto? ¿No había burla, altivez y fría vanidad en las miradas inquisitivas que le dedicaba tan a menudo? Hendrik empezó a temer esos ojos, que hasta hacía poco le parecieron los más bellos del mundo. Hasta en la observación más nimia y superficial que hacía Barbara chocaba con la irritabilidad de él, su orgullo herido, un sentido más profundo, secundario, despectivo para él. Las pequeñas costumbres de Barbara y el silencioso abandono con que les era fiel le enervaban y ofendían en tal grado que se convertía en una obsesión, cuya sinrazón tenía que reconocer cuando pensaba con objetividad.

Barbara daba un paseo a caballo antes del desayuno, y hacia las nueve aparecía en el comedor, trayendo de fuera el aroma y el aliento de la fresca mañana. Hendrik, en cambio, estaba sentado con la cara entre las manos, cansado, malhumorado, aún en bata, una bata cada vez más deshilachada, y aparecía macilento.

—Estás medio dormido —dijo Barbara de buen humor.

Vertió el contenido del huevo pasado por agua en una copa de vino; era la forma en que acostumbraba comer el huevo del desayuno: en una copa de vino y aliñado con mucha sal, pimienta, picante salsa inglesa, zumo de tomate y un poco de aceite. Hendrik apuntó, picado:

—Estoy bastante despierto, e incluso he trabajado; por ejemplo, he llamado al dueño de la tienda de comestibles, que se empieza a impacientar por nuestra cuenta pendiente. Perdona que no te ofrezca por las mañanas un aspecto más lozano. Pero me temo que ni siquiera tú vas a poder inculcarme esas costumbres tan elegantes. Soy ya demasiado mayor para cambiar, y además procedo de un medio social en que tan noble deporte no es normal.

Barbara, que no quería amargarse el día, prefirió dar a la conversación un tono más jocoso.

—Das magníficamente con el tono. Se podría creer que lo has tomado en serio.

Hendrik calló, furioso; para causar más impresión, se puso el monóculo.

Involuntariamente, Barbara empezó a fastidiarle de nuevo.

Mientras comía el huevo con buen apetito, le dijo:

—Deberías probar tu huevo así. Para mí pierde su gracia tomándolo en la huevera y sin aliñar.

Después de una pausa, Hendrik preguntó con extremada cortesía, consecuencia de su irritación:

—¿Te puedo indicar algo, querida?

—Naturalmente —respondió ella masticando.

Hendrik, que tamborileaba con los dedos sobre el tablero de la mesa, alzó la barbilla y apretó los labios, lo que dio a su rostro una expresión autoritaria.

—Tu modo ingenuo y exigente de asombrarte o de burlarte cuando alguien hace algo diferente a lo acostumbrado en casa de tu padre o de tu abuela podría sorprender, e incluso repeler, a cualquiera que no te conozca como yo.

Los ojos de Barbara, que hasta estos momentos habían tenido una alegre claridad, se tornaron pensativos y adquirieron el mirar inquisitivo. Tras un corto silencio preguntó en voz baja:

—¿Cómo se te ha ocurrido hacer esta observación precisamente ahora?

—En todas partes lo normal es comer el huevo en la huevera y con sal —contestó tamborileando severamente con los dedos—. En la villa Bruckner se toma en copa y con seis especias. Es un modo muy original, pero no veo la razón para reírse de una persona porque no esté acostumbrada a tales originalidades.

Barbara calló, movió la cabeza y se puso en pie. Él miraba cómo se movía por la habitación con su paso desganado. Le asaltó un pensamiento: «Qué curioso, ahora lleva las botas altas que a mí me gustan, pero sus piernas no causan el efecto que yo deseo y necesito. En ella las botas son parte del correcto equipo deportivo. En Juliette suponen algo diferente...»

Pensar en Juliette delante de Barbara era para él un malévolos triunfo, que le compensaba de algunos disgustos. «Tú ve a cabalgar —pensó él irónico—. Haz del huevo pasado por agua un cóctel. Tú no sabes con quién estoy citado esta tarde, antes del ensayo.» Mientras Barbara abandonaba la habitación orgullosa y en silencio, él saboreaba el burdo placer del marido que engaña a su mujer y se enorgullece de su secreto.

A la segunda semana de su regreso, Hendrik había vuelto a encontrar a la Venus negra. Ella lo había acechado por la noche cuando iba al teatro. ¡Qué placer y qué espanto le produjo oír, desde la oscuridad de un portal, su ardiente y conocida voz!

—¡Heinz!

Ése nombre repudiado, del que se avergonzaba... Pronunciado por la voz ronca de la negra le hacía bien, como si recibiera una terrible caricia. A pesar de ello se revolvió furioso:

—¿Cómo te atreves? ¡Me estás acechando!

Ella, irónica, le había hecho un mohín con su mano bella, fuerte, nervuda.

—Deja eso, nene. Si no eres bueno, voy al teatro y armo un escándalo.

De nada le sirvió mascullar.

—¿Me quieres chantajear?

—Naturalmente —sonrió ella, haciendo brillar los labios y los ojos.

Su amplia risa tenía una maldad que para él resultaba espantosa y a la vez irresistible. Obligó a Juliette a meterse en el portal, pues temblaba ante la idea de que alguien pudiera verlo en tan mala compañía. Verdaderamente, la princesa Tebab tenía aspecto de degenerada. El pequeño sombrero de fieltro, que llevaba muy encasquetado, y la usada, estrecha chaqueta eran del mismo color verde chillón que las botas altas, brillantes. Alrededor del cuello llevaba una pequeña boa de plumas blancas, sucias y ralas. Sobre esta triste vestimenta estaba, ancha y oscura, la cara, con los carnosos y enormes labios y la nariz plana.

—¿Cuánto dinero quieres? —preguntó Hendrik con hastío—. Ahora ando bastante escaso.

—No es dinero lo que quiero, enano. Me tienes que visitar —dijo casi picara.

—¡Qué idea! —murmuró con labios temblorosos—. Estoy casado...

—No digas tonterías, corderito —le interrumpió severa—. Tu señora esposa no te puede ofrecer lo que tú necesitas. Ya he visto a tu Barbara.

¿Cómo sabía su nombre? La inicua circunstancia de que lo conociera lo llenó de miedo.

—Esa personita no tiene sangre en las venas —dijo la princesa Tebab girando los ojos en las órbitas.

Hendrik, medroso y con la frente cubierta de sudor, esperaba que la negra calificara a su Barbara de «pava sosa». Pero Juliette no parecía inclinada a continuar la teórica conversación. En tono amenazador que exigía una respuesta pronta y exacta, preguntó:

—¿Cuándo vendrás a verme?

En una buhardilla cuya gris desnudez no quedaba embellecida por la reproducción dulzona, chillona de una Madona de Rafael, sino más bien grotescamente realzada, se reanudaron los macabros ejercicios que antes habían tenido como marco la burguesa habitación en casa de la viuda Monkeberg.

Allí respiraba el joven esposo nuevamente el conocido olor extraño, mezcla de perfume barato y aroma selvático. Allí escuchaba de nuevo la bronca, chillona voz, las palmadas, el rítmico golpeteo de su maestra. Allí declamaba de nuevo versos en francés, cuando caía rendido en el duro jergón que servía de cama a la hija de reyes. Pero ahora estas oscuras fiestas, que Hofgen se permitía, como antes, dos veces a la semana, tenían un epílogo repugnante que no habían poseído anteriormente. Cuando todo había acabado y Juliette dejaba descansar a su satisfecho y agotado alumno,

Hendrik empezaba en aquella habitación y ante aquella mujer a hablar de Barbara, su esposa.

Lo que él discretamente silenciaba ante la curiosidad inquisitiva y a la vez discreta, tensa y al tiempo celosa de su amiga Hedda von Herzfeld, o ante la camaradería de su amigo Otto Ulrichs, se lo confesaba a su Venus negra, que le llamaba «Heinz». A ella sí le confesaba lo que sufría por Barbara. A ella, y sólo frente a ella, se obligaba a la sinceridad. No le ocultaba nada, ni siquiera la propia vergüenza. Al conocer su derrota psicológica, su ridículo marital, la señorita Martens rió brusca, larga y cordialmente. Hendrik se volvió al oír esa risa, más difícil de soportar para él que el más duro castigo. Sobre él, sonreía la negra.

—Pues, siendo así, si es así como sucede, no puedes esperar ningún respeto por parte de tu belleza.

El habló de las cabalgadas matutinas de Barbara, que le parecían una constante provocación; se quejó de sus orgullosas extravagancias.

—De los huevos pasados por agua se hace un cóctel con diez salsas picantes, y aún sigue mirándome de arriba abajo porque yo me tomo el huevo en la huevera como cualquier mortal. Todo en mi casa tiene que ser lo más parecido posible a la casa de su padre y de su abuela. Por eso tampoco permitió que tomara como criado al pequeño Bock: un buen chico, fiel a mí, con el que no habría podido conspirar en contra mía. Pero no, una persona que me sea fiel no es admitida en nuestra casa. Buscando excusas, afirmó que el pequeño Bock no sabía mantener la casa en orden. Y eso que no lo conoce; es mi guardarropista desde hace años y puedo asegurar que ama el orden sobre todas las cosas. En su lugar tenemos una antipática vieja que fue doncella durante veinte años en la finca del general ¡para que nada cambie en la vida de la respetable señora!

La Venus negra le escuchó pacientemente. Se enteró también de que Barbara tenía contactos a los más altos niveles, con consejeros o directores de banco, pero él, dijo Hendrik hastiado, el actor Hofgen, no recibía invitaciones, o si le llegaban no le daban más valor que el de «acompañante». Barbara visitaba lugares que a él le resultaban extraños y poco amables: aulas y salones. También su correspondencia le molestaba. Siempre escribía o recibía cartas sin que Hendrik supiera quiénes eran las personas con las que mantenía tan interesante relación; sobre ello se quejó amargamente a la Venus negra. ¿No creía Juliette que las cartas que escribía a su padre, a su abuela o a Sebastian, su amigo de la niñez, contenían fundamentalmente juicios despectivos sobre él, sobre Hendrik? Princesa Tebab no quiso, ni tampoco pudo discutir esa posibilidad.

—¡Seguro que en las cartas se burla de mí! Si no tuviera mala conciencia, me dejaría leer alguna de las respuestas que recibe. Pero jamás veo ninguna.

Este punto era especialmente negativo y chocante para Hendrik, que enseñaba a

Barbara las cartas que recibía de su madre.

—Ya no pienso volver a hacerlo —aclaró a Juliette decididamente—. ¿Para qué voy a depositar mi confianza en ella, cuando por su parte no hay más que secretos? Y encima tiene la desfachatez de reírse de mi madre.

La verdad es que Barbara se había reído mucho cuando Hendrik le leyó la carta en que la señora Hofgen contaba la ruptura del último compromiso de Josy. «Naturalmente, todos estamos muy contentos de que nuevamente hayan salido las cosas tan bien», escribía la pobre mamá. Barbara se había reído mucho, y también Hendrik había participado de su alegría: en aquellos momentos él mismo encontró el párrafo de la carta tan divertido como Barbara. El enfado vino después, y ahora se lo contaba a la Venus negra.

—Su familia es sagrada. No se puede decir nada de la generala y sus impertinentes. Sin embargo, mi madre es objeto de burla.

Con esos cuentos y lamentaciones acababan las visitas a la oscura buhardilla de Juliette. Antes de poner los cinco marcos sobre la mesilla de noche y marcharse, Hendrik dijo a su princesa que la quería más que a Barbara.

—Ya estás mintiendo otra vez.

—¿Mentir yo? —preguntó con una sonrisa ambigua, dolorida, irónica, ensimismada—. Bueno, me tengo que ir al teatro —dijo con voz clara, alzando la barbilla.

Los ensayos para el nuevo montaje de *El sueño de una noche de verano*, en que Hendrik Hofgen hacía el Oberón, y los preparativos para una gran revista eran más importantes y enardecedores que los problemas complicados y al tiempo acuciantes: a quién quería más, a Barbara o a Juliette.

—Ninguno de nosotros puede permitirse el lujo de distraerse de su trabajo a causa de la vida privada —explicó a su amiga Hedda—. Al fin y al cabo, somos artistas.

Su expresión demostraba orgullo y seguridad, pero también sufrimiento.

Barbara, que ocupaba el día haciendo deporte, leyendo, dibujando, manteniendo su correspondencia al día o asistiendo a las aulas de la universidad, se presentaba a veces en el teatro para recoger a Hendrik tras del ensayo. A veces pasaba largos ratos en el guardarropa o en la H. K., cosa que a Hendrik no le parecía bien. Como sospechaba que su mujer intentaba instigar a sus compañeros contra él, no deseaba que el contacto entre ella y la compañía fuera demasiado frecuente. Barbara solicitó en vano poder diseñar los decorados de alguno de los estrenos que se iban a presentar a lo largo del invierno. Hendrik le prometió someterlo a la dirección para que le hicieran el encargo; siempre le explicaba que los directores Kroge y Schmitz no estaban en contra de la idea, pero que la señora von Herzfeld hacía fracasar la propuesta. Esta afirmación no quedaba muy lejos de la realidad. De hecho la señora von Herzfeld se ponía de mal talante y su postura era negativa siempre que se hablaba

de Barbara. Los celos hacían que fuera mala e injusta. No podía perdonar a Barbara que se hubiera casado con Hendrik. Por supuesto, la señora von Herzfeld no había sido nunca tan audaz como para hacerse ilusiones con respecto a Hofgen. Conocía los gustos especiales del hombre al que amaba, conocía el triste y penoso secreto de su relación con la princesa Tebab. El papel con el que se tenía que conformar, que le había bastado durante años, era el de fraternal amiga y confidente. Y era precisamente este papel el que le disputaba Barbara. Para Hedda era un triunfo que su rival pareciera no darse por satisfecha con esta función tan envidiable. Hendrik no lo decía explícitamente, pero el fino instinto de la mujer celosa lo adivinaba. La señora von Herzfeld intuía la naturaleza del fracaso: la hija del académico era demasiado exigente. Si se quería conseguir con Hendrik Hofgen, había que saber relegarse a un segundo lugar en el momento preciso. Pues, naturalmente, un hombre como él pensaba sobre todo en sí mismo. Barbara, en cambio, exigía y esperaba algo de él. Exigía felicidad. Esto hacía reír irónicamente a la señora von Herzfeld. ¿No lo comprendía la arrogante Barbara?

La única felicidad que podían brindar los hombres como Hendrik era su excitante presencia, su fascinante cercanía.

Algo parecido sentía la pequeña Siebert. Pero esta plácida y dulce criatura se había resignado más profundamente que la Herzfeld en lo referente a Hendrik. La pequeña Siebert sufría, pero no odiaba. La esposa de Hofgen, Barbara, le causaba un respeto tímido. Si la envidiada dejaba caer su pañuelo, Angelika se inclinaba rápidamente para levantarlo. Entonces Barbara, sorprendida, le daba las gracias, mientras Angelika se ruborizaba, sonreía desvalida y sus ojos miopes se fruncían miedosos.

Si bien la relación de Barbara con las dos amantes sin esperanza era complicada y estaba lastrada, con las demás damas de la compañía era muy cordial. Con la Motz solía hablar largo y tendido de precios, de modistas y de los defectos de los hombres en general y del actor de carácter Petersen en particular. Barbara sabía escuchar con tanta atención los desbordados discursos de la sincera y temperamental mujer, que la Motz llegó a la conclusión de que Barbara era una mujer admirable, y así se lo decía, encantada, a todo el mundo. De esa opinión era también la Mohrenwitz: Barbara, que ni siquiera se maquillaba, no intentaba parecer demoníaca, y por tanto nunca sería para ella, la abyecta Rahel, una rival.

Tanto Petersen como Rolf Bonetti consideraban a «la joven esposa de Hendrik» una «buena chica»; Hansemann la apreciaba porque abonaba en el acto sus consumiciones; el portero Knurr la saludaba militarmente, porque sabía que era hija de un «señor académico», los gerentes Kroge y Schmitz hablaban encantados con ella. Schmitz al principio se conformaba con bromas familiares y coquetas, pero después descubrió el interés práctico e inteligente de Barbara por las preocupaciones

financieras del teatro, y mantenía con ella largas conversaciones sobre este tema, siempre actual e incitante. Oskar H. Kroge le descubrió su preocupación por el no muy convincente repertorio del teatro. El viejo precursor de un teatro intelectual veía con horror que en su casa las piezas superficiales y las operetas amenazaban con arrinconar las obras serias. De esta lamentable evolución no sólo era culpable Schmitz, que juzgaba las obras por la taquilla que hacían con ellas; por muy paradójico que pareciera, también Hofgen era responsable del bajo nivel literario. Hablaba del Teatro Revolucionario, pero montaba comedietas superficiales. El Teatro Revolucionario, que nunca se llegaba a inaugurar, era una excusa para poner en escena aquellas comedias bobas. Kroge, a pesar de sus dudas sobre el comunismo, deseaba ardientemente la apertura del estudio proyectado, que no sólo traería a su teatro un espíritu revolucionario, sino también literario. Hendrik afirmaba con imperativa suficiencia que era absolutamente necesario hacerse popular entre el público y la prensa con esas representaciones ligeras y amables, antes de poder actuar en el Teatro Revolucionario. Otto Ulrichs confiaba quizá, tan paciente como entusiasta, en los argumentos de su amigo. Más escéptica y nerviosa estaba Barbara.

Le gustaba conversar con Ulrichs; la incondicionalidad y sencillez de su convicción la fascinaban. Aunque ella mantenía su tendencia a la duda; solía aclarar que no entendía nada de política, cosa que Hendrik le confirmaba irónico:

—Tú no tienes ni idea de la verdadera seriedad de estas cosas —decía, poniendo la tirana cara de instructor—. A todo te acercas juguetona y curiosa. La creencia revolucionaria es para ti un fenómeno psicológico interesante; para nosotros, es el contenido casi sagrado de la vida.

Así hablaba Hendrik. Sin embargo, Otto Ulrichs, que consagraba a su trabajo político la mitad de su tiempo y de sus ingresos, era mucho menos severo. Su tono frente a Barbara era paternal y moralizante, pero estaba lleno de simpatía.

—Usted encontrará el camino hasta nosotros. Barbara, estoy seguro —decía amable y confiado—. Usted es de los que ya saben que la verdad y el futuro están de nuestro lado. Y usted no tiene más que un poco de miedo de reconocerlo y asumir las consecuencias.

—Sí, puede que no tenga más que un poco de miedo. —Barbara sonrió.

Entre tanto, no podía sino maravillarse de la paciente bondad con que Ulrichs permitía a Hofgen poner tantas trabas al Teatro Revolucionario. Ella, por su parte, instaba a hacerlo realidad; tenía una pequeña razón egoísta: quería hacer los decorados para el primer montaje del ciclo revolucionario.

—Esto no es cosa mía —decía casi a diario a Hendrik—, y no soy yo la que considera la creencia en la revolución mundial como el contenido de su vida. Pero me avergüenzo por ti, Hendrik. Si no te tomas esto en serio, harás el ridículo.

Al oír estas palabras, Hendrik adquiría un aire macilento, hermético. Sus ojos no

brillaban ahora coquetones, sino enfadados. Contestaba con enorme altivez:

—Esto no son más que frases de aficionado. Tu desconocimiento en cuestiones de táctica revolucionaria es absoluto.

Su táctica revolucionaria consistía en buscar cada día una nueva salida para no tener que empezar con los ensayos del Teatro Revolucionario. Pero para demostrar que algo se hacía en pro de la Revolución, se decidió repentinamente a dar una conferencia sobre «El teatro actual y sus obligaciones morales». Kroke, siempre entusiasta de este tema, puso el teatro a disposición de Hofgen un domingo por la mañana. La conferencia de Hendrik estaba compuesta con efectismo, a base del vocabulario del entusiasta director y del vocabulario de Otto Ulrichs: una alusión política y poco comprometida, en la que los jóvenes, liberales y marxistas, encontraron muchos de sus más queridos lemas. Al final todos los que llenaban el patio de butacas aplaudieron, convencidos por la calidad político-artística de orador que poseía Hendrik, ampliamente confirmada por la prensa al día siguiente.

Era la confirmación que tanto había esperado Hendrik Hofgen.

—Ahora está la situación madura, podemos actuar.

Cambiaba miradas de complicidad con Ulrichs.

El primer ensayo para el Teatro Revolucionario se fijó ya. Como era natural, no iba a ser estrenada en la apertura aquella obra radical que habían escogido el año anterior. Hendrik se había decidido en el último momento, naturalmente por razones tácticas, por una tragedia de guerra, cuyos tres sombríos actos mostraban la miseria del invierno de 1917 en una gran ciudad alemana, la cual tenía un carácter pacifista, pero de ninguna manera claramente socialista. Barbara proyectó los decorados: una triste habitación interior, una calleja gris, en la que las mujeres hacían cola para comprar pan. Otto Ulrichs y Hedda von Herzfeld interpretaban los papeles principales.

Hofgen, como director, mostró gran ímpetu en el primer ensayo. Cuando declamó con pasión medida el gran monólogo acusador que la señora von Herzfeld tenía que decir en la primera escena, en su papel de madre trágica, Otto Ulrichs no pudo menos que secarse los ojos, y hasta Barbara se impresionó. Al segundo ensayo se presentó con una ronquera nerviosa; en el tercero tenía cojera, su rodilla derecha se había anquilosado de repente, se quejaba de que ya no podía doblar la pierna. En el cuarto su aspecto era tan macilento y ruin, que tenía a todos atemorizados y no sin motivo. Estaba de un humor espantoso, llamó a la señora von Herzfeld «pavisosa» y amenazó a la apuntadora Efeu con despedirla inmediatamente.

—Usted sabotea nuestro trabajo —le gritó—. ¿Cree usted que no sé por qué? ¡Seguramente le han dado la consigna los camaradas del señor Miklas! Pero los vamos a poner en su sitio. A usted, a su señor Miklas, al limpio señor Knurr y a toda la maldita pandilla. ¡Entérese!

A la Efeu no le sirvió de nada llorar con amargura, ni jurar que era inocente.

Después de este ensayo, que dejó un amargo recuerdo en todos los que participaron en él, Hofgen se metió en cama con ictericia. Catorce días faltó al teatro. Ulrichs. Bonetti y Hans Miklas se pudieron repartir sus grandes papeles. Tras la convalecencia estaba aún muy apagado y débil, y sus ojos de piedra preciosa brillaban turbios y amarillentos. La apertura del Teatro Revolucionario fue aplazada indefinidamente. El médico había prohibido de modo terminante a Hofgen trabajar más de lo absolutamente imprescindible.

Por lo menos uno de la Compañía se alegró mucho de esta evolución de las cosas: Hans Miklas, que resplandecía triunfal. Él ya sabía desde el primer momento que la historia del Teatro Revolucionario era un fraude premeditado; así lo contaba en voz alta en la H. K, y ni las miradas reprovivas de la señora von Herzfeld lograron disuadirle de repetir aquel juicio varias veces. Su obstinado rostro parecía iluminado por el gran placer que le causaba el fracaso del Teatro Revolucionario; un día entero estuvo contento, silbaba y tarareaba, no tenía hoyos negros en las mejillas, no tosía nada e incluso invitó a la Efeu a una copa de aguardiente. Aquello no se había visto nunca, y la buena mujer observó:

—¡Vaya, vaya! ¡Qué lanzado estás!

Naturalmente, aquel agradable suceso mejoró el humor del joven sólo temporalmente. Al día siguiente apareció ya con el rostro marcado por el disgusto; las negras cavernas bajo las mejillas afluaban de nuevo, y su tos tenía un sonido preocupante. «¡Cómo nos odia a todos!», pensó Barbara, que lo observaba. No era insensible al tenebroso encanto del maleducado muchacho. Su rostro, con el espeso, recalcitrante cabello cayendo sobre la clara frente, los oscuros bordes alrededor de los ojos obstinados y los labios reservados, con brillo insano, la atraía más que, por ejemplo, el gesto indolente del bello Bonetti. En la figura delgada y elástica del joven Miklas, en aquel cuerpo entrenado, flexible y ambicioso, había algo que conmovía a Barbara. Por eso intentaba a veces iniciar una conversación con él. Poco a poco consiguió ganarse su confianza y su amistad. A veces lo invitaba a una cerveza y a un bocadillo en la H. K., delicadeza que Hans Miklas sabía apreciar. Especialmente cuando se había disgustado con Hendrik, a Barbara le divertía charlar con el enfadado joven. Entonces, ella proponía:

—¿Nos arriesgamos a una velada demoledora?

A Miklas se le encontraba siempre dispuesto para una velada demoledora, sobre todo cuando se le invitaba a cerveza y fiambres.

Con un interés mezclado con algo de horror. Barbara escuchaba los relatos de Miklas sobre aquello que amaba o sobre lo que odiaba. Ella nunca se había sentado a la mesa con una persona de las ideas y convicciones que este muchacho defendía con tanto fanatismo. Comprendió que despreciaba o rechazaba todo aquello que era caro e

imprescindible para ella, para su padre o para sus amigos. ¿Qué pensaba Miklas al acusar al «maldito liberalismo» o criticar a «determinados círculos judíos o judaizantes», que según él destruían la cultura alemana? «Sí, se refiere a todo lo que yo he amado siempre y a aquello en lo que he creído», comprendió Barbara. «Se refiere al intelecto y a la libertad cuando dice chusma judía.» Y se asustó profundamente. A pesar de ello, impulsada por la curiosidad, continuó la conversación, que tenía para ella un carácter fantástico. Le parecía haber salido de la esfera civilizada en la que estaba acostumbrada a vivir, para entrar en otra radicalmente distinta, totalmente extraña y bárbara.

¿Qué es lo que entusiasmaba a una criatura tan enigmática como Hans Miklas? ¿Qué ideas, qué ideales eran los que encendían su agresivo entusiasmo? Deliraba por una «cultura alemana limpia de judíos», y Barbara, extrañada, agitó la cabeza. Cuando su extraño interlocutor le explicó que era preciso «romper el vergonzoso tratado de Versalles» y devolver a la nación alemana «su fuerza de choque», vio cómo sus ojos se iluminaban y su frente parecía irradiar resplandor.

—¡Nuestro Führer devolverá su honor al pueblo!

Su voz sonó ronca; sacudió la cabeza, seguro de la victoria.

—No aguantaremos mucho tiempo la vergüenza de esta República, despreciada por el extranjero. Queremos recuperar el honor. Todo alemán decente lo exige, y alemanes decentes hay en todas partes, incluso aquí, en este teatro bolchevista. Debería oír como habla Knurr cuando no tiene miedo de que le oigan. Perdió tres hijos en la guerra, pero dice que no fue eso lo peor, mucho peor fue que Alemania perdiera su honor. ¡Y ése no nos lo puede devolver más que el Führer!

Barbara pensaba, ¿por qué se irritará tanto a causa del honor alemán? ¿Qué significará para él ese ambiguo concepto? ¿Será tan importante para él que Alemania tenga de nuevo tanques y submarinos? Debería procurar primero deshacerse de esa horrible tos, tener éxito en un papel simpático y ganar un poco más de dinero para poder comer todos los días hasta hartarse. Seguro que come poco y trabaja mucho, tiene aspecto agotado. Le preguntó si quería otro bocadillo de jamón; él asintió levemente y siguió delirando.

—¡El día llegará! ¡Nuestro movimiento vencerá!

Palabras parecidas, de una fe ciega, las había oído Barbara poco antes de otra persona: Otto Ulrichs. A éste no pudo contradecirle: tanto racional como emocionalmente, estaba casi convencida por aquella creencia razonada e inflamada; a Hans Miklas, por el contrario, le dijo:

—Si Alemania se llegara a convertir en lo que usted y sus amigos desean, prefiero no tener nada que ver con ella. Entonces me marcharé —aclaró Barbara, sonriendo a Miklas, pensativa, pero no con desabrimiento.

—La creo —dijo él resplandeciente—. Muchas personas se marcharán, es decir,

si las dejamos ir y no las atrapamos antes. ¡Entonces *nos* tocará a nosotros! ¡Entonces volverán a mandar los alemanes en Alemania!

Parecía un quinceañero entusiasmado, con el pelo revuelto y los ojos brillantes. Barbara no podía negar que le gustaba, aunque cada palabra que decía le pareciera extraña y repulsiva. Con una oratoria que a menudo se complicaba, pero que seguía siendo agresiva, él explicó que la convicción por la que luchaba era profundamente revolucionaria.

—Cuando llegue el día y nuestro Führer asuma el poder, todo el poder, se acabará el capitalismo y su hueste de enchufados, se romperá el yugo de las deudas de guerra, las grandes bancas y las bolsas que asfixian nuestra economía cerrarán, y nadie llorará por ello.

Barbara quería saber por qué Miklas no se unía a los comunistas, estando como estaba en contra del capitalismo como ellos. Miklas, con el fervor de un niño que recita la lección aprendida de memoria, contestó:

—Porque los comunistas no tienen sentimientos patrióticos, sino que son internacionalistas y dependen de los judíos y los rusos. Tampoco saben nada de idealismo; todos los marxistas creen que lo único importante en la vida es el dinero. Nosotros queremos nuestra propia revolución alemana, idealista, no una revolución dirigida por los masones y por los sabios de Sión.

Barbara indicó al ardiente muchacho que su Führer, el que quería eliminar el capitalismo, recibía mucho dinero de la industria pesada y de los latifundistas. Miklas se puso furioso y calificó tales sospechas de «típicas campañas judías de difamación».

Así discutieron hasta entrada la noche: Barbara, irónica, suave y curiosa, escuchaba a aquel obstinado e intentaba convencerlo. Él, con entendimiento pueril, siguió firme en su sangrienta creencia en la salvación de la raza, en la ruptura de la subordinación al poder y en la revolución idealista. La Efeu, que observaba furiosa a la pareja desde una esquina, viendo lo abstraídos que estaban en la conversación, comentó al portero Knurr:

—A la señora Hofgen le gusta mi muchacho. Es lo que me faltaba. La señora Hofgen me quiere quitar a mi chico.

Aquella misma noche Miklas tuvo una disputa con la Efeu, al tiempo que Barbara tenía una terrible escena con Hendrik. Hofgen gritaba, no por burgueses celos de marido, subrayó, sino por una cuestión política.

—¡No es decente estarse uno sentado con un facineroso nazi toda la noche a la misma mesa! —temblaba de ira.

Barbara replicó que desde su punto de vista Miklas no era un facineroso.

—Todos los nazis son unos facinerosos —contestó Hendrik, hiriente—. Uno se ensucia con su proximidad. La tradición liberal de tu casa te ha corrompido. Tú no

tienes creencias, sólo juguetona curiosidad.

Se mantenía muy erguido en medio de la habitación; sus severas palabras iban acompañadas de bruscos movimientos de los brazos.

—Confieso que el chico me da pena y me interesa algo. Está enfermo y es ambicioso, y no come lo que necesita. Lo tratáis mal tú, tu amiga Herzfeld y los demás. Él busca algo a que agarrarse para enderezarse. Y así ha llegado a esta locura, que ahora llama lleno de orgullo «su convicción».

Hendrik soltó una sarcástica risa nasal.

—¡Qué comprensiva eres con ese piojoso! ¡Lo tratamos mal! ¡Delicioso! ¡Y que tenga uno que oír cosas así! ¿No te haces a la idea de cómo nos tratarían sus amigos, si esa chusma llegara al poder?

Hendrik, con el torso adelantado y los brazos en las caderas, había formulado la pregunta con rabiosa agresividad.

Barbara dijo, sin mirarlo:

—¡Dios nos libre de que esos locos lleguen alguna vez al poder! ¡Entonces yo no podría vivir en este país!

Se estremeció como si sintiera ya el contacto de la brutalidad y de la mentira que reinarían en Alemania si llegaran a gobernar los nazis.

—Es el mando del crimen —dijo, agitada—, el mundo del crimen que ansia el poder...

—¡Y tú te sientas con él a la mesa y charlas con él!

Hendrik paseaba por la habitación a grandes zancadas. Tenía aire de triunfo.

—¡Esta es tu noble tolerancia burguesa! Hay que tener tolerancia con el enemigo mortal, o con lo que hoy aún se conoce como enemigo mortal. Por tu bien, querida, desearía que te llevaras bien con el crimen si éste algún día se hace con el poder: estarías en condiciones de encontrar el lado interesante del terrorismo fascista. Vuestro liberalismo aprendería a contemporizar con la dictadura nacionalista. Sólo nosotros, los luchadores revolucionarios, somos vuestros enemigos mortales. Y sólo nosotros evitaremos que la dictadura llegue al poder.

Se pavoneaba por la habitación como en éxtasis y con la barbilla alzada. Barbara, en cambio, permanecía inmóvil. Si Hendrik la hubiera mirado en aquel momento, se habría aterrorizado de la gran seriedad de su rostro.

—Entonces tú crees que yo me conformaría —dijo casi sin voz—. Tú crees que me acomodaría, que me reconciliaría con el enemigo mortal...

Pocos días más tarde se produjo un incidente entre Hendrik y Miklas, que acabó con el despido de Miklas, impuesto por Hofgen. Lo que dio pie a la catástrofe, que para Hofgen fue un triunfo y para Miklas estuvo cargada de consecuencias destructivas, pareció en principio inocente.

Aquella noche estaba Hendrik de un humor excelente. Con picardía, rebosaba de

alegría renana, y sorprendió a los respetuosamente divertidos colegas con una serie de bromas. Se le había ocurrido un juego divertido. De los periódicos sólo leía a fondo las noticias de teatro, ópera y opereta; su entrenada memoria conservaba tanto el nombre de la contralto de Königsberg, como el de la dama de carácter de Halle ad Saale. Hubo muchas risas cuando Hendrik se hizo examinar de esta asignatura por sus colegas.

—¿Quién hace el vividor en Halberstadt?

Y no dejaba de contestar cuando alguien preguntó:

—¿Dónde está ahora contratada la señora Türkheim-Gavernitz?

—Está de dama cómica en Heidelberg —dijo como si fuera algo archiconocido.

Los problemas empezaron cuando alguien preguntó:

—¿Quién es la primera sentimental en el Teatro Nacional de Jena?

—Una cretina que se llama Lotte Lindenthal.

Miklas se interpuso, aunque había permanecido alejado.

—¿Por qué es precisamente Lotte Lindenthal una cretina?

—No lo sé —respondió Hendrik, frío como el hielo—. No sé por qué es una cretina, pero lo es.

—Yo le puedo decir, señor Hofgen —replicó Miklas en voz baja y brusca—, por qué quiere usted insultar precisamente a esa dama: porque sabe que está comprometida con uno de nuestros dirigentes nacionalsocialistas, con nuestro heroico aviador...

Hofgen le interrumpió. Tamborileaba con los dedos sobre la mesa, y su rostro parecía petrificado por la altivez.

—No me interesa saber el nombre ni los títulos del amante de la señorita Lindenthal —dijo, sin dignarse mirar a Miklas—. Además de que sería una lista muy larga. La señorita Lindenthal no se divierte únicamente con el oficial de aviación.

Miklas, los puños apretados y la cabeza hundida, tenía la postura peleonada de un chiquillo de la calle, que se dispone a iniciar una riña. Bajo la frente hoscamente fruncida, los ojos brillaban de furia.

—Guárdese —tosió, y todos en el local se estremecieron ante su insultante frialdad—. No consiento que una dama sea ofendida en público sólo porque pertenezca al Partido Obrero Alemán Nacionalsocialista y sea la amiga de un héroe alemán. ¡No lo permito! —los dientes le rechinaban, y dio un par de pasos amenazadores.

—¡Conque usted no lo permite! —repitió Hendrik, sonriendo diabólicamente—, ¡Uy, uy, uy! —añadió, sardónico.

Miklas quiso abalanzarse sobre él; Otto Ulrichs lo detuvo, cogiéndolo con fuerza de los hombros.

—¡Estás borracho! —gritó Ulrichs y zarandeó a Miklas, que gritó:

—No estoy borracho, todo lo contrario. ¡Pero quizá sea el único en esta habitación al que le queda un poco de honra en el cuerpo! Nadie en este medio judaizante parece reprobar que se insulte a una mujer...

—¡Basta!

Esta exclamación procedió de Hofgen, que había permanecido en pie. Todos le miraron. Hablaba con lentitud:

—De que no está usted bebido también yo estoy seguro, querido. No tiene atenuantes. En el círculo judaizante en el que todavía se encuentra no tendrá que sufrir por mucho tiempo. ¡Créame!

Y Hofgen abandonó, a pasos pequeños y envarados, el local.

—Le dan a uno escalofríos —susurró la Motz.

¿Desde qué esquina llegaba aquel llanto apagado? La apuntadora Efeu apoyaba la cabeza sobre la mesa, y por entre sus gordos dedos corrían las lágrimas.

Kroge, que no había presenciado la escandalosa escena, no se sentía muy inclinado a aceptar el deseo de Hofgen de despedir inmediatamente al joven actor. La señora von Herzfeld y Hendrik unieron sus argumentos para deshacer las objeciones jurídicas, políticas y humanas del director. Este sacudía la pensativa cabeza de gato, fruncía la frente, caminaba nervioso de arriba abajo.

—Quizá tengáis razón, lo confieso. El comportamiento de este muchacho es a veces inaguantable... Pero me duele poner en la calle de forma tan tajante a una persona enferma y sin medios.

Hendrik y Hedda se esforzaban por hacerle ver que su postura, indecisa, que buscaba compromisos, se parecía muchísimo a aquella otra, tímida y cobarde, que tomaban los partidos políticos del gobierno frente al terrorismo nazi.

—Tenemos que mostrar a esa banda de asesinos que no pueden tomarse toda clase de libertades —Hendrik pegó un puñetazo en la mesa.

Kroge estaba casi convencido por los argumentos de sus dos colaboradores cuando Miklas encontró un defensor: Otto Ulrichs, que se presentó en el despacho para participar en la conferencia.

—Os suplico que no lo hagáis —dijo Ulrichs—, Me parece que sería suficiente castigo para el chico el despedirlo sólo hasta la próxima temporada. El muy bobo no calibró la importancia de lo que hizo ayer. Pero todos podemos perder los nervios.

—Estoy sorprendido —dijo Hendrik, censurándolo a través del monóculo—. Estoy muy sorprendido de oírte hablar así precisamente a ti.

—Bien —Otto rechazó con la mano las palabras de Hendrik—. Reconozco que el pobre chico me da pena, con su tos y sus hoyos negros en las mejillas. Pero por causas tan personales no lo defendería; me deberías de conocer lo suficiente, Hendrik, como para saberlo. Más bien son objeciones de carácter político las que me conducen a ello. No debemos crear mártires. Justo en esta situación política sería

erróneo...

—Perdona que te interrumpa —Hendrik se puso en pie con una cortesía destructora—, Pero me parece que no tiene sentido continuar este debate tan teórico, por interesante que sea. El caso está claro. Podéis elegir entre el señor Hans Miklas y yo. Si él permanece en este teatro, yo lo dejaré.

Dijo esto con una sencillez que no permitía dudar de que su decisión era irreversible. Estaba junto a la mesa, el peso del torso adelantado descansando sobre las manos, que tenían los dedos abiertos. Mantuvo los ojos bajos, como si su modestia le impidiera influir en la decisión de los presentes mediante la irresistible fuerza de su mirada.

Bajo las terribles palabras de Hendrik se estremecieron todos. Kroge se mordió los labios; la señora von Herzfeld no se pudo contener y se puso la mano sobre el corazón, que latía fuertemente; el gerente Schmitz se puso pálido: se sentía físicamente enfermo al pensar que el Teatro de los Artistas pudiera perder al insustituible Hofgen, después de haberse quedado sin la brillante Nicoletta von Niebuhr.

—No diga usted tonterías —dijo, secándose el sudor de la frente—. Tranquilícese, el joven se larga —añadió con una voz sorprendentemente suave y agradable.

Miklas se fue. Kroge sólo pudo conseguir, gracias a la ayuda de Ulrichs, que el actor despedido recibiera el sueldo de dos meses como indemnización. Nadie supo a dónde fue Miklas—, ni siquiera la pobre Efeu lo volvió a ver, él no había vuelto al teatro después del penoso lance, se retiró, protestando, y desapareció.

Miklas, víctima de su cabezonería infantil y de una convicción tan ardiente como poco meditada, se había ido. Hendrik Hofgen se había quitado de en medio al subordinado, al agitador. Su triunfo era perfecto: ahora lo admiraban más que nunca los miembros de la compañía, desde la Motz hasta Bock. Los trabajadores comunistas, en el bar de enfrente, alababan su enérgica postura. El portero Knurr le mostró un gesto que no auguraba nada bueno, pero no se atrevió a pronunciar ni una palabra y ocultó mejor que nunca su cruz gamada bajo la solapa de la chaqueta. Pero cada vez que Hendrik Hofgen entraba al teatro, desde la penumbra de la portería le acechaban terribles miradas, en las que se podía leer: «Espera, maldito bolchevique, ya te cerraremos el camino. Nuestro Führer y salvador está cerca. ¡Ya se acerca el día de su gran llegada!» Hendrik, que conocía el significado de estas miradas, convertía su rostro en una máscara estática y soberbia, y pasaba de largo sin saludar.

Nadie podía dudar de su posición privilegiada: él mandaba en la H. K., en la oficina, en el escenario. Su sueldo subió a 1.500 marcos: para lograrlo, Hendrik ni siquiera se tuvo que molestar en entrar como un viento de tormenta en el despacho de

Schmitz, ni en hacerle carantoñas; se limitó a exigirlo escuetamente. Trataba a Kroge y a la Herzfeld casi como a subordinados, ignoraba por completo a la pequeña Siebert y en el tono de camaradería que conservaba hacia Otto Ulrichs se mezclaba un matiz «permisivo», casi despectivo.

A su alrededor sólo quedaba una persona a la que no consiguió convencer, ganar, conquistar. La desconfianza con que Barbara miraba a Hendrik se había visto reforzada, agudizada, después del caso Miklas. Pero él no soportaba a la larga tener alguien a su lado que no creyera en él y no lo admirara. El distanciamiento entre Barbara y él aumentó durante el invierno. Ahora Hendrik intentó superarlo. ¿Era su orgullo el que le empujaba a emplear todas sus energías para conquistarla de nuevo? ¿O existía también otro sentimiento que le exigía utilizar su potencial de conquistador nuevamente con Barbara? El la había llamado «su ángel bueno». Pero su ángel bueno se había transformado en su mala conciencia. La desaprobación callada de Barbara arrojaba una sombra sobre su triunfo, y las sombras debían ser alejadas para que él pudiera disfrutarlo plenamente. Hendrik se comportó con Barbara casi como en las primeras semanas de su relación. No perdía ya la compostura en su presencia y siempre tenía para ella una broma o una conversación interesante. Para que lo viera en los momentos de mayor despliegue de fuerzas, de su más brillante actuación, la invitaba a menudo a los ensayos.

—Seguro que me podrás dar consejos valiosos —le decía con voz quejumbrosamente modesta entornando los párpados sobre su centelleante mirada.

Cuando Hendrik dirigía el primer ensayo con vestuario para su puesta en escena de una opereta de Offenbach, Barbara entró silenciosamente en el patio de butacas; silenciosamente se sentó en la última fila, en la oscuridad. En el escenario estaban las chicas del ballet, que alzaban las piernas y gritaban el estribillo de una canción. Ante su perfectamente formado frente daba brincos la pequeña Siebert vestida de Amor: con unas alitas visibles en los delgados hombros desnudos, arco y flechas colgados del cuello y la naricita maquillada de rojo en el menudo rostro pálido, medroso y atractivo. «¡Qué máscara tan poco favorecedora le ha destinado Hendrik!», pensó Barbara. Un Amor melancólico. Y sintió, en su oscuro escondite, una especie de conmovedora simpatía hacia la pobre Angelika que, allá arriba, saltaba y se agitaba: quizá fue en este momento cuando Barbara comprendió que era por causa de Hendrik por lo que el rostro de Angelika tenía esa expresión triste y llena de miedo.

Hofgen estaba en pie, tiránicamente erguido y con los brazos extendidos, en el lado derecho del escenario, y lo dominaba todo. Marcaba con los pies el ritmo de la música, su rostro macilento fascinaba por su expresión enormemente decidida.

—Basta, basta —bramó.

Y mientras la orquesta cesó de tocar. Barbara se sobresaltó casi tanto como las chicas del coro, que estaban allí, indecisas, y como la pequeña Angelika: Amor con la

naricilla helada y luchando por contener las lágrimas.

El director había saltado hacia delante, al centro del escenario.

—¡Tenéis plomo en las piernas! —gritó a las chicas, que bajaban las cabezas como flores batidas por un viento helado—. Lo que estáis bailando no es una marcha fúnebre, es Offenbach.

Dominante, hizo señas a la orquesta de que volviera a empezar, y bailó él mismo. Se olvidaba que era un hombre casi calvo en traje gris muy usado el que estaba en escena. ¡Una total, excitante transformación a plena luz del día! ¿No parecía Dioniso, el dios de la ebriedad, el que movía, como en éxtasis, sus miembros? Barbara lo miraba estremecida. Acababa de ver a Hendrik Hofgen, el comandante, ante su tropa, las chicas del coro. Inmediatamente había caído en un paroxismo báquico. Su blanco rostro estaba desencajado, los ojos de piedra preciosa giraban por el arrobamiento, y de los labios entreabiertos surgían ardientes tonos de placer. Bailaba maravillosamente, las chicas del coro miraban con respeto la técnica impecable de su director, la princesa Tebab se habría sentido orgullosa de él.

«¿Dónde habrá aprendido?», se preguntó Barbara. «¿Qué sentirá en este instante? ¿Sentirá algo? Demuestra a las chicas como levantar las piernas. Estos son sus éxtasis...»

Hendrik interrumpió el frenético ejercicio. Un joven de la oficina había atravesado cuidadosamente el patio de butacas y había subido al escenario. Rozó suavemente el hombro del extasiado director y murmuró:

—Señor Hofgen, disculpe la molestia, el señor Schmitz le pide que dé su opinión sobre este boceto para el cartel del estreno, porque tiene que ser enviado inmediatamente a imprenta.

Hendrik hizo una seña a la orquesta, que dejó de tocar. Su postura era relajada y se puso el monóculo: nadie habría reconocido en el hombre que miraba el cartel al que dos minutos antes había bailado en un trance dionisiaco. Entonces arrugó el papel en las manos y gritó con voz fuerte y disgustada:

—¡Hay que componer de nuevo todo el cartel! ¡Esto es inaudito! ¡Mi nombre está mal escrito! ¿No podré conseguir jamás que en esta casa se me dé mi nombre correcto? —furioso, tiró el papel al suelo—. ¡Me llamo Hendrik, metéoslo en la cabeza de una vez: Hendrik Hofgen!

El joven de la oficina sacudió la cabeza y murmuró algo sobre un nuevo linotipista, que había cometido la imperdonable falta por ignorancia. Del coro salió una risita apagada, con sonido argentino, como si muchas campanitas se movieran cuidadosamente. Hendrik se enderezó e hizo enmudecer los suaves tonos con una terrible mirada.

## Capítulo VI

### Es algo indescriptible...

Hendrik Hofgen sufría al leer en la H. K. los periódicos de Berlín; su corazón se encogía y le dolía de envidia y celos. ¡Éxito triunfal de la Martin! Nueva escenificación de *Hamlet* en el Teatro Nacional, sensacional estreno literario en la Schiffbauerdamm... ¡Y él en provincias! ¡La capital se las arreglaba sin él! Las productoras de cine, los grandes teatros se las arreglaban sin él. A él no lo llamaban. Su nombre no era conocido en Berlín. Si alguna vez lo citaba el corresponsal en Hamburgo de un periódico berlinés, seguro que escribía mal su nombre; «En el papel de intrigante sobresalió cierto Hendrik Hofgen...» ¡Certo Hendrik Hofgen! La búsqueda de la fama, de la grande y auténtica fama en la capital, le corroía como un dolor físico. Hendrik se tocó la mandíbula como si tuviera dolor de muelas.

—¡Ser el primero en Hamburgo! ¡Todo un panorama!

Se quejaba ante la señora von Herzfeld, que le había preguntado interesándose por la causa de su mal aspecto, y que ahora intentaba tranquilizarlo pronunciando palabras halagadoras.

—Ser el favorito de un público provinciano —prosiguió—, no, gracias. Prefiero volver a empezar en Berlín antes que seguir en este tenderete pueblerino.

—¿No estará pensando en irse de aquí, Hendrik? —inquirió asustada.

Abrió mucho los suaves ojos dorados y por su rostro empolvado pasó un respingo.

—Aún no hay nada decidido —Hendrik miró severamente, a lo lejos, sin fijarse en ella, y encogió los hombros enervado—. Primero iré como actor invitado a Viena.

Lo dijo descuidadamente, como si Hedda ya estuviera enterada. Sin embargo, ella no tenía ni idea de que Hendrik pensara ir a Viena, así como tampoco lo sabía nadie en el teatro, ni Kroge, ni Ulrichs, ni siquiera la misma Barbara.

—El Maestro me ha reclamado —aclaraba mientras limpiaba el monóculo con la bufanda de seda—. Un papel muy agradable. En realidad pensaba rechazarlo, por lo malo de la época. ¿Quién va a trabajar ahora, en junio, en Viena? Pero por fin me he decidido a aceptar. Nunca se sabe qué consecuencias puede tener una oferta del Maestro... Por cierto, la Martin va a ser mi oponente femenina —añadió, mientras se colocaba el monóculo.

El Maestro era un director y empresario de legendaria fama y enorme prestigio internacional que dominaba varios teatros en Berlín y en Viena. Su secretaria había ofrecido al actor Hofgen un papel discreto en una farsa vienesa que el Maestro

pensaba montar con Dora Martin en uno de sus teatros de Viena. Pero esta invitación no se había producido por sí sola; más bien se debió al protector que Hendrik había encontrado y que no era otro que el dramaturgo Theophil Marder. Este estaba con el Maestro, como con todo el mundo, tremendamente enojado; el famoso director, en cambio, tenía un gran concepto del autor satírico, cuyas obras había escenificado con considerable éxito en otros tiempos, concepto en que la benevolencia y el respeto se mezclaban con la ironía. Era frecuente que Marder recomendara a las empresas teatrales, en tono excitado y amenazador, a una joven dama por la que se sentía interesado, pero casi nunca lo hacía en favor de un varón. Por eso, al Maestro le impresionaron las palabras de recomendación que Marder encontró para Hofgen, aunque contuvieran ofensas contra él mismo. «De teatro entiende usted tan poco como de literatura», escribía Theophil al todopoderoso. «Le vaticino que acabará usted de director de un circo de pulgas en Argentina. Cuando le llegue la hora, piense en mí, Doctor. La felicidad fabulosa que yo estoy en trance de disfrutar con mi joven esposa, totalmente subyugada por mí, me suaviza, incluso frente a usted, que boicotea mis geniales obras desde hace años con infamia y tontería. Usted sabe que en medio de esta deplorable maraña sólo *a mi* me ha quedado intacta la visión de la verdadera calidad artística. Mi generosidad busca enriquecer su lamentable compañía de lamentables espectáculos con una personalidad a la que no se le puede discutir un sello original. El actor Hendrik Hofgen hizo méritos en Hamburgo con mi comedia clásica *Knorke*. Sin duda, el señor Hofgen es más valioso que cualquiera de sus comediantes, para lo cual, en realidad, no hace falta mucho.»

El Maestro rió; después quedó pensativo durante algunos minutos, chasqueó la lengua, y finalmente llamó a su secretaria y le ordenó establecer contacto con Hofgen.

—Lo podemos intentar —dijo el Maestro, dubitativamente.

Hendrik no confesó a nadie, ni siquiera a Barbara, que la oferta del Maestro se debía a la intervención de Theophil; nadie supo que se relacionaba con el esposo de Nicoletta. Hendrik trataba el asunto de sus actuaciones en Viena, que él había organizado con mucha energía y astucia, con una indiferente dejadez.

—Tengo que hacer un viaje rápido a Viena para actuar con el Maestro —comentó sin dar detalles; rió canallescamente y se encargó un traje de verano en el mejor sastre: puesto que tenía tantas deudas, con la señora Monkeberg, con Hansemann, con los tenderos de ultramarinos y con los bodegueros, cuatrocientos marcos más o menos no tenían importancia.

Al marchar, Hendrik dejó un par de rostros perplejos en la bondadosa ciudad de Hamburgo, donde su encanto había conquistado tantos corazones. Quizá más confundido que las señoras Siebert y Herzfeld, se quedó el gerente Schmitz, ya que Hofgen se había negado, con todo tipo de excusas, a prorrogar su contrato con el

Teatro para la próxima temporada. El rostro rosado de Schmitz adquirió un color amarillento y grandes bolsas bajo los ojos, porque Hendrik, tan cruel como presuntuoso, repitió cabezonamente:

—Yo no *puedo* atarme, papi Schmitz... Me *repele* atarme, mis nervios no lo soportan... Quizá vuelva, quizá no... Ni yo mismo lo sé... Tengo que ser libre, compréndalo, *por favor*.

Hendrik fue a Viena; Barbara, mientras tanto, marchó con su padre y su abuela a la finca. Hofgen supo hacer de la despedida de su esposa una bella, efectista escena.

—Nos veremos en otoño, querida —dijo con la cabeza gacha, manteniendo ante Barbara una postura de humildad y orgullo al mismo tiempo—. Nos volveremos a ver, y quizás entonces yo sea un hombre distinto del de hoy. Tengo que imponerme, tengo... Y ya sabes tú, querida, por quién soy ambicioso; tú sabes, querida, ante quién tengo que probar mi talento...

Su voz, que tenía tonos triunfantes pero también matices lastimeros, se apagó. Hendrik inclinó su rostro conmovido, macilento, sobre la mano de Barbara.

¿Había sido la escena una pura comedia, o también había tenido algo de sincera? Barbara meditaba sobre ello cuando paseaba a caballo por la mañana o a mediodía o cuando el pesado libro caía sobre sus rodillas. ¿Dónde empezaba y dónde acababa la mentira en la personalidad de este hombre? Eso pensaba Barbara, y hablaba de ello con su padre, con la viuda del general y con su fiel amigo Sebastian.

—Creo conocerlo —dijo Sebastian—. Miente siempre y no miente nunca. Su falsedad es su autenticidad. Suena complicado, pero es muy sencillo. Él lo cree todo y no cree nada. Es actor. Pero tú no has terminado aún con él. Te llena todavía. Aún sientes curiosidad hacia él. Tienes que permanecer junto a él. Barbara.

El público de Viena admiraba a Dora Martin, que en la famosa farsa interpretaba alternativamente a la tierna muchacha y al aprendiz de zapatero. Conquistaba con sus misteriosos ojos infantiles muy abiertos; con su tono arrullador y ronco. Alargaba de forma muy suya las vocales, hundía la cabeza entre los hombros y se movía de una forma que parecía mágicamente ligera y a la vez envarada: se asemejaba a un treceaño delgado y anguloso y a una amable sílfide tímida; saltaba y aleteaba, flotaba y arrastraba los pasos por el escenario. Su éxito era tan grande, que nadie podía encumbrarse a su lado. Las críticas de prensa, largos himnos a su genio, nombraban superficialmente a su oponente masculino. Hendrik, que representaba a un caballero fastuosamente grotesco, fue criticado. Se le achacaba exageración y amaneramiento.

—¡Se ha llevado un chasco, querido! —suspiró la Martin mientras agitaba, malévolamente, los recortes de periódicos—. Esto es un verdadero fracaso. Y lo peor es que todos le llaman Henrik, eso le molesta especialmente. ¡Lo siento *tanto*!

Intentó poner un gesto compungido, pero sus bellos ojos sonreían bajo la ancha

frente, que ella fruncía.

—Lo siento *tanto*, de verdad. Pero usted *está* absolutamente miserable en el papel —dijo casi con ternura—. Por culpa de los nervios se agitaba en escena como un arlequín. Lo siento *tanto*. Pero de todas maneras noto que tiene usted un gran talento. Le diré al Maestro que le tiene que dejar actuar en Berlín.

Ya al día siguiente, el Maestro le mandó llamar. Sus ojos, muy juntos, lo observaron ensimismados y agudos. Jugeteaba con la lengua en la boca, daba grandes pasos por la habitación con las manos cruzadas a la espalda; farfulló un par de sonidos roncós, que sonaron algo así como:

—Así que... éste es Hofgen —y finalmente dijo con la cabeza hundida, en postura napoleónica, deteniéndose ante el escritorio—. Usted tiene amigos, señor Hofgen. Algunas personas que entienden de teatro me lo recomiendan. Ese Marder, por ejemplo... —y rió roncamente—: Sí, ese Marder —repitió en tono serio, y añadió alzando las cejas respetuosamente—. También su señor suegro, el académico, me habló de usted hace poco, cuando me lo encontré con el ministro de Cultura. E incluso hace un momento Dora Martin...

Se sumió de nuevo en un silencio que sólo interrumpía de vez en cuando con un sonido ronco. Hofgen se ruborizaba y empalidecía alternativamente; su sonrisa se descajó. La mirada pensativa y fría, al tiempo velada y penetrante, de aquel hombre bajo y corpulento no se podía soportar. Hendrik comprendió de repente la razón de que el Maestro, que sabía expresar con la mirada todos los sentimientos, fuera llamado «el mago» por sus admiradores.

Finalmente, Hofgen interrumpió el examen penoso y mudo, diciendo con cantarina voz de halago:

—En la vida diaria soy insignificante, profesor. Pero en el escenario...

Se puso en pie, abrió sorprendentemente los brazos y elevó su voz con un tono metálico:

—En el escenario puedo resultar pícaro —sonriendo canallescamente y con solemnidad, añadió—: Para esta capacidad de transformación encontré una vez mi suegro bellas y concluyentes palabras. —Al oír la alusión al viejo Bruckner, el Maestro alzó las cejas, pero su voz sonó fría cuando, después de algunos segundos en silencio, dijo:

—Bueno, podríamos intentarlo.

Hofgen se mostró agradablemente sorprendido; el Maestro movió la mano para calmarlo.

—No espere demasiado —apuntó, serio. Su mirada fría seguía examinando a Hendrik—. No le voy a ofrecer un gran contrato. En el papel que usted hace aquí no resulta pícaro, sino bastante miserable. —Hendrik se estremeció. El Maestro le sonrió amistosamente—. Pero no importa, podemos intentarlo a pesar de ello. En lo que se

refiere al sueldo... —aquí la sonrisa se volvió casi risueña y su lengua jugueteó especialmente en la boca—. Seguramente está acostumbrado en Hamburgo a un sueldo más que decente. En Berlín se va a tener que conformar con bastante menos. ¿Es usted exigente?

El profesor hizo la pregunta en un tono de puro interés teórico. Hendrik aseguró rápidamente:

—No me interesa el dinero, de verdad que no —dijo con acento veraz. El profesor hizo una mueca escéptica—. No estoy mal acostumbrado. Me conformo con una camisa limpia y un frasco de agua de colonia en la mesilla de noche.

Tras una risa breve, el Maestro comentó:

—Los detalles, discútalos con Katz. Yo le daré instrucciones.

La entrevista había terminado. Hofgen fue despedido con un movimiento de mano.

—Salude a su señor suegro de mi parte.

Y con las manos de nuevo cruzadas a la espalda en actitud napoleónica atravesó la habitación, sobre la gruesa alfombra.

El señor Katz era el secretario general del Maestro, estaba al frente de la administración de todos sus teatros, hablaba como él, gruñendo, y como él jugueteaba con la lengua en la boca. A lo largo de ese mismo día tuvo lugar la conversación entre Katz y el actor. Hendrik aceptó sin hacer la menor oposición un contrato que habría arrojado a la cara al director Schmitz; era miserable: setecientos marcos de sueldo mensual, de los que aún había que deducir los impuestos, y sin garantizarle papeles determinados. ¿Tenía que permitir que hicieran con él una cosa así? Sí, porque quería ir a Berlín y en Berlín era un desconocido. ¡Otra vez empezar desde el principio! No era fácil, pero había que aceptarlo. Si quería ascender, tenía que hacer algunos sacrificios.

Hendrik envió un gran ramo de rosas amarillas a Dora Martin; las bellas flores, que había hecho pagar al portero del hotel, llevaban una nota en la que escribió con grandes letras patéticamente angulares la palabra GRACIAS. Al mismo tiempo envió una carta a los directores Kroge y Schmitz: breve y secamente explicó a los dos hombres, a los que tanto debía, que por desgracia no podía prorrogar su contrato con el Teatro de los Artistas, porque el Maestro le había hecho una estupenda oferta. Mientras metía la carta en el sobre, imaginaba las caras de decepción en la oficina de Hamburgo. Al pensar en los ojos húmedos de lágrimas de la señora von Herzfeld, no pudo menos que sonreír. De buen humor salió hacia el teatro.

Se presentó en el camerino de Dora Martin, pero la doncella le indicó que estaba hablando con el Maestro.

—Le he hecho ese favor especial —dijo el Maestro mirando meditabundo los hombros de Dora Martin, cuya delgadez cubría el peinador— He contratado a ese

chico, a ese... ¿cómo se llama?

—Hofgen —rió la Martin—. Hendrik Hofgen. Ya tendrá usted ocasión de acordarse de su nombre.

El se encogió de hombros y emitió un par de sonidos roncós:

—No me gusta, es un comediante.

—¿Desde cuándo está usted en contra de los comediantes?

La Martin sonrió.

—Sólo estoy contra los malos comediantes —el Maestro parecía enojado—. Contra los comediantes provincianos.

La Martin se puso repentinamente seria; su mirada se oscureció bajo la ancha frente.

—Me interesa —dijo en voz baja—. No tiene escrúpulos —sonrió con ternura—. No tiene ni *así* de humanidad —se estiró casi voluptuosamente, hundiendo la cabeza entre los hombros—. Podría darnos una sorpresa.

Unos segundos más tarde se levantó presurosa y con un leve gesto señaló la puerta al profesor.

—Ya es hora —urgió riendo—. ¡Fuera! ¡Váyase de prisa! Me tengo que poner la peluca.

El Maestro, ya casi en la puerta, preguntó aún:

—¿Es que no puedo mirar mientras se pone la peluca? ¿Ni siquiera eso? —Su mirada brilló ávida.

—No, no, imposible —la Martin se estremeció horrorizada—, Me podría resbalar de los hombros el peinador... —y se envolvió en la tela de colores.

El pudor refinado y singular de la gran actriz había puesto al Maestro tan pensativo, que no reconoció al muchacho disfrazado que, sonriente, se quitó ante él el sombrero de coloreadas plumas. Después se dio cuenta de que había sido «ese Hofgen» el que le había saludado con tan devota coquetería.

La nueva, sorprendente situación, rejuvenece a Hendrik Hofgen. Tras él queda la fama provinciana, que durante un tiempo le había hecho feliz. Es de nuevo principiante, tiene que probar otra vez su talento. Para llegar alto, esta vez a la cumbre, tiene que poner en juego todas sus fuerzas. Constata con satisfacción que aún no estaban agotadas, sino que se hallan preparadas para la misión. Su cuerpo se yergue, pierde las grasas casi por completo; sus movimientos son de bailarín y luchador al tiempo. Quien sabe sonreír así, quien puede hacer centellear así su mirada, tiene que conseguir el éxito. Su voz adquiere ya la alegría de un triunfo que aún no ha llegado a hacerse realidad, pero que no tardará mucho en llegar.

Barbara observa el nuevo Ímpetu de su esposo con un interés en el que se mezclan auténtica participación y curiosidad fría y ausente. Con burla y admiración mira a Hendrik, que parece encontrarse, con su flotante abrigo de cuero y sus ligeras

sandalias, siempre en acción, siempre de un lado a otro y ante graves decisiones. Barbara ha vuelto a Hendrik, tal como lo profetizaba su amigo Sebastian. Y no lo lamenta. El nuevo Hendrik, siempre tenso, con el que ahora ocupa dos modestas habitaciones amuebladas, le gusta más que el admirado provinciano que empezaba a ponerse gordo, que mantenía el círculo de la H. K. y que intentaba hacer el papel de marido burgués en la agradable vivienda de la señora Monkeberg. Barbara no se siente incómoda en las dos oscuras habitaciones que comparte con su Hendrik. Le gusta sentarse con él por la noche, después de la representación, en un pequeño café gris donde un piano eléctrico se queja en la oscuridad, donde las tartas parecen estar hechas con engrudo y cartón y donde no encuentran a ningún conocido.

A Barbara le fascina escuchar los informes trémulos, excitados de Hendrik sobre el curso de su carrera. Sabe que en esos momentos él es auténtico. Su rostro macilento parece fosforescer en la penumbra del cafetín, lleno de curiosos olores, como madera podrida en la noche. La boca ávida, con los bellos y fuertes labios, sonríe y habla. La enérgica barbilla, con la profunda incisión en el centro, avanza dominante. Ante el ojo brilla el monóculo. Las anchas manos cubiertas de vello rojizo, que por un misterioso acto de voluntad parecen bellas, juegan nerviosas con el mantel, con las cerillas, con todo lo que está a su alcance.

Lleno de celo febril, Hofgen analiza sus esperanzas, planes, intenciones; el que Barbara participe en ellos, en lugar de inhibirse activa, aumenta su ambición, refuerza sus ganas de vivir. Sí, Barbara presta activamente grandes servicios a su carrera. No en vano tiene una cara de madona tan astuta. Es lista, se pone su traje de seda negro y visita al Maestro, al que saluda en nombre de su padre, el académico. El gran señor de todos los teatros de la Kurfürstendamm recibe a la esposa de su joven actor benévolamente, porque es la hija del personaje cuyo nombre se lee tan a menudo en la prensa y al que ha encontrado hace poco con el Ministro de Cultura. El palacio del Maestro podría ser el de un príncipe regente. El dueño de todos esos muebles barrocos, gobelinos y antiguos cuadros de maestros primitivos, observa orgulloso los brazos morenos, el rostro gracioso y melancólico de su invitada.

—Así que usted está casada con ese Hofgen —dijo gruñendo al acabar el examen, durante el cual jugueteó especialmente con la lengua en la boca—. Algo habrá en él...

Todo esto redundaba en ventajas para Hendrik. Con los otros poderosos de los escenarios de la Kurfürstendamm, con el señor Katz y la señorita Bernhard, se llevaba muy bien. Con el señor Katz, el gerente, que no era siempre ni mucho menos tan napoleónico como aparentaba, jugaba el actor Hofgen a las cartas; con la señorita Bernhard, la influyente y enérgica secretaria, una persona fuerte, morena, menuda, con labios negroides y anteojos, se comportaba casi con la misma coquetería que había usado con el director Schmitz. ¿No se le encuentra todavía sentado en su

regazo, cuando se abre inesperadamente la puerta de la oficina? De todas maneras, se puede oír que Hofgen, que no lleva más de quince días en la casa, llama Rose a la severa señorita Bernhard. Eso se lo puede ya permitir. Ya ha llegado hasta tan lejos. ¿Cuántos actores habían tenido hasta ahora el privilegio de saber siquiera que el nombre de la señorita Bernhard es Rose?

«Un buen principio para cualquier carrera en Berlín», musitaban entre sí sus compañeros. «Su atractiva esposa visita al Maestro, él juega a las cartas con Katz y hace cosquillas en la barbilla a la señorita Bernhard. ¡Este puede llegar a algo!»

Llegará a algo; ya no falta mucho.

Primero no es más que un pequeño papel el que le permite destacar, pero sobresale. La prensa cita ya al «actor de talento Hendrik Hofgen», y eso que en la obra rusa no tiene más que el pequeño papel de un joven campesino ebrio, que se tambalea en escena, balbucea, a lo más, baila. Pero, ¡cómo balbucea y, sobre todo, cómo baila! El público berlinés está entusiasmado con el aplicado alumno de la princesa Tebab: rompe en aplausos cuando ha terminado. ¡Mueve los miembros como un poseso! Todo el mundo alaba la expresión extasiada de su rostro mientras baila. Rose Bernhard, que reúne a su alrededor en el buffet a señoras de la alta sociedad y a periodistas, afirma:

—En su persona hay algo bacántico.

El público, distraído por mil preocupaciones y diversiones, olvida el nombre del frenético bailarín. Pero los entendidos, que son los que cuentan, se fijan en el primer éxito berlinés de Hendrik. Y del segundo hablará toda la capital.

En una obra sensacional, con una puesta en escena digna de ver, el actor Hofgen consigue acaparar el interés del público y de la crítica. Se habla más aún de él, de su creación, que del autor de la excitante obra *La culpa*, un misterioso desconocido cuya enigmática persona es el tema de discusión favorito en los cafés y en los ambientes teatrales, en los salones y en las redacciones. ¿Quién es el escritor que se esconde tras el seudónimo Richard Loser, y que en su tragedia da forma a una cantidad perturbadora de pecaminosa miseria, necesidad y locura? ¿Dónde poder encontrar al inspirado autor que lleva al espectador a través de un laberinto de complicaciones trágicas y sucias, que conoce y da a ver tanto endurecimiento, tanta pasión corrupta, tanta tortura y tanto lamento? Sin duda, el autor de este drama horrendo—emocionante, que reúne los más diversos elementos estilísticos, simbólicos y naturalistas de manera tan audaz y brillante, debe de ser un solitario que se mantiene lejos del movimiento del mercado. Los literatos, siempre desconfiando de su propio oficio, afirman: «No estamos ante un literato. No tiene escuela, todo en él es genialmente primitivo. Nunca ha escrito una letra hasta hoy.» Algunos iniciados creen saber que es un psiquiatra, y que vive en España. No contesta a las cartas que le escriben, los contactos con él se realizan a través de varias personas: todo esto es muy

interesante, de todo ello se habla en los círculos que se estimen en algo.

Un joven psiquiatra, y que vive en España: la versión parece muy real, se impone, se cree en ella. Sólo un psiquiatra puede conocer tan bien el endurecimiento del alma humana, que lleva a los más horribles crímenes. ¡Y cómo los conoce! En su drama aparecen todos los pecados. La que en él actúa y sufre es una sociedad de condenados. Cada uno de sus personajes lleva un símbolo oscuro en la frente: esto encanta a las señoras de Grunewald y de la Kurfürstendamm.

De todos los corrompidos personajes, el peor es el de Hendrik Hofgen; por eso es el que recibe los mayores aplausos. De su gesto macilento, diabólico, de su voz mate y empañada, se deduce pronto que se aprovecha económicamente de los demás. Es sin lugar a dudas un chantajista a gran escala; sonriendo canallesco, lleva a la desgracia a seres jóvenes, uno de los cuales se suicida en escena. Hendrik, con las manos en los bolsillos del pantalón, el cigarrillo entre los labios, el monóculo en el ojo, pasa por delante del cadáver arrastrando los pies. El público lo contempla con horror: es la encarnación del mal. Es tan completa, tan perfectamente malvado, que casi cuesta trabajo creer que pueda existir alguien así. A veces hasta él mismo parece asustarse de su propia maldad, y entonces adquiere una expresión fija, pálida; los ojos de piedra preciosa, como de pez, tienen una manera desesperada de desviarse, y en las sensibles sienes se marcan los rasgos del sufrimiento.

Hofgen interpreta ante el acomodado público del Oeste de Berlín el más alto grado de depravación, y causa sensación. La degeneración como exquisitez para gente rica: eso es lo que consigue Hofgen. ¡Y cómo lo consigue! Los matices de su expresión, al tiempo cansada y tensa, son admirados, como lo son sus movimientos indolentes, elegantemente pérfidos.

—Se mueve como un gato —la señorita Bernhard, a la que Hendrik llama Rose, está entusiasmada—. Un gato malvado. ¡Qué magníficamente malvado es!

Sus colegas de los teatros más pequeños copian ya su forma de hablar, un ronco murmurar.

—¿Tenía razón yo o no? Algo hay en él —dice Dora Martin al Maestro, que ya no se atreve a llevarle la contraria.

—Bueno —dice gruñendo, mueve la lengua en la boca y mira pensativo.

En el fondo sigue sin tomar en serio a «ese Hofgen»; como tampoco lo había hecho Oskar H. Kroge. «Es un comediante», piensa, lo mismo que pensaba Kroge.

Un comediante fascinador, opinan los críticos, opinan las ricas damas, opina la señorita Bernhard; los colegas ya no lo pueden negar. La obra *La culpa* tiene que agradecer su extraordinario poder de atracción en gran parte a la creación de Hofgen. Llega a ser representada cien veces, el Maestro gana muchísimo dinero, y sucede lo increíble: en medio de la temporada le aumenta el sueldo a Hendrik, cosa a la que ningún contrato le obliga; la señorita Bernhard y el señor Katz lo consiguen de su

jefe.

La obra quizá se hubiera podido representar ciento cincuenta o doscientas veces, pero empezaron a llegar nuevos rumores sobre el autor que enfriaron el ambiente. No se trata de un psiquiatra que vive en España, se dice de repente. No es ningún extraño que conoce el alma humana, pero desconoce, inocente, los misterios banales del «oficio». Tampoco es un noble desconocido, sino simplemente el señor Katz, que ya ha sido alguna vez motivo de disgusto. La decepción es general. ¡El señor Katz, el avezado hombre de negocios, ha escrito *La culpa!* De pronto a todos les parece que la obra no es más que un hacinamiento de vulgares crueldades, de un mal gusto sólo comparable a su insignificancia. Todos se sienten engañados y opinan que ha sido una enorme osadía la acción del señor Katz. «¿Acaso el señor Katz es Dostoievski? ¿Desde cuándo?», se preguntan los círculos sociales que marcan el tono. El señor Katz es el consejero económico del Maestro, pero nadie le concede el derecho de hacerse pasar por psiquiatra español y bajar a los abismos. «La culpa» tiene que ser borrada de la cartelera.

Una maniática opinión pública hace fracasar a Katz; en cambio Hofgen se ha impuesto y ha conquistado todos los corazones con su impresionante maldad. Al final de su primera temporada berlinesa puede sentirse contento y de buen humor: se le considera en general como una gran promesa, un actor en marcha hacia el estrellato, una promesa importante. Su contrato para la temporada 1929/30 es radicalmente distinto del primero: el sueldo es casi tres veces mayor. El Maestro, no sin protestar, tuvo que acceder, ya que la competencia le disputaba a Hofgen.

—Bueno, ahora se puede usted comprar todas las camisas y toda la lavanda que desee —dice a su nueva estrella.

Este contesta riendo:

—¡Eau de Cologne, señor director! ¡Yo solamente uso agua de Colonia!

El verano ha llegado. Hendrik deja las dos oscuras habitaciones y alquila una vivienda con mucha luz en el Nuevo Oeste, en la plaza de la Cancillería del Estado, se compra muchas camisas, zapatos amarillos y trajes en colores pálidos, toma clases del arte de conducir y regatea con varias marcas para conseguir un elegante cabriolé a precio de publicidad. Barbara se va a la finca de su abuela. El esposo con éxito le interesa menos que el luchador, que le había gustado por su ambición insatisfecha. La señora von Herzfeld acude a visitarlo, le ayuda en la decoración de su nuevo piso, escoge muebles metálicos y, para adornar la pared, reproducciones de Van Gogh y Picasso. Las habitaciones adquieren una desnudez de carácter elegante y exigente. Hendrik disfruta de la admiración de la señora von Herzfeld y acepta su amor, que parece haber aumentado, como un tributo merecido. Ante él, Hedda ha renunciado ya a la máscara irónica. Con afán doloroso, con deseo resignado penden sus suaves, dorados ojos del amado cruel.

—La pobre pequeña Siebert está muy pálida de nostalgia por usted —le informa.

Pero no le confiesa que ella misma en una ocasión no se contuvo y lloró amargamente con Angelika por el ser perdido al que nunca poseyó.

La señora von Herzfeld acompaña a Hendrik a los estudios cinematográficos; este verano rueda él su primera película, la policíaca *¡Detened al ladrón!*, en la que tiene el papel principal, el de un gran desconocido y malvado criminal, que en casi todo el filme cubre su rostro con una máscara negra. Todo es negro en él, incluso la camisa: el color de la vestimenta deja ver el color del alma. Le llaman «El Satanás Negro» y es el jefe de una banda que falsifica dinero, trafica con drogas, en ocasiones roba un banco, y tiene varias muertes sobre su conciencia. «El Satanás Negro» no comete tantos crímenes sólo por avaricia, o por su carácter aventurero. Tiene también otros motivos: experiencias negativas con una muchacha en su juventud le han convertido en un enemigo de la humanidad. Para él es una necesidad hacer daño, es criminal por convicción. Se lo confiesa a sus compañeros poco antes de que lo detengan. Ellos experimentan una sensación de admiración y de miedo a la vez, ya que sus motivos para robar son mucho menos complicados. Murmuran temerosos al comprender la situación de su jefe, que no siempre había sido criminal. «El Satanás Negro» había sido oficial de húsares. A lo largo de esta dramática conversación, el malvado se quita la máscara: su rostro, entre el rígido sombrero y la negra camisa cerrada, aparece pálido, aún aristocrático tras de tanta perversión, y con rasgos trágicos.

Los directivos de la gran productora están altamente impresionados por este gesto de sufrimiento y crueldad. Hofgen causa sorpresa. Es único y procurará buenas taquillas, tanto en la capital como en provincias. Eso piensan los grandes empresarios, y las ofertas que Hendrik recibe de ellos superan todas sus esperanzas. Algunas las tiene que rechazar, su contrato con el Maestro le limita. Como se prodiga poco, los poderosos del cine lo buscan. Se ponen en contacto con el señor Katz y la señorita Bernhard y les ofrecen, a título de compensación, grandes sumas para que les cedan a Hendrik algunas semanas durante la temporada. Se telefonea mucho, se mantiene correspondencia, se negocia. Bernhard y Katz son exigentes, ni por mucho dinero renuncian a su favorito. Hofgen está muy solicitado. Todos quieren tenerlo. El, sentado en su desnuda y elegante vivienda, sonrío canallescamente, y cuenta con pocas y escogidas palabras burlonas la lucha entre el cine y el teatro por su preciada persona.

¡Esta es su carrera! El sueño se convierte en realidad. No hay más que saber soñar con la suficiente intensidad, piensa Hendrik, y del deseo surge la realidad. ¡Ah, es más fantástico de lo que nunca se hubiera atrevido a soñar! En todos los periódicos que ojea aparece su nombre, la experta Bernhard se ocupa de la publicidad, y ahora su nombre aparece escrito correctamente, en letras casi tan grandes como los nombres de las famosas estrellas cuya carrera seguía él, lleno de envidia, en la cantina del

teatro de provincias. Una revista gráfica en primera página una foto de Hendrik. ¿Qué cara pondrá Kroge cuando la vea? ¿Y la viuda del cónsul Monkeberg? ¿Y el consejero Bruckner? Todos los que se mostraban escépticos con respeto a Hofgen seguirán ahora respetuosos su carrera, que asciende en una curva tan empinada que produce vértigo.

Al final de la temporada 1929-30 Hofgen está sin comparación mucho más arriba que al principio. Todo le sale bien, cada intento se convierte en un triunfo. En los teatros del Maestro tiene casi más influencia que el propio jefe, quien, por cierto, no pasa mucho tiempo en Berlín, sino mayormente en Londres, Hollywood o Viena. Hofgen domina al señor Katz y a la señorita Bernhard; desde hace mucho tiempo consigue de ellos lo que quiere, como antes lo conseguía de Schmitz y de Hedda. Hofgen decide qué obras se aceptarán, cuáles serán rechazadas, y junto con la Bernhard reparte los papeles a los actores. Lo adulan los autores que quieren ver sus obras en escena, lo adulan los actores que quieren trabajar, lo adula también la sociedad, o el montón de ricos snobs que se hacen llamar así. Es el hombre del momento.

Todo es de nuevo como había sido en Hamburgo, aunque con más estilo, en otras dimensiones. Dieciséis horas de trabajo al día, y en algunos intervalos interesantes crisis nerviosas. En el elegante club nocturno Zum Wilden Reiter, donde Hendrik reúne a sus admiradores entre la una y las tres de la mañana, cae de la alta banqueta junto a la barra con el vaso de coctel en la mano: es un ligero desvanecimiento, nada importante, para obligar a todas las damas a gritar; la señorita Bernhard está a mano con un frasco de sales, siempre hay en las cercanías alguna persona leal cuando a Hofgen le dan sus ataques. Estas pequeñas crisis de nervios se las permite muy a menudo, y le dan de muy diversas maneras: desde el suave temblor o el tranquilo desvanecimiento hasta los gritos acompañados de fuertes convulsiones. Le sientan bien, le refrescan como baños curativos y le procuran nuevas fuerzas para continuar su existencia pretensiosa, agotadora, llena de placeres.

Pero ciertamente recurre cada vez con menos frecuencia a los ataques histéricos desde que la princesa Tebab está de nuevo a su lado. Durante el primer invierno en Berlín dejó sin contestar las cartas amenazadoras de la negra princesa, escritas en un estilo curiosísimo, lleno de faltas de ortografía. Pero ahora Barbara se ha alejado casi totalmente de él: no soporta la vida de su antiguo esposo. Cada vez es más raro que venga a Berlín, su habitación en el elegante apartamento de la plaza de la Cancillería del Estado permanece vacía; prefiere las tranquilas estancias de la casa de su padre o de la villa de su abuela. De ahí que Hendrik se decida a enviar a su Juliette el dinero para el viaje. La vida sin ella no tiene atractivo. Las mozas de dura mirada que se exhiben por la calle Tauentzien con botas altas no la pueden sustituir. Ella no se hace de rogar. Acude a él.

Hendrik le alquila una habitación en un barrio alejado, donde la visita al menos una vez por semana; se desliza hasta su amada como un criminal hasta el lugar de sus fechorías, la bufanda enrollada hasta la barbilla y el sombrero calado.

—¡Si alguien me viera de esta guisa! —susurra al ponerse el calzón de gimnasia—. ¡Estaría perdido! ¡Todo se habría acabado!

La princesa Tebab se divierte con su miedo vacilante, ríe con brusca cordialidad. Por el placer de ver su miedo, y por sacarle más dinero, le amenaza por milésima vez con aparecer en el teatro y gritar como un gato salvaje en cuanto él pise el escenario.

—¡Ya verás, pijín! —le advierte cruel—. Un día lo voy a hacer de verdad. Por ejemplo, en el gran estreno de la semana que viene. Me pongo mi traje de seda de colores y me siento en la primera fila. ¡Eso sí que va a ser un escándalo!

La morenita se frota animada las manos. Después le exige ciento cincuenta marcos antes de enseñar el nuevo paso de baile. Con el ascenso de él, también ella se ha vuelto más exigente. Ahora utiliza perfumes caros y se compra grandes cantidades de pañuelos de seda, tintineantes brazaletes y frutas confitadas, que paladea al sacarlas de grandes bolsas con sus toscos dedos. Cuando sonrío masticando y se rasca la parte posterior de la cabeza, parece auténticamente un gran mono. Hendrik tiene que pagar, y paga con gusto. Le produce placer que la Venus negra se aproveche de él de forma tan burda.

—¡Porque te quiero como el primer día! Te quiero incluso más que el primer día. Cuando no estás conmigo me doy cuenta de lo que significas para mí. Las fulanas de la calle Tauentzien son insoportablemente aburridas.

—¿Y tu mujer? —se informa la selvática muchacha con una sonrisita— ¿Y tu Barbara?

—Ah, ella... —dice Hendrik, tan preocupado como despectivo, volviendo el rostro macilento hacia las sombras.

Barbara viene cada vez menos a Berlín; tampoco su padre visita casi nunca la capital, donde antes solía dar conferencias varias veces al año y participaba de la vida representativa. El académico dice:

—Ya no me gusta estar en Berlín. Empiezo a temer a Berlín. Se están avvicinando cosas que me espantan, y lo peor es que las personas con las que yo me relaciono no parecen notar el peligro. Están ciegas. Se divierten, discuten, se toman en serio mientras el cielo se oscurece, pero no ven la tormenta que se aproxima, que está llegando. No, ya no me gusta estar en Berlín. Quizá la evite para no tenerla que despreciar...

Viene una vez más, pero no para participar en la vida social o para enseñar en la universidad, sino para pronunciar un gran discurso sobre política y cultura. El discurso lleva por título «La amenazadora barbarie». Con él quiere el académico avisar nuevamente a la burguesía intelectual, por última vez, de lo que acecha y lo

que esto tiene de tenebroso y decadente cuando se califica a sí mismo de «despertar» y «revolución nacional». El viejo caballero habla hora y media ante un público que se enardece: los unos para aplaudirle, los otros para contradecirle.

Durante su última estancia en la capital el intelectual, que por su visita a la Unión Soviética es odiado por las derechas y algo sospechoso para los demócratas, mantiene largas conversaciones con muchos de sus amigos, con políticos, escritores, profesores. Todas estas discusiones acaban en fuertes divergencias. Los amigos le preguntan, no sin ironía:

—¿Dónde está su tolerancia intelectual, señor Bruckner? ¿Dónde quedan sus principios democráticos? Ya no están a la vista. Usted habla como un político radical, no como un hombre cultivado, sensato. Todos los hombres cultivados tendrían que estar de acuerdo en que frente a estos nacionalsocialistas no hay más que una táctica, la educativa. Tenemos que trazarnos como meta domar a estos hombres por medio de la democracia. Tenemos que ganarlos, en lugar de atacarlos. Tenemos que convencer a esos jóvenes de los valores de la República. Y además —añadían los socialdemócratas o los liberales con voz confidencialmente apagada y mirada seria—, y además, querido consejero, el enemigo está en la izquierda.

Bruckner tiene que oír algunas cosas sobre «las fuerzas sanas y constructivas» que «a pesar de todo» hay en el nacionalsocialismo; otras sobre la noble pasión nacional de una juventud frente a la que «nosotros los mayores» no podemos permanecer al margen; opiniones sobre el «instinto político del pueblo alemán», su «robusto sentido común», que siempre nos salvará de lo peor («Alemania no es Italia»), antes de que él, amargado y decepcionado, se marche al extranjero absolutamente decidido a no volver nunca más.

El académico Bruckner rehúye la sociedad, en la que Hendrik Hofgen celebra sus triunfos. En los salones berlineses es bien recibido todo aquel que tenga dinero, o cuyo nombre sea citado a menudo por la prensa sensacionalista. En los salones de Tiergarten o de Grunewald se reúnen especuladores con corredores de automóviles, boxeadores con actores famosos. El banquero importante está orgulloso de recibir a Hendrik Hofgen; más le habría gustado tener a Dora Martin en su casa, desde luego, pero Dora Martin no acude; rechaza la invitación o permanece diez minutos como mucho.

Naturalmente, Hofgen no se presenta antes de media noche. Después de la representación de noche actúa en un Music-Hall donde, por trescientos marcos, canta una canción que dura siete minutos. La sociedad elegante le corea el estribillo de la canción que él ha hecho famosa:

*¡Es algo indescriptible!*

*¡Qué cosa más terrible!*

*¡Oh, Dios! ¿A dónde fui a caer?*

¡Qué atractivo y elegante es Hendrik! ¡Es algo indescriptible! Saludando y sonriendo, flanqueado por el señor Katz y la señorita Bernhard, sus fieles satélites, se mueve con soltura en esta sociedad de financieros judíos snobs, de políticos radicales, de literatos artísticamente impotentes y de deportistas admirados por los literatos precisamente por no haber leído un libro en su vida.

—¿No tiene aspecto de lord? —susurran las ricas damas de tipo oriental—. Alrededor de la boca tiene un rictus vicioso, y ¡esos ojos deliciosamente indolentes! Su frac es de Knige, le ha costado mil doscientos marcos.

En una esquina del salón se afirma que tiene un romance con Dora Martin.

—¡Qué va! Se acuesta con la señorita Bernhard —pretenden saber los mejor informados.

—¿Y su mujer? —pregunta un joven que llegó a Berlín hace poco.

Obtiene por respuesta un gesto despectivo. No se puede tomar en serio a la familia Bruckner desde que el viejo profesor habló de política de manera tan chocante y sin sentido. Los intelectuales no se deberían meter en asuntos de los que no entienden nada, en esto se ponen todos de acuerdo, y además es una manía absurda querer nadar contra la corriente. Como persona moderna, hay que comprender el nacionalsocialismo, un movimiento con futuro, que contiene muchos elementos positivos y cuyas pequeñas faltas, por ejemplo el molesto antisemitismo, ya serán reparadas.

—Que el liberalismo está superado y ya no tiene futuro, es un hecho que no admite discusión —dicen los literatos, y ni los banqueros ni los boxeadores replican.

—¡Es maravilloso que haya encontrado tiempo para nosotros, señor Hofgen! —dice la anfitriona a su atractivo huésped mientras le ofrece un platito de caviar—. Ya sabemos lo ocupado que está usted. ¿Le puedo presentar a dos de sus más fervientes admiradores? Este es Herr Müller-Andrea, al que seguramente conoce por sus encantadores comentarios en el *Interessante Journal*. Y éste es nuestro amigo, el conocido escritor francés Pierre Larue.

El señor Müller-Andrea es un hombre elegante, de cabellos grises y ojos saltones azul de mar en una cara roja. Todo el mundo sabe que vive de las buenas relaciones de su mujer, que pertenece a una aristocrática familia. Por ella se entera de todos los cotilleos de la sociedad berlinesa, con los que compone sus articulitos para el *Interessante Journal*. En este periódico escandaloso, de mala fama, el señor Müller-Andrea escribe todas las semanas una columna titulada «¿Tenía usted idea de que...?» Precisamente a esta divertida sección debe el *Interessante Journal* su aceptación; pues en ella se explica que la esposa del industrial X ha hecho un pequeño viaje a Biarritz con el tenor Y, y que la condesa Z va todas las tardes al Adlon, al té-baile, y no precisamente por la orquesta, sino por un determinado gigoló... Apoyándose en estas revelaciones, el señor Müller-Andrea sabe acaparar

lectores y adoctrinarlos. Y no mantiene su lujoso tren de vida precisamente con sus ingresos por los artículos publicados, sino más bien gracias a las sumas que recibe por no publicar determinadas habladurías. Así, alguna que otra dama tuvo que transferir grandes cantidades al señor Müller-Andrea para que su nombre no apareciera bajo la rúbrica «¿Tenía usted idea de que...?». El señor Müller-Andrea es un vulgar chantajista, eso nadie lo discute, ni siquiera él mismo, pero nadie le da especial importancia.

El otro «ardiente admirador» del actor Hofgen, *monsieur* Larue, es un hombrecillo menudo. Le tiende a Hendrik una mano puntiaguda, blanca, y habla con voz sonora de soprano:

—¡Muy interesante, querido señor Hofgen! ¿Puedo anotar su dirección? —con movimientos precisos saca una pequeña agenda—. Espero que pronto comamos juntos en el Esplanade —dice con voz lastimera, que atrae como el canto de las sirenas. El señor Larue tiene en su puntiagudo rostro de solterona, cruzado por multitud de arruguitas, unos ojos tremendamente agudos y penetrantes; de ellos surge una enorme curiosidad casi extasiada, un fulgor sediento de personas, de nombres, de direcciones, reflejo de una pasión dominante, el auténtico contenido de su vida. El señor Larue se moriría, se apagaría triste como un pez al que han dejado sin agua, el día que no pudiera conocer a nadie. Pero esta situación, que tan lamentable sería, no ocurrirá, por lo menos mientras permanezca en Berlín. Los extranjeros son bien recibidos en los salones berlineses: un huésped que chapurrea alemán recibe tantos honores de la sociedad como un boxeador, una condesa o un actor de cine. Sobre todo si es un extranjero que tiene dinero y da estupendas comidas en el Hotel Esplanade, que ha sido presentado a varios reyes e incluso conoce al príncipe de Gales. Ninguna puerta se cierra ante el señor Larue, incluso el venerable Presidente del Estado le ha recibido. Disfruta del trato de las familias más reaccionarias y exclusivas de Postdam, pero por otro lado frecuenta la compañía de jóvenes radicales de izquierdas, a los que presenta como «mes jeunes camarades communistes» en casa de los directores de banco.

—Ayer pude admirarlo en el Wintergarten —dice Pierre Larue, después de anotar el teléfono de Hofgen.

Y repite en tono de broma, pero sonoro, el popular estribillo: «Es algo indescriptible...» Después ríe con un crujido como el silbido del viento en el follaje seco, se frota las manos pálidas y huesudas sobre el pecho y esconde la cara profundamente en la gruesa bufanda de lana negra, que lleva sobre el smoking a pesar de la cálida temperatura en el salón.

¡Es algo indescriptible! ¡Lo nunca visto! Es único e irrepetible! Todo va bien en Alemania; no puede ir ya mejor. No hay por qué preocuparse, ni perder el buen humor. ¿Hay crisis? ¿Hay parados? ¿Hay violencia política? ¿Tenemos una República

sin sentido de la dignidad, ni instinto de conservación, que se deja ridiculizar ante el mundo por su enemigo más brutal y descarado? Pues éste goza de todos los favores de la gente rica, que sólo conoce un temor: que a un gobierno se le ocurra requisar algo de su dinero. ¿Que en Berlín se producen cruentas batallas en los mítines y nocturnas guerrillas callejeras? ¿Estamos ya en una guerra civil con sus víctimas casi diarias? Ya están cayendo obreros con el cráneo aplastado o el cuello degollado por fanáticos gorilas con uniforme pardo, mientras su gran demagogo, el «Führer», el líder de los «elementos reestructuradores», el favorito de los grandes empresarios y generales, tiene la desfachatez de felicitar públicamente a los bestiales asesinos. Y este mismo agitador, que reclama una noche de los cuchillos largos y promete que van a rodar cabezas, jura que alcanzará el poder «por medios legales solamente». ¿Cómo puede llegar a estos extremos, cómo puede atreverse a ladrarle diariamente al mundo tantas amenazas e infamias?

¡Es algo indescriptible! Caen ministerios, se forman otros nuevos, pero tampoco hacen nada. ¡Qué cosa más terrible! En el mismísimo palacio presidencial del Mariscal von Hindenburg, los grandes latifundistas conspiran contra una República temblorosa. Los demócratas aseguran que el enemigo está a la izquierda. Los responsables del orden público, que se dicen socialistas, ordenan disparar sobre los obreros. No se hace nada, sin embargo, por acallar los desagradables ladridos de quien diaria e impunemente reclama la picota y el fin sangriento para el «sistema».

¡Es lo nunca visto! ¿Y no lo ve el cómico al que tan bien paga este mismo sistema, tan maldecido por aquel infame perro de presa? ¿No se da cuenta el actor Hofgen de que los espectáculos que tan ambiguamente protagoniza, tienen un fondo macabro, de que la danza a cuya cabeza se pone alegremente, se balancea fatalmente sobre el abismo?

Hendrik Hofgen, especialista en elegantes rufianes, asesinos de frac, intrigantes históricos, no ve nada, no oye nada, no siente nada. Vive la ciudad de Berlín tan poco como vivió la de Hamburgo; no conoce más que escenarios, estudios cinematográficos, camerinos, un par de locales nocturnos, un par de salas de fiestas y de salones «snobs». ¿Nota acaso que cambian las estaciones del año? ¿Se da cuenta de que pasan los años, los últimos años de la República de Weimar, acogida con esperanzas y lamentablemente moribunda, los años 1930, 1931, 1932? El actor Hofgen vive de un estreno al otro; cuenta la vida en «días de rodaje», «días de ensayo», pero apenas sabe que la nieve se derrite, que los árboles y arbustos están llenos de hojas o de brotes, que el viento trae los aromas de las flores, de la tierra, de las aguas que fluyen. Encerrado en su ambición como en una cárcel, insaciable e incansable, siempre en estado de máxima tensión histérica, el actor Hofgen disfruta y sufre un destino que le parece extraordinario y que en realidad no es sino vulgar, chillón arabesco junto a una empresa desahuciada, alienada de su propio espíritu,

abocada a la catástrofe.

¡Es algo indescriptible! No es posible enumerar la cantidad de actividades que desarrolla, las incontables ocurrencias y sorpresas con que atrae el interés público. Ha rescindido el contrato con el teatro del Maestro, ante el desconsuelo de la señorita Bernhard, para estar libre con respecto a las atrayentes posibilidades que se le ofrecen. Ahora actúa y dirige aquí y allá, cuando el lucrativo trabajo del cine le deja tiempo. En la pantalla o sobre el escenario se le ve vestido con el traje de apache, pañuelo rojo sobre la camisa negra; el pelo de una peluca rubia, que da a su gesto un aire aún más sospechoso, peinado hasta las cejas; con el traje bordado de un príncipe rococó; con el opulento vestido de un déspota oriental; con toga romana o con levita romántica; como rey de Prusia o como degenerado lord inglés; con traje de golf, con pijama, con frac o con uniforme de húsar. En las grandes operetas canta sandeces de forma tan hábilmente chistosa que los tontos la consideran espiritual; en los dramas clásicos se mueve con una dejadez tan elegante, que las obras de Schiller o de Shakespeare parecen comedietas divertidas; en las farsas mundanas, creadas en París o Budapest según fórmulas baratas, se saca de la manga pequeños efectos refinados que hacen olvidar la intrascendencia de las obras. ¡Este Hofgen se las sabe todas! Su brillante capacidad de transformación, que no ha fracasado ante ninguna exigencia, parece tener una envoltura genial. Si se observara aisladamente cada una de sus creaciones, se llegaría a la conclusión de que ninguna de ellas es de primera categoría: como director nunca llegará a la altura del Maestro; como actor, no se puede comparar a su gran rival Dora Martin, que sigue siendo la primera estrella en un cielo en el que se mueve como centelleante cometa. Es la diversificación de sus creaciones lo que sostiene su fama y la renueva siempre. Sólo se escucha una voz en el público: ¡Fabuloso todo lo que consigue! Y la prensa repite la misma opinión con las más escogidas expresiones. Es el favorito de los periódicos de la burguesía de izquierdas y de los izquierdistas, lo mismo que es el favorito de los grandes salones judíos. Precisamente la circunstancia de no ser judío le hace parecer especialmente apreciable en esos círculos; pues en la élite judía de Berlín «se lleva el rubio». Los periódicos radicales de derechas, que propagan iracundos a diario la renovación de la cultura alemana por la vuelta a la autenticidad popular, a la tierra y la raza, le tratan con desconfianza y con rechazo; para ellos Hendrik es un bolchevique de la cultura. El hecho de que los redactores culturales judíos le apreciaran le hacía tan sospechoso como su preferencia por obras francesas y lo mundano, excéntrico, impopular de su presencia. Además, los dramaturgos nacionalistas le perseguían con su odio, porque rechazaba sus obras. Así, por ejemplo. Casar von Muck, representativo autor del movimiento nacionalsocialista, en cuyos dramas la agudeza del diálogo era sustituida por judíos estrangulados y franceses fusilados. Casar von Muck, la mayor capacidad en cuestiones culturales en el campamento de la decidida enemistad hacia la cultura,

escribe sobre la nueva escenificación de una ópera de Wagner con la que Hofgen ha causado sensación: «Este es el peor arte del arroyo, experimento corrosivo, de influencia judía y desvergonzada ofensa al acervo cultural alemán.» «El cinismo de Herr Hofgen no tiene límites. Para ofrecer un nuevo entretenimiento al público de la Kurfürstendamm, se atreve con el más honorable, importante de los maestros alemanes, con Richard Wagner». Hendrik se divierte de lo lindo leyendo con un grupo de literatos radicales las expresiones pseudoliterarias de aquel vate de la raza.

Hofgen no ha abandonado el contacto con círculos comunistas o medio comunistas; a veces recibe en su casa de la plaza de la Cancillería del Estado a jóvenes escritores o funcionarios del Partido, a los que asegura, con nuevas y siempre efectistas expresiones, su irreconciliable odio al capitalismo y su ardiente esperanza en la revolución mundial. El contacto con los revolucionarios no lo cuida sólo porque piense que éstos puedan llegar alguna vez al poder, y entonces amortizaría todas las comidas, sino también para acallar su propia conciencia. Es exigente y no quiere conformarse con ser solamente un comediante bien pagado. No quiere estancarse en un trabajo que finge despreciar en el fondo, pero en el que está metido de lleno.

Hendrik se precia de que su vida tiene contenido y problemas, de los que sus colegas apenas pueden ufanarse. Por ejemplo, Dora Martin, que sigue siendo un decisivo punto más famosa que él. ¿Qué puede ocurrir en su interior? Se duerme pensando en su sueldo y se despierta con esperanzas de obtener nuevos contratos en el cine: al menos eso opina Hendrik, que no sabe nada de Dora Martin. En cambio, en el interior de él se ocultan las cosas más originales.

La relación con Juliette, la extraña hija de la naturaleza, es más que una cuestión puramente sexual, es algo complicado y misterioso: Hendrik valora esta interesante circunstancia. A veces cree también que su relación con Barbara —Barbara, ala que llamó su ángel bueno—, no está definitivamente acabada, sino que aún puede producir milagros, misterios y sorpresas. Cuando en soledad pasa revista a los factores significativos de su vida interior, no olvida nunca a Barbara, con la que en realidad va perdiendo cada vez más el contacto. Pero los puestos más importantes en la lista de sus fantásticos acontecimientos interiores los ocupa su pensamiento revolucionario, que lo diferencia ventajosamente de los demás «prominentes» de la vida teatral berlinesa. Por eso cultiva, con atención y delicadeza, su amistad con Otto Ulrichs, que ha abandonado su importante empleo en Hamburgo y dirige un cabaret político en el norte de Berlín.

—Ahora tenemos que poner todas nuestras fuerzas a disposición del trabajo político —explicaba Otto Ulrichs—. No tenemos tiempo que perder. El día de la decisión está cerca.

En su cabaret, que se llama Der Sturmvogel, y que tanto por la agudeza crítica como por la calidad de sus números gusta no sólo en los barrios proletarios, actúan

jóvenes obreros junto a conocidos escritores y actores.

Hendrik cree poderse permitir su presentación en el angosto escenario del *Sturmvogel*. Con ocasión de una fiesta que organiza Ulrichs para celebrar la visita de unos autores rusos, se anuncia al público como especial atracción al conocido Hofgen, del Teatro Nacional. Antes de que Ulrichs acabe de hablar, Hofgen, que lleva su más sencillo traje gris, y por cierto no ha ido al cabaret en su Mercedes, sino en taxi, salta desde los decorados al escenario con enorme elasticidad.

—Nada de fama, nada de Teatro Nacional —habla con brillante voz metálica y alarga los brazos con un bello gesto—. ¡Yo soy vuestro compañero Hofgen!

Le acompañan gritos de júbilo. Al día siguiente, el crítico marxista doctor Ihrig comenta en el *Neues Bdrsenblatt* que el actor Hofgen se ha ganado de un golpe los corazones de los obreros berlineses.

Tan emocionantes sucesos en los proletarios barrios extremos apaciguan la conciencia, que sin ellos se habría rebelado contra el hecho de que en el Oeste no se representen más que tonterías mundanas. Uno pertenece a la vanguardia: no sólo lo dice la propia conciencia, también lo confirman los literatos que lo tienen que saber, por ejemplo Ihrig, y los ataques con que lo recuerdan a uno figuras tan irrisorias como Casar von Muck. ¡Uno pertenece a la salvaguarda espiritual! Las nuevas escenificaciones de las óperas de Wagner son atrevidos experimentos. Se comprende que exasperen a los eternos rezagados. También se vuelve a hablar de un «Estudio» literario, una serie de representaciones de las más modernas obras de cámara; si bien Hendrik tampoco realiza el plan, como no realizó el proyecto del Teatro Revolucionario en Hamburgo, hay que decir que habla a menudo y seductoramente de él, de forma que muchos actores y autores pudieron pensar durante muchos años y con alegría en la empresa. Uno pertenece a la élite revolucionaria y contribuye a la causa: Hofgen envía a través de Otto Ulrichs sumas, no muy grandes, pero que se aceptan con gusto, a cierta organización del Partido Comunista...

¿Quién se atreve a suponer que él vive sin ideales y soberbio, y sin pensar en el mañana? Su intensa participación en las grandes metas y los grandes problemas de su tiempo está probada. Con mucha razón Hendrik mira despectivo, consciente de su inmaculada convicción, a las naturalezas tan indecisas como Barbara, Barbara, que en casa del consejero o en la finca de su abuela lleva una vida desocupada y egoísta, ensimismada en sus singulares juegos y preocupaciones intelectuales.

¿Qué sabe Hendrik de las preocupaciones o de los juegos de Barbara? ¿Qué sabe Hendrik sobre los seres humanos? ¿No sabe tan poco de sus destinos como del acontecer público? ¿Se ha ocupado alguna vez con mayor amor y profundidad de aquellos a los que él llama «centro de su vida» que, por ejemplo, del pequeño Bock, que ahora es verdaderamente su criado, o de Pierre Larue, que organiza elegantes cenas para aquellos a los que llama *mes jeunes camarades communistes* en el Hotel

Esplanade?

¿Se preocupa Hendrik de la vida interior de su amiga Juliette? Sólo espera de ella que sea siempre cruel y esté de buen humor. Recibe suficiente dinero y puede manejar la fusta: ¿no tiene con eso motivos suficientes para estar contenta? Hofgen nunca piensa en lo que podrían significar las oscuras miradas con que, ahora más a menudo, le obsequia la muchacha negra. ¿Tiene quizás esta criatura extranjera nostalgia hacia las costas de cuyo bello paisaje la arrancó un destino caprichoso, para que la tragara la civilización incierta? ¿Comienza a amar en su enigmático corazón al macilento amigo, o empieza a odiarlo? De todo esto, Hendrik no sabe nada. Para él la princesa Tebab no es más que la seductora negra, la bella salvaje con cuya indomable fuerza él se refresca, ante la que él se rebaja.

Intuye tan poco de Juliette como es poco lo que sabe de Barbara, o de su madre Bella. Lee superficialmente las cartas de su pobre mamá, a la que su esposo Kobes y su hija Josy —dos criaturas alegres e inconscientes—, dan muchas preocupaciones. Kobes está arruinado en los negocios. «¡La crisis!», se queja por carta la señora Bella. «Tu buen padre es una de las numerosas víctimas de la crisis». Todas sus posesiones fueron embargadas, y sobre la familia hubiera caído una gran vergüenza, si Hendrik no hubiera enviado en el último momento una gran suma de dinero. La hermana Josy sigue comprometiéndose al menos una vez cada medio año; la señora Bella respira aliviada cada vez que los noviazgos, todos desgraciados, por algún motivo se rompen.

Una vez aparece por Berlín Nicoletta, pero se marcha muy pronto, ante la llamada de su esposo Marder, un telegrama amenazador y quejumbroso.

—Soy muy feliz con él —explica Nicoletta, intentando que sus ojos reluzcan como antaño.

Pero entonces sale a relucir que Marder vive en un sanatorio desde hace dos años. Nicoletta ha pasado todo ese tiempo cuidándolo. Y sonrío tierna y entrañablemente cuando habla del agradecimiento infantil que el genial hombre siente hacia ella.

—Ahora le va mucho mejor —dice esperanzada—. Pronto podremos irnos al sur. El necesita sol...

El «centro de la vida» del que se jacta Hendrik lo posee Nicoletta, la amante esposa. También otros pueden nombrar el suyo, como Ulrichs, que espera la llegada del «gran día», luchador y paciente. «¡Llegará!», se promete confiado a sí mismo y a sus amigos.

—¡El día llegará! —le asegura también a Hans Miklas una voz interior con alegre confianza.

Para él se trata del hermoso día en que el Führer alcance el poder. Sobre todo, entonces será destruido el peor y más despreciable enemigo: Hofgen. La caída del objeto de su odio, cuya carrera sigue Miklas con impotente rabia, será la más feliz consecuencia del «gran día» y parte de su sentido.

Hans Miklas es, como su enemigo político Otto Ulrichs, actor al servicio únicamente de la «gran tarea», de la amplia meta. Hace mucho que ya no trabaja en teatros, sino sólo con las organizaciones juveniles del movimiento nacionalsocialista; su actividad consiste en ensayar con el «joven pueblo» de su «Führer» festivales de adhesión y exaltación en teatros al aire libre y salas de reuniones. Este trabajo satisface a su entusiasta e inocente corazón. Todos a una, los muchachos gritan que conseguirán la victoria sobre los franceses, y que siempre serán fieles a su Führer; esto lo han aprendido bajo la dirección del joven Miklas, cuyo aspecto es ahora mucho más sano y fresco que en Hamburgo. Casi han desaparecido los negros hoyos en sus mejillas.

Se acerca el día: pensamiento delirante que domina a Hans Miklas y a Otto Ulrichs, que los llena, los entusiasma como a millones de jóvenes. ¿Qué día espera Hendrik Hofgen? El sólo espera un nuevo papel.

Su gran papel en la temporada 1932-33 será el Mefisto: Hendrik lo interpretó en la nueva versión del *Fausto* que pondrá en escena su teatro el día del centésimo aniversario de la muerte de Goethe.

Mefistófeles, «fantástico hijo del caos»: gran papel para el actor Hofgen, que no había preparado ningún otro con tanto celo. El Mefisto será su obra maestra. Ya la máscara es sensacional. Hendrik convierte al príncipe de los infiernos en un pícaro, aquel pícaro en el cual el SEÑOR del cielo descubre al malvado, y en su inconmensurable bondad, le concede de vez en cuando el don de Su trato, porque él le molesta menos que los espíritus de la negación. Hofgen lo interpreta como el payaso trágico, como el pierrot diabólico. El cráneo afeitado está empolvado como el rostro, en blanco; las cejas grotescamente alzadas, la boca de color rojo sangre, alargada en una sonrisa estática; en el ancho espacio entre los ojos y las cejas, artificialmente elevadas, brillan cien colores distintos; aquí tienen ocasión los expertos de admirar una creación cosmética de extraordinaria categoría. Todos los tonos del arco iris se mezclan en los párpados de Mephisto y en los arcos bajo las falsas cejas: el negro se convierte en rojo, el rojo en naranja, en violeta, en azul; motas plateadas brillan aquí y allá, hay un poco de oro sensitiva e inteligentemente repartido. ¡Qué inquietantes paisajes de colores sobre los ojos atrayentes como piedras preciosas de este Satanás!

Con el donaire del bailarín se desliza por la escena Hendrik-Mephisto en su ceñido traje de seda negra; con una precisión juguetona, que confunde y atrae, las sentencias sofistas, las bromas dialécticas salen de su boca teñida de sangre, que siempre sonrío. ¿Quién puede dudar de que el terriblemente elegante bromista podría convertirse en un perro de lanas, sacar vino de la madera de la mesa o volar sobre su capa extendida, siempre que le apeteciera hacerlo? De este Mephisto se podría esperar cualquier cosa. Todos en la sala lo sienten: es fuerte, más fuerte incluso que

Dios, el SEÑOR, al que él ve gustoso de vez en cuando y al que trata con una cierta cortesía despectiva. ¿No tiene acaso motivos suficientes para mirarlo de arriba hacia abajo? Él es mucho más ingenioso, más experto, más desgraciado que Aquél, y, quizá precisamente por esto, más fuerte: más fuerte por más infeliz. El tremendo optimismo del excelso Viejo, que deja a los ángeles alabarle a él mismo y a la Creación en toda su belleza, en un certamen de cánticos declamados; la eufórica bondad del Padre de todo parece enfermiza y dignamente senil frente a la temible melancolía, a la gélida tristeza en que cae a veces el ángel favorito convertido en satánico, el condenado y arrojado al abismo, en medio de todas sus dudosas alegrías. Qué terror atraviesa por el auditorio del Teatro Nacional de Berlín cuando Hofgen-Mefistófeles pronuncia con sus chillones labios las palabras:

*Pues si todo lo que nace  
digno es de perecer  
mejor sería que no naciera.*

El demasiado ágil arlequín ya no se mueve. Ahora está inmóvil. ¿Se ha quedado petrificado ante la miseria? Bajo el abigarrado paisaje de pintura, sus ojos tienen la profunda mirada de la desesperación. Los ángeles rodean alegres el trono de Dios porque nada saben del ser humano. El diablo conoce a los hombres, está iniciado en sus más profundos secretos y el dolor que por ellos siente paraliza sus miembros y petrifica su gesto, convirtiéndolo en una máscara de desconsuelo.

Tras el estreno de *Fausto*, que acaba entre ovaciones, el actor Hofgen se encierra en su camerino: no quiere ver a nadie. Pero el pequeño Bock no se atreve a rechazar a una de las visitantes. Dora Martin ve raras veces obras de teatro en las que no actúa ella. Su presencia esta noche ha causado sensación. El pequeño Bock se inclina profundamente ante ella y abre la puerta del santuario: el camerino de Hendrik Hofgen.

Los dos tienen aspecto de agotados, tanto Hofgen como su colega y rival: él está rendido por el éxtasis de la representación que acaba de dar; ella, por preocupaciones que a él le son desconocidas.

—Estuvo bien —dice la Martin, despacio y objetiva.

Antes de que él se lo pudiera ofrecer, se había sentado en una silla. Se acurrucó en el estrecho asiento. Su rostro de ancha frente y ojos grandes e infantiles se hundió en el cuello del abrigo de piel marrón.

—Estuvo bien Hendrik. Yo siempre supe que usted vale. El Mefisto es su gran papel.

—A su afirmación no le falta malicia, Dora Martin.

—Se equivoca usted, Hendrik —contesta, aún en tono suave y objetivo—. Yo no tomo a mal que nadie sea como es.

Hendrik vuelve la cabeza, de cuyos párpados ha retirado las cejas de diablo y el lujo de colores.

—Gracias por haber venido esta noche —dice él con ternura, haciendo centellear los ojos.

Pero ella hace un gesto de rechazo, como queriendo decir: «¡Déjese de bromas!» Parece que él no ha notado su gesto y pregunta suavemente:

—¿Cuáles son sus próximos proyectos, Dora Martin?

—He aprendido inglés —contesta ella.

—¿Inglés? ¿Para qué? ¿Por qué precisamente inglés? —su rostro indica sorpresa.

—Porque voy a hacer teatro en América —dice Dora Martin sin apartar de él su mirada tranquila, inquisitiva.

Como parece que él aún no ha comprendido y quiere saber «¿Por qué?» y «¿Por qué precisamente en América?», ella explica impaciente:

—Porque aquí todo se acabó, querido. ¿No lo ha notado?

—¡Pero qué dice, Dora Martin! ¡Para usted nada cambiará! ¡Usted es amada, verdaderamente amada por tantos miles...! Ninguno de nosotros, usted lo sabe, ninguno de nosotros es tan querido como usted.

Su voz se ha hecho triste e irónica antes de enmudecer.

—¡El amor de muchos miles! —el desprecio de Dora casi ha quitado el tono a su voz. Después se encoge de hombros y, tras un silencio, dice al vacío, por delante de Hendrik:

—Encontrarán otros favoritos.

Él sigue charlando excitado.

—Pero los teatros están llenos. El teatro siempre interesará a la gente, independientemente de lo que ocurra en Alemania.

—Independientemente de lo que ocurra en Alemania —repite Dora en voz baja. De pronto se levanta.

—Bien, entonces le deseo mucha suerte, Hendrik —dice apresurada—. Durante mucho tiempo no nos veremos. Yo me marcho dentro de unos días.

—¿Tan pronto? —pregunta, confundido.

Y ella contesta con la oscura mirada perdida en la lejanía:

—No tiene sentido esperar. Ya no se me ha perdido nada aquí —después de una pausa añade—: Pero a usted le irá bien, Hendrik Hofgen, independientemente de lo que ocurra en Alemania.

Bajo la rojiza mata de los cabellos, su rostro, una cara muy grande para el delgado y menudo cuerpo, tiene rasgos de orgullo y de pena mientras se acerca despacio a la puerta y abandona el camerino de Hendrik Hofgen.

## Capítulo VII

### El pacto con el diablo

Llorad. Las tinieblas se ciernen sobre este país. Dios ha apartado su rostro de él, un río de sangre y lágrimas corre por las calles de todas sus ciudades.

Llorad. Este país ha sido contaminado, y nadie sabe cuándo podrá purificarse. ¿Cuántas penitencias y ayudas a la felicidad de la Humanidad serán precisas para expiar tan terrible vergüenza? La sangre y las lágrimas se mezclan con el fango en todas sus calles, en todas sus ciudades. Lo que había sido bello fue manchado, lo que había sido cierto fue arrasado por la mentira.

En este país la sucia mentira usurpa el poder. Vocifera en las salas de junta, desde los micrófonos, desde las columnas de los periódicos, desde la pantalla del cine. Abre la boca, y su aliento apesta como a pus y podredumbre: este aliento expulsa a muchos hombres, pero para aquellos que se ven obligados a quedarse, el país se ha convertido en una cárcel, en una mazmorra pestilente.

Llorad. Los jinetes del Apocalipsis están en camino, aquí se han establecido y formado un atroz regimiento. Desde aquí quieren conquistar el mundo: pues esa es su intención. Quieren dominar tierras y mares. Su monstruosidad ha de ser honrada y adorada en todas partes. Su fealdad tendrá que ser admirada como una nueva belleza. Donde hoy aún se ríen de ellos, mañana yacerán boca abajo ante ellos. Están dispuestos a asaltar al mundo con sus guerras para después poderlo humillar y corromper, como hoy humillan y corrompen el país que ya dominan: nuestra patria, sobre la que se han cernido las tinieblas, de la que Dios, encolerizado, ha apartado su rostro. En nuestra patria es noche. Los malvados señores viajan a través de sus comarcas en grandes coches, en aviones o en trenes extraordinarios. Viajan diligentes de un lado a otro. En todas las plazas de mercado sueltan sus mentiras. En todo lugar en que aparecen ellos o sus esbirros se apaga la luz de la razón, triunfan las tinieblas.

El actor Hofgen se encontraba en España cuando, gracias a las intrigas en el palacio del venerable Presidente y Mariscal del Reich llegó a Jefe de Gobierno aquel sujeto que hablaba a ladridos y al que Hans Miklas y un gran número de ignorantes y desesperados llamaban su Führer. El actor Hendrik Hofgen hacía el elegante estafador en una película policíaca, cuyos exteriores se rodaban en las cercanías de Madrid. Después de un día agotador volvió por la tarde cansado al hotel, compró periódicos en conserjería y se estremeció: ¡Aquel tipo de palabras ampulosas, de quien se había burlado tan a menudo en el círculo de compañeros inteligentes y vanguardistas, se había convertido repentinamente en el más poderoso hombre del

Estado! «¡Esto es horrible!», pensó el actor Hofgen. «¡Lina horrible sorpresa! ¡Y yo estaba convencido de que a esos nazis no había que tomarlos muy en serio! ¡Qué error!»

Estaba con su hermoso traje de entretiempo en el vestíbulo del Hotel Ritz, donde un público internacional comentaba los desdichados sucesos de Alemania y la reacción de la Bolsa ante ellos. Al pobre Hendrik le dieron escalofríos al pensar lo que le esperaba. Muchas personas a las que había tratado mal tendrían ahora la posibilidad de vengarse. Casar von Muck, por ejemplo. ¡Si él se hubiera puesto a bien con el vate de patria y costa, en lugar de rechazar todas sus obras! ¡Qué imperdonable falta había cometido! Ahora se daba cuenta, pero ya era tarde. Demasiado tarde. Ya tenía gran cantidad de enemigos irreconciliables entre los nazis. Incluso en el pequeño Hans Miklas tuvo que pensar ahora el atemorizado Hendrik. ¡Qué no habría dado por hacer reversible lo ocurrido en el Teatro de los Artistas, allá en Hamburgo! ¿Cuál fue la bagatela que dio pie a una disputa que posteriormente se demostró tan lamentable? Ah, sí, una actriz llamada Lotte Lindenthal: muy posiblemente también ella se convertiría en una persona en alto grado conveniente o dañina...

Temblándole las rodillas, entró Hendrik en el ascensor. Anuló una cita que tenía esa noche con algunos colegas. Pidió la cena en su habitación. Después de haber tomado media botella de champaña, su ánimo adquirió mayor confianza.

Había que estar frío y preparado, protegerse del pánico. Ese tal «Führer» era canciller, algo suficientemente desagradable. Pero aún no era dictador, y posiblemente no lo llegaría a ser nunca. La gente que lo había izado al poder, aquellos nacionalistas, se preocuparán de que no les pase por encima. También se acordó de los partidos de la oposición, que aún existían. Los socialdemócratas y los comunistas le presentarían resistencia, quizá incluso resistencia armada. Eso pensó Hendrik Hofgen en la habitación del hotel, ante su media botella de champaña, y no sin placentero estremecimiento. ¡No, estaba muy lejos la dictadura nacionalsocialista! Quizá cambiase la situación sorprendentemente deprisa: el intento de entregar el pueblo alemán al fascismo podía desembocar en la revolución socialista. Una cosa así era muy posible, y con ello se demostraría que el actor Hofgen había especulado en forma enormemente astuta y con visión de futuro. Pero aun suponiendo que los nazis se mantuvieran en el Gobierno, ¿qué podía temer de ellos el actor Hofgen? No pertenecía a ningún partido, no era judío. Sobre todo esta circunstancia —el no ser judío— le pareció a Hendrik tremendamente consoladora y significativa. ¡Nunca hubiera pensado que esto era una ventaja inesperada y significativa! No era judío, luego todo se le podría perdonar, incluso el hecho de que en el cabaret Sturmvogel se hubiera presentado como «compañero». El era rubio y de Renania. También papá Kobes había sido un renano rubio antes de que las dificultades económicas lo hicieran llenarse de canas. Y su madre Bella y su hermana Josy eran renanas rubias.

—Soy un renano rubio —canturreaba aliviado.

Y se fue de buen humor a la cama.

A la mañana siguiente, como es natural, se sentía mucho más angustiado. ¿Cómo le tratarían los colegas que nunca habían actuado en el Sturmvogel, ni habían sido tachados de bolcheviques de la cultura por Muck? Realmente le pareció que se mostraban muy fríos con él cuando iban juntos hacia el lugar de rodaje. Sólo el cómico judío inició una conversación más larga con él, lo que se podía considerar más bien preocupante. Como Hendrik se aislaba y se sentía ya como un mártir, empezaba a resultar obstinado e indomable. Al cómico le dio su opinión de que los nazis estarían pronto arruinados y desprestigiados. El pequeño humorista dijo, medroso:

—No, si han llegado hasta ahí, se quedarán mucho tiempo. Quiera Dios que recobren un poco la razón y sean más tolerantes con los nuestros. Si uno se comporta con tranquilidad, no puede sucederle gran cosa.

Esto esperaba el cómico, y Hendrik en el fondo tenía la misma esperanza, aunque era demasiado orgulloso para reconocerlo.

El mal tiempo impidió al grupo de actores rodar exteriores. Se vieron obligados a permanecer en Madrid hasta finales de febrero. Las noticias procedentes de la patria eran confusas y excitantes. Parecía fuera de toda duda que Berlín vivía con auténtico delirio su entusiasmo hacia el canciller nacionalsocialista del Reich. Muy diferentes eran las cosas en el sur de Alemania, especialmente en Munich, si se podía dar crédito a los periódicos y a las informaciones privadas. Se decía que era de esperar la separación de Baviera y la entronización en ella de la dinastía Wittelsbach. Pero quizá fueran rumores huecos o exageraciones de carácter tendencioso. De cualquier forma, pensó Hendrik, era mucho mejor no fiarse de ellos y acentuar manifiestamente la simpatía hacia el nuevo régimen. Así lo consideraron también los actores que estaban en Madrid para rodar una película policíaca. El que hacía de joven enamorado —un hombre atractivo, con un apellido largo que sonaba como eslavo— se jactaba de pronto de ser desde hacía ya muchos años miembro del Partido Obrero Nacional Socialista Alemán, hecho que, congruentemente, había callado hasta ese momento; su oponente femenina, cuyos blandos ojos oscuros y su nariz, suavemente aguileña, hacían dudar de su pureza de raza germana, dio a entender que estaba casi prometida a un alto funcionario del mismo partido. Al cómico judío se le veía cada vez más taciturno.

Hofgen, por su parte, había decidido adoptar la táctica más sencilla y efectiva: se recubría de un silencio misterioso. Nadie debería intuir cuántas preocupaciones escondía. Pues las noticias que de la señorita Bernhard y otros devotos le llegaban desde Berlín eran impresionantes. Rose escribió que había que prepararse para lo peor. Se explayaba sobre «listas negras», que los nazis confeccionaban ya desde años

antes, y en las cuales no faltaban ni el Maestro, ni el académico Bruckner, ni él mismo. El Maestro se encontraba en Londres, y de momento no pensaba volver a Berlín. La señorita Bernhard recomendaba a su Hendrik que por un tiempo se mantuviera alejado de la capital alemana... Sintió escalofríos cuando leyó esto. Hasta hacía poco él había sido el más elegante, ¡y ahora tenía que convertirse en un emigrante! No le resultó fácil tomar ante sus suspicaces colegas un gesto de frialdad, ni estar durante el rodaje tan relajado y canallesco como esperaban de él.

Cuando el grupo de actores se disponía a volver a casa, y hasta el cómico judío preparaba con gesto disgustado las maletas, Hendrik dijo que unas importantes reuniones por asuntos de cine le reclamaban en París. Su idea era ganar tiempo. Ahora no era en absoluto aconsejable mostrarse en Berlín. Algunas semanas después las cosas se habrían apaciguado ya...

Ignoraba que, por el contrario, le esperaban aún las peores sorpresas. Lo primero que supo al llegar a París fue la noticia del incendio del Reichstag. Hendrik, acostumbrado a vislumbrar métodos criminales tanto por su larga experiencia en papeles de canalla como por su instinto natural para las intrigas de los bajos fondos, comprendió en seguida quién había maquinado y llevado a cabo aquel crimen alevoso: la inicua y al tiempo infantil astucia de los nazis se había ejercitado y entusiasmado con aquellas películas y obras de teatro en las cuales Hendrik solía hacer los papeles principales. Hendrik no podía ocultarse a sí mismo que con el horror que sentía ante el burdo truco de este incendio se mezclaba otro sentimiento, que era de agrado y casi de placer. La fantasía corrompida del aventurero se decidió por el fraude petulante; claro que sólo podía tener éxito porque en la misma Alemania ya nadie se atrevía a levantar la voz contra él, y porque el resto del mundo, más preocupado por la propia tranquilidad que por la decencia de la vida europea, tendía a no inmiscuirse en los asuntos internos de aquel sospechoso Reich.

«¡Qué fuerza inconcebible tiene la maldad!», pensaba el actor Hofgen con un horror respetuoso. «¡Todo lo que puede uno permitirse y conseguir impunemente! En el mundo sucede como en las películas y las obras cuyo héroe he sido yo tan a menudo». Esto fue momentáneamente lo más objetivo que osó pensar. Pero intuitivamente, y sin querer reconocerlo, sintió por primera vez una misteriosa relación entre su propio ser y aquella esfera desacreditada, corrupta, en la que se tramaban y realizaban vulgares bribonadas como aquel incendio.

En principio, naturalmente, Hendrik no se sentía inclinado a especular sobre la psicología de los criminales alemanes y sobre los lazos de unión que le podían acercar a estos tipos de los infiernos: tenía motivos para preocuparse por su futuro próximo. Después del incendio del Reichstag habían sido detenidas en Berlín varias personas con las que él había tenido confianza, entre ellas Otto Ulrichs. Rose Bernhard había dejado su puesto en los teatros del Kurfürstendamm y había salido

apresuradamente hacía Viena. Desde allí aconsejaba calurosamente a Hendrik que no pisara suelo alemán bajo ningún pretexto. «Tu vida estaría en peligro», decía en la carta que escribió desde el Hotel Bristol de Viena.

Hendrik pensó que posiblemente habría que considerar todo aquello como exageraciones románticas. Pero, a pesar de todo, estaba inquieto. Día a día aplazaba su viaje. Desocupado y nervioso, vagaba por las calles de París. No conocía la ciudad, pero tampoco estaba en condiciones de apreciar su encanto, ni siquiera de verla.

Estas semanas fueron terribles, quizá las más amargas de su vida. No veía a nadie. Sabía que alguno de sus conocidos estaba en París, pero no se atrevía a ponerse en contacto con ellos. ¿Qué se dirían? Lo enervarían con patéticas experiencias sobre los sucesos alemanes, que de hecho eran cada vez más irracionales y temibles. Seguro que esta gente ya habría roto todos los puentes con una patria cuyos tiranos les profesaban un odio irreconciliable. Eran ya exiliados. «¿Lo soy yo también?», se tuvo que preguntar Hendrik Hofgen, atemorizado. Pero todo en él se negaba a aceptarlo.

Por otro lado, en las muchas horas de soledad que pasaba en la habitación del hotel, bajo los puentes, en las calles, en los cafés de París, empezó a crecer una oscura porfía, una porfía buena, el mejor sentimiento que había tenido nunca. «¿Es preciso que suplique el perdón de este atajo de asesinos?», —pensó después. «¿Dependo de ellos? ¿No tiene mi nombre fama internacional? En cualquier sitio podría salir adelante, no sería excesivamente fácil, pero lo conseguiría. Sí, qué alivio, que liberación significaría esto: con orgullo y libre me retiraría de un país donde el aire está apestado; declarararía en voz alta mi solidaridad con aquellos que quieren luchar contra el régimen manchado de sangre. ¡Qué puro me podría sentir, si pudiera obligarme a tomar esta decisión! ¡Qué nuevo sentido, qué nueva dignidad adquiriría mi vida!»

Con estos estados de ánimo, que eran muy fuertes y téticamente agradables, pero que nunca duraban mucho tiempo, empezó a sentir regularmente la necesidad de volver a ver a Barbara, de hablar con ella largo y tendido. Barbara, a la que había llamado su ángel bueno. ¡Con qué urgencia la necesitaba ahora! Pero ya hacía meses que no tenía noticias suyas, no sabía siquiera dónde estaba. «¡Quizá esté en la finca de la abuela, sin preocuparse de nada!», pensó amargamente. «Ya se lo auguré, que encontraría en el terrorismo fascista alguna faceta interesante. Tenía que suceder: yo soy el mártir, vago por las calles de esta ciudad extraña; en cambio, ella quizás estará charlando con uno de esos asesinos y verdugos, como solía hablar con Hans Miklas...»

Como su soledad se le iba haciendo insoportable, pensó en traer a la princesa Tebab de Berlín a París. ¡Qué refrescante fortaleza sería oír su risa atronadora, tocar su fuerte mano, áspera como la corteza de un árbol! Dar la espalda a Alemania y

empezar una nueva vida salvaje con la princesa Tebab: ¡Qué hermoso y correcto sería! ¿No estaría dentro de lo posible? Sólo necesitaba telegrafiar a Berlín, y al día siguiente llegaría la Venus negra, con sus botas verdes de caña alta y la roja fusta trenzada en la maleta. Hendrik tenía dulces y rebeldes sueños en cuyo centro se encontraba la princesa Tebab. Con colores fuertes y excitantes se pintaba la vida que podría llevar con ella. Podrían empezar ganándose el pan como pareja de baile en París, Londres o Nueva York. ¡Hendrik y Juliette los mejores bailarines de claqué del mundo! Pero seguramente no acabarían como pareja de baile. Hendrik sopesaba otras posibilidades. De la pareja de baile podría surgir una pareja de estafadores, ¡qué divertido sería hacer en la vida real el papel de criminal mundano que tantas veces había incorporado en el cine y en el teatro, con todos sus peligros y consecuencias! Hombre con hombre junto a esa maravillosa salvaje, engañar y provocar a la odiada sociedad que ahora, con el fascismo, descubriría su verdadera, horrible faz. ¡Qué encantadora imagen! Varios días estuvo Hendrik obsesionado con ella. Quizá hubiera dado el primer paso para su realización y telegrafiado a la princesa, si no hubiera recibido una noticia que cambió de golpe su situación.

La significativa carta era de la pequeña Angelika Siebert. ¡Quién hubiera pensado que precisamente ella, a la que Hendrik había ignorado cruel y altanero, iba a tener de nuevo una función tan determinante en su vida! Hacía mucho tiempo que Hendrik no había pensado para nada en la pequeña Siebert, y ahora que intentaba recordar su rostro —aquella amable, medrosa carita de treceañera con claros ojos fruncidos, cortos de vista— le parecía como si siempre hubiera estado cubierto de lágrimas. ¿No lloraba Angelika casi ininterrumpidamente? ¿Y no le había dado Hendrik motivos para llorar? Hendrik se acordaba muy bien de cómo la había tratado casi siempre... Su singularmente tierno corazón le había permanecido fiel, a pesar de todo. Eso admiraba profundamente a Hendrik. Por buenas razones, juzgando por sí mismo a los demás, contaba continuamente con la infamia egoísta de los seres humanos. La buena acción, el magnífico y tierno acto, le dejó confundido. En su solitaria habitación de hotel, cuyas paredes y muebles conocía tan bien que había empezado a odiarlos y temerlos, no tuvo más remedio que llorar cuando leyó la carta de Angelika. No sólo el nerviosismo y la irritabilidad le hicieron sollozar; también le humedecía los ojos una auténtica emoción. ¡Qué dicha, que compensación a tantos sufrimientos hubiera supuesto para Angelika ver cómo él, el hombre por el que había derramado muchas lágrimas, lloraba ahora, y que en definitiva había sido su amor el que llenó sus peligrosos, caros y fríos ojos de saladas gotas!

Angelika le informaba en su carta de que estaba en Berlín, trabajaba en el cine y le iba medianamente bien. Un joven director de mucho éxito se había empeñado en casarse con ella, «pero naturalmente, yo no tengo la menor intención», escribió, y a Hendrik le dio risa al leerlo. Sí, así era ella, esquivada y cerrada a solicitudes y

ofrecimientos, por atractivos que fueran; únicamente obsesionada con lo inalcanzable, derrochando sus sentimientos siempre allí donde eran ignorados y despreciados. En el rodaje de una gran comedia romántica había conocido a la actriz Lotte Lindenthal, precisamente aquella dama que había sido la primera sentimental en Jena, al tiempo que la amiga de un oficial de aviación nacional socialista. Hendrik, que seguía con avidez y odio los acontecimientos alemanes, sabía que el oficial de aviación pertenecía al grupo de hombres más poderosos del nuevo Reich. Por tanto, Lotte Lindenthal también se había convertido en una persona influyente. A ella le había recomendado Angelika Siebert su amigo Hendrik con éxito.

En un tono entusiasta explicaba la carta el encanto superior, la inteligencia, la bondad y la dignidad de la Lindenthal. Según la opinión de Angelika, podía estar seguro de que esta amable y cariñosa dama influiría desde todos los puntos de vista favorablemente en su poderoso amigo. Ya lo estaba haciendo, especialmente en todo aquello que afectara al teatro. El gran hombre tenía un benévolo interés por el teatro, la opereta y la ópera. Sus amadas —o las damas a las que admiraba especialmente— eran casi siempre actrices de tipo ampuloso y sentimental. A ellas les hacía cualquier favor, siempre que no se tratara de nada serio, sino sólo de asuntos secundarios y ligeros, como, por ejemplo, de la carrera de un actor. Angelika Siebert había llamado la atención de Lotte Lindenthal sobre el hecho de que Hendrik Hofgen estuviera en París sin atreverse a volver a Alemania. Esto hizo reír a la favorita del poderoso. «¿Qué teme este hombre?», quiso saber con mirada ingenua. Hofgen no era judío, sino un renano rubio, y tampoco había estado afiliado a ningún partido. Además era un importante artista, la señorita Lindenthal lo había visto haciendo de Mefistófeles.

—No podemos prescindir de hombres como él —dijo la importante señora, y prometió hablar en ese mismo día sobre el caso con su poderoso prometido—. Manne es un liberal de punta a cabo.

Así lo aseguraba la primera sentimental de Jena, que tenía motivos para saberlo, y todos los presentes sintieron un horror respetuoso porque ella se permitía hablar del temido gigante con tanta confianza e intimidad.

—Tampoco es rencoroso. A pesar de todas las extravagancias y tonterías que se haya permitido Hofgen en otros tiempos, él lo comprenderá, sobre todo tratándose de un artista de calidad. Lo más importante es el buen fondo —dijo Lotte un poco irreflexivamente, pero con acento cordial. E hizo lo que había prometido. Cuando el poderoso le hizo su visita vespertina, le suplicó:

—¡Manne, sé bueno!

Ella se había empeñado en tener como oponente masculino a Hendrik Hofgen en la comedia con la que iba a debutar en el Teatro Nacional de Berlín.

—Nadie sería tan indicado para el papel como él —charlaba la sentimental—, ¡En el fondo, a ti te interesa también que tenga un buen *partenaire* cuando actúe por

primera vez ante los camaradas berlineses!

El general se informó de si Hofgen era judío. Cuando se enteró de que, por el contrario, era con toda seguridad renano y rubio, prometió que «a ese chico» no le sucedería nada, sin importar lo que hubiera hecho anteriormente.

Del positivo resultado de esta conversación con Manne, informó la Lindenthal rápidamente a su pequeña colega, la Siebert, y ésta por su parte no esperó ni un momento para contar a Hendrik el maravilloso giro que habían tomado las cosas.

¡Así acababan los días de sufrimiento en París! Los paseos solitarios por el bulevar Saint-Michel, a la orilla del Sena o a través de los Campos Elíseos, ante cuya belleza él había estado ciego. ¿Había tenido Hendrik Hofgen alguna vez sueños de rebeldía en una solitaria habitación de hotel? ¿Había sentido en algún momento la necesidad, imperiosa y de alguna sombría forma placentera, de purificarse, de liberarse, de huir hacia una nueva y salvaje vida? El ya no lo recordaba; mientras hacía las maletas lo olvidó todo. Canturreando de gusto y tentado repentinamente de saltar en el aire, se dirigió a la agencia de viajes Thomas Cook & Son, junto a la Madeleine, a recoger su billete de coche-cama hacia Berlín.

De vuelta hacia el hotel, situado en las cercanías del Bulevar Montparnasse, Hendrik pasó por delante del Café du Dome. La temperatura era suave, había mucha gente sentada en las terrazas, las mesas y las sillas se adentraban en la acera, situadas bajo ligeros toldos. Hendrik, acalorado por la caminata, sintió ganas de sentarse un cuarto de hora, para tomar un zumo de naranja, y se paró. Pero mientras miraba altivo a la gente que charlaba, cambió sus planes. «¿Quién sabe con quién me puedo encontrar aquí?», pensó. «¿No es este Café du Dome el lugar donde se encuentran los exiliados? No, no, será mejor pasar de largo.» Ya estaba a punto de hacerlo, cuando su mirada se detuvo en un grupo de personas que permanecían sentadas, en silencio, alrededor de una de las pequeñas mesas redondas. Hendrik se estremeció. Se asustó tanto, que sintió un pinchazo en el estómago y no se pudo mover durante algunos segundos.

Primero reconoció a la señora von Herzfeld, más tarde se dio cuenta de que Barbara estaba sentada junto a ella. Barbara estaba en París, había estado todo el tiempo cerca de él. Él había tenido nostalgia de ella, la había necesitado como nunca, y ella había vivido en la misma ciudad, en el mismo barrio, quizá sólo un par de casas más allá... Barbara había abandonado Alemania, y allí estaba, sentada en la terraza del Café du Dome, junto a Hedda von Herzfeld, de la que nunca había sido amiga allí en Hamburgo. Ahora, sin embargo, las habían acercado circunstancias especiales y duras... Estaban sentadas en la misma mesa. Las dos callaban, las dos con la misma mirada pensativa y profunda, que parecía pasar por delante de los objetos para quedar fija en la lejanía.

«¡Qué pálida está Barbara!», pensó Hendrik, que se sentía como si las personas

sentadas frente a él no fueran reales, sino que, producto de su excitado cerebro, no existieran más que en su imaginación como un espejismo. Si vivían, ¿por qué no se movían? ¿Por qué estaban mudas e inmóviles y tenían los ojos tan tristes?

Barbara apoyaba en la mano su rostro delgado y pálido. Entre sus oscuras, fruncidas cejas había un rasgo que Hendrik no había visto nunca en ella: podía proceder de sus pensamientos cansados, amargados y daba a su rostro un aire casi iracundo. Llevaba un impermeable gris con el cuello alzado bajo el que resaltaba un chal rojo. A causa de esta vestidura, como del gesto doloridamente tenso, su expresión adquiría algo de salvaje, casi terrible.

La señora von Herzfeld estaba también pálida, pero en su rostro, ancho y blando, no aparecía el rasgo amenazador; sólo mostraba suave aflicción. Además de Barbara y Hedda estaban en la mesa una muchacha a la que él no conocía y dos hombres jóvenes, uno de los cuales era Sebastian: Hofgen lo conoció por la postura de la cabeza, por los ojos turbios, blandos y pensativos y por los mechones, de un color rubio trigo, que le caían sobre la frente inclinada.

Hendrik quiso decir algo, saludar, abrazar a Barbara, hablar con ella, como había deseado tanto durante los días de soledad. Pero su cabeza se llenó de consideraciones. «¿Cómo me recibirán? Me harán preguntas, ¿cómo las podré contestar? Aquí, en el bolsillo, llevo mi billete de vuelta a Berlín, por la intercesión de dos rubias, amistosas damas; estoy casi reconciliado con el régimen que ha arrojado de su patria a estas personas y al que yo juré enemistad eterna ante Barbara. ¡Qué sonrisa despectiva no tendría que aguantar de Sebastian! ¿Y cómo podría soportar la mirada de Barbara, su oscura, burlona, despiadada mirada?... Tengo que huir —parece que, por fortuna, no se han dado cuenta de mi presencia—, todos miran de esa manera tan curiosa el vacío... Tengo que marcharme, este encuentro sería demasiado para mis fuerzas...»

En la mesa no se movía nadie, todos parecían mirar a través de Hendrik como si fuera aire. Estaban inmóviles, como si un gran dolor los hubiera petrificado. Hendrik, mientras tanto, se alejaba con pasos cortos y envarados, como anda aquel que se aleja de un gran peligro, pero que quiere disimular su huida.

Después del primer ensayo dijo Lotte Lindenthal a Hofgen:

—Es una verdadera lástima que el general esté precisamente ahora tan ocupado. Si lo pudiera arreglar de alguna manera, seguro que vendría a un ensayo, para ver cómo trabajamos. No se puede usted imaginar qué consejos tan estupendos nos da a veces a los actores. Creo que entiende tanto de teatro como de aviones, que ya es decir.

Hendrik sí se lo podía imaginar, y asintió respetuoso. Después preguntó a la señorita Lindenthal si la podría llevar a casa en su coche. Ella accedió con una sonrisa benevolente. Mientras él le ofrecía el brazo, dijo en voz baja:

—Es una gran alegría para mí poder actuar junto a usted. En los últimos años he

tenido que padecer mucho con el amaneramiento de mis compañeras. Dora Martin ha estropeado a las actrices alemanas con el mal ejemplo de su estilo envarado. Eso ya no era hacer teatro, sino un vocerío histérico. Y por fin oigo su tono claro, sencillo, inspirado y cálido.

Sus ojos algo saltones, violetas y bobos le miraron agradecidos.

—Estoy muy contenta de que me diga esto —susurró, apretando su brazo—. Porque sé que usted no me adula. Una persona que se toma su oficio tan sagradamente en serio como usted no lisonjea en cuestiones artísticas.

Hendrik por su parte se horrorizó ante el pensamiento de haber podido adularla.

—Pero, por favor —se puso la mano sobre el corazón—. ¡Yo lisonjear! Mis amigos suelen reprocharme el que me guste demasiado decir las verdades a la cara, por desagradables que sean.

—Me gustan los hombres sinceros —aclaró la Lindenthal.

—Ya hemos llegado, ¡lástima! —dijo Hendrik.

Había detenido el coche ante un elegante edificio en la calle Tiergarten, donde vivía Lotte Lindenthal. Se inclinó sobre su mano para besarla, retirando un poco el guante de piel gris, de manera que sus labios pudieran rozar la mano, blanca como la leche. Pareció que ella no se había dado cuenta de este pequeño atrevimiento, o al menos no lo censuró; su sonrisa seguía siendo radiante.

—Mil gracias por haberme permitido acompañarla —dijo él, inclinado sobre su mano. Mientras ella se dirigía hacia el portal, el pensó: «Si ahora se vuelve, todo va bien. Si hasta saluda, será un triunfo para mí, y podré llegar lejos.» Ella cruzó la calle muy erguida. Cuando llegó al portal volvió la cabeza, puso un gesto amable y —¡qué maravilla!— levantó la mano saludando. Hendrik sintió una gran felicidad. Luego Lotte Lindenthal hizo, retozona:

—¡Ta, ta!

Esto era más de lo que él esperaba. Con un gran suspiro de alivio se apoyó en el asiento de piel de su Mercedes.

Hendrik lo sabía ya antes de llegar a Berlín: sin la protección de la Lindenthal estaba perdido. La pequeña Angelika, que lo recogió en la estación, se lo había querido explicar, pero él conocía claramente su situación, sin necesidad de esto. Tenía terribles enemigos, entre ellos alguno tan influyente como Casar von Muck, al que el Ministro de Propaganda había hecho principal del Teatro Nacional. El dramaturgo, cuyas obras él había rechazado sistemáticamente, le tenía preparado un frío recibimiento. Su rostro de ojos acerados y boca fruncida tenía una expresión de inaccesible severidad y dignidad, mientras decía:

—No sé si se adaptará de nuevo a nosotros, señor Hofgen. Aquí reina un espíritu distinto al que usted acostumbraba a ver en esta casa. El bolchevismo cultural ha terminado —aquí se irguió el autor del drama *Tannenberg* amenazadoramente—. No

tendrá ya ocasión de interpretar las obras de su amigo Marder, o aquellas comedietas francesas que tanto le gustaban. Aquí ya no hacemos arte semita o galo, sino alemán. Usted tendrá que demostrar, señor Hofgen, si está en condiciones de sernos útil en tan noble trabajo. Me parece, sinceramente, que no había ningún motivo especial para traerlo de París —con la palabra París brillaron terriblemente los ojos de Casar von Muck— Pero la señorita Lindenthal deseaba tenerlo como pareja en la pequeña comedia con la que ella debuta aquí —esto lo dijo Muck algo desdeñoso—. Yo no quería oponerme a los deseos de la dama —continuó con una falsa sinceridad, y acabó altanero—: Por cierto, estoy convencido de que el papel de elegante amigo de la casa y conquistador no le planteará ningún problema.

Con un ligero gesto militar, el principal dio por acabada la conversación.

Fue éste un temible principio, tanto más cuanto que Hendrik pensaba que tras el vengativo y arribista poeta se encontraba el Ministro de Propaganda en persona. Éste era casi todopoderoso en cuestiones culturales, y lo hubiera sido *del todo*, si al oficial de aviación ascendido a Presidente del Gobierno no se le hubiera metido en la cabeza conservar algo de influencia en lo referente al Teatro Nacional. En éste el gordo tenía mucho interés, aunque sólo fuera a causa de Lotte Lindenthal. Así llegaron a una lucha de competencias los dos poderosos, el Señor de la Propaganda y el Señor de los Aviones. Hendrik no había visto nunca personalmente a ninguno de los dos semidioses; pero sabía que sólo podría resistir durante un tiempo la enemistad del uno, si podía estar seguro de la protección del otro. El camino hacia el Presidente del Gobierno tenía como intermediaria a la actriz. Hendrik tenía que ganarse a Lotte Lindenthal.

En las primeras semanas de su nueva estancia en Berlín, sólo tenía un pensamiento: «Lotte Lindenthal me tiene que amar. Ninguna se ha podido resistir a los ojos de piedra preciosa ni a la sonrisa canallesca, y al fin y al cabo no es más que una mujer. Esta vez me juego el todo por el todo, tengo que poner en juego todos mis encantos, Lotte tiene que ser conquistada como una fortaleza. No importa que tenga el pecho alto ni los ojos de vaca, ni que su aspecto sea tan provinciano y casero, con su doble papada, para mí es más deseable que una diosa.»

Y Hendrik luchó. Estaba ciego y sordo ante todo lo que ocurría a su alrededor, su voluntad y su inteligencia estaban concentradas en una sola meta: cautivar a la rubia Lotte. Sólo tenía ojos para ella, ignoraba a todas las demás. La pequeña Angelika se había equivocado totalmente al creer que Hofgen le concedería, por agradecimiento, cierta atención. Solamente en las primeras horas después de su llegada había estado simpático con ella. Pero apenas le presentó a la Lindenthal pareció como si Angelika no existiera ya para él. Tuvo que llorar sobre el hombro de su realizador de cine. Hendrik, en cambio, se abalanzó sobre su meta, que se llamaba Lotte.

¿Notaba él cómo, habían cambiado las calles de Berlín? ¿Veía los uniformes

pardos y negros, las banderas con la cruz gamada, la juventud que desfilaba? ¿Oía las canciones bélicas, que sonaban por las calles, en la radio, en la pantalla del cine? ¿Prestaba atención a los discursos del Führer, con sus amenazas y bravatas? ¿Leía los periódicos que embellecían, callaban y mentían acerca de aquellos horrores, sin que pese a todo pudieran ocultarlos del todo? ¿Se preocupaba por el destino de unos hombres a los que él había llamado amigos? Ni siquiera sabía dónde se encontraban. Quizás estaban sentados en la mesa de un café de Praga, Zurich o París, quizá habían sido torturados en algún campo de concentración, tal vez se mantenían escondidos en una buhardilla o un sótano de Berlín. A Hendrik no le interesaba estar informado a este respecto. «Yo no puedo ayudarles», era la frase con la que apartaba de su pensamiento a los que sufrían. «Yo mismo estoy continuamente en peligro, quién sabe si Casar von Muck no conseguirá mi arresto mañana. Cuando yo esté definitivamente a salvo, quizá entonces pueda ayudar a los demás.»

Contra su voluntad, y sólo a medias, oía los comentarios que le traían sobre el destino de Otto Ulrichs. El actor y agitador comunista, al que habían detenido inmediatamente después del incendio del Reichstag, había sido sometido a varios de aquellos procedimientos crueles a los que se llamaba «interrogatorios» y que en realidad no eran sino torturas despiadadas.

—Esto me lo ha contado uno que estuvo detenido en el edificio que había sido de Grabaciones Columbia, en la celda al lado de Ulrichs.

Así informaba con sorda voz atemorizada el crítico de teatro Ihrig, que había pertenecido a las izquierdas radicales hasta el 30 de enero de 1933 y que había sido agresivo promotor de una literatura estrictamente marxista, sólo al servicio de la lucha de clases. Ahora estaba a punto de firmar la paz con el nuevo régimen. ¡Cómo habían temblado en otros tiempos los escritores sospechosos de ideas burgueso-liberales o, peor aún, nacionalistas, ante el doctor Ihrig! Él, el vigilante e inexorable sacerdote de una ortodoxia marxista, que se había concedido el derecho de excomunión, los había condenado y aniquilado, al denunciarlos como mercenarios del capitalismo. El mandarín rojo de la literatura no se había detenido nunca a matizar ni a encontrar sutiles diferencias. Su pensamiento era: quien no está conmigo, está contra mí, quien no escribe según las recetas que yo considero válidas, es un perro de presa, un enemigo del proletariado, un fascista; y el que no lo sepa, se enterará por mí, el jefe del suplemento literario del *Neues Borsenblatt*. Los juicios categóricos del doctor Ihrig eran sagrados para todos aquellos que se consideraban pertenecientes a la vanguardia de izquierdas, aunque aparecieran en las páginas de un periódico profundamente capitalista. Pues en aquellos momentos los periódicos de la Bolsa se permitían la broma de publicar un suplemento marxista, eso les daba una nota picante y no molestaba seriamente a nadie. En aquellas columnas ignoradas por todo hombre de negocios serio, se podía desfogar un mandarín rojo.

El doctor Ihrig se había desfogado durante años y había llegado a ser una de las instancias decisivas en cuestiones de visión marxista del arte. Cuando los nacionalsocialistas tomaron el poder renunció a su cargo el redactor jefe del *Neues Borsenblatt*, que era judío. Sin embargo, el doctor Ihrig pudo demostrar que no había pertenecido a ningún partido socialista, además de que toda su familia, tanto en línea paterna como materna, era «aria». Sin dudarle mucho, se comprometió a redactar el suplemento del *Neues Borsenblatt* desde aquel momento en un severo tono nacionalsocialista, que ahora brillaba tanto en las páginas políticas como en las «noticias varias de todo el mundo».

—Yo he estado siempre en contra de burgueses y demócratas —decía el avisado doctor Ihrig.

En verdad podía seguir hablando, como siempre, en contra del «liberalismo reaccionario», sólo habían cambiado los signos de su convicción antiliberal.

—Horrible esa historia de Otto —decía el imperturbable doctor Ihrig con rostro compungido.

El había destacado en muchos artículos al cabaret revolucionario *Der Sturm* como la única empresa teatral de la capital con futuro y digna de atención. Ulrichs había pertenecido al más íntimo círculo del crítico.

—Horrible, horrible —murmuraba, quitándose las gafas de concha para limpiarlas.

También Hofgen consideraba que era horrible. Aparte de esto, no tenían demasiado que decirse. No se sentían a gusto en mutua compañía. Como lugar de reencuentro habían escogido un café apartado y poco frecuentado. Los dos estaban comprometidos por su pasado, y casi podía parecer una conjura, si alguien los viera juntos.

Callaban y miraban pensativamente al vacío, el uno a través de sus gafas de montura de concha, el otro a través de su monóculo.

—Yo no puedo hacer, de momento, nada por el pobre muchacho —observó Hendrik.

Ihrig, que iba a decir lo mismo, asintió. Volvieron a quedar en silencio. Hofgen jugueteaba con su boquilla. Ihrig carraspeaba. Quizá se avergonzaban el uno del otro. Cada uno sabía lo que pensaba el otro. Hofgen pensaba de Ihrig lo mismo que Ihrig de Hofgen: «Sí, sí, querido, tú eres tan traidor como yo mismo.» Este pensamiento lo adivinaba el uno en los ojos del otro. Por eso sentían vergüenza.

Como el silencio se hizo insoportable, Hofgen se puso en pie.

—Hay que tener paciencia —dijo en voz baja y puso para el crítico revolucionario su cara de instructor—. No es fácil, pero hay que tener paciencia. Que tenga usted suerte, querido amigo.

Hendrik tenía motivos de contento: la sonrisa de Lotte Lindenthal era cada vez

más dulce, cada vez más prometedora. Cuando ensayaban una escena íntima —y la comedia *El corazón* se componía casi exclusivamente de escenas íntimas entre la esposa de un gran hombre de negocios, el papel de Lotte, y el galante amigo de la casa, que representaba Hendrik— ocurría a menudo que su pecho se acercaba suspirando a su compañero y le lanzaba miradas tiernas. Hofgen, por su parte, mantenía una actitud recatada de carácter melancólico disciplinado, y tras la cual parecía esconderse un deseo febril. Trataba a la señorita Lindenthal con una elegante, acentuada reserva, casi siempre la llamaba «estimada señora», en raras ocasiones señora Lotte, y sólo durante el trabajo, en el celo del ensayo común, se dejó arrastrar una vez al tú de compañeros. Pero sus ojos parecían decir siempre: «¡Si pudiera, tal como deseo! ¡Cómo te abrazaría, querida! ¡Cómo te apretaría, encanto! Para mi desgracia, tengo que contenerme, por lealtad hacia un héroe alemán que te considera suya...» Estos pensamientos vehementes y viriles eran los que traicionaban los bellos ojos del actor Hofgen. En realidad no pensaba sino: «¿Por qué, Dios mío, por qué ha elegido precisamente a ésta el Presidente del Gobierno, cuando hubiera podido tener cualquier otra? Será una buena persona y excelente ama de casa, pero está gordísima, y encima tan irrisoriamente afectada. Además es una mala actriz...»

En los ensayos le daban ganas de gritar a la Lindenthal. A cualquier otra colega le habría dicho: lo que usted hace, rica mía, es teatro provinciano del peor. Que haga de señora fina no implica que utilice una voz tan alta ni que estire el dedo meñique de esa forma tan grotesca, que tanto le gusta. Las damas elegantes no tienen ni mucho menos semejante costumbre. Y ¿dónde está escrito que la esposa de un gran hombre de negocios, si flirtea con el amigo de la familia, tiene que separar los codos del cuerpo, como si llevara una blusa pringada y maloliente y tuviera miedo de rozarse con las mangas? ¡Deje, por favor, esas tonterías!

Naturalmente, Hendrik se guardaba muy mucho de pronunciar semejantes palabras ante Lotte. Pero ella, aun sin oír tales groserías, parecía sentir que se ponía en ridículo en los ensayos.

—Me siento aún tan insegura —se quejó con su cara de muchachita ingenua—. Es el ambiente de Berlín, que me ofusca. Seguro que voy a quedar fatal, y a recibir pésimas críticas.

Actuaba como si fuera una joven debutante, que hubiera de temer seriamente a los críticos berlineses.

—¡Por favor, Hendrik, dígame! —daba palmas como un bebé con las manecitas alargadas—. ¿Me van a tratar con crueldad? ¿Me van a machacar, a destrozar?

Hendrik pudo convencerla, en su más sincero tono, de que aquello era totalmente imposible.

Mientras Hofgen y la Lindenthal ensayaban aún *El corazón*, se supo que el *Fausto* iba a ser incluido de nuevo en el repertorio del Teatro Nacional. Hendrik se

enteró, con gran disgusto por su parte, de que Casar von Muck —seguramente de acuerdo con el Ministro de Propaganda— había decidido dar el papel de Mefisto a un actor que pertenecía desde muchos años antes al Partido Nacionalsocialista y al que había traído desde provincias a Berlín unas semanas antes. «Ésta es la venganza del autor de *Tannenberg* contra Hofgen, que había rechazado todas sus obras», pensó Hendrik. «Estoy acabado si Muck lleva a cabo su desgraciado plan. El Mefisto es mi gran papel. Si no lo puedo hacer quedará demostrado que estoy en desgracia. Está claro que la Lindenthal no ha hecho valer en mi favor su influencia con el presidente, o que no tiene tanta influencia como se le atribuye. No me quedará más remedio que hacer las maletas y volver a París, donde quizá me debería haber quedado; pues aquí es verdaderamente horrible. Mi posición es triste, sobre todo en comparación con la que disfruté antes. Todos me miran con desconfianza. Es sabido que el Principal y el Ministro de Propaganda me odian, y aún no tengo el mínimo indicio de contar con el favor del general de Aviación. ¡Estoy en una situación bien delicada! El Mefisto podría salvarlo todo, de él depende todo ahora...»

Antes de empezar el ensayo Hofgen se acercó con paso firme a Lotte Lindenthal, y el temblor de su voz no era en absoluto artificial cuando dijo:

—Señora Lotte, tengo que pedirle un gran favor.

—Siempre me gusta ayudar a mis compañeros —su sonrisa denotaba algo de miedo—. Si me es posible...

El habló mirándola profundamente a los ojos, hipnotizador:

—Tengo que hacer el Mefisto. ¿Me comprende, Lotte?

Su gran seriedad apremiante la asustó, y además estaba excitada por la proximidad de su cuerpo que desde hacía tiempo no le era ya indiferente. Ruborizándose ligeramente, los párpados cerrados, como una muchacha a la que se piden relaciones y que promete consultarlos con sus padres, susurró:

—Haré lo que pueda. Esta noche hablaré con él.

Hendrik, aliviado, respiró profundamente.

A la mañana siguiente le llamaron de la secretaría del Teatro Nacional convocándole para el primer ensayo del nuevo montaje del Fausto aquella misma tarde. Era la victoria. El Presidente lo había recomendado. Estoy salvado, pensó Hendrik Hofgen. Envió un gran ramo de rosas amarillas a Lotte Lindenthal, con las que incluyó una tarjeta, en la que escribió, con patéticas letras rectangulares, la palabra GRACIAS.

Dio por supuesto que el principal Casar von Muck le llamaría a su despacho antes de empezar la prueba. El autor nacional mostró la más sencilla cordialidad, una creación de actor muchísimo mejor que la de Hendrik con su elegante comedimiento.

—Me alegro de verlo como Mefisto —dijo el dramaturgo, haciendo brillar sus ojos acerados con calor viril—. Me alegro como un niño de verlo en este papel

eterno, profundamente alemán.

Estaba claro: el Principal se había decidido a cambiar súbita y totalmente su conducta frente a Hofgen, desde que el Presidente del Gobierno lo apoyaba. Naturalmente, Casar von Muck mantenía la intención irrevocable de no dejarle llegar muy lejos, y de retirarlo tan pronto como fuera posible del Teatro Nacional. Le pareció sin embargo aconsejable adoptar una forma de lucha mucho más solapada contra el antiguo enemigo. El señor Von Muck no tenía ni la más mínima intención de indisponerse por causa de Hofgen con el poderoso Presidente o con la Lindenthal. Como Principal del Teatro Nacional Prusiano tenía razones para estar en las mejores relaciones tanto con el Presidente como con el Ministro de Propaganda...

—Dicho entre nosotros —siguió el intendente con confianzuda camaradería—. A mí me tiene que agradecer el poder hacer Mefisto de nuevo —daba a su pronunciación un marcado acento sajón, con el que quizá deseara dar relieve a su sinceridad—. Había ciertas dudas —bajó la voz e hizo una mueca de sentimiento—, ciertas dudas a nivel ministerial. Usted entiende, mi querido Hofgen... Se temía que pudiera usted insuflar al nuevo montaje del *Fausto* un espíritu bolchevista de la cultura, como ellos dicen. Ya me entiende. Ahora bien, he conseguido rebatir y superar estos temores —concluyó alegre—, y dio al actor una amable palmada en el hombro.

Hofgen tuvo que superar aún un buen susto en aquel día lleno de triunfos. Cuando entró en el escenario tropezó con un joven. Era Hans Miklas. Hendrik no había pensado en él durante muchas semanas. Naturalmente, Miklas vivía, incluso tenía un contrato en el Teatro Nacional, e iba a hacer el discípulo en la nueva escenificación del *Fausto*. Hendrik no estaba preparado para este encuentro; aún no se había ocupado del reparto de papeles secundarios, a causa de todas las emociones que había tenido que superar. Ahora recapacitó rápidamente: «¿Cómo me comporto? Este muchacho recalcitrante me odia todavía, y por si no estuviera claro, me acaba de lanzar una mirada pálida y enfadada que no deja lugar a dudas. Me odia, no ha olvidado nada, y me puede dañar si le apetece. ¿Qué le impide contarle a Lotte Lindenthal por qué surgió aquel problema entre nosotros en la H. K.? Estaría perdido si se le ocurriera hacerlo. Pero no se atreverá, seguramente no llegará tan lejos.» Hendrik decidió: «Lo voy a ignorar e intimidar con mi arrogancia. Entonces pensaría que he llegado arriba, que tengo todos los triunfos en la mano y que no puede hacer nada contra mí». Se fijó el monóculo ante el ojo, hizo una mueca burlona y habló por la nariz:

—Señor Miklas, ¡vaya por Dios! ¡Que ande usted aún por aquí! —y al tiempo se miró las uñas, sonrió canallescamente, carraspeó y pasó de largo.

Hans Miklas apretó los dientes y calló. Su rostro quedó inmóvil, pero cuando Hendrik ya no lo podía ver se contrajo de odio y de dolor. Nadie se preocupó del

muchacho, que se apoyó, obstinado y solitario, en un bastidor. Nadie vio cómo cerró los puños y cómo sus ojos claros se llenaron de lágrimas. A Hans Miklas le temblaba todo el cuerpo, delgado y seco, que recordaba el de un muchacho de la calle subalimentado o el de un acróbata sobreentrenado. ¿Por qué temblaba Hans Miklas? ¿Y por qué lloraba?

¿Empezaba a comprender que le habían engañado, engañado en una medida terrible, enorme e irreversible? No, aún no había llegado al punto en que lo pudiera comprender. Sin embargo, ya empezaban a surgir las primeras intuiciones. Y estas intuiciones eran tales, que sus manos se contraían y sus ojos se llenaban de lágrimas.

Las primeras semanas después de la toma del poder por los nacionalsocialistas y su «Führer», esta joven criatura se sintió en la gloria. El bello y gran día, el día de la realización, al que tanto tiempo y con tanta nostalgia había esperado, ese día había llegado. ¡Qué regocijo! El joven Miklas había sollozado y bailado de alegría. Entonces brilló su rostro a la luz del auténtico entusiasmo: sobre su frente había brillo, y brillo en sus ojos. Cuando agasajaron al Canciller del Reich, al Führer, al salvador, con el desfile de antorchas, ¡cómo había gritado él por la calle y cómo había lanzado sus miembros como un poseso, arrastrado por el vértigo en que vibraba una ciudad de millones de habitantes, un pueblo entero! Ahora todas las promesas se harían realidad. Iba a empezar sin duda una era dorada. Alemania había recuperado su honor, y muy pronto se transformaría su sociedad y se renovaría hacia la verdadera comunidad de pueblos: así lo había prometido el Führer cientos de veces, y los mártires del movimiento nacionalsocialista habían sellado la promesa con su sangre.

Los catorce años de ignominia habían acabado. Hasta aquí todo había sido únicamente lucha y preparativos, ahora empezaba la vida. Por fin, ya se podía trabajar, colaborar en la reconstrucción de la patria una y grande. A Hans Miklas le dieron un contrato mal pagado en el Teatro Nacional: un alto funcionario del partido se lo consiguió. Hofgen era un emigrante y Miklas tenía un contrato en el Teatro Nacional: el encanto de esta situación era tan fuerte que el joven actor pasó por alto algunas cosas que en otras circunstancias le hubieran decepcionado.

¿Era verdaderamente mejor el mundo en el que ahora se movía? ¿No había adoptado muchos vicios del antiguo, tan amargamente odiados, y añadido algunas otras faltas, desconocidas antes? Hans Miklas no se atrevía aún a reconocer cosas así. Pero a veces su rostro joven, fatigado, pálido, con los labios demasiado rojos y los cercos oscuros alrededor de los ojos claros, tenía de nuevo aquella expresión de obstinación tan cerrada, sufriente, que había sido tan propia de él en tiempos pasados. Altivo y enfadado, volvió la cabeza cuando tuvo que presenciar cómo se lisonjeaba ahora al Principal Casar von Muck, de una manera aún más desvergonzada que la que había servido para lisonjear al «Maestro». Y cómo Casar von Muck se inclinaba y con un servilismo humillante parecía que se fuera a desintegrar si aparecía por el

teatro el Ministro de Propaganda. Ver aquello era terriblemente penoso. La situación, a la que los agitadores nacionalistas gustaban llamar «gestión de enchufados», no había acabado. Todo lo contrario: era mucho peor y había tomado formas más exuberantes. También entre los actores había «prominentes» que miraban despectivos a los más pequeños, que llegaban a la entrada de actores en elegantes limusinas y llevaban caros abrigos de piel. La gran diva ya no se llamaba Dora Martin, sino Lotte Lindenthal; no era ni buena actriz, sino mala, pero era la favorita de un hombre poderoso. Miklas en una ocasión casi se pegó por su honra —¿cuánto hacía de esto? — y por ella había perdido su trabajo. Pero esto no lo sabía ella, y él era demasiado orgulloso para especular con su gesto. Adelantó los labios, obstinado, hizo un gesto absorto y se dejó ignorar por la gran dama.

Alemania había recuperado su honor poniendo a comunistas y pacifistas en campos de concentración, matándolos en parte, y el mundo empezaba a temer a un pueblo que llamaba suyo aquel preocupante Führer. La renovación de la sociedad, por el contrario, no se notaba aún nada. «No se puede conseguir todo al mismo tiempo», pensaba una persona joven como Hans Miklas, que tan profundamente había creído y ahora no podía decidirse a admitir su decepción. «Ni siquiera mi Führer lo consigue. Tenemos que armarnos de paciencia. Primero, Alemania tiene que recuperarse de los largos años de ignominia.»

Así de fiel era aún este muchacho. El golpe decisivo, sin embargo, lo sufrió al leer en la tablilla de ensayos que Hofgen haría el Mefisto. Hofgen, el antiguo enemigo, el gran astuto, el hombre sin conciencia. Allí estaba de nuevo, el cínico que en todas partes sale adelante, que se hace querer por todos: Hofgen, el eterno contrario. La mujer, por la cual Miklas casi se habría pegado con él, lo había traído de nuevo, porque lo necesitaba como compañero en una comedia mundana. Y ahora le había conseguido, además, el papel clásico, y con él la gran ocasión de alcanzar el éxito... ¿No podía ir él, Miklas, a ver a esa Lotte Lindenthal y contarle lo que Hofgen había dicho de ella tiempo atrás, en la cantina? ¿Quién se lo impedía? Pero... ¿merecía la pena? ¿Le creerían? ¿No haría el ridículo? ¿No había tenido Hofgen algo de razón cuando llamó a la Lindenthal cretina? ¿O es que no lo era?

Miklas calló, cerró los puños y volvió la cabeza hacia la oscuridad, para que nadie viera las lágrimas en sus ojos.

Una hora más tarde tuvo que ensayar una escena con Hofgen-Mephistofeles. En postura humillada tenía que acercarse al sabio, que realmente era el demonio, y decir:

*Llevo muy poco tiempo aquí  
y vengo lleno de devoción  
para hablar y conocer a un hombre  
al que todos nombran con respeto.*

La voz del discípulo sonaba áspera, y se convirtió en un gemido cuando el jovencito, ante toda la enloquecedora sabiduría, tuvo que contestar a los irónicos sofismas del enmascarado Satanás:

*Todo esto me aturde tanto  
como si girara en mi cerebro una rueda de molino.*

El estreno de *Fausto* fue presenciado por el Presidente, acompañado por su amiga Lotte Lindenthal. La representación empezó con un cuarto de hora de retraso porque el gran señor se hizo esperar. Telefonaron desde su palacio, diciendo que estaba en una reunión con el Ministro del Ejército. Los actores en sus camerinos comentaban entre sí, burlones, que simplemente no había sido capaz de terminar su arreglo personal a tiempo.

—Siempre necesita una hora para cambiarse —reía la actriz que representaba la Gretchen, que por lo rubia que era se podía permitir pequeñas rebeldías. Por cierto, la entrada de la importante pareja se realizó con notable modestia. El presidente permaneció al fondo de su palco mientras hubo luz en la sala. Sólo las personas que estaban en las primeras filas de butacas se dieron cuenta de su presencia, y miraron respetuosas su adornado uniforme, que llevaba cuello de púrpura y anchos puños de plata, y la fulgurante diadema de brillantes que llevaba su amiga la rubia trigueña de grandes pechos. El ministro permaneció en pie hasta que se levantó el telón, y entonces se sentó, dejando escapar un ligero suspiro, ya que le costó colocar su sebosa humanidad en el relativamente estrecho sillón.

A lo largo del prólogo en el cielo, el ilustre espectador puso un gesto obligadamente interesado. Las siguientes escenas de la tragedia, su transcurso hasta el momento en que Mefisto se desliza en el estudio de Fausto, convertido en perrillo de aguas, pareció horrible; durante el primer monólogo de Fausto se le vio bostezar varias veces, y tampoco el «paseo de Pascua» lo entretuvo: él susurraba algo a la Lindenthal, que seguramente no sería muy favorable.

Por el contrario, el poderoso se empezó a animar en cuanto Hofgen-Mefistófeles pisó el escenario. Cuando el doctor Fausto exclamó: «¡Con que eso era el meollo del perro! ¿Un escolástico en camino? El caso me hace reír», se rió también el dignatario, tan fuerte y a gusto, que todos le oyeron. Riendo se inclinaba el pesado hombre hacia delante, apoyando ambos brazos en la baranda del palco, tapizada en terciopelo rojo, y desde ese momento siguió atentamente la trama, mejor dicho, la actuación de Hofgen, bailarina, ligera, encantadora, graciosa.

Lotte Lindenthal, que conocía a su Manne, lo comprendió en seguida: «Amor a primera vista. Hofgen le ha gustado a mi gordo, cosa que comprendo muy bien. El muchacho es en realidad encantador, y con su traje negro y la diabólica máscara de Pierrot está más irresistible que nunca. Sí, es tan divertido como importante, da los

más bellos saltos de bailarín, pero a veces tiene ojos llameantes, amenazadores, profundos, estremecedores, por ejemplo ahora, que dice»:

*Así pues, todo aquello que vosotros llamáis pecado,  
destrucción, en una palabra, el Mal,  
es mi verdadero elemento.*

En este punto asintió significativamente el Presidente. Más tarde, en la escena del discípulo —en la que Hans Miklas estuvo rígido y envarado— el gran hombre pareció divertirse como en la más cómica farsa. Su buen humor aumentó con los sucesos burlescos en la bodega de Auerbach en Leipzig, cuando Hofgen cantó con maliciosa arrogancia la canción del rey y la pulga, y finalmente, gracias a un taladro, pudo llevar el dulce tokay y el espumoso champaña a la mesa de los borrachos patanes; el Gordo se divirtió enormemente cuando en las tinieblas de la cocina de la bruja, Hofgen hizo decir a la sonora voz del príncipe de los infiernos:

*¿Me reconoces? ¡Esqueleto! ¡Monstruo!  
¿Reconoces a tu señor y maestro?  
¡Si no me contuviera, te azotaría  
os aniquilaría a ti y a tus espíritus gatunos!  
¿Ya no respetas el ropaje encarnado?  
¿Ya no conoces la pluma de gallo?  
¿He ocultado este rostro?  
¿Será necesario que yo mismo pronuncie su nombre?*

Esto iba dirigido a la bruja, que se retorció también aterrorizada. El General del Aire, divertido, se golpeó los muslos: la radiante seguridad en sí mismo del Mal, el orgullo de Satanás en su rango horroroso lo divertían extremadamente. Su risa engolada, ronca, hallaba compañía en la risa argentina de la Lindenthal. Después de la escena en la cocina de la bruja llegó el descanso. El presidente invitó al actor Hofgen a su palco.

Hendrik palideció y tuvo que cerrar durante varios segundos los ojos cuando el pequeño Bock le transmitió la significativa invitación. Había llegado el gran momento. Estaría cara a cara frente al semidiós. Angelika, que se encontraba en el camerino junto a él, le llevó un vaso de agua. Después de vaciarlo apresuradamente, se sintió de nuevo en condiciones de sonreír medio canallescamente. Incluso pudo decir:

—Todo va a pedir de boca y como está programado —como si se estuviera burlando del decisivo suceso. Pero sus labios estaban pálidos cuando dijo estas palabras en tono burlón.

Cuando Hendrik entró en el palco de las autoridades, el Gordo estaba sentado delante, junto a la baranda. Sus carnosos dedos jugaban sobre el terciopelo rojo. Hendrik quedó en pie junto a la puerta. «¡Es absurdo que mi corazón lata tan deprisa!», pensó, y permaneció tranquilo durante unos segundos. Después lo descubrió Lotte Lindenthal. Susurró:

—Manne, permite que te presente a mi maravilloso colega Hendrik Hofgen.

Y el gigante se volvió. Hendrik oyó su alta, grasienta y cortante voz:

—Ajá, nuestro Mefistófeles —y a la afirmación le siguió una risa.

Nunca en su vida había estado Hendrik tan confundido, y le enervaba aún más el avergonzarse de su excitación. Su mirada turbia encontró también a la colega Lindenthal fantásticamente modificada. ¿Era sólo el brillante aderezo el que le daba ese aspecto principesco, o era el encontrarse tan cerca de su coloso protector? De cualquier manera, a Hendrik le pareció un hada, una de esas hadas exuberantes y cariñosas, pero no precisamente inocuas. Su sonrisa, que siempre le había parecido bondadosa y un tanto simple, parecía ahora contener una enigmática malicia.

Del obeso gigante con su abigarrado uniforme, del pomposo semidiós, Hendrik no vio casi nada a causa del miedo y de la tensión. Era como si ante la figura relevante del poderoso hubiera un velo, una niebla mística como la que siempre ha escondido las imágenes de los poderosos, de los que determinan el destino, de los dioses, protegiéndolas de la mirada trémula de los mortales. Sólo una medalla lucía a través del vapor, el terrible perfil de un cuello abotagado se hizo visible, y después se oyó la voz de mando aguda y grasienta:

—Acérquese un poco más, señor Hofgen.

La gente que se había quedado en el patio de butacas charlando empezó a observar el grupo en el palco del presidente. Cuchicheaban, volvían las cabezas. Ningún movimiento del poderoso escapó a la atención de los observadores, que se apretaban entre las hileras de sillas. Se veía que la expresión del rostro del general era cada vez más divertida. Ahora se reía, constataba la multitud en el patio de butacas con emoción y respeto. El gran hombre reía fuerte, cordial, abriendo mucho la boca. También Lotte Lindenthal dejaba oír su perlada risa de tiple, y el actor Hofgen, muy decorativo, envuelto en su capa negra, mostraba una sonrisa que, sobre la máscara de Mephisto, parecía una risa sarcástica, triunfal y al tiempo dolorosa.

La conversación entre el poderoso y el comediante era cada vez más animada. Sin lugar a dudas, el presidente se divertía. ¿Qué maravillosas anécdotas contaba Hofgen, para conseguir que el general de aviación pareciera rebosante de buen humor? Todos en el patio de butacas intentaban cazar alguna de las palabras que pronunciaban los labios, pintados de rojo fuerte y alargados artificialmente, de Hendrik. Pero Mephisto hablaba bajo, sólo el poderoso percibía sus selectas bromas.

Con bellos gestos, Hofgen abría los brazos debajo de la capa, de forma que

parecía como si le estuvieran creciendo alas negras. El poderoso le dio una palmada en el hombro: a nadie en el patio de butacas se le escapó este gesto, y creció el respetuoso murmullo. Sin embargo, enmudeció, como la música en el circo antes del número más peligroso, a la vista de algo extraordinario que estaba sucediendo.

El presidente se había levantado —allí estaba con toda su estatura y radiante volumen—, y tendía la mano al comediante. ¿Le felicitaba por su creación? Parecía como si el poderoso fuera a firmar un pacto con el comediante.

La gente del patio de butacas abrió los ojos y la boca. Devoraba los gestos de las tres personas allá arriba, en el palco, como una extraordinaria representación, una magnífica pantomima cuyo título fuera: *El Actor seduce al Poder*. Nunca hasta ahora había sido Hendrik tan envidiado. ¡Qué feliz tenía que ser!

¿Podría intuir alguno de los curiosos lo que verdaderamente sucedía en el corazón de Hendrik, mientras se inclinaba sobre la velluda mano del poderoso? ¿Eran sólo la felicidad y el orgullo los que le hacían estremecer? ¿Quizá sentía algo más, para su propia sorpresa? ¿Qué era ese algo más? ¿Era miedo? Era casi asco... «Ahora me he ensuciado», era el pensamiento estupefacto de Hendrik. «Tengo una mancha en la mano, nunca me la podré quitar... Ahora me he vendido... ¡Ahora estoy marcado!»

## Capítulo VIII

### Caminar sobre cadáveres

A la mañana siguiente lo sabía toda la ciudad: el Presidente había recibido al actor Hofgen en su palco del teatro y charló veinticinco minutos con él. La representación se había reanudado con un retraso considerable, el público tuvo que esperar, y por cierto esperó con mucho gusto. La escena que se le ofrecía en el palco del Presidente era mucho más interesante que el *Fausto*.

Hendrik Hofgen, que había subido al escenario del *Sturmvogel* como comunista, al que casi se había abandonado, al que se había contado entre la escoria de la nación, es decir, entre los emigrantes, estaba allí, sentado, ante los ojos de todos, junto al poderoso Gordo, que aparecía de un humor extremadamente animado. Mefistófeles flirteaba y bromeaba con el poderoso, que le daba palmadas en el hombro y no le soltaba la mano al despedirse. El auditorio del Teatro Nacional murmuraba conmovido ante tal representación. Esa misma noche ya el sensacional suceso se discutió apasionadamente y se comentó en cafés, salones y redacciones. Ahora se volvía a mencionar con respeto el apellido Hofgen, que durante los últimos meses se había pronunciado con escepticismo y acompañado de sonrisas sardónicas, contentas de su desgracia, o con encogimiento de hombros.

Sobre él había caído ahora un destello del extraordinario fulgor que rodea al poder. Pues el colosal oficial de aviación, al que hace poco habían ascendido a general, pertenecía a la cima más alta del Estado autoritario y absolutista. Sobre él no se encontraba más que el propio Führer —al que apenas si se podía considerar como mortal—. Como el Señor del cielo está rodeado por los arcángeles, así lo estaba el dictador por sus paladines. A su derecha estaba el Enano, inquieto, con su fisonomía de ave de rapiña, profeta raquíptico, el panegirista, murmurador y propagandista que poseía la lengua bífida de la serpiente y cada minuto tramaba una mentira. A la izquierda del señor tenía su puesto el famoso Gordo: allí estaba, con las piernas muy separadas, una majestuosa aparición apoyado en la espada de la justicia, resplandeciente de condecoraciones, bandas y collares, cada día con un nuevo y lujoso disfraz. Mientras el Enano, a la derecha del trono, inventaba las mentiras, el Gordo buscaba cada día una nueva sorpresa para su propia diversión y para entretenimiento del pueblo: fiestas, ajusticiamientos o trajes pomposos. Coleccionaba condecoraciones, fantásticos trajes y fantásticos títulos. Como es natural, coleccionaba también dinero. Su risa era placenteramente gruñona, cuando se enteraba de los muchos chistes que el pueblo contaba sobre su afán de ostentación.

Alguna vez, si le dominaba el malhumor, mandaba detener y dar de latigazos a alguno que se había expresado con demasiada impertinencia, aunque casi siempre sonreía benevolente. El hecho de ser objeto del humor público le parecía signo de popularidad, justo lo que él deseaba. Como no sabía hablar con tanta fascinación como su rival, el demonio del departamento de propaganda, se tenía que hacer popular mediante masivas y muy costosas extravagancias. Estaba satisfecho de su fama y de su vida. Acicalaba su hinchado cuerpo, cabalgaba en cacerías, comía y bebía. Hacía robar los cuadros de los museos para colgarlos de sus palacios. Se relacionaba con gente fina y rica, invitaba a su mesa a príncipes y grandes damas. Había sido pobre y depravado hasta no hacía mucho tiempo; por ello disfrutaba con mayor intensidad la posibilidad que tenía ahora de alcanzar dinero y cosas bellas, tantas como quisiera. «¿No es mi vida como un cuento?», pensaba a menudo. Tendía al romanticismo. Por eso amaba el teatro, respiraba con voluptuosidad el aire tras los bastidores, y con gusto se sentaba en su aterciopelado palco, donde era admirado a su vez por el público, aun antes de que él pudiera contemplar algo ameno.

Su vida, tal como era, le parecía agradable; pero no se adaptaría del todo a su gusto, aventurero y amigo de excesos, hasta que estallara la guerra de nuevo. La guerra, así le parecía al Gordo, era una diversión mucho más intensa que cualquier otro placer que tuviera a su alcance. Le ilusionaba la guerra como a un niño le ilusionaba Navidad, y consideraba su deber más esencial prepararla con inteligencia y cuidado. Que el enano propagandista hiciera lo suyo, comprando periódicos por docenas en el extranjero, gastando millones en sobornos, organizando una red de espías y provocadores en los cinco continentes, llenando el éter de amenazas desvergonzadas y de afirmaciones solemnes de paz, más desvergonzadas aún. Él, el Gordo, se ocuparía de los aviones. Pues Alemania necesitaba, sobre todo, aviones. El envenenamiento mediante infamias sería sólo un juego preparatorio. Un día —el Gordo esperaba que no estuviera ya muy lejano—, el aire de las ciudades europeas estaría envenenado, pero ya no en sentido figurado, y de que así fuera se ocuparía el general de aviación, que no ocupaba todo su tiempo, ni muchísimo menos, en ver teatro o en cambiarse de ropa.

Ahí está sobre sus piernas, que son como columnas, sacando la enorme tripa y resplandeciendo. Sobre él y sobre el presuroso Señor de la Propaganda cae una luz casi tan fuerte como la que ilumina al Führer.

Éste, por su parte, parece no ver nada, sus ojos no tienen mirada y son indiferentes, como los de un ciego. ¿Mira hacia dentro? ¿Escucha en su interior? ¿Y qué oye allí? Las voces cantan y dicen en su corazón siempre lo mismo, lo que el Ministro de Propaganda y todos los periódicos dirigidos por él no se cansan de confirmar: Que es el enviado de Dios y que sólo necesita seguir su estrella para que Alemania, y con ella el mundo, llegue a ser feliz bajo su caudillaje. Su rostro, el

rostro poroso de un pequeño burgués con expresión de vanidoso éxtasis, podría hacer suponer que lo oye de verdad, que lo cree de verdad. Pero dejémosle con sus arrebatos o sus dudas. Este rostro no esconde secreto alguno que nos pudiera interesar o cautivar mucho tiempo. No tiene la dignidad del espíritu, y no está ennoblecido por el sufrimiento. Alejémonos de él.

Dejémoslo ahí, el gran hombre en medio de su altamente sospechoso Olimpo. ¿Qué se amontona a su alrededor? ¡Un bello grupo de dioses! ¡Un encantador grupo de tipos grotescos y peligrosos, ante el cual un pueblo abandonado de Dios se retuerce en el delirio de la adoración! El amado Führer tiene los brazos cruzados. Bajo la frente, hundida pérfidamente, su mirada ciega, cruel y obstinada pasa sobre el gentío que, a sus pies, murmura plegarias. El jefe de propaganda grazna y el ministro de los aviones sonrío sardónico. ¿Qué es lo que le pone de tan buen humor? ¿Qué le hace aparecer tan limpio? ¿Piensa en ejecuciones, busca en su fantasía calenturienta nuevos y desconocidos métodos de aniquilación? ¡Mirad, levanta lentamente los pasivos brazos! El ojo del poderoso se ha fijado sobre uno del gentío. ¿Será el desgraciado arrestado, torturado y asesinado? Todo lo contrario: recibe la gracia del indulto y el favor del ascenso. ¿Quién es? ¿Un actor? Ya se sabe que los grandes señores tienen simpatía por los comediantes. Él se adelanta modesto, pero con paso firme. Reconoced que no destaca en esta sociedad; tiene su falsa dignidad, su histérico ímpetu, su soberbio cinismo y el satanismo barato. El actor alza la barbilla y hace brillar sus ojos cristalinos. El Gordo adelanta los brazos hacia él casi con afecto. El actor se ha acercado mucho al grupo de dioses. Ya se puede bañar en su resplandor. Y con el perfecto donaire de un caballero cortesano inclina cabeza y rodilla ante el gigante seboso.

En el piso de Hendrik, en la plaza de la Cancillería del Reich, no paraba de sonar el teléfono. El pequeño Bock estaba sentado junto al aparato con un cuaderno de notas, para apuntar el nombre de los que llamaban. Eran directores de teatro y cine, actores, críticos, empresas de automóviles, sastres y coleccionistas de autógrafos. Hofgen no quería hablar con nadie. Yacía en la cama, histérico de felicidad. El presidente del Gobierno le había invitado a una cena íntima:

—Sólo estarán un par de amigos —le había dicho.

¡Sólo un par de amigos! ¡Pertenece ya a los íntimos! Hendrik se revolvía y lanzaba gritos de júbilo entre los cojines de seda y las colchas; se perfumó, hizo añicos un pequeño florero y lanzó una zapatilla contra la pared.

—¡Es indescriptible! —gritó con alegría—, ¡Ahora seré grande *del todo*! ¡El Gordo me permitirá ser muy, muy grande!

Un aire preocupado cruzó por su rostro y llamó a Bock:

—¡Bockchen, escucha, Bockchen! —dijo, alargando las palabras y lanzándole miradas de soslayo—. ¿Soy en realidad un canalla *muy* grande?

Bock tenía ojos incomprensivos, azul agua.

—¿Por qué un canalla? —preguntó—, ¿Por qué un canalla, señor Hofgen? Usted sólo es un hombre con éxito.

—¡No tengo más que éxito! —repitió Hendrik. Se estiró voluptuoso—. Sólo éxito. Haré cosas buenas. ¿Me crees, Bockchen?

Y Bockchen lo creyó.

Así fue la tercera ascensión de Hendrik Hofgen. La primera fue la más sólida y merecida, pues en Hamburgo hizo un buen trabajo, el público le tenía que agradecer algunas hermosas veladas. La segunda coyuntura, en el Berlín del «Tiempo del Sistema», su carrera había tenido una velocidad febril, exagerada, y muchos signos de apresuramiento insano. Esta tercera coyuntura de ahora llegó «de golpe», como todas las acciones precedente del régimen nacionalsocialista. Hasta hacía poco Hendrik era un emigrante; ayer aún, una figura a medias sospechosa con la que nadie quería ser visto en público. Literalmente, había avanzado durante la noche hasta llegar a ser un gran hombre: un gesto del gordo ministro lo había encumbrado.

El Principal del Teatro Nacional le hizo en seguida una buena oferta. Quizá no lo hiciera espontáneamente, puede que ni siquiera gustosamente, sino que se tratara de una orden de arriba. De cualquier manera, puso la cara más inocente en la fatal escena, alargó las dos manos al artista recién contratado y habló sajón de pura cordialidad.

—Es magnífico que pertenezca ya del todo a nuestro círculo, mi querido Hofgen. Deseo decirle cuánto admiro su progreso. Se ha convertido de veleidoso en un hombre muy serio, valioso.

Casar von Muck sabía muy bien por qué juzgaba tan comprensiva y favorablemente una curva de desarrollo semejante a la que había descrito con tal eufemismo. Él mismo había sido artífice de otra parecida; naturalmente, su pasado «frívolo» —es decir: políticamente reprochable— estaba más lejano en el tiempo que los pecados de Hendrik, porque antes de que Casar von Muck se convirtiera en amigo del Führer y estrella literaria del nacionalsocialismo era ya un famoso autor de dramas henchidos de pasión pacifista y revolucionaria.

El dramaturgo, que había pasado de tan censurables ideas a una concepción heroica del mundo y a un puesto de Principal, pensaba quizás en los pecados literarios de su juventud inflamada cuando hablaba ahora, con especial respeto, del desarrollo de Hendrik Hofgen. Con cálida mirada añadió:

—Por cierto, esta noche tendré ocasión de presentarle al Ministro de Propaganda. Ha anunciado su visita al teatro.

Hendrik conoció a los semidioses, con los que se llevaba tan bien como con un Oskar H. Kroge cualquiera, e incluso mucho mejor que con el venerable Maestro. «Tampoco son tan malos», pensó, y se sintió realmente aliviado.

Este pequeño, ágil caballero era el dueño del enorme aparato publicitario del Tercer Reich, el hombre que se hacía llamar «vuestro viejo doctor» ante los obreros y que con su energía, su habilidad oratoria y sus bandas armadas había conquistado para el nacionalsocialismo una ciudad como Berlín, escéptica y despierta, que habitualmente no se dejaba imponer nada con facilidad. Ésta era la inteligente cabeza del Partido, la que se inventaba todo: cuándo tendría lugar un desfile de antorchas, cuándo había que protestar contra los judíos, y cuándo contra los católicos. Mientras que el Principal hablaba sajón, el ministro tenía un acento renano, que a Hendrik le hizo recordar su patria. El elástico Enano, con su boca rodeada de arrugas por el mucho hablar, parecía lleno de ideas modernas e interesantes: empezó hablando de «dinámica revolucionaria», de «ley de vida mística de la raza» y acabó con que en el baile de la Prensa, Hendrik tenía que interpretar algo.

Este acto representativo fue el primero en el que Hendrik se pudo mostrar abiertamente en el círculo de los semidioses. Tuvo el honroso deber de acompañar a la señorita Lindenthal al salón, ya que el Presidente avisó que llegaría con retraso. Lotte llevaba un precioso traje tejido en plata y púrpura; Hendrik aparecía casi sufriente de delicadeza y dignidad. A lo largo de la velada fue fotografiado no sólo con el general de aviación, sino también conversando con el Ministro de Propaganda: éste había dado la señal para ello. Mostró su conocida e irresistible sonrisa sardónica, con la que también obsequiaba a los que meses más tarde serían sacrificados. No se esforzó en borrar del todo el brillo malvado de sus ojos. Porque él odiaba a Hofgen, que era una creación de la «competencia», del Presidente del Gobierno. Pero el Ministro de Propaganda no era hombre que cediera a sus propios sentimientos, permitiendo que éstos determinaran sus actos. Más aún, era capaz de permanecer lo suficientemente frío y calculador como para pensar: «Si este actor ha de pertenecer a los grandes de la cultura del Tercer Reich, sería un fallo táctico dejar al Gordo toda la fama de su descubrimiento. Hay que apretar los dientes y ponerse junto a él, sonriente, ante el objetivo.»

¡Qué fácil fue todo! ¡Qué felizmente se engranaba todo! Hendrik se sentía afortunado. «Todo este gran favor me ha venido por sí solo a las manos. ¿Tendría que haber rehusado tanto fulgor? Nadie lo habría hecho en mi lugar, y a quien lo afirme así, le consideraré mentiroso y estafador. A mí no me habría sido propio vivir como emigrante en París. ¡Simplemente, no es lo mío!», decidió con altivez reconfortante. En vista de toda la confusión en que de nuevo se encontraba, pensó superficialmente, pero con intenso asco, en la soledad de sus desconsoladores paseos por las calles y avenidas de París. ¡Gracias a Dios, ahora estaba de nuevo rodeado de seres humanos!

¿Cómo se llamaba este elegante caballero de pelo gris y ojos azules que le hablaba con tanto entusiasmo? Exactamente: era Müller-Andrea, el conocido charlatán del *Interessante Journal*. ¿Ganaría aún tanto dinero con su instructiva

columna «¿Tenía usted idea de que...?» No, no, el *Interessante Journal* ha desaparecido. En cambio, el señor Müller-Andrea vive aún, está bien situado, posee una elegante casa y una saneada cuenta corriente. Ya en 1931 había publicado un libro. *Los fieles del Führer*, por aquel entonces bajo seudónimo. En el ínterin ha reconocido su obra, y las más altas esferas han puesto su atención en él. El señor Müller-Andrea ha salido bien parado del asunto, y no necesita lamentar la desaparición del *Interessante Journal*. El Ministerio de Propaganda paga mejor, y allí es donde trabaja ahora el viejo y divertido señor. Con cordialidad aprieta la mano del actor Hofgen.

—Así que nos vemos de nuevo. Sí, sí, los tiempos cambian, pero nosotros dos tenemos suerte.

El señor Müller-Andrea siempre había sido admirador del actor Hofgen.

Ese otro, ese hombre pequeño que saluda con su cuaderno de notas, es Pierre Larue. Sólo que ya sin «jeunes camarades communistes» a su lado, únicamente aseados y firmes jóvenes con sus uniformes, seductores y terribles al tiempo, de las SS. El señor Larue encontraba las fiestas y recepciones de los altos funcionarios nazis mucho más divertidas que las de los banqueros judíos. El disfrutaba por la gran cantidad de seres humanos que aquí podía conocer: simpatiquísimos asesinos que ahora ocupaban altos puestos en la policía secreta; un maestro, dado de alta hacía poco del manicomio y ahora ya Ministro de Cultura; juristas para los que el derecho era un prejuicio liberal; médicos para los cuales el arte de curar era un fraude judío; filósofos que hablaban de «la raza» como de la única verdad objetiva. A todos estos elegantes tipos los invitaba el señor Larue a cenar en el Esplanade. Sí, los nazis sabían valorar sus cualidades de anfitrión y su agradable personalidad. Incluso le permitían intrigar un poco para ellos en las embajadas, y como premio le dieron la oportunidad de hablar en el Palacio de los Deportes: al principio la gente se reía al ver al pálido manojito de huesos subir al podio y piar algo sobre la profunda comprensión de la «auténtica Francia» hacia el Tercer Reich; pero en seguida se pusieron serios, pues su «viejo doctor», el Ministro de Propaganda en persona, les conminó furioso a guardar silencio, tras de lo cual Pierre Larue declamó una especie de himno amoroso a Horst Wessel, el malogrado rufián y mártir de la nueva Alemania, al que definió como garante de una paz eterna entre las dos grandes naciones: Alemania y Francia.

El señor Larue casi se echó en los brazos del actor Hofgen de la alegría que le produjo el verle de nuevo.

—*Oh, oh, mon tres cher ami! Enchanté, charmé de vous revoir!*

Apretón de manos y cordial risotada. ¿No es alegre vivir en esta Alemania? ¿No tiene mi nuevo favorito mucho mejor aspecto con su uniforme de las SS, que uno de aquellos jóvenes comunistas? *Bonsoir, mon cher, je suis tout a fait ravi! Es lebe der*

*Führer!* Esta noche informaré a París de lo divertida y pacífica que es la vida en Berlín. Nadie aquí piensa nada malo. ¡Qué guapa está la señorita Lindenthal! Por ahí viene el doctor Ihrig. «Prosit!»

De nuevo apretones de manos, pues llegó el doctor Ihrig. También él parecía de muy buen humor, para lo cual tenía motivos: sus relaciones con el régimen nacional, que al principio habían sido tirantes, mejoraban día a día. Hola, Ihrig, ¿cómo le va, viejo cliente? Hofgen e Ihrig se sonrieron como dos hombres de bien. Ahora ya se podían mostrar juntos en público sin preocupación, ya no se comprometían mutuamente, y tampoco se avergonzaban el uno frente al otro: el éxito, justificación sublime e irrevocable de toda infamia, había hecho olvidar a los dos la vergüenza.

Fulgurantes y sonrientes, se inclinaron los cuatro, los señores Larue, Ihrig, Müller-Andrea y Hofgen: el Presidente pasaba por delante de ellos en paso de vals, acompañado por Lotte Lindenthal, y les había saludado.

Las relaciones entre Lotte Lindenthal y Hendrik ganaban día a día en calor humano. Con la comedia *El corazón* habían tenido ambos un gran éxito. Los temores de Lotte acerca de la dura prensa berlinesa se habían desvanecido. Por el contrario, todos los críticos habían alabado su «encanto femenino», su áspera sencillez y la ternura auténticamente alemana de su actuación. Nadie le había hecho la indiscreta pregunta de por qué estiraba el dedo meñique de forma tan cómica. Por el contrario, el doctor Ihrig explicó en una larga crítica que Lotte Lindenthal era «la expresión humana verdaderamente representativa del nuevo Reich».

—Mire, Hendrik, todo esto se lo tengo que agradecer fundamentalmente a usted —dijo la bondadosa rubia trigueña—. Si usted no hubiera trabajado conmigo con tanta energía y tanto compañerismo, no hubiera cosechado este magnífico éxito.

Hendrik pensó que el éxito se lo debía más al general de aviación que a él, pero no se lo dijo.

Hizo la comedia *El corazón* con Lotte en varias capitales de provincias, en Hamburgo, Colonia, Frankfurt y Munich. En todas partes fue el compañero de «la expresión humana verdaderamente representativa del nuevo Reich». En las conversaciones que mantuvieron durante los largos viajes en tren, la gran señora le permitió profundas incursiones en su vida íntima, más de lo que ella consideraba en general oportuno. No sólo le habló de su felicidad, sino también de sus preocupaciones. Su Gordo era a veces violento.

—No puede usted hacerse una idea de lo que sufro a veces —dijo Lotte—, pero en el fondo es bueno. ¡Digan lo que digan sus enemigos, en el fondo es la bondad personificada! ¡Y tan romántico!

A Lotte se le llenaron los ojos de lágrimas al recordar cómo su presidente, a media noche, cubierto con una piel de oso y la espada al costado, rendía homenaje ante el retrato de su difunta esposa.

—Era sueca —dijo la Lindenthal, como si esto lo explicara todo—, una nórdica, y llevó a Manne en coche a través de toda Italia cuando él estaba herido, a raíz del intento golpista de Munich. Naturalmente, comprendo que la recuerde con cariño, ¡es tan romántico! Pero, en definitiva, ahora me tiene a mí —añadió, un poco picada.

El actor Hofgen pudo entrar en la vida privada de los dioses. Cuando por la noche, después de la representación, jugaba con Lotte al ajedrez o a las cartas en su bella residencia del Tiergarten, sucedía de vez en cuando que el Presidente entraba en la habitación sin previo aviso, estrepitosamente. ¿No parecía de lo más bondadoso? ¿Se le notaban acaso los terribles asuntos que había dejado atrás y los que planeaba para el día siguiente? Bromeaba con Lotte, bebía su vaso de vino, estiraba las enormes piernas y hablaba con Hofgen de cosas serias, preferentemente de Mefistófeles.

—Usted me lo ha hecho comprender de verdad, querido amigo —dijo el general—. ¡Es un tipo estupendo! Y ¿no tenemos todos nosotros algo de él? Quiero decir, ¿no hay en cada auténtico alemán un pedazo de Mefistófeles, un pedazo de pícaro y de malvado? Si no tuviéramos más que el alma de Fausto, ¿a dónde iríamos a parar? ¡Eso les gustaría a nuestros enemigos! No, no, Mefisto es también un héroe nacional. Sólo que no se puede decir eso a la gente —concluyó el ministro de los aviones, gruñendo amablemente.

Hendrik utilizaba las horas íntimas en casa de la Lindenthal para lograr de su mecenas, el amigo de las bellas artes y del fragor de las bombas, cualquier cosa que deseara. Por ejemplo, una vez se empeñó en aparecer en el escenario del Teatro Nacional como Federico de Prusia, una manía suya.

—No quiero hacer siempre de dandi o de criminal —explicó, disgustado, al Gordo—. El público empieza a identificarme con esos tipos, porque siempre los desempeño. Ahora necesito un gran papel patriótico. Esta mala obra sobre el viejo Fritz, que nuestro amigo Muck ha aceptado, llega para mí en el momento preciso. ¡Sería fenomenal poder hacerla!

El general intentó convencerle de que no se parecía en nada al conocido Hohenzollern, pero Hendrik insistió en su patriótico capricho, y Lotte le apoyó.

—¡Puedo hacerme una máscara! ¡He conseguido en mi vida cosas más difíciles que parecerme un poco al viejo Fritz!

El Gordo tenía plena confianza en el arte de maquillarse de su protegido. Y ordenó que Hofgen hiciera el viejo Fritz. Casar von Muck, que ya había dispuesto otro reparto, apretó primero los dientes, pero luego apretó las dos manos de Hendrik y habló sajón de puro cordial. Hendrik tuvo su rey de Prusia, se puso una nariz falsa, anduvo con bastón y habló con voz de rícano. El doctor Ihrig escribió que Hofgen estaba revolucionando cada vez más hacia el actor representativo del nuevo Reich. Pierre Larue escribió en una revista fascista de París, que el teatro berlinés había

logrado una perfección nunca alcanzada en los catorce años de infamia y política de reconciliación.

De su poderoso protector conseguía Hendrik otras cosas, además de estas pequeñeces. Durante una velada especialmente agradable, Lotte había hecho ponche y el Gordo había contado recuerdos de la guerra, Hendrik se decidió a ser absolutamente sincero y hablar de su desdichado pasado. Fue una gran confesión, y el poderoso la escuchó benevolente.

—¡Soy un artista! —exclamó Hendrik con un brillo apagado en los ojos, mientras paseaba por la habitación como un viento de tormenta—. Y como cualquier artista he cometido locuras.

Se detuvo, bajó la cabeza, abrió los brazos y declaró patético:

—Puede aniquilarme, señor presidente. Ahora lo he confesado todo.

Concedió que no había permanecido insensible a las corrosivas corrientes bolcheviques y que había coqueteado con las «izquierdas».

—¡Caprichos de artista! O locuras de artista, si prefiere llamarlo así.

Como es natural, el Gordo sabía todo esto y mucho más desde hacía bastante tiempo, y nunca se había molestado por ello. En el país tenía que imponerse una disciplina férrea y, si era aconsejable, muchos debían ser ejecutados. Pero el gran hombre era liberal en lo referente a su círculo íntimo.

—Está bien —fue su único comentario—. Todos nos podemos meter alguna vez en algo tonto. Eran simplemente tiempos caóticos.

Pero Hendrik no había terminado. Pasó a explicarle al general que también otros estupendos artistas habían cometido locuras semejantes a las suyas propias.

—Pero éstos expían aún las culpas que a mí me han sido perdonadas con tanta generosidad. Vea usted, señor presidente, esto me mortifica. Le pido gracia para una persona determinada. Para un colega. Puedo prometerle que ha cambiado. Señor presidente, intercedo por Otto Ulrichs. Se ha dicho que está muerto. Pero vive. Y merece vivir en libertad.

Al decir esto había levantado, en un gesto irresistiblemente bello, las manos extendidas, que parecían largas y góticas, hasta la altura de la nariz.

Lotte Lindenthal se sobresaltó. El presidente gruñó:

—Otto Ulrichs... ¿Quién es ése? —entonces recordó que había sido director del cabaret comunista Der Sturmvogel— ¡Pero si es un tipo realmente nocivo! —dijo de mala gana.

—¡No, no es malo! —Hendrik pidió por favor al general que no creyera semejante cosa. Un poco irreflexivo, lo confesaba, un poco descuidado, sí que lo era su amigo Otto. Pero malo, no. Y además había cambiado.

—Se ha convertido en un hombre nuevo —afirmó Hendrik, que hacía meses que no sabía nada de Ulrichs.

Como Lotte Lindenthal le apoyó también en este delicado asunto, Hendrik consiguió finalmente del Gordo algo increíble: liberaron a Ulrichs e incluso le ofrecieron un modesto contrato en el Teatro Nacional. Hasta lo más extremo e imposible habían conseguido las fuerzas aunadas de Lotte y Hendrik. Ulrichs, en cambio, dijo:

—No sé si me puedo meter en esto. Me da asco recibir gracia de los asesinos y hacer de pecador arrepentido. Me da asco todo.

¿Era necesario que Hendrik le soltara a su amigo un discurso sobre táctica revolucionaria?

—Pero, Otto —exclamó—, ¿dónde dejaste tu inteligencia? ¿Cómo quieres salir adelante sin astucia y simulación? ¡Sigue mi ejemplo!

—Ya lo sé —repuso Ulrichs, bondadoso y preocupado—. Tú eres más listo. Pero a mí estas cosas me parecen condenadamente difíciles...

—Te tendrás que superar a ti mismo —dijo Hendrik con énfasis—. Yo también me he superado.

Y explicó a su amigo cuánta fuerza de voluntad le había costado aullar con los lobos, como desgraciadamente hacía.

—Pero tenemos que deslizarnos hasta la misma boca del lobo. Si nos quedamos fuera, podremos protestar, pero no lograremos nada. Yo estoy dentro, y alcanzo algo —era una referencia a la liberación de Ulrichs—. Si entras en el Teatro Nacional, podrás recuperar tus antiguos contactos y trabajar en política de forma totalmente distinta de como si estuvieras en algún oscuro escondite —este argumento iluminó a Ulrichs, que asintió—. Y, sobre todo, ¿de qué quieres vivir si no tienes un contrato? ¿Piensas abrir de nuevo el Sturmvogel? —preguntó, irónico—, ¿o quieres morirte de hambre?

Estaban en el piso de Hendrik, en la plaza de la Cancillería del Reich. Hendrik había alquilado para su amigo, que no llevaba libre más que unos días, una pequeña habitación cerca de allí.

—Sería complicado traerte a vivir conmigo. Nos podría perjudicar a los dos.

—Haz lo que más convenga —Ulrichs estaba de acuerdo con todo.

Su mirada era triste y absorta, estaba mucho más delgado. Se quejaba a menudo de dolores.

—Son los riñones. Me han dado trato especial.

Pero cuando Hendrik, curioso, quiso saber con más exactitud lo que había sucedido en el campo de concentración, Otto lo rechazó con un gesto y enmudeció. No le gustaba hablar de lo ocurrido allí. Si de paso se refería a algún hecho aislado, parecía avergonzarse y lamentaba haberlo contado. Yendo una vez de paseo con Hendrik por Grunewald, señaló un árbol y dijo:

—Como éste era el árbol al que tuve que subirme una vez. Resultaba bastante

difícil trepar. Cuando estaba arriba, me tiraron piedras. Una me dio en la frente, mira la cicatriz. Desde arriba tuve que gritar cien veces: «Soy un cerdo comunista.» Cuando me dejaron bajar, me estaban esperando con las fustas...

Otto Ulrichs, ya fuera por cansancio y apatía, ya porque le habían convencido los argumentos de Hendrik, firmó el contrato en el Teatro Nacional. Hofgen estaba muy contento. «He salvado a un hombre», pensó orgulloso. «Es una buena acción.» Con tales observaciones calmaba su conciencia, que aún no había muerto del todo, a pesar de lo mucho que la había castigado. Por cierto, no era únicamente la conciencia lo que le preocupaba, experimentaba también otro sentimiento: el miedo. ¿Duraría toda esta trama, de la que él ahora formaba parte, mucho tiempo? ¿No podría llegar un día el gran cambio, y con él la gran venganza? Para este caso era conveniente y hasta necesario estar bien asegurado. La buena acción con Ulrichs suponía un seguro especialmente precioso. Hendrik se alegró.

Todo iba muy bien. Hendrik tenía motivos de júbilo. Desgraciadamente, había una cosa que le preocupaba: cómo librarse de su Juliette.

En el fondo no se quería deshacer de ella y, de obedecer a sus deseos, la habría mantenido eternamente, pues él la amaba todavía. Quizá nunca la había echado tanto de menos como ahora. Comprendía que no encontraría otra mujer que la pudiera sustituir. Pero ya no se atrevía a visitarla. El riesgo era demasiado grande. Tenía que contar con que el señor von Muck y el Ministro de Propaganda lo hacían espionar. Era posible, a pesar de que el Principal ya casi siempre hablaba sajón de pura cordialidad, y el ministro se hacía fotografiar con él. Si se enteraban de que tenía relación con una negra, y que además se dejaba pegar por ella, estaba perdido. Una negra: esto era casi tan malo como una judía. Era exactamente lo que ahora se denominaba «injuria a la raza», algo extremadamente censurable. Un hombre alemán tenía la obligación de hacer niños con una mujer rubia; el Führer necesitaba soldados. De ninguna manera podía seguir dando unas clases de baile con la princesa Tebab que realmente eran perversos placeres. Ningún «camarada» hacía una cosa así.

Durante una temporada vivió con la esperanza de que Juliette no supiera de su vuelta a Berlín. Pero ella, naturalmente, se había enterado el mismo día de su llegada. Con paciencia, esperó su visita. Pero como él no dio señales de vida, se decidió a buscarlo. Lo llamó por teléfono. Bock, cumpliendo instrucciones de Hendrik, le informó de que no estaba en casa. Juliette se enfadó, llamó otra vez por teléfono y amenazó con ir. ¡Por el amor de Dios! ¿Qué podía hacer Hendrik? No le pareció aconsejable escribirle una carta: podía utilizar la misiva para un chantaje. Se decidió a quedar con ella en el mismo solitario café en que celebrara su discreto encuentro con el crítico Ihrig.

Cuando apareció puntual en el lugar de la cita, Juliette no llevaba botas verdes ni chaquetita corta, sino un sencillo traje gris. Tenía los ojos rojos e hinchados. Había

llorado. La princesa Tebab, la hija de rey congoleño, había derramado lágrimas por su infiel amigo blanco. En su frente estrecha, abombada en dos pequeños bultos, había una seriedad amenazadora. «Ha llorado de rabia», pensó Hendrik, pues no creía que Juliette pudiera conocer otros sentimientos que la ira, la avaricia, la glotonería o la voluptuosidad.

—Así que me apartas de ti —dijo la muchacha negra con los párpados caídos sobre sus ojos móviles e inteligentes.

Hendrik intentó hacerle ver la situación con cuidado y firmeza. Se mostraba paternalmente preocupado por su futuro y le aconsejó con suave voz que se fuera a París lo más pronto posible. Por cierto, le prometió hacerle llegar algo de dinero cada mes. Con sonrisa conquistadora, puso un billete grande sobre la mesa, delante de ella.

—Yo no me quiero ir a París —dijo tozuda la princesa Tebab—. Mi padre era alemán. Yo me siento alemana. También tengo el pelo rubio, de verdad no es teñido. Además, no sé ni una palabra de francés. ¿Qué pinto yo en París?

Hendrik tuvo que reírse de su patriotismo, y ella se irritó. Abrió los salvajes ojos y los hizo girar.

—Se te va a borrar esa risa —gritó.

Levantó las oscuras y ásperas manos, las alargó hacia él, como si le quisiera enseñar la blancura de las palmas. Hendrik miró espantado a la camarera, Juliette dejaba oír en voz alta, de lamento, casi llorando, sus reproches y acusaciones.

—Tú no has tomado jamás nada en serio —afirmó con dolorida furia—. Nada, nada, absolutamente nada en el mundo, excepto tu asquerosa carrera. ¡A mí no me has tomado en serio, y a tu política, de la que siempre me has hablado, tampoco! Si de verdad hubieras sido comunista, ¿podrías llevarte ahora tan bien con los que hacen fusilar a los comunistas?

Hendrik se puso blanco como el mantel. Se levantó.

—¡Basta ya! —dijo en voz baja.

La risa irónica de ella retumbaba en el local, en el que, afortunadamente para Hendrik, no había nadie.

—¡Basta ya! —lo imitó ella, rechinando los dientes—. Basta ya. Sí, eso te gustaría: ¡basta! Durante años he tenido que hacer de mujer salvaje para ti, a pesar de que no me apetecía, y ahora quieres, de pronto, ser tú el hombre fuerte. Basta, basta: sí, ahora no me necesitas, ¿quizá porque ahora se golpea demasiado en todo el país? ¡Ahora te arreglas perfectamente sin mí...! Un infame, ¡eso es lo que tú eres! ¡Un vulgar infame!

Metió la cara entre las manos. Su cuerpo temblaba, sacudido por los sollozos.

—Comprendo perfectamente que tu mujer, esa Barbara, no soportara vivir contigo —dijo por entre los húmedos dedos—. Yo la vi. Era demasiado para ti...

Hendrik había llegado hasta la puerta. El billete quedó sobre la mesa, delante de

Juliette.

No, ni mucho menos, la princesa Tebab no se dejaba rechazar tan fácilmente, voluntariamente no se iba. Comprendió muy bien que si esta vez cedía, perdería del todo a su Hendrik, a su esclavo blanco, a su señor, a su Heinz, y ella no tenía a nadie más que a él. Hacía tiempo, cuando se había casado con Barbara, la muchacha burguesa, Juliette se mantuvo confiada y sin miedo: sabía que él volvería a ella, a su Venus negra. Pero ahora era diferente. Ahora tenía la culpa su carrera. La mandaba a París. Pero ella se llamaba Martens, y su padre habría sido hoy un respetado nacionalsocialista si no hubiera pescado la malaria en el Congo...

Juliette no quería ceder. Pero Hendrik era más fuerte que ella. Estaba asociado al poder.

La pobre muchacha lo molestó e intranquilizó aún una temporada con cartas y llamadas telefónicas. Después, un día lo esperó junto al teatro. Cuando él abandonó el edificio después de la representación, por suerte solo, la vio con sus botas verdes, la faldita corta, los pechos agresivos, los dientes horrorosamente brillantes. Hendrik movió los brazos con pánico, como para alejar un fantasma. A grandes saltos alcanzó su Mercedes. Juliette soltó a sus espaldas una carcajada.

—¡Volveré! —gritó cuando él ya estaba sentado en el coche—. Desde ahora vendré todas las noches —le prometió con cruel alegría.

Quizá se había vuelto loca de dolor y decepción por su traición. Quizá sólo estuviera ebria. Llevaba consigo la fusta roja, el símbolo de su vínculo con Hendrik Hofgen.

Hendrik no podía permitir, bajo ningún concepto, que se repitiera una aparición tan horrorosa. No le quedaba otra posibilidad que confiarse al ministro también en esta penosa cuestión. Era el único que le podía ayudar. En realidad se trataba de un juego arriesgado: el poderoso podía perder la paciencia y retirarle del todo su favor. Pero algo decisivo tenía que ocurrir; si no, el escándalo sería irremediable.

Hofgen pidió audiencia, y se volvió a confesar con el general. Éste mostró una comprensión sorprendentemente grande y casi divertida para con las extravagancias eróticas que habían llevado a su protegido a aquella desagradable situación.

—Tampoco nosotros somos ángeles inmaculados —dijo el Gordo, ante cuya bondad se sentía ahora verdaderamente conmovido—. ¡Una mujer negra manejando la fusta delante del teatro! —rió cordial—. ¡Esta sí que es una bella historia! Sí, ¿qué hacemos? La muchacha tiene que desaparecer, eso está claro...

Hendrik, que no quería que la muchacha fuera asesinada, pidió despacio:

—¡Pero que no le ocurra nada irremediable!

El hombre de Estado repuso, burlón:

—Vaya, vaya —y amenazó con el dedo—. ¡Parece que aún está usted esclavizado por la bella dama! Déjeme a mí —añadió en tono paternal.

Aquel mismo día se presentaron en casa de la infeliz princesa dos caballeros discretos, pero implacables, que le comunicaron su detención. La princesa chilló:

—¿Por qué?

Pero los dos caballeros dijeron al unísono, con una voz que no permitía réplica:

—Síguenos.

—Yo no he hecho nada malo... —sollozó.

Delante de la casa había un coche cerrado. Con visible cortesía, los dos caballeros invitaron a Juliette a subir. Durante el camino, que fue bastante largo, sollozó y balbuceó; hizo preguntas, exigió saber a dónde la llevaban. Como no obtuvo respuesta, empezó a gritar. Pero enmudeció al notar la terrible fuerza de uno de los acompañantes en su brazo. Lo comprendió: sobraba toda palabra, toda queja era inútil, y gritar podía poner en peligro su vida. ¿O es que su vida estaba ya perdida? Hendrik había apelado al poder en contra de ella. Hendrik se servía del poder, sin compasión, para quitarla a ella, una muchacha indefensa, del camino... Con ojos que se abrían de miedo y parecían ciegos, miraba fijamente hacia delante.

Siguieron para ella largos días de silencio. ¿Fueron diez, catorce, o sólo seis? La habían encerrado en una celda semioscura, y no sabía dónde se encontraba. Nadie la informaba de dónde estaba, ni de por qué, ni cuánto tiempo tendría que permanecer allí. Ya ni siquiera preguntaba. Tres veces al día, una mujer muda, con un delantal azul, le traía algo de comer. Juliette lloraba a veces. Pero la mayoría del tiempo lo pasaba inmóvil, mirando fijamente a la pared. Esperaba que se abriera la puerta y que entrara alguien para acompañarla a un último paseo que la llevaría a una muerte incomprensible, amarga, pero liberadora.

Cuando una noche la sacaron de su pesado sueño sin imágenes, pensó que había llegado su hora. Pero ante ella no estaba el verdugo encargado de matarla, sino Hendrik. Su rostro estaba muy pálido y tenía en las sienes el tenso rasgo de sufrimiento. Juliette lo miró como si fuera un fantasma.

—¿Te alegras de verme? —preguntó él en voz baja.

La princesa no contestó. Lo miraba.

—Callas —observó preocupado. Y con la voz de musical lamento añadió, obsequiándola con una mirada encantadora de piedra preciosa—. Yo, querida mía, me alegraba pensando en este momento. Estás libre —dijo, haciendo un bello gesto con el brazo.

Mientras Juliette permanecía inmóvil, mirándolo tan sólo, él le explicó que podía salir inmediatamente hacia iris. Todo estaba arreglado: en su pasaporte figuraba ya el sado francés, su equipaje esperaba en la estación, en París podría recoger el día primero de cada mes cierta cantidad en dirección que él le daría.

—Sólo una condición lleva unida esta gracia —dijo Hofgen, portador de la libertad, y sus dulces ojos adquirieron de pronto una enorme dureza— ¡Tienes que

guardar silencio! Si o puedes mantener la boca cerrada —ahora tenía un tono endurecido, grosero—, estás acabada. Ni en París podrías librarte de tu destino. ¿Me prometes, querida, que vas a guardar silencio?

Su voz adquirió un tono de súplica, y se inclinó dulcemente hacia su víctima. Juliette no replicó. Su obstinación se había doblegado durante los largos días en la penumbra de la celda. Asintió muda.

—Te has vuelto razonable —observó Hendrik, y sonrió aliviado.

Al mismo tiempo pensaba: «Mi duro proceder la ha hecho maleable. Ya no tengo nada que temer de ella. Pero qué pena, qué gran pena tenerla que perder...»

La princesa Tebab se marchó: Hendrik respiró profundamente. Las nubes se habían disuelto en el cielo de su felicidad. Ya no volvieron a interrumpir su sueño las terribles llamadas telefónicas. ¿Era sólo alivio lo que sentía?

Juliette había desaparecido de su vida. Barbara había desaparecido de su vida. A las dos les había jurado amarlas toda la vida. ¿No había llamado a Barbara su ángel bueno? «Era demasiado para ti», éstas habían sido las palabras de Juliette. «¿Qué puede saber la áspera muchacha negra de mí y de los complicados procesos que tienen lugar en mi alma?», intentaba pensar Hendrik. Pero no siempre le aceptaba su corazón excusas tan baratas. A veces se avergonzaba: quizás ante sí mismo; quizás ante Juliette, cuya mirada, tal como en la penumbra de la celda, estaba clavada en él dolorida, llena de reproche, amenazadora. Bien, puesto que la había perdido, traicionado y mandado al extranjero, había momentos en que Hendrik tenía que reflexionar verdaderamente sobre su Venus Negra. La había disfrutado como fuerza perversa, impía, en la que sus energías se refrescaban y renovaban. Había hecho de ella el ídolo ante el que deliraba: «*Viens- tu du ciel profond ou sors- tu de l'abime, ó Beauté?*» Y la había calificado en su éxtasis egoísta: «*Tu marches sur des morís, donl tu te moques...*» Pero quizás ella no fuera un demonio. No era su estilo caminar sobre cadáveres. Ahora se había marchado, llorando amargamente y sola, a una ciudad extranjera. ¿Por qué? ¿Porque había otro capaz de caminar sobre cadáveres...?

«Este camina sobre cadáveres»: de forma tan despectiva solía hablar el joven Hans Miklas de su famoso colega, el actor nacional Hendrik Hofgen. El recalcitrante muchacho no se contenía por el hecho de que su viejo enemigo mortal fuera el protegido del Presidente y de la famosa Lindenthal. Miklas se comportaba irresponsablemente: no sólo despotricaba contra el colega Hofgen, sino también contra caballeros que estaban más arriba que éste. ¿No sabía a lo que se arriesgaba con sus imprudentes, poco calculadas palabras? ¿O lo sabía, pero no le importaba? ¿Había pensado entonces ponerlo todo en juego? ¿Le era todo indiferente?

Con solo ver su rostro se le podían achacar semejantes sentimientos y decisiones de esta categoría. Nunca, ni siquiera en la época de Hamburgo, había sido su mirada

tan terriblemente obstinada y enfadada. En aquellas épocas aún tenía esperanzas y una sublime creencia. Ahora, iba de un lado para otro y decía:

—Todo es una porquería. Nos han engañado. El Führer quería solamente el poder. ¿Qué ha mejorado en Alemania desde que lo tiene? La gente rica lo es más. Ahora dicen bobadas patrióticas mientras hacen sus negocios, ésta es la única diferencia. Los intrigantes siguen estando arriba —Miklas pensaba en Hofgen—, Un alemán decente puede pudrirse sin que a nadie le preocupe —afirmó en su dolorida furia— A los enchufados, sin embargo, les va mejor que nunca. ¡Fijaos en el Gordo, cómo se pasea de un lado a otro con su dorado uniforme y en su coche de lujo! ¡Y el mismo Führer no es mejor que él! ¡Ahora nos hemos dado cuenta! ¿Podría, si no, admitir todo esto? ¿Las tremendas injusticias? ¡Nosotros hemos luchado por el Movimiento cuando aún no era nada, y ahora se nos quiere dejar de lado! Por el contrario, un viejo bolchevique como Hofgen está otra vez en alza...

El joven Hans Miklas pronunciaba a menudo estos discursos tan desenfundados y censurables. Cualquiera podía oírlos. No fue un milagro que los componentes del Teatro Nacional empezaran a evitarlo. El Principal lo llamó una vez a su despacho y le advirtió:

—Ya sé que pertenece usted al Partido desde hace años. Precisamente por eso debería usted haber aprendido disciplina, y por eso nosotros tenemos que exigir más de su sensatez política.

Miklas hizo un gesto displicente. Bajó la cabeza, adelantó los labios, de un rojo insano, y dijo en voz baja y ronca:

—Voy a darme de baja del Partido.

¿Quería llevar las cosas hasta sus últimas consecuencias?

Mientras Muck, indignado, le volvía la espalda, Miklas tuvo un ataque de tos. La tos sacudió su delgado cuerpo, del que él había exigido demasiado durante tantos años. Tosiendo, abandonó el despacho del Principal. Su rostro era gris, con profundos hoyos negros bajo los pómulos. Entre las sombras negruzcas, sus ojos tenían una luz clara y malévol. Furioso y sorprendido al tiempo, en parte compasivo, el Principal miraba al joven que se iba. «¡Está perdido!», pensó Casar von Muck.

¡Estás perdido, pobre joven Miklas! Después de tantos esfuerzos, de tanta creencia desperdiciada, ¿qué te queda ahora? Solamente odio, tristeza, y el salvaje deseo de acelerar la propia destrucción. Ya vendrá por sí sola suficientemente deprisa; por lo menos, a ella la tienes segura, ya no vas a odiar mucho tiempo, ya no vas a entristecerte más. Osas sublevarte contra poderes y personas cuyo ascenso al Gobierno deseaste siempre ardientemente. Pero tú eres débil, joven Miklas, y no tienes protectores.

El poder que has amado es cruel. No admite la menor crítica y destruye al que se rebela. Serás destruido, muchacho, por los dioses a los que tú has rezado con fervor.

Caes, de una pequeña herida salta un poco de sangre sobre la hierba, y tus labios están ahora tan blancos como tu brillante frente.

¿Llora alguien por tu caída, por un final así para una esperanza tan grande, tan ardiente y tan amargamente defraudada? Casi siempre estuviste solo. A tu madre no le has escrito desde hace años, se ha casado con un hombre extraño; tu padre está muerto, cayó en la guerra mundial. ¿Quién podría llorar? ¿Quién podría cubrir el semblante sobre tu juventud miserablemente desperdiciada, sobre tu miserable muerte? Así, te cerraremos los ojos, para que no estén más tiempo abiertos y miren fijamente al cielo con esta queja muda, con este indecible reproche. ¿Eres más rencoroso, pobre niño, ahora en la muerte, de lo que pudiste serlo en una dura vida? Quizás entonces puedas perdonar que seamos nosotros, tus enemigos, los únicos que nos inclinemos sobre tu cadáver.

Tu destino se ha cumplido, fue muy rápido. Tú has provocado el final, tú lo has llamado. ¿No habías reunido a otros muchachos —aún más ignorantes, aún más jóvenes que tú mismo— a tu alrededor, y habías jugado con ellos a conspirar? ¿A quién queríais llamar a la vida? ¿A vuestro Führer, o a un sátrapa? Vosotros pensabais que todo tendría que ser «diferente»; ése era uno de vuestros grandes deseos. La Revolución Nacional —así pensabais—, la verdadera, la auténtica revolución sin compromisos, con la que os habían engañado vergonzosamente... ahora está vencida y proscrita. Incluso ¿no enviasteis vosotros mismos una carta a un hombre de la emigración que en tiempos fue amigo de vuestro Führer y se sintió decepcionado por él, como vosotros?

Todo fue traicionado, naturalmente, todo fue traicionado, y una mañana se presentaron en tu casa muchachos de uniforme, tú habías tenido que ver con ellos, eran viejos conocidos. Y te obligaron a subir a un coche que esperaba abajo. Tampoco te negaste mucho tiempo. Te llevaron a un par de kilómetros de la ciudad, a un bosquecillo. La mañana era fría, tú temblabas, pero ninguno de tus viejos camaradas te dio una manta. El coche se detuvo y te ordenaron pasear un poco. Anduviste un par de pasos. Sentiste de nuevo el olor de la hierba, y el viento matutino rozó tu frente. Te mantuviste derecho. Quizá se hubieran asustado los del coche de la indecible expresión de altivez de tu rostro; pero ellos no veían tu rostro; sólo veían tu espalda. Fue entonces cuando sonó el tiro.

En el Teatro Nacional, cuyo escenario no te dejaban pisar desde hacía semanas, se dio la noticia de que habías tenido un accidente de coche. La noticia fue acogida con serenidad, y nadie se sintió inclinado a comprobar su veracidad. La señorita Lindenthal opinó:

—Terrible, ¡un muchacho tan joven! Por cierto, nunca me cayó demasiado simpático. Tenía un aspecto inquietante, ¿no le parece, Hendrik? Miraba con tanto enojo...

Esta vez Hendrik no dio respuesta alguna a su influyente amiga. Le horrorizaba imaginar el rostro del joven Hans Miklas. Pero se le aparecía, lo quisiera o no. Allí estaba, ante él, muy claro en la penumbra del comedor. Los ojos estaban cerrados, sobre la frente había brillo. Los labios, adelantados con obstinación, se movían. ¿Qué decían? Hendrik dio la vuelta y huyó. El ajetreo del día le salvó de tener que escuchar el mensaje que aquel rostro severo, liberado por la muerte, tenía para él.

## Capítulo IX

### En muchas ciudades

Los meses pasan, el año 1933 ha terminado: un gran año, si se puede dar crédito a los periodistas, a los que un Ministerio de Propaganda en Berlín dicta opiniones y convicciones; el año de la realización, del triunfo, de la victoria; el año en que despertó la Nación alemana, en que gloriosamente se reconoció a sí misma y reconoció a su Führer.

Para el actor Hofgen, un año positivo, brillante, eso es seguro. Lo empezó con preocupación, pero acabó siendo para él una pura satisfacción. El polifacético Hendrik empieza el año 1934 confiado y con el mejor de los humores. Está seguro del favor de los poderosos. Puede confiar totalmente en el apoyo del Presidente del Gobierno. El gran hombre lo cubre con su mano ancha, protectora. Para él Hofgen-Mefistófeles es una especie de bufón de corte y brillante bromista, un juguete divertido. Hace ya mucho que se le ha perdonado al actor su sospechoso pasado como una locura de artista. Le han quitado de encima a la negra de la fusta. Hofgen hace muchos y bellos papeles. Hace cine y gana mucho dinero. El Presidente lo recibe a menudo. El comediante entra ahora en las habitaciones oficiales y privadas del General, como antaño en los despachos del gerente Schmitz o de la señorita Bernhard.

*Pues para alejar tus manías  
estoy como noble hidalgo aquí.*

saluda Hendrik al poderoso con una insolente cita de Fausto. Después de sus sangrientos y brillantes negocios, el poderoso no encuentra otro descanso más amable que jugar con el bufón bromista. La señorita Lindenthal podría tener motivo de celos, pero es bondadosa, y además siente debilidad por Hendrik Hofgen. ¡Qué prestigio, qué aureola le confiere a éste en amplios círculos su amistad con el temido Gordo, por todos conocida y comentada!

*Admiración de niños y simios,  
si a vuestro paladar le apetece...*

En esto tiene que pensar a veces Hendrik a la vista de las atenciones devotas, de los halagos de que es objeto por parte de colegas, autores, damas de la nueva «sociedad» e incluso políticos. ¿Le apetecen a su paladar los azucarados cuchicheos del

nacionalista alemán Pierre Larue? ¿Le recrean verdaderamente los cumplidos literariamente puntuados del doctor Ihrig, los detalles de hombre mundano del señor Müller-Andrea?

Hablando con Otto Ulrichs, el viejo amigo, se expresa despectivamente sobre «toda la condenada banda». ¿Pero no encuentra dulces las protestas de agradecimiento, las continuas delicadezas? ¿No saborea el champaña en la mesa de Pierre Larue, en el Hotel Esplanade, que toma en el bello círculo de decorativos jovencitos de las SS?

Hendrik tenía numerosos amigos, entre ellos algunas cómicas figuras. El poeta Pelz, por ejemplo, por cuya lírica altamente exigente, en cierta oscura forma hasta sublime, de difícil comprensión, se habían entusiasmado muchos jóvenes que ahora estaban exiliados. Benjamin Pelz, un hombre pequeño y rechoncho, de ojos suaves, azules y fríos, mejillas colgantes y boca ancha, cruelmente lasciva, explicó en una conversación íntima que amaba el nacionalsocialismo porque iba a destruir esta civilización, cuyo orden mecánico se había hecho insufrible, porque conducía al abismo, olía a muerte e iba a desencadenar inconmensurables dolores sobre una parte del mundo que estaba empezando a endurecerse y transformarse en una fábrica perfectamente organizada y en un sanatorio para débiles a partes iguales.

—La vida en las democracias había dejado de ser peligrosa —censuró el poeta Pelz— Nuestra esencia perdía cada vez más la pasión heroica. El espectáculo que hoy presenciamos es el nacimiento de un nuevo tipo humano, más aún, el renacer de uno muy viejo, arcaico, mágico, guerrero. ¡Una bella escena que quita la respiración! ¡Un magnífico proceso! Puede estar orgulloso, querido Hofgen, de participar activamente en él —miró afectuosamente a Hendrik con sus ojos suaves, helados—. La vida tiene de nuevo ritmo y atractivo, despierta de su inmovilidad, pronto será otra vez como en tiempos antiguos, ya olvidados, marcados por la fuerte movilidad de la danza. Para las personas que no saben ver ni entender, este nuevo ritmo quizá les parezca el movimiento ensayado de un desfile. Los tontos se dejan engañar por la rigidez externa del estilo vital arcaico-militante. ¡Qué gran error! En realidad, ahora no se desfila, se bambolea. Nuestro amado Führer nos arrastra a la oscuridad y a la nada. ¿Cómo podríamos dejar de admirarle nosotros, los poetas, que tenemos una relación especial con la oscuridad y con el abismo? No es en absoluto exagerado llamar divino a nuestro Führer. Es la divinidad del infierno, que fue lo más sagrado para los pueblos abiertos a lo mágico. Yo le admiro ilimitadamente, porque odio sin límites la yerma tiranía de la razón y el concepto-ídolo burgués de progreso. Todos los poetas que merecen llamarse así son los enemigos natos y conjurados de este progreso. El mismo hacer poesía es una vuelta al estado primitivo-sagrado, precivilizado, de la humanidad. Hacer poesía y matar, sangre y canción, muerte e himno: lo uno va con lo otro. Todo concuerda si pasa por encima de la civilización y llega muy hondo, hasta

la capa secreta, llena de peligros. Sí, amo la catástrofe —dijo Pelz, adelantando el rostro con las melancólicamente caídas mejillas, y sonriendo como si sus carnosos labios supieran a dulces o a besos—. Estoy ansioso de aventuras mortales, de abismos, de vivir situaciones extremas, que saquen a los hombres de las relaciones civilizadas y los arrastren hacia un lugar donde ni las agencias de seguros, ni la policía, ni los confortables hospitales los puedan proteger del ataque sin compasión de los elementos o de un enemigo parecido a un animal de presa. Todo esto lo viviremos, esté usted seguro, disfrutaremos de tremendos horrores, nada será para mí demasiado terrible. Somos todavía excesivamente mansos, nuestro Führer no puede ser aún como querría. ¿Dónde están las torturas públicas? ¿El fuego para los charlatanes del humanitarismo y para las cabezas nacionalistas? —Pelz golpeó impaciente la taza de café con la cucharilla, como si llamara al camarero que se estaba retrasando con el auto de fe—. ¿Para qué seguir conservando esa discreción fuera de lugar, esa falsa vergüenza que esconde la bella fiesta de los martirios tras los muros del campo de concentración? —preguntó severamente—, Y según mis noticias hasta ahora no se han quemado más que libros, eso no es nada. Pero ya nos procurará nuestro Führer algo más, estoy seguro. ¡Chimeneas en el horizonte, arroyos de sangre en todos los caminos y un baile de posesión de los supervivientes, de los aún libres, alrededor de los cadáveres! —Una alegre certeza dominó al poeta en lo referente a los terribles sucesos del futuro próximo. Con distinguida cortesía y las manos cruzadas sobre el pecho en una piadosa postura, aseguró a Hendrik—: Y usted, mi querido señor Hofgen, usted figurará entre aquellos que más delicadamente brincarán sobre cadáveres. Tiene el rostro adecuado, lo noto. Es usted un muy encantador hijo del infierno, no es casualidad que el Presidente del Gobierno lo distinga. Tiene usted el auténtico productivo cinismo del genio radical. Yo le aprecio extraordinariamente, mi muy querido señor Hofgen.

Semejantes halagos, extraños y dudosos, escuchó Hendrik mientras sonreía canallescamente, con un centelleo enigmático en la mirada. No todo el mundo tenía razones tan profundas y refinadas como el poeta Pelz para su recién descubierto amor por el nacionalsocialismo. Otros decían simplemente:

—Yo soy, y lo seguiré siendo, un artista alemán y un patriota alemán, gobierne quien gobierne en mi país. Me gusta más vivir en Berlín que en cualquier otro sitio del mundo, y no me apetece lo más mínimo marcharme. Por lo demás, en ningún otro sitio ganaría tanto como aquí.

Fue Joachim, el gordo actor de carácter, quien habló así una noche, mientras tomaba una cerveza. En su caso, al menos, podía uno saber a qué atenerse. Hubiera emigrado y se hubiera convertido en un temperamental antifascista si le hubieran hecho una buena oferta de Hollywood. Pero esta oferta desgraciadamente no llegó: Joachim, que había sido uno de los más famosos actores alemanes, ya no estaba en su

mejor momento. Por eso explicó ahora, entre colegas, con gesto de hombre de bien:

—¿Dónde hay una cerveza mejor que la nuestra, la de las viejas bodegas alemanas? ¿Me lo puede decir alguien?

Miró a su alrededor inquisitivo y con algo de malicia. Su cara grande, expresiva, con las mejillas porosas y los pequeños ojos desconfiados, tenía la engañosa bondad del oso, que parece divertido y tosco, cuando es el más cruel de todos los animales de presa. Hubo aduladores que aseguraron al actor de carácter Joachim que tenía un gran parecido con el Señor Presidente. El mismo sonrió satisfecho. Por el contrario, se puso terriblemente furioso cuando llegó a sus oídos la afirmación de alguien de que él era medio judío.

—¡Que venga aquí el infame! —gritó Joachim, cuyo rostro adquirió el color de la púrpura—. ¡Quisiera saber si se atrevería a decirme a la cara semejante embuste! ¡Semejante maldad! ¡Poner en entredicho el honor de un alemán!

Aquel terrible rumor sobre el actor de carácter no cesaba. Una vez y otra empezaba a correr la voz: algo había de irregular en una de sus dos abuelas. El caballero alemán encargó a unos detectives que averiguaran el origen de los rumores: varias personas acabaron en un campo de concentración por haber sospechado de una de las abuelas del famoso actor.

—La maldad no debe quedar impune —afirmó Joachim, satisfecho.

Visitó a sus más influyentes amigos y colegas para asegurarles de nuevo, de hombre a hombre, que podía garantizar la pureza de raza de todos sus antepasados.

—Con la mano en el corazón —dijo Joachim a Hofgen, al que estaba haciendo una visita, un domingo por la mañana—, en mí todo es como debe ser, no tengo absolutamente nada que reprocharme.

Miraba a Hofgen con ojos de perro fiel, desde abajo, como solía hacerlo en los papeles de padre áspero y bondadoso, que primero discute con sus hijos y luego se reconcilia con ellos entre lágrimas.

—Y al que afirme lo contrario, tendré que hacerlo encerrar —añadió el caballero alemán—. Pues aquí vivimos en un Estado de derecho.

A esta opinión se adhirió Hendrik Hofgen. Invitó al colega, que con tan loable celo defendía su honra, a cigarros puros y costoso coñac francés. La conversación entre los dos compañeros continuó serena y confiada. Al despedirse, Joachim abrazó a Hofgen con el torpe movimiento del oso que oprime a su contrario y le pidió que saludara en su nombre a la señorita Lindenthal.

Amigos así tenía ahora Hofgen, en parte hombres interesantes como Pelz, en parte bondadosos como Joachim. Pero ¿dónde vivían ahora aquellos a los que antes había llamado amigos? ¿Qué había sido de ellos?

Barbara le había escrito desde París que deseaba el divorcio. Las formalidades legales serían rápidas y fáciles dada la separación de los cónyuges. No era necesario

alegar una causa: los jueces comprenderían que un hombre de la posición y de la ideología de Hofgen —el más destacado actor del Teatro Nacional, y amigo del propio Presidente— no podía de ninguna manera continuar casado con una dama que vivía en el extranjero como emigrante, que no ocultaba su ideología enemiga del Estado, y que encima, como se había comprobado hacía poco, era de raza impura. Sostener que su padre, el académico, políticamente muy comprometido, tuviera sangre judía, a eso no se atrevían ni siquiera los mentirosos profesionales de la prensa nacionalsocialista. Pero lo que se le podía reprochar era aún peor e imperdonable: había cometido un delito contra la raza. Su esposa, la hija del general, no era «aria» pura. No en vano había tenido siempre el alto oficial, el abuelo de Barbara, de cuyos méritos militares ya nadie quería saber nada, tendencias sospechosamente liberales. Así se explicó también, de la forma más fácil y grosera, la vivacidad de espíritu y de carácter de su esposa, que se salía de lo acostumbrado y decente en el ambiente de los oficiales. El general no había sido un camarada del pueblo, sino un hombre de ínfima categoría y un semita: Guillermo II lo había ignorado bondadosamente, pero una publicación antisemita de Nuremberg lo había sacado a la luz. Medio semita era también su esposa, la hoja del pogrom no dejaba lugar a dudas. ¿De qué le servían ahora un brillante, gran pasado, su principesca belleza y su dignidad? Un sucio escribano, un desgraciado que en toda su vida no había logrado escribir una frase en correcto alemán, se permitió dictaminar que ella no pertenecía a la comunidad nacional.

Por tanto. Barbara tenía más del treinta por ciento de sangre mala: sólo esta circunstancia bastaría como causa de divorcio ante un tribunal alemán. Un alemán rubio del Rin tiene derecho a una esposa de raza totalmente pura. Una mujer como Barbara no hubiera tenido que aguantarla Hendrik ni aunque hubiera sido «aria» pura. ¡Era una vergüenza y un escándalo público lo que hacía!

Barbara no había abandonado París desde su llegada, en febrero de 1933. Cualquiera que la hubiera conocido antes habría advertido su cambio. Todo rasgo soñador había desaparecido en ella, y ya no parecía gustar de juegos melancólicos o alegres. En su rostro había un nuevo rasgo de decisión: se apreciaba entre las cejas y dominaba la frente. Incluso su paso, en otros tiempos cansino, mostraba ahora una nueva energía. Se movía como se mueve la persona que tiene una meta, y que no descansará hasta haberla alcanzado y conquistado.

Barbara, que antes había pasado el tiempo entregada a pequeños dibujos y pesados libros, preocupada e interesada por sus amigos, entre juegos ligeros y vagos pensamientos, se había vuelto activa. Trabajaba en un comité para refugiados políticos de Alemania. Además publicaba, junto con la señora von Herzfeld y su amigo Sebastian, una revista que se ocupaba de los preparativos de guerra, de los horrores culturales y judiciales, de la suciedad y peligrosidad del fascismo alemán.

Sebastian y la Herzfeld eran los responsables de la redacción; Barbara tenía que preocuparse de las cuestiones económicas. Para su propia sorpresa, descubrió que no le faltaba talento para los asuntos financieros. La pequeña revista tenía que autofinanciarse, no recibía subvenciones. Aparecía semanalmente, en alemán y en francés. Al principio no se envió la revista más que a un pequeño círculo de abonados, y no estaba impresa, sino multicopiada. Al cabo de medio año las pocas hojas se convirtieron en una revista, con amigos en todas las ciudades europeas no alemanas.

—En Estocolmo nos leen cincuenta personas y en Madrid treinta y cinco, y en Tel Aviv ciento diez. También estoy muy contenta con Holanda y Checoslovaquia; en cambio, hay que mejorar en Suiza. ¡Si tuviéramos un representante hábil en América! Es demasiado poco. Cientos de miles deberían conocer lo que nosotros tenemos que decir. Somos muy pobres —dijo durante la «conferencia de redacción», en una pequeña habitación de hotel—. Nuestros enemigos gastan millones para llevar sus mentiras a la gente, y nosotros no sabemos ni cómo pagar los sellos.

Cerró sus manos delgadas en apretados puños. Sus ojos adquirieron la mirada amenazadora que tenían siempre que pensaba en los «enemigos».

También Sebastian había cambiado. Él, que antes sólo se había preocupado de las cosas más finas y complicadas, intentaba ahora pensar y escribir con sencillez.

—La lucha tiene otras leyes que el elevado juego del arte —decía—. Las leyes de la lucha nos obligan a renunciar a mil matices y a concentrarnos completamente en una cosa. Mi tarea no es ahora reconocer o formar belleza, sino actuar en una sola cosa, mientras me sea posible. Es para mí una renuncia.

A veces se cansaba. Entonces decía;

—Me da asco. No tiene sentido. Ellos son mucho más fuertes que nosotros, tienen todas las posibilidades. Es tan amargo, y tan ridículo a la larga, hacer de Don Quijote... Siento nostalgia de la isla lejana, en la que todo lo que nos tortura se difumina y pierde realidad...

—¡Esa isla no existe! —apuntó Barbara—. ¡No existe, y no debe existir, Sebastian! Además, nuestros enemigos no son tan enormemente fuertes. Tienen miedo hasta de nosotros. Cada palabra, cada verdad que decimos contra ellos les hace un poquito más de daño, apresura un poquito, ¡un poquito, Sebastian!, su caída, que llegará un día.

Así de confiada se sentía Barbara, o al menos esa era la impresión que daba en los momentos en que su amigo estaba desanimado.

—Piensa —le contaba ella— que tenemos dos nuevos abonados en Argentina; es estupendo, incluso han mandado ya el dinero.

Barbara pasaba medio día escribiendo reclamaciones a las librerías y distribuidoras en Sofía o en Copenhague, en Tokio o en Budapest, por las pequeñas

sumas que les debían.

Entre Barbara y Hedda von Herzfeld había cristalizado una relación que, si bien no llegaba a ser amistad, era algo más que la mera comunidad de dos seres que trabajan juntos. Barbara respetaba a la señora von Herzfeld por la energía y el valor de que daba muestras. Estaba muy sola, no tenía más que su trabajo. Quería a la pequeña revista que hacía con Sebastian como una madre quiere a su hijo. Cuando el cuadernillo salió impreso por primera vez y en su nuevo formato, Hedda casi lloró de la alegría. Abrazó a Barbara y le dijo al oído, muy bajito, a pesar de que en la habitación no había nadie más que ellas, lo agradecida que le estaba. Barbara miró largamente el rostro de la señora von Herzfeld, grande, blando, ameloconado, y se dio cuenta de que en él había rasgos más definidos y profundos. Se debían a la lucha interior, a los procesos anímicos de un carácter violento y amargo a los que Hedda había estado sometida durante este año que habían superado juntas. En las primeras semanas de la emigración había encontrado al hombre con el que había estado casada muchos años antes. Quizá se había esperanzado de momento con este reencuentro. Sin embargo, supo pronto que él vivía en Moscú con una muchacha. Era lo más natural. Hedda fue lo suficientemente razonable como para comprenderlo. A pesar de ello, se sorprendió con la noticia y sus recién nacidas esperanzas se vieron defraudadas.

¿Pensaba alguna vez en Hendrik? Una vez, una sola vez, lo nombró ante Barbara.

—¿Le irá bien? —preguntó en voz baja. Era muy tarde, habían trabajado mucho tiempo juntas—. ¿Le gustará el régimen? ¿Estará contento de su nueva fama?

—¿De quién hablas? —preguntó Barbara sin mirarla.

—¿De quién va a ser? —La señora von Herzfeld se ruborizó mientras intentaba sonreír irónicamente—. De tu divorciado señor esposo...

—¿Vive aún? —dijo Barbara secamente—. No sabía que aún existía. Para mí está muerto. No me gustan los fantasmas del pasado, y menos aún los que son tan vagos como éste.

Desde entonces no hablaron más de él.

Barbara visitaba a veces a su padre, que vivía solo en una ciudad del sur de Francia, junto al Mediterráneo. Había abandonado Alemania inmediatamente después del incendio del Reichstag, para furia y decepción de una horda de estudiantes nacionalsocialistas que encontraron su casa vacía cuando la asaltaron, para demostrar al «académico rojo» lo que «la auténtica juventud alemana» pensaba de él. La «auténtica juventud alemana» estaba decidida a dar una paliza al anciano y mundialmente conocido caballero, meterlo después en un coche y llevarlo al campo de concentración más próximo. La banda se enfureció porque en la casa sólo había una anciana criada. Para hacer algo por la causa nacional, y dar un sentido al paseo nocturno, robaron a la anciana y la encerraron en el sótano, para poderse divertir

arriba, en la biblioteca. «La auténtica juventud alemana» pisoteó las obras de Goethe y Kant, Voltaire y Schopenhauer, Shakespeare y Nietzsche. «Todo esto es marxista», afirmaron los uniformados con asco. Cuando las obras de Lenin y Freud fueron a parar a la chimenea, bailaron la danza de la alegría. A la vuelta los jóvenes manifestaron con alegría que habían pasado en casa del académico un par de horas muy agradables.

—Y si el cerdo cochino hubiera estado en persona allí —gritaban los alegres jóvenes—, ¡qué buena caza habría sido!

Bruckner se había llevado en sus maletas los documentos más importantes y un número muy limitado de libros, sus preferidos. Primero viajó unas semanas por Suiza y Checoslovaquia, y por fin se estableció en el sur de Francia. Alquiló una casa pequeña, en cuyo jardín había un par de palmeras y bellos arbustos floridos, y desde la cual, sobre todo, se divisaba el mar.

El anciano caballero salía poco y estaba casi siempre solo. Durante horas recorría su jardín de arriba abajo, o se sentaba delante de la casa, sin desviar los ojos del mar, cuyo cambiante color no se cansaba de mirar.

—Es un gran consuelo para mí —le dijo a Barbara, su hija—. Me hace tanto bien tener el agua delante de mí... Llevaba tanto tiempo sin venir por aquí, que me había olvidado de lo azul que puede ser el Mediterráneo... Todos los alemanes que merecieron este nombre sintieron nostalgia hacia él, y todos lo honraron como la sagrada cuna de nuestra civilización. Ahora, en nuestro país, repentinamente hay que odiarlo. Los alemanes se quieren liberar con violencia de su suave poder y de su fuerte compasión; creen poder prescindir de su bella claridad; gritan que les sobra. Pero lo que afirman que les sobra es su propia civilización. ¿Quieren negar todo lo grande que han dado al mundo? Casi lo parece... ¡Ah, estos alemanes! ¡Cuánto van a tener que sufrir, y con qué crueldad van a hacer sufrir a otros!

El régimen nacionalsocialista había confiscado la casa y los bienes del académico, y le privó de la nacionalidad alemana. Bruckner se enteró de que había sido «desnaturalizado» y ya no era alemán por una nota aparecida en la prensa francesa. Unos días después de haber recibido la noticia empezó a trabajar. «Será un gran libro —escribió a Barbara— y se llamará *Los alemanes*. En él voy a resumir todo lo que sé de ellos, lo que temo por ellos y lo que espero para ellos. Y sé mucho, temo mucho y aún sigo esperando mucho de ellos.»

Sufriendo y pensando transcurrían los días en la amada costa extranjera. A veces pasaban semanas sin que pronunciara una sola palabra, fuera del par de frases en francés que dirigía a la muchacha que se ocupaba de su casa. Recibía muchas cartas. Personas que antes habían sido sus discípulos y ahora estaban en la emigración o que, desesperadas, continuaban en Alemania, se dirigían a él en busca de apoyo moral o de consejo espiritual.

«Su nombre continúa siendo para nosotros la esencia de una Alemania diferente, mejor», osó escribirle alguien desde Baviera, naturalmente con letra falsa y sin remite.

El consejero leía estas confesiones y estos juramentos de fidelidad con emoción y amargura. «Y que todos aquellos que sienten y escriben así hayan permitido, hayan causado también, que nuestro país se llegara a convertir en lo que es hoy», pensaba a menudo. Apartaba las cartas, y abría de nuevo su manuscrito, que crecía despacio y rico en amor, en reconocimiento, en pesar y consuelo, en profunda duda y en confianza vestida de mil reservas.

Bruckner sabía que en otra ciudad del sur de Francia, a menos de cincuenta kilómetros de su lugar de residencia, vivía Theophil Marder con Nicoletta. Los dos hombres se habían encontrado y saludado una vez, en un paseo, pero no llegaron a citarse ni se volvieron a ver. Marder tenía tan pocos deseos como Bruckner de hablar o de tener trato social. El satírico había perdido toda su agresiva insolencia. El horror ante la catástrofe alemana le había hecho enmudecer. Al igual que Bruckner, pasaba largas horas en un jardincito, donde también había palmeras y arbustos floridos, y miraba fijamente el mar. Pero los ojos de Marder no tenían la mirada tranquila ni pensativa; estaban inquietos, flameaban, vagaban sin dirección y sin consuelo sobre la gran superficie titileante. Sus labios azulados habían conservado su movilidad y parecía como si chupara y chasqueara; pero ahora no formaban palabras, sino quejas mudas.

Theophil, que siempre había llevado la cabeza muy alta, estaba como hundido en sí mismo. Las manos lívidas se apoyaban sobre las delgadas rodillas, y parecía que, de tan cansadas, ya nunca las podría mover. Estaba inmóvil, hecho un ovillo, sólo sus ojos vagaban y sus labios se movían en una queja sin palabras. A veces se contraía, como bajo el susto de ver un rostro terriblemente cruel. Entonces se erguía trabajosamente y profería un grito, que ya no era ronco, sino como un graznido.

—¡Nicoletta! ¡Ven! ¡Por favor, ven en seguida! —exigía Theophil, al tiempo quejumbroso y amenazador. Y Nicoletta salía de la casa.

En su rostro se vislumbraba cansancio y paciencia melancólica, que no armonizaban con su nariz aguileña, con su boca perfilada, con su frente abombada. Sus mejillas se habían vuelto anchas y blandas; sus ojos, grandes y bellos, no tenían ya aquel brillo retador que en otros tiempos había fascinado e intranquilizado. Nicoletta no parecía la muchacha voluntariosa y altiva de antes, sino una mujer que ha sufrido y amado mucho. Había ofrendado su juventud: poseída por un sentimiento en el que se mezclaban envarada histeria con auténtico ardor y una emoción espontánea, había regalado su juventud al hombre que estaba sentado en el sillón, ante ella, como destrozado.

—¿Necesitas algo, Theophil? —preguntó. Conservaba su pronunciación precisa,

a pesar de todo lo que había perdido en aquellos años—. ¿Te puedo ayudar en algo, querido?

Él suspiró como si despertara de una pesadilla.

—Nicoletta, Nicoletta, niña mía... Es tan horroroso... Es demasiado horroroso... Escucho los gritos de los que están siendo torturados en Alemania... Los oigo con toda nitidez, los trae el viento sobre el mar... Los verdugos hacen sonar el gramófono durante sus terribles manejos, es un truco malvado, tapan la boca a sus víctimas con un cojín para ahogar sus gritos... Pero yo los oigo... Yo tengo que oírlo todo. Dios me ha castigado al darme el oído más sensible de todos los mortales... Yo soy la conciencia del mundo, y yo lo oigo todo. ¡Nicoletta, niña mía!

Se agarró a ella. Sus apenados ojos erraban sobre el paisaje mediterráneo, cuya paz se llenaba de vida con las terribles figuras de su imaginación. Nicoletta le puso una mano sobre la frente, caliente y húmeda.

—Ya lo sé, Theophil —dijo con la más suave exactitud—. Lo oyes todo y lo ves todo. Tienes que rendir cuentas ante el mundo de lo que sabes: eso sería positivo para el mundo y para ti. ¡Deberías escribir, Theophil! ¡Tienes que escribir!

Desde hacía un año le suplicaba que trabajara. Ella sufría por su inmovilidad, no soportaba su inactividad confusa y meditabunda. Lo admiraba, le consideraba el más grande de los humanos, no lo quería ver al margen de los sucesos, sino en el centro de ellos: actuando, atacando, llamando al mundo a la serenidad, alarmando. Pero él contestaba:

—¿Y qué puedo escribir? Ya lo he dicho todo. Todo lo he sentido como una premonición. He descubierto el fraude. He olido la podredumbre. Si pudieras intuir, niña mía, qué difícil de soportar es el haber tenido tanta razón. Mis libros están tan olvidados como si nunca los hubiera escrito. Han quemado todas mis obras. Mis terribles profecías parecen haberse perdido en el viento. Y todo, todo lo que hoy sucede, el inenarrable dolor es sólo una pequeña imitación, una sátira de mi obra profética. En mi obra está dicho todo, en ella está todo anunciado, incluso lo que está aún por suceder, lo peor, la catástrofe final, yo ya lo he sufrido, ya lo he formado. ¿Qué más puedo escribir? Soy portador del dolor del mundo. En mi corazón se producen todas las rupturas, las presentes y las futuras. Yo, yo, yo...

Enmudeció tras estas dos letras, en las que su espíritu confuso quedó atrapado como en una trampa. Su cabeza, a la que habían respetado los terribles sufrimientos y parecía más fina, más suave y severa, mejor hecha que en otros tiempos, cayó hacia delante. Theophil se había dormido.

Nicoletta volvió a la casa. Se detuvo en el recibidor oscuro y fresco. Lentamente levantó los brazos y escondió la cara entre las manos. Quería llorar, pero no salían las lágrimas. Había llorado demasiado. Entre sus manos susurró:

—Ya no puedo más. Ya no puedo más. Tengo que huir de aquí. No lo puedo

soportar.

Desperdigadas por el mundo, en muchas ciudades, vivían las personas a las que Hendrik había considerado amigas. A algunas de ellas les iba bien. Al Maestro, por ejemplo, que no tenía motivo alguno de queja. Una fama mundial como la suya no se apagaba, podía estar seguro de pasar el resto de sus días en palacios con muebles barrocos y gobelinos o en los apartamentos principescos de los mejores hoteles internacionales. ¿Que no le dejaban dirigir en Berlín por ser judío? Bueno, es decir: peor para los berlineses. El Maestro movía majestuosamente la lengua en la boca, protestaba disgustado un par de días y, finalmente se decía que si los berlineses querían hacer solos su teatro, representar «ese Hofgen» sus comedias ante su Führer, él, el Maestro, tenía que escenificar esta temporada una gran opereta en París, dos comedias de Shakespeare en Roma y una especie de auto sacramental en Londres. Además tenía que hacer una gira por Holanda y Escandinavia con *Intriga y amor* de Schiller y *El murciélago* de Strauss, y en primavera tenía que estar en Hollywood para cumplir un gran contrato cinematográfico.

La señorita Bernhard y el señor Katz administraban sus dos teatros de Viena: por estos dos no había necesidad de preocuparse. A veces el señor Katz pensaba con placer en los tiempos divertidos, cuando había engañado a los berlineses con su drama *La culpa*, haciéndose pasar por un psiquiatra español.

—¡Esas eran bromas a lo grande! —dijo, jugando con la lengua casi tan majestuosamente como su señor y maestro.

Ahora ya no podía imitar el alma de Dostoievski, y Katz estaba exiliado en su esfera de negocios. La señorita Bernhard pensaba también con placer en la Kurfürstendamm, especialmente en Hendrik.

—¡Qué ojos más deliciosamente malvados tiene! —recordaba soñadora—. Mi Hendrik; los nazis serían los últimos para quienes desearía algo tan bello; verdaderamente no se lo merecen.

Por cierto, ahora era un joven vividor vienes el que la llamaba Rose y le hacía caricias en la barbilla. No era tan demoníaco como Hofgen, pero en cambio era más galante y menos exigente.

Dora Martin vivió un segundo éxito en Londres y Nueva York, un triunfo que superaba y hacía palidecer todo lo que había conseguido en Berlín. Había aprendido inglés con la aplicación de un escolar ambicioso o de un aventurero que quiere conquistar un país extraño. Ahora se podía permitir en la nueva lengua todas aquellas originales extravagancias con que en otros tiempos había encantado y sorprendido en Berlín. Alargaba las vocales, arrullaba, se quejaba, reía entre dientes, gritaba de júbilo, cantaba. Era tímida y vacilante como un treceaño, ingrávida y ligera como una ninfa. Parecía improvisar con abandono y caprichosamente; en realidad, su gran inteligencia calculaba cada matiz de los efectos, pequeños pero bien distribuidos, con

que hacía llorar a su embelesado público. Era lista y supo en seguida lo que gustaba a los anglosajones. Intencionadamente era algo más sentimental, femenina y suave que en Alemania. Sólo en muy contadas ocasiones se permitía el tono áspero y ronco; en contraposición, emocionaba más a menudo con la mirada infantil, indefensa, muy abierta.

—He cambiado un poquito mi forma de ser —explicó, hundiendo coqueta la graciosa cabeza entre los hombros—. Sólo lo absolutamente necesario para gustar a ingleses y americanos.

Viajaba de Londres a Nueva York, y en cada ciudad representaba cientos de veces la misma obra. Durante el día hacía cine. SU rendimiento y aguante físico eran sorprendentes. Su cuerpo delgado e infantil parecía incansable como poseído por una fuerza demoníaca. Los periódicos americanos e ingleses la ensalzaban como la mejor actriz del mundo. Cuando aparecía en el hotel Savoy después de la representación, para distraerse durante un cuarto de hora, la orquesta tocaba atención y los presentes se ponían de pie en su honor. Los círculos sociales de las dos capitales anglosajonas rendían homenaje a la actriz judía, a la que habían expulsado de Berlín. La reina de Inglaterra la recibió, el príncipe de Gales le enviaba flores al camerino, jóvenes poetas americanos escribían obras expresamente para que ella las representara. A veces, periodistas llegados de Viena o Budapest para entrevistarla le preguntaban si no querría volver a actuar en alemán. Ella respondía:

—No, ya no me apetece. Ya no soy una actriz alemana.

Pero de vez en cuando pensaba: «¿Qué dirán en Berlín de mi nuevo éxito?»

Una gran película inglesa, que ella protagonizaba, fue proyectada en Berlín. Pero sólo un par de días, luego surgieron los problemas. El Ministro de Propaganda ordenó «indignación espontánea». Gente de las SA de paisano fue al cine. Cuando el rostro de Dora Martin apareció en primer plano, los muchachos, repartidos por toda la sala, empezaron a silbar, a vocear y a tirar bombas fétidas.

—No queremos condenadas judías en nuestro cine —gritaron los pendencieros disfrazados de espectadores.

Hubo que encender las luces e interrumpir la proyección. Con un susto de pánico abandonaron finalmente la sala los curiosos y audaces que habían acudido a ver la sospechosa película. Entre los que huían, al que tenía aspecto de judío, y habían acudido muchos judíos a ver a Dora Martin, lo apresaban y pegaban. El Ministerio de Propaganda dio en Londres la noticia de que el régimen alemán, de tendencias liberales, había dejado pasar la película, pero el berlinés no admitía ya una cosa así. La indignación popular había estallado de forma espontánea, fuerte, y además era comprensible. Por tanto, había que prohibir toda película en que actuase la Martin. Dora Martin se estremeció de asco cuando supo que por ella —o por causa de su imagen animada— habían sido maltratados judíos, igual que si estuviera enferma por

haber ingerido alimentos envenenados.

—Estos desgraciados —murmuraba, lanzando llamas de ira por los ojos—, ¡Estos vulgares, vengativos desgraciados!

Parecía, al mover los puños, enmarcado el rostro por el cabello rojizo, una de aquellas heroicas mujeres de su pueblo que convocaban a la venganza.

Ellos vivían en muchas ciudades, buscaron refugio en muchos países. Oscar H. Kroge, por ejemplo, se había instalado de momento en Praga. No era ni judío ni comunista, pero sí un antiguo vanguardista en literatura: creía en el teatro como plataforma moral, y creía en los eternos ideales de justicia y libertad, y a pesar de las muchas decepciones no abandonaba su pasión ingenua y confiada; él no hubiera tenido un lugar en la nueva Alemania. Decidido a reanudar su trabajo de Frankfurt, inmediatamente después de su llegada a Praga empezó a buscar personas que comprendieran su entusiasmo y pusieran a su disposición algunos miles de coronas checas; pensaba abrir un teatro literario en un sótano de las afueras. Encontró los mecenas que le dieron lo más preciso; encontró el sótano y un par de jóvenes actores y una obra en la que se hablaba mucho de la «Humanidad» y de la «aurora de un tiempo mejor», y trabajó con los jóvenes actores, y la obra se estrenó. Schmitz, que permaneció fiel a su amigo, se ocupaba de la parte económica, mientras que Kroge, duro idealista, entusiasta tenaz de lo bello y lo elevado, permanecía en la pura esfera del arte. No siempre podía dejarlo Schmitz solo allá arriba. Faltaban por cubrir necesidades primarias, y Kroge, viejo bohemio burgués que había conocido estrecheces económicas, pero no la pobreza, no habría pensado jamás que fuera posible mantener el más modesto de los teatros con tan poco dinero. Pero era posible, funcionaba, aunque a las dificultades económicas se unieron las políticas. La embajada alemana en Praga intrigó en los despachos oficiales contra el emigrado director de teatro hamburgués, cuyo carácter pacifista le molestaba. Kroge y Schmitz se defendieron, fueron perseverantes, no cedieron. Los dos adelgazaron y envejecieron; Schmitz ya no tenía color rosado y Kroge tenía cada vez más profundas arrugas en la frente preocupada y alrededor de la boca de gato.

En muchas ciudades y en muchos países...

Juliette Martens, llamada Princesa Tebab, hija de un rey congoleño, había encontrado trabajo en un cabaret de Montmartre: entre media noche y las tres de la madrugada enseñaba su bello cuerpo y su artístico claqué a los americanos, que en París eran cada vez más raros por la depreciación del dólar, a un par de señores alegres de las provincias francesas y a algunos rufianes. Actuaba casi desnuda, adornada con un pequeño sujetador de bolitas de cristal verdes, un pequeño pantaloncito triangular de satén también verde y muchas plumas de avestruz en la parte posterior. Por esta abundancia de plumas, afirmaba que era un pajarillo. Y lo repetía varias veces: «Soy un pajarillo y he venido volando sobre el océano para

construirme aquí, en Montmartre, un nido.» En realidad tenía poca semejanza con un pajarillo. Su pequeña habitación en la rué des Martyres no recordaba en absoluto un nido. Era triste y las ventanas daban a un patio angosto, descuidado. El único adorno en las paredes vacías, sucias, era un retrato del actor Hendrik Hofgen: Juliette lo había roto en un ataque de ira y dolor, pero después lo había recompuesto cuidadosamente. La boca de Hendrik quedó un poco torcida, lo que daba a su rostro una expresión taimada, y la frente estaba atravesada por un hilo de pegamento como una cicatriz; pero aparte esto su belleza estaba limpiamente reconstruida.

Cada fin de mes recogía Juliette de la portería de una casa, a cuyo dueño no conocía, la pequeña suma de dinero que le enviaba Hendrik. El sueldo del cabaret y esta cantidad recibida de Berlín eran lo suficiente como para que Juliette pudiera vivir sin necesidad de hacer la carrera. Veía a pocas personas, y no tenía amante. De sus aventuras berlinesas no habló nunca con nadie; en parte porque tenía miedo de perder la vida o al menos la pequeña renta; en parte por no causar dificultades a Hendrik. Su corazón lo recordaba.

No había olvidado ni perdonado. Por lo menos una vez al día se acordaba con odio y temor de la oscura celda en la que tanto había sufrido. Pensaba en tomar venganza, pero tenía que ser una venganza grandiosa y dulce, no andrajosa y mezquina. La princesa Tebab descansaba muchas horas del largo día en su cama y soñaba. Le gustaría volver a África, reunir a todos los negros a su alrededor, convertirse en la reina y luchadora princesa de todo su pueblo en armas. La raza blanca estaba madura para su caída; desde que Juliette recibió en su casa a los funcionarios de la policía secreta berlinesa, lo supo con certeza absoluta. El continente blanco tenía que hundirse, quería recorrer con sus hermanos negros en glorioso desfile las calles de Europa. Un baño de sangre sin parangón lavaría la vergüenza con que se había cubierto el continente blanco. Los arrogantes señores tenían que convertirse en esclavos. La soñadora princesa negra veía al favorito de sus esclavos, a Hendrik, a sus pies. ¡Ah, cómo lo iba a torturar! ¡Cómo se iba a burlar de él!

Así soñaba la Venus negra, y sus fuertes, ásperos dedos jugueteaban con la fusta de piel trenzada.

Una vez, cuando paseaba al atardecer, vio pasar a Barbara en el río humano que se movía desde la Madeleine a la place de la Concorde. La esposa de Hendrik, que tantas veces había sido objeto de la observación celosa o compasiva de Juliette, andaba deprisa, ensimismada en sus pensamientos. Juliette rozó ligeramente con los dedos su manga, y dijo con su voz profunda, áspera; «Bonsoir, Madame», inclinando un poco la cabeza. Cuando la aludida se volvió, la negra había desaparecido. Barbara no vio más que su espalda, que pronto cubrieron otras espaldas, otros cuerpos.

En muchas ciudades y en muchos países... Algunos vivían en Dinamarca, otros

en Holanda, otros en Londres, o en Barcelona, o en Florencia. Algunos se habían ido a Argentina o a China.

Por el contrario, Nicoletta von Niebuhr, Nicoletta Marder, volvió un día a Berlín. Apareció en el piso de Hendrik Hofgen con sus maletas rojas, muy grandes y destartaladas.

—Aquí estoy —dijo intentando que sus ojos fueran brillantes—. Allá abajo no podía aguantar más. Theophil es maravilloso, un genio, lo quiero más que nunca. Pero se ha quedado al margen del tiempo y de los sucesos. Se ha convertido en un soñador, un Parsifal, y yo no lo resisto. ¿Comprendes, Hendrik, que yo no lo resista?

Hendrik lo comprendió. Estaba totalmente en contra de los soñadores y por su parte poseía el necesario contacto con el tiempo y sus sucesos.

—Toda esta emigración es un asunto para débiles —explicó, severo—. En sus balnearios franceses esa gente se creen mártires, y no son más que desertores. Nosotros aquí estamos en el frente, ellos se apretujan en la retaguardia.

—Quiero hacer otra vez teatro —dijo Nicoletta, que había abandonado a su esposo.

Hendrik opinó que eso se podría conseguir sin mucho esfuerzo.

—En el Teatro Nacional puedo imponer casi todo lo que me apetece. Ciertamente, Casar von Muck es aún Principal, pero el Presidente del Gobierno no simpatiza con él y el Ministro de Propaganda sólo lo apoya por cuestiones de prestigio. Se ha difundido la especie de que nuestro Casar es un mal Principal. Ordena un mal repertorio, ante todo le gustaría estrenar únicamente sus obras. Tampoco entiende nada de actores. Lo único que sabe hacer son grandes déficits.

La recién llegada Nicoletta podía contar, pues, con un contrato en el Teatro Nacional. Pero primero Hendrik quería actuar con ella en Hamburgo, en aquella obra para dos personajes con la que habían ido de gira a los balnearios del Báltico, justo antes de la boda de Hendrik Hofgen con Barbara Bruckner. El Teatro de los Artistas de Hamburgo estaba orgulloso de recibir a su antiguo actor, que en los últimos tiempos se había hecho tan famoso y amigo personal del poder. El nuevo director de la institución, el sucesor de Kroge, un señor llamado Baldur von Totenbach, esperaba a Hofgen y a su acompañante en la estación. El señor von Totenbach había sido oficial en activo, tenía muchas cicatrices en la cara y ojos azul acero como el señor von Muck, también como él, hablaba sajón.

—¡Bienvenido, camarada Hofgen! —como si Hendrik tuviera el honroso pasado de oficial, en lugar del dudoso de un bolchevique de la cultura.

—¡Bienvenido! —gritaron otras personas, que habían llegado con el señor von Totenbach a la estación, para saludar al colega Hofgen. Entre ellas estaba la Motz, que abrazó a Hendrik con lágrimas de auténtica emoción en los ojos.

—¡Cuánto tiempo ha pasado! —exclamó la bondadosa mujer, y el oro brillo en su

boca—, ¡Y lo que hemos vivido!

Tenía una niña, Nicoletta y Hendrik se enteraron en seguida, fruto tardío y algo sorprendente de sus largas relaciones con el actor de carácter Petersen.

—Una niña alemana —explicó—, le hemos puesto el nombre de Walpurga.

Petersen no había cambiado nada. Su rostro seguía pareciendo algo desnudo, pues le faltaba la barba de marinero. En su ser alegre se notaba que no había perdido en absoluto la costumbre de malgastar el dinero, tan difícilmente ganado, y de perseguir a las muchachas. Seguramente la Motz le seguía queriendo más que él a ella. El bello Bonetti apareció con el uniforme negro de las SS y tenía aspecto radiante: se comprendía que ahora recibiera más cartas de amor del público que antes. La Mohrenwitz ya no estaba en el teatro.

—Tiene sangre judía —susurró la Motz, poniéndose la mano delante de la boca y riendo maliciosamente, como si hubiera dicho una cosa obscena.

Rolf Bonetti puso un gesto de asco, seguramente pensando en la afrenta a la raza cometida en otros tiempos con Rahel. La demoníaca joven, según informaron a Hendrik, había intentado suicidarse cuando se supo su impureza racial, y finalmente se había casado con un fabricante de zapatos checo.

—Desde el punto de vista material le irá muy bien en el extranjero... —suponía la Motz con acento de desprecio, y su dedo gordo señalaba hacia atrás, por encima del hombro, como si allí, en algún punto lejano, estuviera «el extranjero».

Los nuevos miembros de la compañía, rubios e inmaduros chicos y chicas, que unían a la alegría vigorosa una rígida disciplina militar, se presentaron al gran Hofgen y le manifestaron la mayor devoción. Él era el príncipe de cuento, el bello encantador, que recoge envidia y admiración como un tributo merecido. Sí, había descendido aquí por un tiempo, a la ciudad de la que provenía. Se mostraba amistoso y hasta le pasó a la Motz el brazo por encima del hombro.

—¡Ah, sigues siendo el mismo! —suspiró ella.

—Hendrik fue siempre un gran camarada —se le oía a Petersen.

—En la nueva Alemania sólo hay camaradas, sea cual sea el puesto que ocupen —aclaró finalmente el señor von Totenbach con cierta severidad.

Hendrik expresó el deseo de saludar al señor Knurr, el portero que desde siempre había llevado la cruz gamada detrás de la solapa, y delante de cuya garita Hendrik, el bolchevique de la cultura, pasaba siempre con poco gusto y mala conciencia. ¿No saltaría de contento el veterano miembro del partido al dar la mano al favorito del presidente del Gobierno? Pero ante su sorpresa, el señor Knurr lo recibió con bastante frialdad. En su garita ya no había retratos del Führer, aunque ahora ya estaba permitido tenerlos e incluso era deseable. Cuando Hendrik preguntó al señor Knurr por su salud, éste murmuró algo entre dientes, algo que sonó poco amable, y la mirada que dirigió a Hofgen estaba envenenada. Estaba bien claro.— el señor Knurr

se sentía profundamente decepcionado de su Führer-salvador y del maravilloso movimiento nacional en conjunto, amargamente defraudado en todas sus esperanzas, igual que tantos otros. Para Hofgen, amigo del general de aviación, seguía siendo penoso, tan penoso como siempre, pasar por delante de la portería: su relación con el señor Knurr no había mejorado.

Lo que sí alivió a Hendrik fue que no quedara ninguno de los tramoyistas comunistas a los que en otros tiempos había saludado puño en alto y con la contraseña del Frente Rojo. No se atrevió a preguntar por su paradero. Quizás habían sido asesinados, quizás encerrados, tal vez estuvieran en la emigración...

El teatro había vendido todas las entradas para la noche, los hamburgueses jaleaban a su antiguo favorito, que había hecho una carrera vertiginosa en Berlín: primero con el profesor, después con el gordo presidente. Nicoletta decepcionó en general: la encontraron envarada, poco natural y hasta algo lúgubre. Era verdad que había olvidado cómo actuar. Su postura se había hecho dura y su voz había adquirido un sonido curiosamente nuevo, como un lamento. Era como si algo en ella se hubiera congelado, roto. Por cierto, el público se fijaba ahora en su nariz grande. «¿Tendrá sangre judía?», se murmuraba en el patio de butacas. «No, claro que no —decían todos—, ¡Hofgen no se atrevería a mostrarse con ella en público!»

A la mañana siguiente Hofgen tuvo la curiosa idea de visitar a la señora Monkeberg, la viuda del cónsul. También ella tenía que verlo en todo su esplendor, precisamente ella, que durante años lo había humillado con su delicada presencia de patricia. A Barbara, la hija del académico, la había invitado a tomar el té en el primer piso, pero a él sólo le había sonreído con finura burlona. Ahora quería ir en su Mercedes a casa de la dama.

Experimentó decepción cuando un desconocido conserje le notificó en la villa que la señora Monkeberg había muerto. ¡Muy típico de ella! Huyó de un reencuentro que le habría resultado molesto. Estos burgueses a la antigua usanza, estos patricios sin dinero, pero con noble pasado y caras suaves, espiritualizadas, ¿seguían siendo inalcanzables, no se los podía encontrar nunca? ¿No se le iba a permitir al mefistofélico pequeño burgués, que había pactado con el poder, disfrutar de su triunfo sobre ellos?

Esto disgustó a Hendrik. Había fallado el golpe, del que se había prometido una gran diversión. Por lo demás, estaba muy contento de su visita a Hamburgo.

El señor von Totenbach le había dicho al despedirse:

—Toda la compañía y yo estamos muy orgullosos de su visita, camarada Hofgen.

Y la Motz le había acercado la pequeña Walpurga, con el ruego de que bendijese a la chillona criatura.

—¡Bendícela, Hendrik! —pidió la Motz—. ¡Así se convertirá en algo bueno!  
¡Bendice a mi Walpurga!

También Petersen suscribió el ruego.

Cuando Hendrik volvió de su excursión, Lotte Lindenthal le informó de que su persona estaba siendo objeto de un reñido debate a altos niveles. El Presidente, «mi prometido», decía ya Lotte de él, estaba descontento con Casar von Muck, eso lo sabía todo el mundo. Lo que no sabía todo el mundo era en quién había pensado el general de aviación para sustituirle: en Hendrik Hofgen. El Ministro de Propaganda se negaba a ello, y con él aquel grupo de altos dignatarios del Partido que hablaban de «ideario radical», «nacionalsozialista ciento por ciento» y rechazaban cualquier compromiso, sobre todo en cuestiones culturales.

—No es correcto poner en un puesto tan representativo y destacado a un hombre que ni siquiera pertenece al Partido, y que tiene un pasado tan radicalmente bolchevique —explicó el Ministro de Propaganda.

—A mí me es indiferente que un artista sea miembro del Partido o no lo sea. Lo importante es que sea bueno —contestó el Presidente, que seguro de su poder y dominio se podía permitir a menudo manías liberales tan fuertes—. Con Hofgen harán taquilla los Teatros Nacionales Prusianos. La gestión del señor von Muck es un lujo excesivo para el contribuyente.

Tratándose de la carrera de su protegido y favorito, el general era incluso capaz de pensar en el contribuyente, cosa que ocurría con muy poca frecuencia.

El Ministro de Propaganda objetó que Casar von Muck era amigo del Führer, un viejo luchador probado: era imposible echarlo a la calle. El general de aviación propuso alegre que se nombrara al autor del drama *Tannenberg* Presidente de la Academia de Literatura.

—Allí no molestará a nadie.

Y enviarlo primero a hacer un hermoso viaje.

El Ministro de Propaganda telefoneó al Führer, que estaba en las montañas bávaras descansando, y le pidió que impidiera que se elevara al primer puesto teatral del Reich a un comediante como Hofgen, con talento y tablas, sí, pero mal calificado moralmente para tal puesto. El Presidente ya había enviado un mensajero dos días antes a los Alpes. El Führer, que evitaba tomar decisiones, respondió que no le interesaba el caso, que tenía en la cabeza cosas más importantes y significativas; los señores camaradas debían resolver el asunto entre ellos.

Los dioses se pelearon. El asunto se convirtió en una cuestión de poder y prestigio entre el Ministro de Propaganda y el Presidente del Gobierno, entre el Cojo y el Gordo. Hendrik esperaba, sin saber qué preferir como final de esta lucha entre los dioses. Por una parte, su soberbia le hacía apetecer ser Principal, también su efectismo; por otra parte, estaba lleno de dudas: si él asumía un puesto público de tan alto rango se identificaba totalmente con el régimen para siempre: unía su destino, tanto en el ascenso como en la caída, al de los aventureros manchados de sangre. ¿Era

eso lo que quería? ¿Había sido ésta su intención? ¿Su corazón no le prevenía contra este paso? ¿Las voces de la mala conciencia, y con ellas las voces del miedo...?

Los dioses lucharon, se llegó a una decisión: ganó el Gordo. Mandó llamar a Hofgen y le encomendó formalmente ser Principal del Teatro Nacional. Como el actor mostrara más confusión que alegría y más consternación que entusiasmo, el Presidente del Gobierno se enfureció.

—¡He hecho valer toda mi influencia por usted! ¡No ponga ahora esa cara! Por cierto, también el Führer desea que sea usted el Principal —mintió el general.

Hendrik, en parte, dudaba a causa de sus voces, que no querían callar, pero también disfrutaba de que el poder manchado de sangre le rogara. «Me necesitan», se decía. A punto estuvo de quedarse en la emigración, y ahora le suplicaba el poderoso, para que salvara su teatro de la ruina.

Pidió veinticuatro horas para reflexionar. El Gordo, gruñendo, le dejó ir.

Por la noche Hendrik habló del tema con Nicoletta.

—No sé —se quejaba, lanzando entre los párpados caídos coquetos destellos al vacío—. ¿Debo o no debo? Es todo tan complicado...

Hundió la cabeza entre los hombros y mantuvo el noble, cansado rostro vuelto hacia el techo.

—¡Naturalmente que debes! —Nicoletta hablaba con una voz alta, aguda y dulce—. Sabes exactamente que debes, que tienes. Esta es tu victoria, querido —arrullaba, serpenteando no sólo la boca, sino todo el cuerpo—, ¡Es un triunfo! He sabido siempre que lo alcanzarías.

—¿Me ayudarás, Nicoletta? —preguntó él, con la mirada fría, centelleante, dirigida aún hacia el techo.

Ella se puso en cuclillas ante él, entre los cojines del lecho. Mientras sus ojos de gato lo miraban resplandecientes, contestó, formando cada sílaba con primor:

—Estaré orgullosa de ti.

Al día siguiente hacía un tiempo radiante; Hendrik decidió ir a pie desde su casa al palacio del Presidente del Gobierno. El desacostumbrado paseo ratificaría el carácter solemne del día. Pues ¿no era solemne para Hendrik el día en que ponía su talento y su nombre a la total disposición del poder manchado de sangre?

Nicoletta acompañó a su amigo. Fue un agradable paseo. El humor de los dos paseantes era vivo y alegre; desgraciadamente se enturbió un poco por un encuentro que tuvieron en el camino.

Por las cercanías del parque zoológico paseaba una anciana señora que causaba impresión por su postura erguida y su rostro bello, blanco, altivo. Llevaba un traje de chaqueta gris perla, algo anticuado pero de corte elegante, y un sombrero triangular de material negro y brillante. Bajo el sombrero se veían algunos rizos blancos, duros,

sobre las sienes. La cabeza de la anciana señora parecía la de una dama de la nobleza del siglo XVIII. Andaba muy despacio, a pasos cortos pero firmes. Su delicada, suave y al tiempo enérgica figura estaba orlada por la dignidad melancólica de épocas pasadas, en las que los hombres habían exigido de sí mismos y de los demás una postura más bella y severa que la normal en estos días ajetreados y excitantes, pero bastante vacíos y descuidados, con sospechosa tendencia a la degradación total.

—Es la viuda del general —dijo Nicoletta en voz respetuosamente baja. Se había ruborizado. También Hendrik se ruborizó cuando se quitó el suave sombrero gris e hizo una profunda inclinación.

La anciana cogió los impertinentes, que llevaba colgados de una cadena con piedras semipreciosas, de color azul, sobre el pecho. A través del cristal miró a la joven pareja, que estaba parada a unos pasos de ella. El rostro de la bella anciana permaneció inmóvil. No respondió al saludo del actor Hofgen y su acompañante. ¿Sabía ella hacia dónde iban? ¿Qué contrato iba a firmar dentro de una hora Hendrik, que había estado casado con su nieta? Quizá lo intuía, o al menos intuía algo parecido. Lo que sí sabía era la opinión que le merecían Hendrik y Nicoletta. Había seguido su evolución y estaba firmemente decidida a no tener nada más que ver con la pareja.

Los impertinentes volvieron a su sitio. La dama volvió la espalda a Hendrik y Nicoletta. Se alejó de ellos, a pasos pequeños, fatigados, a los que su energía y orgullosa apostura interior insuflaban firmeza e incluso cierto ímpetu.

# Capítulo X

## La amenaza

El Principal estaba calvo. Se había afeitado los últimos mechones sedosos que le había dejado la naturaleza. No tenía que avergonzarse de su cráneo noblemente formado. Llevaba con dignidad y seguro de sí mismo la mefistofélica cabeza de la que se había enamorado el señor Presidente del Gobierno. Los fríos ojos cristalinos centelleaban en el rostro pálido y algo abotagado tan irresistiblemente como siempre. El sensible rasgo de sufrimiento en las sienes movía a respetuosa compasión. Si las mejillas empezaban a tornarse un poco flácidas, la barbilla, por el contrario, con la marcada cicatriz en el centro, había conservado su imperiosa belleza. Sobre todo cuando el Principal la alzaba de aquella forma tan suya, hacía un efecto tan imponente como encantador; en cambio, cuando bajaba la cabeza aparecían arrugas y se le notaba la papada.

El Principal era guapo. Sólo las personas de mirada tan perspicaz como la viuda del general a través de sus impertinentes podían apreciar que su belleza no era auténtica, no del todo legítima, era más un fruto de la voluntad que un don de la naturaleza.

—Hace con su rostro lo mismo que con sus manos —afirmaban los malévolos y punzantes críticos—. Sus manos son anchas y feas, pero sabe presentarlas como si fueran puntiagudas y góticas.

El Principal tenía aspecto muy digno. Había cambiado el monóculo por unas gafas de concha de montura ancha. Su postura era erguida, moderada, casi envarada. El encanto de su personalidad hacía olvidar que realmente empezaba a engordar. Casi siempre hablaba en voz baja, velada, haciendo alternar el tono cantarín, el suplicante, coquetamente quejumbroso, y el sensualmente solícito. También producía en ocasiones solemnes el sorprendentemente centelleante tono metálico.

Pero el Principal también sabía ser alegre. En el repertorio de los medios que usaba para conquistar tenía un puesto de honor la típica alegría renana, que en él era altiva, muy personal. ¡Y cómo sabía bromear el Principal cuando se trataba de ganar a cansados trabajadores, a levantiscos actores o a representantes de trato difícil! Llevaba un rayo de sol a las serias salas de juntas, iluminaba las mañanas de ensayo con su espíritu bromista, espontáneo, perfeccionado además a base de tablas.

El Principal era querido. A casi todas las personas les gustaba. Todos alababan su sociabilidad y opinaban que era un buen chico. Hasta la oposición política parecía tratarle con suavidad, a pesar de que sólo opinara en encuentros secretos, en

habitaciones cuidadosamente cerradas. «Es una verdadera suerte» —pensaban los que no estaban de acuerdo con el régimen— «que en un puesto tan importante como el que ocupa Hofgen esté un declarado no nacionalsocialista.» En estos círculos conspiradores se pretendía saber que el jefe del Teatro Nacional conseguía favores del Presidente del Gobierno. Él había llevado a Ulrichs al escenario prusiano, un acto tan arriesgado como digno de alabanza. Últimamente tenía un joven secretario que era judío, o al menos medio judío: se llamaba Johannes Lehmann, tenía ojos suaves, dorados, algo aceitosos, y era tan fiel al Principal como un perrillo. Lehmann se había convertido al protestantismo y era muy piadoso. Había asistido a cursos de germánicas, de historia del teatro y, además, de teología. No le interesaba la política.

—Hendrik Hofgen es un gran hombre —solía decir.

Y extendía esta opinión en los círculos judíos que conocía a través de su familia y en los religiosos de oposición, con los que se relacionaba por su piedad.

Hendrik pagaba sus honorarios al fiel Johannes de su propio bolsillo: se gastaba algo en tener a su servicio a un hombre de la raza paria y de esta manera impresionaba a los contrarios al régimen. El Teatro Nacional hubiera cargado con el sueldo de un secretario particular «ario»; pero el Principal no podía pretender del erario público un sueldo para su secretario «no ario». Quizá le hubiera admitido el Presidente este capricho. Pero a Hendrik le interesaba mucho hacer este sacrificio económico. Los doscientos marcos que en ello gastaba al mes, y que por cierto suponían una parte mínima, casi inapreciable, de sus ingresos, le producían buenos beneficios. Pues precisamente daban a su buena obra un peso extraordinario y engrandecían su resultado. El joven Johannes Lehmann era un insignificante saldo activo en la balanza de sus «contraseguros», que Hofgen se podía permitir sin grandes riesgos. Los necesitaba; sin ellos no podría aguantar su situación, su felicidad sería destruida por una mala conciencia que, curiosamente, nunca callaba del todo y perseguía al gran hombre hasta en sueños, a través del miedo al futuro.

En el propio teatro, allí donde actuaba la persona oficial, no le parecía en absoluto aconsejable hacer demasiado: el Ministro de Propaganda y su prensa lo tenían totalmente controlado. Podía estar contento con evitar el máximo escarnio artístico si representaba obras totalmente superficiales, de aficionado, si contrataba actores sin pizca de talento, sin más virtud que la de ser rubios.

Comprensiblemente, el teatro estaba «limpio de judíos», empezando por el personal técnico, los acomodadores y porteros y acabando por las más importantes estrellas. Comprensiblemente también, no se podía aceptar una obra si el árbol genealógico del autor no era perfecto hasta la cuarta o quinta generación. Por supuesto que no se aceptaban obras que pudieran en algún punto ser contrarias al régimen. No era nada fácil montar un repertorio en semejantes condiciones, pues tampoco los clásicos eran de fiar. En Hamburgo, en una representación del *Don*

*Carlos* hubo un aplauso demostrativo y casi rebelde cuando el marqués de Posa exigía al rey Felipe la «libertad de pensamiento»; en Munich se habían agotado las localidades para una nueva escenificación de *Los bandidos* hasta que el Gobierno la prohibió: la obra juvenil de Schiller había sido acogida como drama actual—revolucionario y había entusiasmado. Por esto el Principal no osaba poner esas obras, aunque él mismo había hecho con mucho gusto tanto el marqués de Posa del «Don Carlos» como el Franz Moor de «Los Bandidos». Casi todas las obras modernas, que hasta enero de 1933 habían pertenecido por derecho propio al repertorio de cualquier teatro exigente, las obras tempranas de Gerhart Hauptmann, los dramas de Wedekind, de Strindberg, de Georg Kaiser, o de Sternheim, todas estas obras fueron rechazadas por su espíritu destructor, bolchevique. El Principal Hofgen no se podía permitir el proponer ninguna de ellas. Los jóvenes autores de talento habían emigrado casi sin excepción, o vivían en Alemania como si estuvieran en el exilio. ¿Qué obras podía escenificar el Principal Hofgen en sus bellos teatros? Los poetas nacionalsocialistas, intrépidos muchachos con uniforme negro o marrón, escribían cosas que horripilaban a cualquiera que entendiera algo de teatro. El intendente Hofgen encargó obras a algunos de entre los militantes muchachos a los que atribuía una chispa de talento. A cinco de ellos incluso les dio un par de miles de marcos antes de ponerse a trabajar, para poder tener, por fin, algo en sus manos. Pero los resultados fueron lamentables. Lo que recibió fueron tragedias patrióticas que parecían escritas por bachilleres históricos.

—Realmente no es una pequeñez hacer en esta Alemania teatro medio decente — se quejaba Hendrik entre los íntimos, dejando caer su rostro macilento, cansado, algo asqueado, entre las manos.

La situación era muy difícil, pero el artista Hofgen era muy hábil. Como no había obras modernas, descubrió antiguas farsas, con las que obtuvo grandes éxitos; durante meses. Llenó los teatros con una empolvada comedia francesa, con la que ya se habían divertido sus abuelos. El mismo hizo el papel principal, vestido con un magnífico traje rococó maravillosamente bordado, su rostro estupendamente maquillado, tan picante con su lunar en la barbilla. Todas las mujeres en el patio de butacas se reían solapadamente de placer, como si les hubieran hecho cosquillas; sus movimientos eran ligeros, su conversación tenía tal brío que las bonachonas bromas del abuelo parecían el más brillante éxito moderno. Como Schiller con su defensa de la libertad era sospechoso, el Principal prefirió a Shakespeare, al cual la prensa «orientadora» había calificado de gran germano, de genio popular por excelencia. Lotte Lindenthal, favorita del semidiós y representativa como tipo humano de la nueva Alemania, podía osar actuar en el papel de Minna von Barnhelm, en una comedia cuyo autor era tan despreciado por su amistad hacia los judíos como por su amor a la razón, tan total como alejada de su tiempo. Como la Lindenthal era la musa

del general de aviación, se le perdonaba a Gotthold Efraim Lessing su *Nathan el Sabio*. También *Minna von Barnhelm* hacía taquilla. Los ingresos de los teatros estatales, tan miserables bajo la dirección de Casar von Muck, mejoraban día a día, gracias a la destreza del nuevo Principal.

Casar von Muck, que hacía por encargo del Führer una gira de conferencias y propaganda, hubiera tenido sobrados motivos para disgustarse por los triunfos de su sucesor. Y de hecho se enfadaba, pero sin demostrarlo; por el contrario, escribía postales a su «amigo Hendrik» desde Palermo o Copenhague. En ellas no se cansaba de insistir en lo hermoso que era viajar libremente por otros países. «Los poetas somos vagabundos», escribió desde el Gran Hotel de Estocolmo. Le habían procurado divisas en cantidad suficiente. En sus folletines, medio líricos medio militantes, que tenían que publicar todos los periódicos en grandes caracteres, se hablaba mucho de restaurantes de lujo, de palcos reservados en teatros y de recepciones en embajadas. El creador del drama *Tannenberg* descubrió así su afición por el gran mundo. Por otra parte, consideraba su placer como misión sublime, moral. Al agente mundano-poético de la dictadura alemana en el extranjero le gustaba designar y acentuar su sospechosa actividad como «profesión al servicio de las almas», que no quería buscar amigos para el Tercer Reich por medio de sobornos — como lo hacía su jefe, el Cojo—, sino por medio de humildes, suaves canciones de amor. En todas partes tenía aventuras tan encantadoras como importantes. En Oslo, por ejemplo, le llegó una llamada desde la cabina telefónica más nórdica de Europa. Una voz preocupada le preguntó desde la zona polar:

—¿Cómo van las cosas en Alemania?

Y el viajero preocupado por las almas montó un par de frases cuidadosas, que tenían que florecer como florecían allá, en la oscuridad, un puñado de campanillas o de violetas tempranas. En todas partes se mostró agradable, sólo en París se sintió mal el cantor de la batalla de los pantanos de Masuria. De allí no le gustó, le irritó un espíritu militar y guerrero que él no conocía. «París es peligroso», informó el poeta a los suyos, y pensó con auténtica conmoción en la paz solemne que reinaba en Postdam. Al margen de las muchas vivencias intensas que le brindaba su viaje, el señor von Muck intrigaba un poco por carta y por teléfono contra su amigo Hendrik Hofgen. El poeta alemán había descubierto en París, gracias a algunos espías-agentes de la Gestapo o a miembros de la embajada alemana, que allí vivía una negra que había tenido con Hofgen relaciones desagradables y poco convencionales, y que él todavía la mantenía. Casar superó su aversión hacia la inmoralidad francesa y se dirigió al oscuro establecimiento de Montmartre donde la princesa Tebab actuaba de pajarillo. Encargó champaña para él y para la negra dama; pero cuando ésta supo que venía de Berlín y que deseaba saber algo sobre el pasado erótico de Hendrik Hofgen, erupció unas palabras agrias y despectivas, se levantó, le mostró el trasero, lleno de

plumas verdes, y acompañó este gesto con un sonido producido por sus labios en punta, y que por fuerza tenía que evocar las más fatales asociaciones. El local entero se echó a reír. El bardo alemán sufrió un chasco que le dejó en ridículo y comprometido. Sus ojos adquirieron el acerado color amenazador, dio un puñetazo sobre la mesa, pronunció algunas palabras de disgusto en tono acentuadamente sajón y abandonó el local. Aquella misma noche informó al Ministro de Propaganda de que había algo extraño en la vida emocional del nuevo Principal. Sin duda, allí se ocultaba un secreto turbio, y el favorito del Presidente ofrecía puntos vulnerables. El Ministro de Propaganda agradeció vivamente a su amigo, el poeta, la interesante noticia.

¡Pero qué difícil resultaba ahora achacar algo al primer hombre del teatro del Reich, al gran favorito del Poderoso y del público! Hendrik era apreciado, estaba seguro, firmemente establecido. Tampoco su vida privada ofrecía la ocasión más favorable para atacarle. El joven Principal había adoptado, dentro de su casa, un aire patriarcal, no exento de nerviosismo, muy personal.

Hendrik se había traído de Colonia a sus padres y a su hermana Josy. Con ellos habitaba un palacete en Grunewald. Como el contrato del piso en la plaza de la Cancillería del Reich no había acabado, allí vivía de momento Nicoletta. La villa con parque, cancha de tenis, bellas terrazas y gran garaje daba al joven Principal el relieve, el marco poderoso que él necesitaba y deseaba. ¿Cuánto tiempo hacía de aquellas carreras con los ligeros zapatos de cordones, el monóculo ante el ojo, el abrigo de napa ondeante, cómica y chocante aparición? Hasta en la plaza de la Cancillería del Reich había sido bohemio, si bien ya con un estilo de vida lujoso. Ahora, en Grunewald, se había convertido en un gran señor. El dinero no tenía importancia: tratándose de sus favoritos, el infierno no era tacaño, el abismo pagaba; el actor Hofgen, que antes no necesitaba más que una camisa limpia y un frasco de agua de colonia sobre la mesilla de noche, podía ahora permitirse caballos de carreras, numerosa servidumbre y un parque móvil completo. A nadie, o a casi nadie, le molestaba el boato que desplegaba. En todas las revistas aparecía el bello ambiente en que el joven señor Principal descansaba de su agotador trabajo. «Hendrik Hofgen en el jardín de su mansión, dando de comer al hermoso perro de raza Hoppi», «Hendrik Hofgen, en su comedor renacentista, desayunando con su madre», y la mayoría de la gente encontraba correcto y lógico que un hombre que prestaba tantos servicios a la Patria también ganara mucho dinero. Por cierto, toda la pompa que rodeaba a Hofgen no era nada comparada con la ostentación con que se regalaba su poderoso señor y amigo, el general de aviación, provocador y soberbio, ante los ojos de la gran familia nacional.

La villa en Grunewald era la mejor posesión del joven Principal; él la llamaba Hendrik-Hall y se la había comprado a un judío, director de Banco, que emigró a

Londres, por una suma relativamente pequeña. En Hendrik-Hall todo era sumamente elegante, y seguramente tan magnífico como lo había sido en el palacio del Maestro. Los criados llevaban libreas negras con bordes plateados, y sólo el pequeño Bock podía vestir a su gusto: en general llevaba una chaqueta sucia a rayas azules y blancas, o a veces el uniforme de las SA. El disparatado muchacho de ojos acuosos y duro cabello, que aún parecía un cepillo sobre el cuero cabelludo, disfrutaba de una posición especial y preferente en Hendrik-Hall. El dueño lo conservaba como recuerdo divertido de otros tiempos. En el fondo, Bock estaba encargado sólo de admirar y arrobarse constantemente ante las maravillosas transformaciones de su señor. Y lo hacía muy bien. Por lo menos una vez al día decía: «¡Qué bellos y ricos nos hemos hecho! ¡Es indescriptible! ¡Cuando pienso que una vez tuvimos que pedir siete marcos y medio prestados para poder cenar!» El pequeño Bock reía respetuoso y emocionado ante el recuerdo.

—Un buen animal —decía Hofgen de él— Me ha sido fiel hasta en los tiempos peores.

La acusada amabilidad con que hablaba del pequeño Bock parecía contener un secreto desafío. ¿Contra quién, a quién iba dirigido? ¿No había sido Barbara la que no le había permitido tener consigo a su Bock, el fiel servidor? En el piso de Hamburgo sólo se había admitido a la criada que había servido diez años en la finca del general, para que nada cambiase en la vida de la estimada señora, la hija del académico. Hendrik no podía olvidar ni en su momento de máximo esplendor las pequeñas derrotas del pasado.

—¡Ahora soy yo quien manda en casa! —decía.

Ahora era el amo de su casa, cuyo umbral sólo traspasaban aquellos que le profesaban respeto y admiración. La familia, a la que él dejaba compartir su existencia de festiva belleza, sufría de vez en cuando sus malos humores. Hendrik organizaba agradables veladas junto a la chimenea o encantadoras mañanas dominicales en el jardín. Pero más a menudo adoptaba aires autoritarios, se encerraba en sus habitaciones y en tono de reproche afirmaba sufrir jaqueca.

—¡Porque tengo que trabajar mucho para proporcionaros dinero, vagos! —esto no lo decía, lo insinuaba drásticamente con su manera de ser sufriente y excitada.

—¡No os preocupéis de mí! —aconsejaba a los suyos, pero se enfadaba si estaban un par de horas sin pensar en él.

La que mejor lo manejaba era su madre. Bella trataba a su «niño grande» con suavidad, pero con tierna decisión. Frente a ella, en pocas ocasiones se atrevía Hendrik a propasarse. Por cierto, la necesitaba y estaba orgulloso de su distinguida mamá. Ella había cambiado mucho, en mejor, y se mostraba a la altura de su nueva, exigente situación. Sabía llevar muy bien la gran casa de su hijo, con digno tacto y experta atención. ¿Hubiera reconocido alguien en ella a la elegante matrona objeto de

comentarios cuando en la fiesta de beneficencia trabajó en el puesto de champaña? Hacía mucho tiempo de esto, ya nadie recordaba la absurda historia. La señora Bella se había convertido en una persona decente y recatada, pero no ignorada en la sociedad berlinesa. Había sido presentada al Presidente y alternaba en las casas más importantes. Bajo el esmerado peinado con permanente, su rostro, que tanto recordaba al de su hijo, era inteligente y alegre y conservaba sus frescos colores. Bella vestía con sencillez, pero con cuidado. Prefería la seda gris oscuro en invierno y gris perla en tiempo cálido. Gris perla era el traje de chaqueta que Bella había admirado años antes en la abuela de su nuera. Mamá Hofgen sentía de corazón que la viuda del general no la visitara en su villa de Grunewald.

—Me encantaría recibir a la anciana señora —dijo—, aunque se dice que tiene algo de sangre judía. Podríamos pasarlo por alto, ¿no te parece, Hendrik? Pero ni siquiera se ha tomado la molestia de dejarnos su tarjeta. ¿Es que no somos aún lo suficientemente finos para ella? No parece tener mucho dinero —concluyó Bella, sacudiendo la cabeza, medio compasiva y medio picada—. Debería estar contenta de que una familia decente quiera recibirla.

Desgraciadamente, de padre Kobes no se podía decir lo mismo que de la señora Bella. Se había convertido en un ser extraño, todo el día andaba vestido con una vieja chaqueta de franela, sólo se interesaba por guías de ferrocarriles, que hojeaba durante horas, y por una colección de cactus que cuidaba en el antepecho de la ventana; se afeitaba raras veces y se escondía cuando venían visitas. Su ingenio renano se había esfumado. Generalmente estaba en silencio y su mirada, un poco boba, se dirigía al frente. Sentía nostalgia de Colonia, a pesar de que allí los agentes ejecutivos de la justicia no salían de su casa y todos sus negocios se habían ido al traste. Pero la lucha que había desarrollado por su existencia con tanta irresponsabilidad como energía, le sentaba mejor que el no hacer nada y vivir a costa del hijo que tan lejos había llegado. La fama y el brillo de Hendrik eran objeto de constante admiración, casi de pesadumbre, para el viejo.

—¡Oh, no, cómo ha podido pasar una cosa así! —murmuraba como si hubiera sucedido algún accidente fatal.

Cada mañana observaba perplejo el montón de cartas que habían llegado para su poderoso y amado vástago. Si Johannes Lehmann se encontraba sobrecargado de trabajo, pedía a veces a padre Kobes que le ayudara en esta o aquella pequeñez. Así pasaba el anciano algunas mañanas firmando fotografías de su hijo, pues imitaba la letra de Hendrik mejor de lo que conseguía hacerlo el secretario. Cuando el Principal estaba de muy buen humor, ocurría a veces que le preguntara a su padre:

—¿Cómo estás, papá? Pareces decaído. ¿Te ocurre algo? ¿No te aburrirás en mi casa?

—No, no —rezongaba el padre, ruborizándose bajo la barba sin afeitar—. Me

gustan mucho los cactus y los perros.

Sólo él podía dar la comida a los perros, no permitía que lo hiciera ningún criado. A diario daba largos paseos con los bellos galgos, mientras que Hendrik sólo los quería para dejarse fotografiar con ellos. Los animales amaban al padre Kobes, no así a Hendrik. Con éste eran retraídos, porque él, por su parte, les tenía miedo.

—Los perros muerden —afirmaba, y aunque padre Kobes le dijera lo contrario, él se mantenía en su opinión—. Especialmente Hoppi. Estoy seguro de que un día me va a dar un mordisco.

La hermana, Josy, tenía un apartamento coquetamente amueblado en el piso superior de la villa. Pero viajaba mucho, y por eso lo dejaba casi siempre vacío. Desde que su hermano alternaba con el poder, la señorita Hofgen tenía a menudo ocasión de cantar en la radio. Poseía un repertorio de piezas ligeras en dialecto renano, se veía su risueño rostro en todas las revistas de radio, y se le ofrecían a menudo ocasiones de comprometerse. Y lo hacía, pero ya no podía pedir su mano un cualquiera, sólo se aceptaban relaciones de buena posición, preferentemente jóvenes caballeros con uniforme de las SS, ya que sus decorativas figuras llenaban de vida Hendrik-Hall.

—Con el conde Donnersberg sí que me voy a casar —prometió Josy. Su hermano expresó escepticismo, Josy lloró—. Siempre te burlas de mí.

Bella la consoló. Tampoco a Hendrik le gustaba verla llorar. Todos le aseguraban que se había puesto muy guapa. En verdad estaba mucho más atractiva que cuando Barbara la conoció en la estación de la ciudad universitaria del sur de Alemania. Seguramente se debía también a que ahora podía comprarse vestidos caros. La tira de pecas que cubría su naricilla había desaparecido casi del todo gracias a un complicado tratamiento cosmético.

—Dagobert me ha amenazado con romper el compromiso si las pecas no desaparecen.

También el joven Dagobert von Donnersberg tenía sus manías, no sólo Hendrik se las podía permitir. Hofgen había conocido al conde en casa de la Lindenthal, que gustaba de rodearse de aristócratas. Dagobert, que era tan atractivo como pobre, tan tonto como malcriado, recibió inmediatamente una invitación para Hendrik-Hall. Josy le propuso pasear a caballo. Hendrik movía demasiado poco a sus caballos: su tiempo era oro, y además no le gustaba montar. Había aprendido para rodar películas, y sabía que no quedaba muy airoso en la silla. Tenía los animales sólo porque daban bien en las fotos para las revistas; en absoluto secreto, y sin habérselo confesado a sí mismo, quizá los caballos eran también, como el pequeño Bock, una tardía venganza, desesperadamente inútil, de Barbara que tan a menudo le había irritado con sus paseos matutinos a caballo. Pero Barbara estaba lejos, no sabía nada de los caballos. En París se ocupaba de los exiliados y de la pequeña revista, para la cual buscaba

suscriptores en los Balcanes y en Sudamérica, en Escandinavia y en el lejano Oriente... La señorita Josy y Dagobert cabalgaron por el campo. El joven conde se enamoró un poco de la alegre muchacha. Como a ésta le parecía importante, incluso se comprometió con ella, pero no por eso dejó de buscar otras damas que pudieran pagar más dinero por su título, aunque en principio no tenía prisa por abandonar a la pequeña Hofgen, y tampoco le pareció aconsejable ofender en su amor propio a una familia que alternaba con el Presidente. Y además Dagobert se divertía en Hendrik-Hall.

El Principal intentó llevar la casa al estilo inglés. La señora Bella recibía el whisky y la mermelada directamente de Londres. Se comían en la casa muchas tostadas, se charlaba con frecuencia ante la chimenea, se jugaba al tenis o al croquet en el jardín, y el domingo, si el dueño de la casa no estaba ocupado, los invitados que llegaban para la comida se quedaban ya hasta bien entrada la noche. Después de la cena se bailaba en el recibidor. Hendrik se ponía el smoking y afirmaba que era por la noche y vestido así como mejor se sentía. También Josy y Nicoletta se ponían elegantes. De vez en cuando se les ocurrían de repente ideas estupendas: a primera hora de la tarde se iban a Hamburgo, para callejear por Sankt Pauli.

—Coches hay aquí bastantes —decía el conde Donnersberg con un ligero matiz de amargura.

A veces le fastidiaba que el comediante nadara en la abundancia, mientras que él, el aristócrata, no tenía nada. El Principal poseía tres coches grandes y varios pequeños. La más bella máquina, un enorme Mercedes con la carrocería plateada, fue un regalo del Presidente: el gordo mecenas había tenido la delicadeza de enviar el magnífico coche a Grunewald cuando Hendrik se mudó a su nuevo hogar.

El Principal no era amigo de grandes recepciones, y las celebraba pocas veces. Lo que sí le gustaba era recibir huéspedes de manera informal. Nicoletta pertenecía a la familia. Se presentaba a las horas de comer sin avisar, aconsejaba a Hendrik en asuntos profesionales y los fines de semana se presentaba en su casa con la maleta, un bulto demasiado grande para un traje de noche, un pijama y una polvera. Josy, llena de curiosidad, miró en secreto lo que había además de esto. Con gran sorpresa descubrió un par de botas de caña alta, hechas de un charol rojo vivo, muy suave.

Nicoletta estaba a punto de divorciarse de Theophil Marder. «Soy de nuevo actriz», le escribió. «Te quiero y siempre te honraré. Pero me alegra trabajar otra vez. En nuestra nueva Alemania hay un gran ambiente de trabajo, una voluntad entusiasta de la que tú, en tu soledad, no puedes hacerte idea.» Uno de los primeros actos oficiales del Principal Hofgen había sido contratar a Nicoletta para el Teatro Nacional. Aún no había tenido un éxito comparable al triunfo de Hamburgo, pero su tensión iba desapareciendo poco a poco; su voz y sus movimientos empezaban a relajarse y a revivir.

—¡Aprenderás otra vez a actuar! —le prometió Hendrik—. ¡En realidad no debería haberte permitido subir a un escenario, chalada! Lo que hiciste en Hamburgo fue ultrajante, no quiero decir para el pobre Kroge, sino para ti misma.

Pero aunque Nicoletta hubiera estado fatal como actriz, los colegas y la prensa la habrían tratado con el más distinguido respeto; no en vano era considerada la amiga del Principal. Se sabía que tenía influencia sobre el gran hombre. En ocasiones significativas aparecía a su lado. Embutida en su brillante vestido, lo acompañó al baile de la prensa. Hermosa pareja: Hendrik y Nicoletta, una pareja de belleza algo terrible, dos peligrosas y horriblemente encantadoras divinidades del infierno. El poeta Benjamin Pelz tuvo la idea de bautizarlos como Oberon y Titania.

—¡Vosotros conducís la danza, vosotros, subterráneas majestades! —deliraba el lírico, para el que la dictadura del fascismo racista significaba una especie de fantástico-sangriento sueño de una noche de verano—. Vosotros nos encantáis con vuestras sonrisas y con vuestras maravillosas miradas. ¡Ah, con cuánto gusto nos confiamos a vosotros! Vosotros nos conducís bajo la tierra, a la capa más profunda, a la cueva mágica donde las sangres se mezclan en orgiástica comunión...

Este era el talante de la poesía en la nueva Alemania en su forma más delicada, más elevada. El poeta Benjamin Pelz dominaba el estilo. Primero dio la impresión de estar alejado de la realidad, pero poco a poco se fue adecuando a la sociedad con desenvoltura. Se acostumbró rápidamente al gran mundo, en cuyo exclusivo círculo le facilitó la entrada su modernísima preferencia por las esferas más profundas, la cueva mágica y el dulce perfume de la corrupción. Pelz dirigía como vicepresidente la Academia de Literatura, cuyo presidente, Casar von Muck, realizaba en el extranjero su labor de cuidador de almas. En Hendrik-Hall Benjamin Pelz era un huésped bien acogido. Junto con Müller-Andrea, el doctor Ihrig y Pierre Larue, contaba entre los visitantes asiduos de la villa de Grunewald.

Todos los caballeros se honraban en besar la mano de la señora Bella y asegurar a la señorita Josy que estaba encantadora. Pierre Larue coqueteaba un poco con el pequeño Bock, lo que se admitía con benevolencia. Pasaban horas especialmente divertidas cuando el actor de carácter Joachim iba de visita con su divertida esposa, bebía mucha cerveza, arrugaba el rostro expresivamente y no se cansaba de acentuar que, «Niños, decid lo que queráis», no había nada más hermoso en el mundo que Grunewald. A veces Joachim se llevaba a alguien a una esquina para asegurarle «con la mano sobre el corazón» que «todo está en orden», que «hace pocos días tuve que mandar encerrar a otro que afirmaba lo contrario». Y le brillaban los ojos maliciosamente.

A veces iba Angelika Siebert, que ahora tenía otro apellido: se había casado con el realizador de cine. Su joven esposo era guapo; en contraste con el abundante cabello de color castaño, tenía los ojos profundamente azules, serios y grandes. Era el

único que en esta sociedad algo degenerada tenía el aspecto de un héroe alemán, de un joven caballero sin miedo y sin tacha, tal como podía imaginarlo un corazón sencillo. Pero era él precisamente el que mostraba sorprendentes tendencias contrarias al régimen. Su sentido de pensador ingenuo no estaba ni mucho menos conforme con lo que ocurría en Alemania. Al principio había sido un entusiasta de los nazis, y tanto mayor fue después su decepción. Con serias y apremiantes preguntas se dirigía a Hofgen, de cuyo talento y capacidad artística era gran admirador.

—Usted tiene una cierta influencia en los más altos niveles —dijo el joven—, ¿No le sería posible evitar algunos horrores inexcusables? Debería hablar con el Presidente de lo que ocurre en los campos de concentración...

El pálido y bondadoso rostro del caballero sin miedo y sin tacha se ruborizó de celo mientras hablaba.

—¿Qué quiere usted, querido amigo? —Hendrik movía nervioso la cabeza—. ¿Qué exige usted de mí? ¿Debo detener las cataratas del Niágara con un paraguas? ¿Cree usted que hay alguna posibilidad de éxito? ¡Entonces! —concluyó impertinente, como si lo hubiera desarmado y ganado definitivamente—. ¡Entonces! —Y rió canallescamamente—.

A veces le gustaba al histrión cambiar por completo de táctica. Con cínica altivez renunciaba de repente a todas las disculpas y justificaciones; corría por la habitación de un lado a otro, el rostro cubierto de un color rojo claro, nervioso, que no era precisamente de vergüenza, y agitado por las carcajadas gritaba, medio quejumbroso, medio triunfante:

—¿No soy miserable? ¿No soy un canalla *increíble*?

Los amigos se divertían, Josy aplaudía de gusto. Sólo el joven caballero sin miedo ni mancha estaba severo, abstraído, mientras Johannes Lehmann, cuyos ojos tenían un brillo aceitoso, sonreía dolorosamente, y Angelika, triste y confundida, miraba al amigo por el que había derramado tantas lágrimas.

Como es natural, Hendrik no hablaba ni de las cataratas del Niágara ni de su propia increíble condición cuando se trataba de huéspedes que mantenían una íntima relación con el poder, o que incluso eran parte de él. Hasta en presencia del conde Donnersberg evitaba hablar imprudentemente, y unía la máxima precaución a la más brillante alegría cuando era Lotte Lindenthal quien le hacía el honor de su visita.

No era extraño que la maternal señora de cabellos trigueños apareciera de vez en cuando por Hendrik-Hall para jugar una partida de tenis de mesa o bailar un poco con el dueño de la casa. ¡Qué fiesta había entonces! La madre hacía servir lo mejor de la despensa. Nicoletta se deshacía en cumplidos sobre los ojos color violeta de la gran señora, Pierre Larue dejaba de interesarse por el pequeño Bock, e incluso el padre Kobes miraba por el quicio de la puerta a la pechugona dama, que llenaba la estancia con sus risas argentinas y su altivez de muchachita.

Pero ¿quién descendía de la enorme limusina que se detenía con el amenazador ruido de un avión ante el portal de Hendrik-Hall? ¿Por quién se abrían las puertas? ¿Quién hacía ruidos de sable en el recibidor? ¿De quién era aquel enorme estómago, majestuosamente abombado sobre piernas como columnas, y aquel pecho fulgurante de condecoraciones que avanzaba hasta la reunión paralizada de respeto? Era él, el Gordo, el que hacía guardia junto al trono divino con su espada. Venía a recoger a su Lotte y a desearle buenas noches a su Mefisto.

La Lindenthal se le echaba al cuello. La señora Bella, que casi se sentía enferma de orgullo y excitación, preguntaba como en un suspiro:

—Excelencia, señor Presidente, ¿puedo hacerle traer algo? ¿Un refresco? ¿Quizás una copa de champaña...?

Muchas personas pasaron por Hendrik-Hall, atraídas por la fama y la amabilidad del anfitrión, la escogida cocina, la bien provista bodega, las canchas de tenis, los estupendos discos y el imponente lujo del ambiente. Muchas personas pasaron allí las más agradables hora del mediodía, de la tarde o de la noche: actores y generales, poetas y altos funcionarios, periodistas y diplomáticos extranjeros, favoritas y actrices. En cambio, algunas personas que en otros tiempos tuvieron relaciones íntimas con Hendrik Hofgen no llegaron a formar parte de este movimiento alegre y bullicioso. La viuda del general no apareció por Hendrik-Hall. La señora Bella esperó infructuosamente su tarjeta de visita. La anciana había tenido que vender su finca y vivía en un piso, no muy lejos del parque zoológico. Perdía cada vez más el contacto con la sociedad berlinesa, en la que en otros tiempos había tenido un papel tan brillante.

—No me interesa visitar las casas en las que corro peligro de encontrarme con asesinos, criminales contra las buenas costumbres o locos —explicó una vez, orgullosa, dejando caer los impertinentes con que había mirado a su interlocutor.

Quizá pensaba que en Hendrik-Hall podía encontrarse con figuras criminales o patológicas, sospecha no sólo infundada, sino incluso ultrajante, pues se refería a una casa en la que entraban y salían miembros del Gobierno.

El que también se mantenía alejado de la casa del Principal era Otto Ulrichs. No le habían invitado, pero de recibir una invitación tampoco hubiera acudido. Estaba muy ocupado, hasta tal punto que el trabajo acaparaba todas sus fuerzas, las físicas y las anímicas. Por cierto, Ulrichs empezaba a revisar la imagen que tantos años atrás se hiciera de su colega y que conservara desde entonces en su corazón con fidelidad y paciencia. Ulrichs había sido un hombre bondadoso y hasta blando, a pesar de todo su ímpetu revolucionario. Había confiado en Hofgen total e inamoviblemente. ¡Hendrik es de los nuestros! ¡Cuántas ilusiones había perdido, entre ellas las que se referían a Hendrik Hofgen! Ya no era bondadoso ni blando. Su mirada tenía una seriedad amenazadora, casi acechante, que jamás se había visto en él. Sus ojos eran amables,

abiertos, pero habían cambiado; ahora poseían una fuerza que sopesaba, que inquiría en la calma y la coherencia.

Otto Ulrichs tenía la expresión tensa, inquisitiva, los gestos precavidos y fríos, listos para el salto y para la huida, de una persona que tiene que estar constantemente en guardia. Y en guardia tenía que estar realmente todas las horas de sus difíciles y peligrosos días. Otto Ulrichs estaba comprometido en un juego arriesgado. Seguía siendo miembro del Teatro Nacional, pero aceptando el consejo que le diera Hendrik, que quizá éste no había tomado en serio, utilizaba su posición como tapadera que le protegía de la vigilancia y el control extremo a que podían someterle los oficiales de la Gestapo. Por lo menos, esa era su esperanza, su cálculo. Quizá se equivocaba. Quizá lo estaban observando desde el principio, y lo dejaban en paz para luego atraparlo con mayor seguridad y cuando tuviera en su casa un material tan completo como fuera posible. Ulrichs no creía que estuvieran sobre sus huellas. Los miembros de la compañía, que al principio lo evitaban desconfiados, lo saludaban ahora con cordial compañerismo. Los había conquistado con su forma de ser virilmente sencilla, simplemente alegre. Había aprendido el arte de la adaptación. Su voluntad fanática, dirigida a una meta, preparada con ardor para cualquier sacrificio, le había hecho listo. Estaba incluso en condiciones de bromear con la Lindenthal. Aseguraba al actor de carácter Joachim que no dudaba en absoluto de su pureza de raza. Saludaba a los tramoyistas con un «Heil!» demostrativo, al que seguía el nombre del dictador. Si el Presidente estaba en su palco, afirmaba que tenía taquicardia por actuar ante tal hombre. Taquicardia sí tenía, pero debida a un horror en que se mezclaban triunfo y miedo. Pues el encargado de correr el telón, con el que estaba en contacto, le dijo después de un mutis algo referente a una reunión ilegal. Casi ante los ojos del temible Gordo, del más condecorado de los verdugos, este pequeño actor, que conocía los horrores de la cámara de tortura y del campo de concentración, osaba continuar con su trabajo que se proponía minar, desmembrar el poder.

El encuentro con el horror había paralizado sus fuerzas sólo por un tiempo. Durante las primeras semanas que siguieron a su liberación de aquel infierno permaneció inactivo. Sus ojos habían visto lo que ningún ojo humano puede ver sin quedar ciego por el terrible dolor: la humillación desnuda, sin trabas, organizada con terrible pedantería; la total y absoluta maldad que, martirizando indefensos, se alaba a sí misma, se toma en serio, se glorifica como acto patriótico, como fuerza para la educación moral de los «elementos destructivos y extraños al pueblo», como servicio ético, necesario y justo a la patria que despierta.

—Se desearía no saber nada, no oír nada del género humano cuando se lo ha conocido en tal estado —decía.

Pero amaba a los hombres, sus ideas se apoyaban en la irrefutable creencia de que un día podría surgir de los hombres algo sensato. Por eso superó su afligida apatía.

—Cuando se ha sido testigo de lo peor, sólo queda una opción: suicidarse o seguir trabajando con más pasión que antes.

Era un hombre sencillo y valiente. Sus nervios eran fuertes y se recuperaron del choque. Continuó trabajando.

No le costó mucho reanudar el contacto con la oposición ilegal. Entre los trabajadores e intelectuales cuyo odio al fascismo era reflexivo y a la vez apasionado, que se probaba bajo las más peligrosas y casi —eso parecía— desesperadas condiciones del momento, tenía muchos amigos. El actor del Teatro Nacional Prusiano participaba en acciones subterráneas contra el régimen. Ya fuera organizando reuniones secretas, ya preparando y repartiendo octavillas, periódicos o informaciones prohibidas, o realizando actos de sabotaje en las fábricas, en las fiestas públicas de la dictadura, en emisiones de radio, en sesiones de cine, el actor Otto Ulrichs era de los que influían decisivamente en los preparativos y arriesgaban su vida en la acción.

Tomaba todas estas manifestaciones de la resistencia antifascista muy en serio y apreciaba el efecto psicológico que ejercían en una opinión pública atemorizada, paralizada por el miedo.

—Nosotros intranquilizamos a los gobernantes y mostramos a los millones de personas que siguen siendo enemigas de la dictadura, pero que no se atreven a declarar sus ideas, que no se ha apagado la voluntad de liberación y que esta voluntad se puede poner en movimiento a pesar del control por parte de un ejército de espías.

Así pensaba, hablaba y escribía Otto Ulrichs. Pero nunca olvidó que las pequeñas acciones no eran lo más importante, sino sólo un medio para llegar a la finalidad. La finalidad, la meta, la gran esperanza seguía siendo unir las diversificadas fuerzas de la resistencia, recoger los afanes contrapuestos de una oposición que integraba intereses muy distintos desde el punto de vista social e ideológico, crear un frente, montarlo, activarlo: el frente popular contra la dictadura.

—Eso es lo que importa, sólo eso —reconocía el actor Ulrichs.

Por eso no se limitaba a conspirar con sus compañeros de partido e ideología. Le importaba más aún la relación con los católicos de la oposición, los antiguos socialdemócratas o los republicanos sin partido. El comunista chocaba primero con la desconfianza de los círculos burgueses liberales. Su celosa y recta oratoria conseguía casi siempre superar las dudas.

—Pero vosotros estáis tan en contra de la libertad como los nazis —le oponían los demócratas.

—Sí, nosotros estamos por la liberación. Sobre el orden que habrá de imperar después, ya llegaremos luego a ponernos de acuerdo.

—No amáis a vuestra patria —le decían los patrióticos republicanos—, sólo conocéis la clase, que es internacional.

—Si no amáramos a nuestra patria —contestaba Ulrichs—, ¿odiaríamos a aquellos que la corrompen y humillan? ¿Arriesgaríamos constantemente nuestras vidas para liberar a nuestra patria?

En las primeras semanas de su actividad ilegal, Ulrichs intentó una vez implicar a Hendrik Hofgen. Pero el Principal se puso nervioso, se irritó, se asustó.

—No quiero saber nada de esto —dijo con hastío—. Yo no *puedo* hacer nada, ¿me entiendes? Cierro los ojos, no veo lo que tú haces. De ninguna manera puedo estar al corriente.

Tras haberse convencido de que nadie podía oírlo, aseguró al amigo, con voz apagada, lo difícil y penoso que le resultaba tener que disimular continua y consecuentemente.

—Pero he decidido utilizar esta táctica, que es la que considero correcta y efectiva —susurró Hendrik, e intentó de nuevo la mirada de complicidad, a la que esta vez no respondió Ulrichs—. No es una táctica cómoda, pero tengo que aguantar. Estoy en medio del campamento enemigo. Desde dentro mino su poder...

Otto Ulrichs apenas si escuchaba. Quizá fue en aquel momento cuando la ilusión se apartó de él y reconoció al auténtico Hendrik Hofgen.

¡Qué magistralmente disimulaba el Principal! Esta creación fue de hecho digna de la mejor función de teatro. Verdaderamente se hubiera podido creer que a Hendrik Hofgen sólo le importaban el dinero, el poder y la fama, y no la destrucción del régimen nacionalsocialista.

A la amplia sombra del Presidente del Gobierno se sentía tan seguro y arropado que creía poderse permitir coquetear con el peligro y conjurar, bromista, el horror de la catástrofe. Cuando telefoneó con un director de teatro en Viena, de cuya compañía quería tomar prestado un actor, le dijo con voz quejumbrosa, sonora, alargando dolorosamente las vocales:

—Pues sí, querido amigo, quizá dentro de un par de semanas aparezca por Viena... No sé si aguantaré aquí más tiempo. Mi salud, ¿comprende bien?, mi salud está tan *terriblemente* amenazada...

En realidad sólo había dos razones que le hubieran podido llevar allí: que el general de aviación le hubiera retirado su favor, o que el poder del propio general se hubiera deteriorado. Pero el Gordo parecía conservar la fidelidad a su Mefistófeles con una constancia inusual en los círculos nacionalsocialistas, y por eso mismo causaba sensación. También parecía estar en alza la estrella del obeso gigante: el amigo de los ajusticiamientos y de las rubias sentimentales conseguía cada vez más títulos, cada vez más tesoros, cada vez más influencia en la dirección del Estado.

Mientras el sol del Gordo le iluminara con sus rayos, Hofgen no tenía por qué preocuparse de los ataques del Cojo. El ministro de Propaganda no se atrevía a actuar abiertamente contra el Principal. Por el contrario, procuraba en cuanto podía

mostrarse públicamente con él en ocasiones propicias. Tampoco le faltaba el contacto intelectual con el actor Hofgen. Si éste había sabido fascinar al general del Aire con su mundanidad, con su ingenio cínicamente divertido, y ganárselo, también podía hablar con el jefe de propaganda, con el «viejo doctor», ya que los dos no sólo utilizaban el dialecto renano, que daba a sus conversaciones un tono cordial e íntimo, sino que también empleaban la misma terminología radical y abusaban de ella. El actor Hofgen sabía hablar asimismo, si era necesario, de «dinámica revolucionaria», de «sentimiento heroico de la vida» y de «irracionalismo sangriento». Así había pasado alguna que otra hora de charla con su enemigo mortal, lo que no impedía que éste siguiera intrigando implacablemente en contra suya.

Casar von Muck, que había vuelto al país después de su placentera gira por el extranjero, hacia todo lo posible por difundir los rumores sobre cierta negra a la que Hendrik estaba supuestamente ligado por una enfermiza relación sexual y que llevaba en París, a costa de aquél, una vida excitantemente brillante y con la que Hofgen solía tener citas secretas, de modo que así no sólo seguía injuriando a su raza, sino que también, a través de la negra como lazo de unión, se relacionaba con los oscuros y peligrosos círculos de la emigración, en los que por otra parte —añadía el rumor— desempeñaba un importante papel Barbara Bruckner, la mujer de Hofgen, de la que éste se había divorciado sólo por pura táctica.

En el Teatro Nacional no se hablaba de otra cosa que de la amante negra del Principal; también en las más importantes redacciones, y en los círculos que daban el tono en la ciudad, se conocía muy bien la existencia de la negra que llevaba en París una vida fulgurante: «mantiene tres monos, un león joven, dos panteras grandes y una docena de culíes», aseguró alguien, y que conspiraba con el Estado Mayor francés, con el Kremlin, con los francmasones y con los grandes financieros judíos contra el Estado nacionalsocialista. La situación empezó a ser penosa para Hofgen. Para cortar los desagradables rumores, decidió casarse con Nicoletta. El Presidente se alegró de esta decisión de su listo protegido, y advirtió severamente a todos que no se atrevieran a sospechar del Principal. «Quien está en contra de mis amigos, está en contra mía», acentuó, amenazador, el Gordo. Quien volviese a citar la existencia de una cierta negra podría estar seguro de que tendría problemas con el propio general y con su policía secreta. En el tablón de anuncios del teatro se colgó una nota en la que se podía leer que quien difundía rumores sobre la vida privada o sobre el pasado del Principal, o simplemente los escuchara, realizaba una acción contra el Estado. Por cierto, todos temblaban ante el aparato de espionaje privado del Principal. Era imposible mantener en secreto ante este hombre peligroso y listo algo que le afectara a él: se enteraba de todo gracias al pequeño ejército de soplones que mantenía. La Gestapo podía sentirse celosa de un sistema tan perfectamente organizado.

El propio Casar von Muck se inquietó. El creador de la tragedia *Tannenberg*

encontró incluso aconsejable hacer una visita a Hendrik-Hall y charlar una hora con el anfitrión en el sajón más cordial. Nicoletta se unió a los dos caballeros, a los que la propia señora Bella había servido un rico y ligero refrigerio, y empezó de pronto en voz alta y maliciosa a hablar de negros. El señor von Muck no hizo ni un gesto cuando la divorciada señora Marder aseguró que tanto Hendrik como ella los aborrecían.

—Hendrik se pone enfermo con sólo ver de lejos a alguien de esa repugnante raza —mientras lo decía fijó sus brillantes, divertidos ojos, sin compasión alguna, en Casar—. El olor mismo de esa gente es ya inaguantable.

—Es verdad, los negros apestan —afirmó el señor von Muck.

Y estallaron los tres en una larga carcajada, el Principal, el poeta y la avispada muchacha.

No, a este Hofgen no se le podía atacar: el señor von Muck se dio cuenta, el Ministro de Propaganda se dio cuenta, y ambos decidieron ser más amistosos con él, hasta que un día, cuando menos lo pensarán, se presentase la ocasión de hacerlo caer y aniquilarlo. De momento era intocable.

El Gordo le había conseguido una audiencia con el Dictador, pues hasta tan ilustre persona habían llegado los rumores sobre la princesa Tebab. El enviado de Dios había manifestado su asco acerca del caso, pues tenía en tan poco a los negros como a los judíos.

—¿Puede tener un hombre que mantiene relaciones con personas de raza inferior la madurez moral que requiere el puesto de Principal? —había preguntado el Führer, desconfiado, a los que le rodeaban.

Ahora Hendrik tenía que ganarse al más grande de todos los alemanes que habían existido nunca, tenía que convencerlo de su valor moral por medio de miradas enojadas, de voz cantarina y de comportamiento de noble-sufriente.

La media hora que el Principal pasó en audiencia con el Mesías de todos los germanos le pareció agotadora y hasta torturante. La conversación fue un tanto envarada: el Führer no se interesaba por el teatro, prefería las óperas de Wagner y las películas de la Universum. Hofgen no se atrevió a hablar de sus escenificaciones de ópera, que en el loco tiempo del «sistema» habían causado tanto furor, por miedo a que el Führer recordara los destructivos calificativos con que Casar von Muck había definido aquellos experimentos de influencia semítica y corrosiva. Hendrik no sabía de qué podía hablar. La presencia física del poder le confundía y amedrentaba. La terrible fama del hombre que estaba sentado frente a él intimidaba al ávido de fama.

El Poder tenía, bajo una frente insignificante, huidiza, sobre la que caía el ya legendario mechón grasiento, la mirada muerta, fija, como ciega. El rostro del Poder era grisáceo, esponjado, como de una sustancia suelta, porosa. El Poder tenía una nariz muy ordinaria, una nariz vulgarísima, osó pensar Hendrik, en cuya admiración

se mezclaba sublevación e incluso burla. El actor notó que el Poder no tenía cogote. Bajo la camisa parda sobresalía un estómago blando. Hablaba bajo, para que descansara su voz, harta de chillar, ronca. Utilizaba palabras complicadas para demostrar su cultura al actor Hofgen.

—Las exigencias de nuestra cultura nórdica requieren la intervención imprescindible de un individuo enérgico, consciente de su raza y con una meta muy clara —aleccionaba el Poder, reprimiendo en lo posible su acento del sur e intentando hablar un elegante alemán que sonaba en sus labios como en los de un aplicado escolar de enseñanza primaria que recita lo que aprendió de memoria.

Hendrik estaba bañado en sudor cuando, después de veinticinco minutos, pudo abandonar el palacio. Le pareció haber estado miserable y haberlo estropeado todo. Aquella misma noche se enteró por el general de aviación de que la impresión que había causado en el Poder no era tan mala. Más aún, el Dictador había quedado gratamente sorprendido precisamente por la timidez del Principal. Al Führer no le gustaba que nadie intentara ante él tener soltura, y mucho menos ser brillante; lo consideraba una osadía inadmisibles. En presencia del Poder había que enmudecer respetuosamente. Un fulgurante Hendrik habría despertado sin duda disgusto en el Mesías de todos los germanos. El juicio del todopoderoso acerca de los confundidos y los amedrentados era suave.

—Un gran chico ese Hofgen —dijo el Poder.

El Presidente del Gobierno, que coleccionaba títulos para su persona como otros coleccionan mariposas o sellos, creyó que aquello mismo sería la mayor alegría para sus amigos, e hizo a Hofgen Académico del Reich, y lo ascendió a senador. En todas las instituciones culturales del Tercer Reich el Principal tenía un puesto importante. Con Casar von Muck y algunos caballeros uniformados, Hendrik presidía el Senado de la Cultura. La primera «velada de camaradería» de esta asociación tuvo lugar en Hendrik-Hall. El Ministro de Propaganda estuvo presente y se rió de oreja a oreja cuando la señorita Josy cantó uno de sus éxitos populares lo mejor que pudo. Nada menos que Casar von Muck acompañó a la cantante al piano. La comida también fue muy sencilla. Hendrik había pedido a su madre que no se sirviera más que cerveza y canapés de embutido.

Los caballeros uniformados quedaron decepcionados. Habían oído hablar a menudo del fabuloso lujo que dominaba en la villa del Principal. ¿De qué le servían los elegantes lacayos, si sólo pasaban rebanadas de pan como las que tenían en su casa? Todo el Senado de la Cultura habría caído en un cierto tedio si el Ministro de Propaganda no hubiera animado la reunión con su humor alegre. Ahora no sabían exactamente de qué hablar. La cultura era un tema muy alejado de los intereses de la mayoría de los senadores. Los uniformados estaban orgullosos de no haber leído ni un libro en su juventud, y se podían permitir el lujo de decirlo, ya que también lo

había hecho el Mariscal y Presidente del Reich, muy respetado, ya fallecido y sepultado en presencia del Führer... Cuando un escritor entrado ya en años, cuyos libros nadie leía por lo descomunally aburridos que eran, pero que gozaba oficialmente de alta consideración, propuso leerles un capítulo de su trilogía *Un pueblo se pone en marcha*, se produjo una situación de pánico. Varios de los uniformados se pusieron en pie y colocaron los puños sobre sus pistolas en un gesto mecánico, pero amenazador, la sonrisa del ministro se torció, Benjamin Pelz suspiró como si hubiera recibido un terrible golpe en el pecho, la señora Bella huyó a la cocina, Nicoletta soltó una risa chillona y nerviosa. La situación hubiera sido catastrófica si Hofgen no la hubiera salvado con su voz aduladora. «Sería maravilloso poder oír un largo y denso capítulo de la trilogía *Un pueblo se pone en marcha* — aseguró Hendrik con el rostro iluminado por la sonrisa canallesca—, pero ya era un poco tarde y aún quedaban muchas cosas urgentes y actuales que comentar, los espíritus no estaban lo suficientemente concentrados como para el disfrute de tan elevada poesía; él, Hofgen, se permitía proponer que para esta lectura se reunieran una noche, y así todos aparecerían con la calma interior deseable para tal acto. El pleno del Senado respiró, aliviado. El viejo poeta casi lloró por la decepción. El señor Müller-Andrea pasó a contar anécdotas sucias de aquel tiempo al que llamaba «los años de la corrupción» con un tono de verdadero disgusto. Eran algunas perlas de la famosa columna «¿Tenía usted idea de que...?». A lo largo de la velada se descubrió que el actor de carácter imitaba estupendamente tanto el ladrido de los perros como el cacareo de las gallinas. Lotte Lindenthal casi se cayó de la silla, de tanto reír, cuando Joachim imitó a un papagayo. Antes de separarse, Baldur von Totenbach, que era también senador y había acudido desde Hamburgo a esta sesión, propuso que cantaran en pie la canción de Horst-Wessel y juraran fidelidad al Führer por milésima vez. Todos lo encontraron un poco penoso, pero, por descontado, nadie se negó.

La prensa informó ampliamente sobre esa velada de camaradería cordial y llena de acontecimientos en casa del Principal. Sobre todo, los periódicos no perdieron ocasión de informar al público sobre los actos artísticos y patrióticos de Hendrik Hofgen. Lo colocaban entre los más corteses y activos «portadores de la voluntad alemana de cultura», y lo fotografiaron casi tanto como un ministro. Cuando los famosos de la capital recogían la «ayuda para el invierno» por las calles y en los locales, el Principal era de los que tenían casi tantos donantes como los señores del gobierno. Pero mientras que éstos estaban rodeados de detectives armados y agentes de la Gestapo, y el pueblo casi no se podía acercar a ellos con sus donativos, Hendrik se podía permitir moverse con libertad y sin protección. Lógicamente, se había buscado una zona en la que no tenía que preocuparse de entrar en contacto con el peligroso proletariado: realizaba la cuestación en la entrada del Hotel Adlon. Tampoco se le pasó por alto bajar a la cocina; todos los pinches tuvieron que echar

sus céntimos en la hucha en que Lotte Lindenthal acababa de poner con tiernos dedos un billete de cien marcos. El Principal se dejó fotografiar del brazo del elegante cocinero. La foto se publicó en la portada de la *Berliner Illustrierte*.

Totalmente llena de fotos de Hofgen apareció la prensa cuando se casó. Condujo a Nicoletta a casa, Müller-Andrea y Benjamin Pelz fueron los testigos, el Presidente del Gobierno mandó como regalo de bodas un par de cisnes negros para el pequeño estanque del parque de Hendrik-Hall. ¡Un par de cisnes negros! Los periodistas estaban fuera de sí por tanta originalidad; sólo algunas personas muy viejas —como la viuda del general— recordaron que en otros tiempos un gran amigo de las bellas artes había hecho el mismo regalo a su protegido: el Rey de Baviera Luis II al compositor Richard Wagner.

El propio Dictador envió un telegrama de felicitación a la pareja; el Ministro de Propaganda mandó una cesta de orquídeas, que tenían un aspecto tan venenoso, que parecía como si los destinatarios hubieran de aspirar la muerte con su aroma; Pierre Larue escribió una larga poesía francesa; Theophil Marder telegrafió su maldición; la pequeña Angelika, que por cierto acababa de tener un niño, lloró de nuevo, por última vez, su amor perdido; en todas las redacciones se escondió el material existente sobre Hofgen y la princesa Tebab, en el último y más secreto cajón; el doctor Ihrig dictó a su secretaria un artículo en el que calificaba a Nicoletta y a Hendrik de «una pareja *alemana* en el más bello y profundo sentido de la palabra», de «dos personas, juveniles pero ya maduras, de raza pura y de noble material, que sirven a la nueva sociedad con todas sus fuerzas». Sólo un periódico, al que se imputaban relaciones muy estrechas con el Ministerio de Propaganda, osó insinuar algo sobre el oscuro pasado de Nicoletta: la felicitaron por haber abandonado al «emigrante, hijo de judíos y bolchevique cultural», Theophil Marder, para participar activamente otra vez en la vida cultural de la nación. Fue una amarga píldora, aunque estuviera bien azucarada. El nombre de Theophil produjo una disonancia molesta en el bello concierto del artículo de felicitación.

Nicoletta emigró con baúles y cajas de sombreros desde la plaza de la Cancillería del Reich al Grunewald. La doncella que le ayudó a deshacer el equipaje, se asustó un poco cuando aparecieron las rojas botas altas; pero la joven señora le explicó con claridad que necesitaba semejante calzado para un traje de amazona.

—¡Me las pondré cuando haga la Penteseilea! —su voz sonó triunfal.

La doncella quedó tan intimidada por el nombre exótico como por el brillo de los ojos felinos de su señora, y se guardó de seguir preguntando.

Por la noche hubo en Hendrik-Hall una gran fiesta, ¡qué modesta fue la pequeña fiesta en casa del académico en comparación con esta solemne celebración! Radiantes de atractivo se movían Oberon y Titania entre la multitud de invitados. Se mantenían muy erguidos; él tenía el mentón alzado, ella recogía con gesto altivo la cola

metálica, crujiente, de su traje plateado, al que acompañaba con flores grandes y fantásticas de cristal en el pelo y en los hombros. El rostro de Nicoletta relucía por los fuertes colores artificiales; el de Hendrik parecía fosforecer en su palidez verdosa. Se notaba que la risa suponía para ellos un esfuerzo, incluso un martirio. La mirada fija parecía atravesar a las personas que los saludaban en su caminar orgulloso, como si fueran aire. Pero ¿qué veían detrás de aquellos fracs, de los condecorados uniformes y de los caros vestidos?, ¿qué veían sus ojos, vidriosos bajo los párpados semicerrados?, ¿qué sombras se les aparecían y qué triste poder tenían, para que la sonrisa se congelara en los labios de Hendrik y de Nicoletta hasta convertirse en una mueca de sufrimiento?

Quizá sus ojos tropezaron con la mirada inquisitiva de Barbara, que había sido su amiga y que ahora estaba lejos, en el extranjero, separada de ellos por abismos para los que ya no existían puentes, cumpliendo con su serio y duro deber. Quizá veían el rostro de mártir de Theophil Marder, que expiaba todos los pecados de soberbia y una arrogancia bufonescamente egocéntrica, miraba quejumbroso y airado a Nicoletta, que le había abandonado, y a su destino, elegido obstinadamente por él mismo. Quizá no veían el rostro de una persona determinada, sino, en un vago y agobiante esbozo, la imagen de su propia juventud, la suma de todo lo que hubieran podido ser y habían perdido en su ambición desaforada, la larga, ignominiosa historia de su traición; no sólo habían traicionado a los demás, sino también a sí mismos, a la parte más noble, mejor y más pura de su propio ser; la crónica amarga, infame y turbia de su degeneración, de su caída, que se presentaba como elevación en un mundo de rubios puros. Su elevación, así pensaba el estúpido mundo, los había llevado juntos hasta esta hora victoriosa de su matrimonio; en realidad era la hora que sellaba su derrota conjunta. Ahora se pertenecían para siempre el uno al otro, estos dos brillantes, fulgurantes, sonrientes personajes, como dos traidores, como dos criminales condenados a estar siempre juntos. La atadura que liga a un culpable con otro no podía ser el amor, sino el odio.

Mientras el Senado de la Cultura se reunía en veladas de camaradería; mientras los grandes del país organizaban cuestaciones en las entradas de los hoteles para los camaradas necesitados del pueblo, y con su producto se financiaba la propaganda del Tercer Reich en el extranjero; mientras se celebraban bodas, se cantaban canciones y se pronunciaban largos discursos, el régimen de la dictadura total, militante, altamente capitalista, seguía su espantoso camino. En las cunetas se apilaban los cadáveres.

Los extranjeros que pasaban una semana en Berlín y algunos días en provincias, los ingleses, los periodistas húngaros, o los ministros italianos, admiraban, sorprendidos, la impecable limpieza y el orden que reinaba en el humillado país. Les parecía que todo allí era bueno, que todo el mundo tenía una expresión alegre, y se

decían: el Führer es querido, el pueblo lo ama, no existe oposición. Entre tanto la oposición, inserta hasta en el propio corazón del Partido, se había hecho tan fuerte y amenazadora, que el terrible triunvirato —el Führer, el Gordo y el Cojo— tuvo que atacar por sorpresa. El hombre al que debía el dictador su ejército privado, al que el jefe de Propaganda había sonreído encantadoramente hasta el día antes, al que el jefe de Estado había llamado «su más fiel camarada», fue arrancado por el Führer en persona una noche de la cama, y un par de horas más tarde fusilado. Antes de que sonara el tiro, hubo entre el Mesías de todos los germanos y su más fiel camarada una escena poco corriente entre caballeros de tan alto nivel. El más fiel camarada gritó al Mesías:

—Tú eres el miserable, el traidor: ¡tú lo eres!

Se permitió tal sinceridad al darse cuenta de que su hora final había llegado. Con él tuvieron que morir cientos de miembros del partido, que se habían vuelto demasiado reticentes. Al tiempo fueron asesinados también algunos cientos de comunistas y, como matar lo hacían a lo grande, el Gordo, el Cojo y el Führer hicieron liquidar a todos aquellos contra los que tenían personalmente algo, o de los que podían temer algo en el futuro: generales, escritores, antiguos primeros ministros, ya pensionados; no se establecieron diferencias, a veces mataron con ellos a sus mujeres, tenían que caer muchas cabezas, el Führer lo había anunciado ya, ahora había llegado el momento. Una pequeña «acción de depuración», se dijo después. Los lores y los periodistas encontraron maravillosa la energía del Führer: era un hombre suave, amante de los animales, no tocaba la carne, pero podía ver reventar a sus más fieles camaradas sin inmutarse. Pareció que después de la orgía de sangre el pueblo amaba más al enviado de Dios. Solos y desamparados quedaban en el país aquellos que sentían asco y horror: «Yo veré —se había quejado una vez el Doctor Fausto—, tendré que ver cómo se alaba a los desvergonzados asesinos.»

Cayeron las cabezas de nobles muchachas jóvenes a las que se acusaba de haber contado algo que el Estado quería mantener en secreto. ¡Fuera las cabezas! Esta vez fueron dos tiernas cabezas femeninas. Cayeron cabezas de hombres que no tenían más culpa que no querer abjurar de sus ideas socialistas —también el Mesías que los hizo asesinar se llamaba socialista. El Mesías pretendía, afirmaba amar la paz, y hacía torturar a los pacifistas. Fueron asesinados, sus cenizas llegaron a sus familias en urnas precintadas con la observación de que el «cerdo pacifista» se había ahorcado, o que le habían disparado cuando intentaba huir. La juventud alemana aprendió a utilizar la palabra «pacifista» como insulto; ya no necesitaba leer a Goethe o a Platón, aprendió a disparar, a tirar bombas, a divertirse en los ejercicios nocturnos en el campo de tiro; si el Führer hablaba de paz, la juventud comprendía que era una broma. Esta juventud militarmente organizada, disciplinada, adiestrada no conocía más que una meta, sólo tenía una perspectiva: la guerra revanchista, la guerra de

ataque: Alsacia-Lorena es alemana, Suiza es alemana, Dinamarca es alemana, Checoslovaquia es alemana, Ucrania es alemana, Austria es tan especialmente alemana, que no hay que ponerlo en duda, Alemania tiene que recuperar sus colonias, todo el país se convierte en un campamento del ejército, la industria de armamento florece, es la total movilización permanente, y el extranjero contempla este espectáculo como hechizado, impotente, aterrado, como el conejo a la serpiente que lo va a tragar inmediatamente.

También hay diversiones bajo la dictadura. «Con fuerza y con alegría» es el lema. Se organizan fiestas populares, el Sarre es alemán: una fiesta. El Gordo se casa por fin con la Lindenthal y se deja hacer regalos por valor de millones: una fiesta. Alemania se retira de la Sociedad de Naciones, Alemania ha conseguido su soberanía militar: puras fiestas. Cada ruptura de tratado es una fiesta, sea el de Versalles o el de Locarno, y una fiesta es también el obligado «plebiscito» que viene a continuación. Fiestas populares prolongadas son la persecución de los judíos o la denigración pública de las muchachas que «han injuriado a la raza» con ellos; la persecución de los católicos, de los que ahora se sabe que nunca fueron mejores que los judíos, y contra los que se montan ridículos «procesos de divisas» por bagatelas, mientras que los dirigentes nacionalistas evaden gigantescas cantidades; la persecución de la «reacción», de cuya entidad nadie tiene una idea clara. El marxismo está exterminado, pero aún es un peligro y da motivo a procesos multitudinarios—, la cultura alemana está «limpia de judíos», pero es tan yerma, que nadie quiere saber nada de ella; falta la mantequilla, pero los cañones son más importantes; en el 1 de Mayo, antes fiesta del proletariado, un doctor borracho —cadáver embebido en champaña— cuenta algo sobre la alegría de vivir. ¿No se cansará este pueblo de tantos y tantos dudosos acontecimientos festivos? Quizá esté ya cansado, quizá suspire. Pero el ruido de los megáfonos y micrófonos cubre sus quejas.

El régimen sigue su horroroso camino. En la cuneta se amontonan los cadáveres.

Quien se rebelaba, ya sabía a qué se arriesgaba. El que decía la verdad, tenía que contar con la venganza de los mentirosos. Quien intentaba difundir la verdad y luchaba a su servicio, estaba amenazado con la muerte y con todos los horrores que solían anteceder a la muerte en las cárceles del Tercer Reich.

Otto Ulrichs había llegado demasiado lejos. Sus compañeros políticos le encargaban las tareas más difíciles y peligrosas. Pensaban que su posición en el Teatro Nacional le protegía hasta un cierto grado, o más bien, esperaban que así fuera. De todos modos, su situación era más favorable que la de algunos de sus camaradas, que vivían en escondites y con nombres falsos, siempre huyendo de los agentes de la Gestapo, perseguidos por la policía como criminales: perseguidos como ladrones o como asesinos en un país que estaba en poder de asesinos y ladrones. Otto Ulrichs podía atreverse a cosas que hubieran supuesto la ruina segura para sus

amigos. Pero se arriesgó demasiado. Una mañana lo apresaron.

En aquellos momentos estaban preparando en el Teatro el *Hamlet*. El Principal hacía de Hamlet, y Ulrichs, de Hoffmann Guildenstern. Cuando no se presentó al ensayo sin haber avisado, Hofgen se asustó, pues al punto supo, o intuyó, lo que había sucedido. Se retiró del ensayo antes de lo previsto, y la compañía siguió trabajando sin él. Cuando se enteró por la casera de Otto de que tres hombres de paisano se lo habían llevado por la mañana temprano, se puso en contacto con el palacio del Presidente. El Gordo se puso personalmente al teléfono, pero se mostró parco y como distraído cuando Hendrik le preguntó si sabía algo sobre la detención de Ulrichs. El general de aviación contestó que no sabía nada.

—Yo no soy el encargado de este caso —dijo, algo nervioso—, Si nuestra gente ha encerrado al chico, será porque habrá cometido algún crimen. Yo desconfié de él desde un principio. Y ese Sturmvogel era un antro de lo peor.

Cuando Hendrik osó preguntar aún si no se podía hacer nada para aliviar la situación de Ulrichs, el Gordo se disgustó.

—¡No, no, amigo, no se meta en esto! —advirtió—. Más valdría que vigilara sus propios asuntos.

Esto sonó como una amenaza. Tampoco la insinuación sobre el Sturmvogel, donde el mismo Hofgen se había presentado como «camarada», había sido hecha en tono agradable. Hendrik comprendió que se arriesgaba a perder el favor del poderoso si en aquellos momentos se seguía preocupando por el destino de su viejo amigo. «Dejaré pasar un par de días», decidió. «Cuando encuentre al Gordo de mejor humor, intentaré con toda precaución mencionar de nuevo el asunto. Ya sacaré a Ulrichs de la Casa Columbia o del campo de concentración. ¡Pero esta vez se acabó! Al chico lo mando al extranjero. Podría acarrearle graves problemas con su falta de precaución, con su sentido infantil de lo heroico...» Hendrik se inquietó cuando dos días después seguía sin tener noticias de Ulrichs. No se atrevió a molestar al Presidente del Gobierno otra vez por teléfono. Después de meditarlo durante algún tiempo, decidió llamar a Lotte.

La bondadosa mujer del gran hombre le dijo primero que se alegraba de poder oír su voz. Él le aseguró, algo aburrido, que le sucedía lo mismo en cuanto a la suya. Y por cierto, en esta ocasión tenía aún otro motivo para llamarla.

—Me preocupa Otto Ulrichs.

—¿Por qué esa preocupación? —dijo la trigueña desde su locador rococó—. Está muerto.

Se sorprendió y le pareció casi curioso que Hendrik no lo supiera.

—Está muerto... —repitió Hendrik en un susurro.

Ante la extrañeza de la esposa del general, colgó el teléfono sin haberse despedido de ella.

Hendrik se hizo conducir en seguida al palacio del Presidente. El poderoso lo recibió en su despacho. Llevaba una fantástica bata, guarnecida de armiño en los puños y solapas. A sus pies descansaba un terrible dogo. Sobre su escritorio brillaba, encima de un paño negro, una espada ancha y roma. Sobre un pedestal de mármol había un busto del Führer, cuyos ojos ciegos miraban fijamente dos fotografías: una representaba a Lotte Lindenthal como Minna von Barnhelm, la otra a aquella dama escandinava que en una ocasión había conducido al aventurero herido por toda Italia, y sobre cuya urna se alzaba un enorme panteón con brillante cúpula de mármol y piedra dorada, con la cual el viudo dijo expresar su agradecimiento, cuando en realidad había levantado un monumento a su propia vanidad.

—Otto Ulrichs está muerto —dijo Hendrik, de pie, junto a la puerta.

—Efectivamente —contestó el Gordo desde el escritorio.

Como viera en el rostro de Hendrik una palidez que parecía el reflejo de una llama blanca, añadió:

—Parece que se trata de un suicidio —y lo dijo sin rubor.

Hendrik vaciló un segundo. Con un movimiento incontrolado, que expresaba demasiado claramente su horror, se llevó la mano a la frente. Fue quizás el primer gesto sincero, sin estilizar, que el Presidente vio en el actor Hofgen. El gran hombre quedó decepcionado por tal falta de comedimiento en su favorito. Se levantó, enderezó su temible estatura. Con él se levantó el espantoso dogo, que gruñó.

—Ya le di un buen consejo —dijo amenazador—, y lo repito ahora, aunque no es mi costumbre decir dos veces lo mismo. ¡No se meta en esas cosas!

Horrorizado, Hendrik sintió la proximidad del abismo, en cuyo borde se movía constantemente y al fondo del cual podía empujarle el obeso gigante, si se lo proponía.

El Presidente del Gobierno estaba en pie con la cabeza encogida; en su nuca de toro surgieron dos profundas arrugas. Sus ojos brillaban, los párpados estaban inflamados y el blanco de los ojos había enrojecido, como si a la cabeza del tirano le hubiera subido una oleada de sangre, que ahora le enturbió la mirada.

—No es un asunto limpio. Ese Ulrichs estaba metido en cosas sucias, tenía razones para suicidarse. El Principal de mi Teatro Nacional no debería interesarse por un hombre acusado de alta traición al Estado.

El general gritó la palabra «alta traición». Hendrik sintió un mareo, tan cerca vio ahora el abismo. Para no caer, se agarró al respaldo del pesado sillón Renacimiento. Cuando pidió permiso para retirarse, el Presidente le despidió con un desagradable gesto de cabeza.

En el teatro nadie se atrevió a hablar del «suicidio» del colega Ulrichs. De alguna secreta e incontrolada manera, supieron todos cómo había muerto. No había sido ajusticiado, sino torturado hasta la muerte. Sin misericordia alguna, habían intentado

por medio de tormentos conseguir los nombres de sus amigos y colaboradores. Pero él había permanecido imperturbable. La furia y la decepción de la Gestapo fueron enormes; tampoco en el piso de Ulrichs habían encontrado indicio alguno, no había ningún escrito, ni una nota, ni una dirección. No tanto con la esperanza de sacarle algo, sino más bien para castigarlo, fueron aumentando las torturas. Quizá los verdugos no recibieron orden expresa de matarlo, pero la víctima se les murió entre las manos durante el tercer «interrogatorio». Su cuerpo ya no era más que una máscara sangrienta, y su madre, su pobre madre, que vivía en algún lugar de provincias y enloqueció de dolor cuando le comunicaron su «suicidio», no hubiera reconocido el rostro hinchado, abierto, rasgado, sucio de pus, sangre y heces, que había sido el rostro humano de su hijo.

—¿Te afecta, Hendrik? —se informó Nicoletta, con una curiosidad extrañamente fría y, al parecer, casi burlona—. ¿Te obsesiona?

Hendrik no se atrevió a responder a su mirada.

—Hacía tanto tiempo que nos conocíamos... —dijo en voz baja, como si se estuviera disculpando.

—Él supo siempre lo que arriesgaba —explicó Nicoletta—, Cuando se juega, hay que admitir la posibilidad de perder.

Hendrik, para el que la conversación se estaba haciendo penosa, murmuró aún, por contestar algo.

—¡Pobre Otto!

—¿Por qué pobre? —añadió cortante ella—. Él ha muerto por una causa que le parecía buena. Quizá sea envidiable.

Después de una pausa apuntó, soñadora:

—Voy a escribir a Marder para contarle la muerte de Otto. Marder admira a los hombres que arriesgan su vida por una idea fija. Admira a los que perseveran. Quizás opine que ese Ulrichs ha sido una personalidad y ha tenido disciplina.

Hendrik hizo con la mano un movimiento de impaciencia.

—Otto no era una personalidad especial. Era un hombre sencillo, un simple soldado de una gran causa...

Enmudeció y por su rostro pasó un ligero rubor. Se avergonzó de sus propias palabras. Sentía vergüenza, porque había utilizado palabras que, a través de la muerte de Otto, habían recobrado para él toda su gravedad. Como él percibió en otros momentos el peso y la dignidad de aquellas palabras, ahora, en este corto momento, las entendía; y sentía que las profanaría si las pronunciaba con sus labios. Notó que aquellas graves palabras sonaban en él como una burla.

Nadie pudo asistir al entierro del actor Otto Ulrichs, que había puesto fin a su vida «libremente y por miedo a la justa condena del Tribunal Popular». El Estado había enterrado su deformado cadáver como el de un perro degenerado. Pero la

madre del difunto, una piadosa católica, envió dinero para el féretro y para una pequeña lápida. En una carta, casi ilegible por las manchas de lágrimas y de grasa, pedía que le concedieran a su hijo un entierro cristiano. La Iglesia tuvo que negarse: el féretro de un suicida no puede ir acompañado de ningún sacerdote. En su pobre cuarto la anciana rezó por el hijo perdido. «El no creyó en Ti, Dios mío, y pecó mucho. Pero no era malo. Fue por un mal camino no por obstinación, sino por considerarlo el correcto. Todos los caminos que se siguen con sana intención tienen que acabar en Ti, Dios mío. Tú le perdonarás y le librarás de la condenación eterna. Pues Tú lees en los corazones. Padre eterno, y el corazón de mi confuso hijo era puro.»

Por cierto, a la pobre mujer no le hubiera sido posible reunir dinero para el féretro y la lápida, pues no tenía nada, ni un céntimo, ningún objeto susceptible de convertirse en dinero. Vivía de remendar lencería usada, a menudo pasaba hambre, y como Otto ya no la podía ayudar, la vida ahora, para ella, iba a ser aún peor. Un amigo del difunto, que no dio su nombre, había enviado el dinero desde Berlín, con instrucciones exactas de cómo debía hacerlo llegar a su destino. «Discúlpeme que no diga mi nombre —escribió el desconocido—, Usted comprenderá y aceptará las causas que me obligan a tomar esta precaución.»

La anciana no entendió nada. Lloró un poco, se maravilló, sacudió la cabeza, rezó y envió el dinero que acababa de recibir desde Berlín otra vez allá. «En las ciudades parecen haberse vuelto locos», pensó. «¿Por qué tiene que viajar el dinero a través de media Alemania, si está en Berlín y debe ser pagado en Berlín? Pero seguro que es una buena persona la que ha hecho esto por mi Otto, una buena y piadosa persona.» Y decidió rezar por el desconocido donante.

Así se pagaron el féretro y la lápida del revolucionario asesinado, con parte del gran sueldo que el Principal recibía del Estado nacionalsocialista. Esto fue lo último que Hendrik Hofgen pudo hacer por su amigo Otto Ulrichs. Fue la última ofensa que le infirió. Pero Hendrik experimentó una sensación de alivio después de haber mandado el dinero a la madre de Ulrichs. Ahora se había tranquilizado un poco su conciencia, y en la esquina de su corazón donde él contabilizaba sus «contraseguros» hubo de nuevo un saldo positivo, la tensión de los últimos días desapareció. La presión lo abandonó. Consiguió concentrar su energía en el Hamlet.

Este papel le ofrecía dificultades para las que no estaba preparado. ¡Con qué superficialidad había improvisado en Hamburgo al príncipe danés! El buen Krogé había rabiado y quiso retirar la obra el mismo día del ensayo general.

—¡No acepto en mi casa semejantes porquerías! —había gritado el viejo precursor de un teatro intelectual. Hendrik lo recordó con una sonrisa.

Ahora no había ya nadie que se atreviera a hablar de «porquerías» en su presencia. Pero cuando estaba solo y nadie podía oír, suspiraba Hendrik:

—¡No lo conseguiré!

Del Mefisto se había sentido seguro en cada palabra y en cada gesto. Pero el Príncipe de Dinamarca era esquivo, se le negaba. Hendrik luchó con él.

—¡No te suelto! —gritó el actor.

Hamlet le contestó, vuelto de espaldas, triste, burlón, infinitamente altivo.

—Te asemejas al fantasma que sobrentiendes: no a mí.

El comediante gritó al príncipe:

—¡Te tengo que representar! Si fracaso contigo habré fracasado totalmente. Eres la prueba de fuego de la que quiero salir airoso. Mi vida entera, todos mis pecados, mi gran traición y toda mi vergüenza sólo los puedo justificar con mi arte. Pero sólo seré un artista si soy Hamlet.

—Tú no eres Hamlet —le respondió el príncipe—. Tú no posees la decencia que sólo se alcanza por medio del sufrimiento y del agradecimiento. No has sufrido bastante, y lo que tú has honrado no tenía para ti otro valor que un título atractivo y unos altos honorarios. Tú no eres decente, eres un simio del poder y un payaso para el entretenimiento de los asesinos. Por cierto, tampoco tienes el aspecto físico de Hamlet. Mira tus manos. ¿Son manos ennoblecidas por el sufrimiento y el reconocimiento? Tus manos son toscas, aunque las coloques como si fueran finas y góticas. Además estás demasiado gordo. Siento tenértelo que decir, pero ¡qué horror! un Hamlet con estas caderas...

Aquí se rió el príncipe, hueco y burlón, desde la lejanía mítica de su fama eterna.

—¡Tú sabes que aún puedo parecer delgado en escena! He mandado diseñar un traje con el que ni mi peor enemigo podría descubrir mis gruesas caderas. Es una maldad por tu parte recordármelo ahora, ahora que estoy nervioso aún sin necesidad de ello. ¿Por qué quieres irritarme? ¿Tanto me odias?

—No te odio en absoluto —el príncipe encogió los hombros con desprecio—. No tengo ninguna relación contigo. No eres de los míos. Querido, pudiste elegir entre la decencia y tu carrera. Ahora, te has decidido. ¡Sé feliz, pero déjame tranquilo!

Y la delgada figura empezó a desvanecerse.

—¡No te soltaré! —susurró aún el comediante, extendiendo las manos, sobre las que la sombra se había expresado tan despectivamente, hacia el príncipe. Pero asíó el vacío.

—¡Tú no eres Hamlet! —aseguró la voz insolente, altiva, desde la lejanía.

No era Hamlet, pero lo representó. Su rutina no lo abandonó.

—Será maravilloso —le aseguraron tanto los colegas como el director.

Frente a los periodistas se expresó en éstos términos:

—Hamlet no es débil. Generaciones enteras de actores se han equivocado al entenderlo como un tipo femenino. Su melancolía no procede de un tedio vacío, tiene causas plausibles. El príncipe se presenta sobre todo como vengador de su padre. Es

un hombre del Renacimiento, aristocrático y no carente de cinismo. A mí me interesa sobre todo atenuar los rasgos doloridos, llorosos, con los que una lectura convencional lo ha lastrado.

El director, los colegas y los periodistas lo encontraron nuevo, audaz e interesante. Benjamin Pelz, con el que Hendrik había tenido largas conversaciones sobre Hamlet, estaba entusiasmado de su concepción.

—Únicamente como su genio lo siente y comprende es Hamlet soportable para nosotros, hombres cínicos de acción —dijo Pelz.

La imagen que dio Hofgen de Hamlet fue la de un teniente prusiano con rasgos neurasténicos. Toda la acentuación con la que quería cubrir su hueca interpretación fue desmedida y chillona. En una escena permaneció firme para desmayarse aparatosamente en la siguiente. En lugar de quejarse, gritó y saltó. Su risa sonaba como un chillido, sus movimientos fueron convulsivos. La profunda y misteriosa melancolía que había tenido en el Mefisto sin siquiera intentarlo, sin representar, sino siguiendo leyes inconscientes, enigmáticas para él mismo, le faltaba a su Hamlet. El gran monólogo lo sacó perfectamente, pero no hizo más que «sacarlo». Cuando pronunció la queja:

*¡Oh, si esta carne demasiado sólida se derritiera,  
se deshiciera y se fundiera en rocío!*

le faltaron la música y la dureza, la belleza y la confusión; no se sentía el sufrimiento y la meditación pasados antes de que las palabras llegaran a los labios; ni sentimiento ni reconocimiento ennoblecieron las palabras: quedó como coqueto lamento, pequeña queja enfadada y presumida.

A pesar de todo, el estreno de *Hamlet* fue un gran éxito. El nuevo público berlinés juzgó al actor menos por la pureza e intensidad de su creación artística que por su relación con el poder. Por cierto que toda la escenificación estaba dirigida a impresionar al patio de butacas, lleno de altos cargos militares y heroicos profesores con sus no menos heroicas damas. El director había acentuado tosca y demostrativamente el carácter nórdico de la tragedia shakespeariana. La acción se desarrolló delante de unos decorados masivos que también hubieran podido servir como fondo al Cantar de los Nibelungos. Sobre el escenario, que estaba en penumbra, hubo siempre ruido de espadas y gritos ásperos. En medio de estos tipos, Hendrik se movía con trágico amaneramiento. En una ocasión se permitió la broma de quedarse sentado, inmóvil, en una mesa, mostrando sus manos al conmovido público. El rostro en la oscuridad, las manos, maquilladas en blanco e iluminadas por los focos, sobre el tablero negro de la mesa. El Principal presentaba sus manos como maravillosas: esto lo hacía en parte por arrogancia, para ver hasta dónde podía llegar, y en parte para mortificarse a sí mismo, pues sufría con la exhibición de sus anchas, ordinarias

manos.

—Hamlet es el drama germano representativo —había anunciado Ihrig, inspirado por el Ministerio de Propaganda—. El príncipe danés es uno de los grandes símbolos del hombre alemán. En él vemos reflejada una parte de nuestra esencia profunda. Holderlin dijo de nosotros:

*Pues vosotros, alemanes, también vosotros sois  
pobres en hechos y ricos en pensamiento.*

Hamlet es también un *peligro* de la personalidad alemana. Pues la hora exige de nosotros actuar, no sólo pensamiento y reflexión corrosiva. La Providencia, que nos ha enviado al Führer, nos obliga a actuar en interés de la comunidad nacional, de la que Hamlet, un típico intelectual, se inhibe y se aleja en sus pensamientos.

En general se llegó a la idea de que Hofgen hizo patente en su representación de Hamlet el conflicto trágico entre voluntad de acción y profundidad de pensamiento, que distingue al alemán del resto de los seres vivos de tan interesante manera. Pues él representaba al príncipe como un emprendedor con problemas nerviosos, ante un público que comprende plenamente tanto el carácter emprendedor como los ramalazos neuróticos.

El Principal, cuyo traje estaba confeccionado a propósito para que pareciera juvenil y delgado de caderas, tuvo que saludar varias veces. Junto a él hacía reverencias su joven esposa, Nicoletta Hofgen, que hizo una Ofelia algo curiosa y envarada, pero impresionante, sobre todo en la escena de la locura.

El Presidente del Gobierno, resplandeciente de púrpura, oro y plata, y su Lotte, suavemente brillante de azul celeste, estaban juntos en el palco y aplaudían con entusiasmo. Así se reconcilió el poderoso con su bufón de corte: Mefistófeles—Hendrik lo apreció agradecido. Bello y pálido en su traje de Hamlet, se inclinó ante la pareja. «Lotte está otra vez enamorada de mí», pensó, llevándose la mano al corazón con gesto agotado, pero bien perfilado. Su gran boca roja, maquillada con sublime cuidado, mostró una sonrisa conmovida; bajo los arcos redondos, negros que formaban las cejas, sus ojos lanzaron miradas conquistadoras, luces dulces y frías; el rasgo de sufrimiento cansado en las sienes transformaba su rostro y hacía que pareciera conmovedor su encanto desalmado. La señora del general le saludó con su pañuelito de seda, del mismo color azul celeste del vestido. El general sonrió. «Soy de nuevo su favorito», pensó Hamlet, aliviado.

Rechazó todas las invitaciones, se disculpó alegando su enorme cansancio y se hizo conducir a casa. Cuando se encontró solo en su despacho, se dio cuenta de que no podría dormir. Estaba deprimido y excitado. El gran aplauso no le había hecho olvidar su fracaso. Era bueno e importante contar de nuevo con el favor del Gordo, por el que había temblado. Pero ni siquiera ese éxito esencial y significativo de la

velada le podía consolar del fracaso que habían padecido su exigencia y su soberbia. «Yo no he sido Hamlet», pensó apesadumbrado. «Los periódicos asegurarán que he sido el príncipe de los daneses pulgada a pulgada. Pero mentirán. Estuve mal, equivocado. Aún puedo juzgarme a mí mismo. Cuando me acuerdo del tono aflautado con que declamé *ser o no ser*, me estremezco...»

Se dejó caer en un sillón, cerca de la ventana. El libro que había cogido le enervó, y lo puso a un lado; era «*Les fleurs du mal*» y le recordó a Juliette.

Desde la ventana se veía el jardín, del que venía humedad y un agradable aroma. Hendrik temblaba, se cerró la chaqueta del pijama sobre el pecho. ¿En qué mes estaba? ¿Abril, o ya mayo? Sintió de repente con amargura no haber disfrutado del principio de la primavera y su bella transformación en verano. «Este condenado teatro», pensó dolorido, «me consume. Por su culpa me pierdo la vida.»

Estaba sentado, con los ojos cerrados, cuando le interpeló una voz áspera:

—¡Hola, señor Principal!

Hendrik saltó del susto.

Desde el jardín, un hombre había escalado hasta su ventana: una acrobacia, pues no había espaldar. Su figura apareció enmarcada hasta el pecho en la ventana. Hendrik estaba muy asustado. Dudó unos segundos si se trataba de un espejismo, producto de sus excitados nervios. Pero no, el hombre no tenía apariencia de alucinación. Decididamente, era un ser vivo. Llevaba una sucia gorra con visera y una sucia blusa azul. La parte superior de su rostro permanecía en la sombra. La inferior estaba cubierta por una espesa barba rojiza.

—¿Qué quiere usted? —gritó Hofgen, tanteando para encontrar el timbre que había encima de la mesa.

—¡No grites así! —dijo el hombre, cuya voz no carecía de cierta bondad áspera—. No te voy a hacer nada.

—¿Qué quiere usted de mí? —repitió Hendrik en voz más baja.

—Sólo vengo a traerte saludos. Saludos de Otto.

El rostro de Hendrik se puso pálido como el pañuelo de seda que llevaba al cuello.

—No sé de qué Otto me habla —su voz casi no tenía tono.

La carcajada que le respondió desde la ventana resultó verdaderamente horripilante.

—¿Apostamos a que caes en quién es? —el visitante formuló la pregunta en un amenazador tono de chanza. Pero se puso totalmente serio para continuar—. En la última nota que recibí de Otto estaba escrito literalmente que te saludáramos. No creas que he venido por gusto. Pero nosotros respetamos los deseos de Otto.

Hendrik sólo pudo susurrar:

—¡Llamaré a la policía si no desaparece al instante!

La risa del hombre se hizo casi una carcajada.

—¡Serías capaz, compañero!

Hendrik, tan disimuladamente como le fue posible, abrió el cajón del escritorio, sacó un revólver y lo deslizó en su bolsillo. Tenía la esperanza de que el hombre no lo notara, pero éste le dijo mientras retiraba la gorra de su frente con gesto despectivo:

—Podías haber dejado el juguete en el cajón, «Señor Principal». Apretar el gatillo sólo te causaría más dificultades. ¿De qué tienes miedo? Te acabo de decir que esta vez no te haré nada.

El hombre era mucho más joven de lo que creyó al principio, Hendrik se dio cuenta de ello cuando se quitó la gorra. Tenía un bello rostro salvaje, con pómulos anchos, esclavos, y ojos extraordinariamente claros, verdes. Las cejas y las pestañas eran del mismo color rojizo que la espesa y fuerte barba. También la piel tenía un intenso color rojo teja, como el de la gente que trabaja todo el día al aire libre o que toma frecuentemente baños de sol.

«Quizá esté loco», pensó Hendrik, y esta idea, a pesar de ofrecer perspectivas poco prometedoras, tuvo para Hendrik algo de calmante, de consolador. «Es posible que esté loco. Una mente sana no me haría una visita así, que le podría costar la vida y no es de provecho para nadie. Ningún ser razonable arriesga tanto sólo para asustarme un poco. No es lógico que Otto se lo haya encargado. Otto no gustaba de excentricidades. Sabía que necesitamos nuestras energías para cosas más serias...»

Hendrik se había acercado a la ventana. Habló al hombre como si se tratara de un enfermo, pero le pareció aconsejable conservar el revólver dentro del bolsillo de la bata.

—¡Márchese, hombre! ¡Se lo aconsejo, por las buenas! Un criado podría verlo desde abajo. En cualquier momento puede entrar mi mujer, o mi madre. Se está exponiendo por nada. ¡Váyase! —gritó Hendrik, nervioso, pues la figura de la ventana permanecía inmóvil.

El hombre, en lugar de escuchar los bienintencionados consejos de Hendrik, contestó con voz muy tranquila y mucho más profunda:

—Cuenta a tus amigos del gobierno que Otto me mandó decir, una hora antes de su muerte: «Estoy más firmemente convencido de nuestra victoria que nunca.» En esos momentos todo su cuerpo estaba ya destrozado, y casi no podía hablar, porque tenía la boca llena de sangre.

—¿Cómo sabe eso? —la respiración de Hendrik se aceleró.

—¿Que cómo lo sé? —el visitante rió de nuevo—. Por un hombre de las S. A que estuvo junto a él hasta el final, y que realmente es de los nuestros. Él anotó todo lo que Otto dijo durante su última hora. «Venceremos», repitió. «Cuando uno ha llegado tan lejos como yo ahora, ya no se puede confundir», dijo. «Venceremos.»

El visitante, apoyados los dos brazos en el antepecho de la ventana, inclinó el

torso hacia delante y observó amenazadoramente al dueño de la casa con sus brillantes ojos verdes, que quizá fueran los ojos de un loco.

Hendrik se retiró herido por aquellos ojos como por una llama y dijo, jadeante:

—¿Por qué me cuenta todo esto?

—Para que tus amigos se enteren —respondió con una alegría áspera en la voz—. ¡Para que los grandes traidores lo sepan! ¡Para que lo sepa el Presidente del Gobierno!

Hendrik estaba perdiendo los nervios. Sus gestos eran curiosamente convulsivos: sus manos subieron hasta la cara para caer de nuevo, también sus labios temblaban, y sus ojos giraban en las órbitas.

—¿Qué significa todo esto? —Hendrik tenía espuma en la comisura de los labios—, ¿Qué intenta conseguir con esta broma teatral? ¿Quiere hacerme chantaje? ¿Quiere dinero? ¡Tome! —Pero en su bolsillo no había dinero, sólo un revólver—, ¿O no intenta más que atemorizarme? ¡No lo va a conseguir! ¡Usted cree que tiemblo ante la posibilidad de que lleguen ustedes al poder! —El Principal hablaba con labios blancos, temblorosos, mientras cruzaba la habitación con pasos que casi eran saltos—. ¡Todo lo contrario! —se quedó en pie en medio del cuarto—. ¡Entonces sí que seré grande! ¿Acaso cree usted que no me he asegurado para un caso así? ¡Ja, ja! —su voz sonó históricamente triunfante—. ¡Estoy muy bien relacionado con vuestro círculo! ¡El Partido Comunista me aprecia, me estará agradecido!

Una risotada irónica respondió:

—¡Eso quisieras tú! ¡En buenas relaciones con nosotros! ¡Tan cómodo, amiguito, así de cómodo, no os lo vamos a poner! Hemos aprendido a ser irreconciliables, señor Principal. Si he subido hasta aquí ha sido sólo para informarte de que hemos aprendido a ser irreconciliables. Nuestra memoria es muy buena, ¡muy brillante es nuestra memoria, amiguito! ¡No olvidaremos a nadie! ¡Sabemos a quiénes tenemos que colgar los primeros!

—¡Váyase al diablo! Si en cinco segundos no se ha ido, llamaré a la policía, y entonces veremos a quién colgarán antes.

En su furia temblorosa quiso tirar algo al intruso, pero no encontró nada que le pareciera adecuado, y se arrancó las gafas, y con un gesto brusco las arrojó en dirección a la ventana. Pero el tiro no acertó, y las gafas se rompieron contra la pared.

El terrible huésped había desaparecido. Hendrik corrió hacia la ventana y gritó en dirección al oscuro jardín.

—¡Yo soy absolutamente imprescindible! ¡El teatro me necesita, cualquier régimen necesita al teatro! ¡Ningún régimen podrá prescindir de mí!

No recibió respuesta; no había la menor huella del escalador con la barba roja. Era como si el oscuro jardín se lo hubiera tragado. El jardín nocturno crujía con sus árboles negros, sus negros arbustos, sobre los cuales las blancas flores tenían un brillo

mate. El jardín envió sus aromas y su refrescante aliento. Hendrik se secó la frente húmeda. Se inclinó, recogió las gafas y vio con disgusto que estaban rotas. Despacio y con paso vacilante atravesó la habitación, tanteando y agarrándose a los muebles como un ciego; sus ojos, aún turbios de miedo, echaban a faltar las acostumbradas gafas.

Mientras se dejaba caer en uno de los sillones bajos y anchos, notó lo infinitamente cansado que estaba. «¡Qué noche!», pensó, compadeciéndose a sí mismo al recordar lo que había tenido que soportar. «Cosas así derriban al más fuerte.» Y apoyó el rostro húmedo en las manos. «Y yo no soy el más fuerte.» Sería agradable poder llorar un poco. Pero no quiso derramar lágrimas que nadie iba a ver. Después de todos los sustos pasados, creyó tener derecho a la proximidad consoladora de un ser amado.

«Los he perdido a todos», se lamentó. A Barbara, mi ángel bueno, a la princesa Tebab, la oscura fuente de mi fuerza, y a la señora von Herzfeld, la fiel amiga, e incluso a la pequeña Angelika. A todos los he sacrificado. En su tristeza le pareció que Otto Ulrichs era digno de envidia; ya no tenía que sufrir más, había sido redimido de la soledad en esta vida amarga. Sus últimos pensamientos fueron dictados por su fe y su seguridad orgullosa. ¿No era Miklas también envidiable? Miklas, el obstinado pequeño enemigo. Todos los que podían creer merecían ser envidiados, y doblemente envidiables eran aquellos que habían dado la vida por su propia creencia...

¿Cómo podría superar esa noche? ¿Cómo podría escapar de aquella hora llena de confusión, de miedo y de una nostalgia que vagaba en el vacío y parecía próxima a la locura? Hendrik pensó que no podría aguantar la soledad ni siquiera unos minutos más.

Sabía que arriba, en el tocador, le esperaba Nicoletta, su mujer. Seguramente llevaba, bajo la ligera bata de seda, las suaves botas altas de piel roja. La fusta, que estaba sobre la mesita, junto a polveras, cremas y frascos, era de color verde. Juliette tenía fusta roja y botas verdes...

Hendrik podía subir con Nicoletta. Ella le sonreiría sinuosamente al saludarlo; haría brillar los ojos de gato y diría algo ingenioso, perfectamente articulado. Pero no, no era eso lo que Hendrik necesitaba ahora con urgencia.

Dejó caer las manos. Su vista turbia intentó orientarse en la penumbra de la habitación. Con dificultad logró distinguir la biblioteca, las grandes fotografías enmarcadas, las alfombras, los bronce, floreros y pinturas. Sí, todo esto tenía un aspecto muy elegante. Él había llegado lejos, nadie lo podía negar. El Principal, Académico del Reich y Senador, recién aplaudido como Hamlet, descansa en el confortable despacho de su magnífica residencia...

Hendrik gimió de nuevo. Entonces se abrió la puerta. Fue la señora Bella la que entró. Su madre.

—Me pareció oír voces. ¿Has tenido visita, querido?

El volvió la cabeza lentamente.

—No —dijo en voz baja—. No había nadie.

—¡Con qué facilidad se puede uno equivocar! —sonrió ella.

Se acercó a él. Hendrik notó que mientras andaba seguía tejiendo: era una bufanda o un jersey.

—Siento muchísimo no haber podido estar en el teatro esta noche —dijo, mirando su labor—. Pero ya sabes, mi jaqueca; no me encontraba nada bien. ¿Cómo estuvo? Un gran éxito, ¿verdad? ¡Cuenta un poco!

El contestó mecánicamente y la miró con los ojos fijos, que parecían no verla, pero sí abrazarla con curiosa avidez.

—Sí, fue un éxito.

—Me lo imaginaba —asintió, satisfecha—. Pero tú parece fatigado, ¿te pasa algo? ¿Te hago un té?

El se limitó a sacudir la cabeza, en silencio.

La madre se sentó en el ancho brazo del sillón, junto a él.

—¿Qué tienen tus ojos? —lo observó preocupada—. ¿Dónde están tus gafas?

—Rotas.

E intentó sonreír, pero fracasó en el intento. La señora Helia rozó con la yema de los dedos su cabeza calva.

—¡Qué mala sombra! —dijo, inclinándose hacia él.

Entonces Hendrik rompió a llorar. Apoyó la frente en el regazo de su madre, el llanto sacudía sus hombros. Frau Bella estaba acostumbrada a los ataques de nervios de su hijo. A pesar de ello, se asustó. Su instinto le dijo que este llanto tenía otras causas, más profundas y peores, que los pequeños ataques que Hendrik se permitía a menudo.

—Pero ¿qué te pasa? ¿Qué pasa...?

Su rostro, tan semejante al de su hijo, pero más inocente, más experto, estaba muy cerca de él. Notó en sus manos la humedad de las lágrimas. Él se agarró violentamente a su cuello, como si se quisiera sujetar. La permanente se desordenó. Oyó cómo Hendrik jadeaba y suspiraba. Su corazón se llenó de lástima. Compadeciéndolo, lo comprendió todo. Comprendió toda su culpa, su gran fracaso y su arrepentimiento insuficiente y confuso, y la razón de que ahora yaciera llorando.

—Pero Heinz... —susurró—. ¡Pero Heinz, cálmate! ¡No es tan trágico! Pero Heinz...

Al oír este nombre, el nombre de sus años jóvenes, que su ambición y su orgullo habían repudiado, su llanto se hizo violento. Luego cedió. Sus hombros se inmovilizaron. Su rostro permaneció en calma sobre las rodillas de Bella.

Habían pasado unos minutos cuando se irguió; en sus párpados había aún

lágrimas, y lágrimas eran también las que humedecían sus mejillas, sus labios, que tanto habían seducido, y el noble mentón, que sabía alzar con orgullo en las horas triunfales y que ahora temblaba quejumbroso. Mientras dejaba caer hacia atrás el rostro rendido, húmedo de lágrimas, exclamó, abriendo los brazos en un gesto bello, desvalido, como buscando ayuda:

—¿Qué quiere esta gente de mí? ¿Por qué me persiguen? ¿Por qué son tan duros conmigo? ¡Si no soy más que un simple actor!

Todos los personajes de este libro representan tipos, no retratos.

K. M.

# Justificación

## *En razón de la presente edición*

*por Berthold Spangenberg*

A finales de 1974, el quinto año de prohibición de la novela de Klaus Mann «Mefisto», trabajábamos en la recopilación de la correspondencia de Klaus Mann, editada por Martin Gregor-Dellin.<sup>[1]</sup> Con gran sorpresa encontramos una carta escrita casi cuarenta años antes por Hermann Kesten.<sup>[2]</sup> Iba fechada en Amsterdam el 15 de noviembre de 1935, y dirigida a Klaus Mann, residente en la misma ciudad. Decía:

«Ahora pasemos al aspecto menos modesto de mi carta, por lo que pido perdón de antemano. Como Landshoff<sup>[3]</sup> me dijo que Vd. buscaba un nuevo tema para su novela y yo también ando rumiando para mí, para mi próxima novela, rumia rumiando encontré algo *que creo que yo trataría muy mal*, y Vd. en cambio muy bien. Para abreviar, creo que no estaría mal escribir la novela de un arribista homosexual en el Tercer Reich, y precisamente me ronda la figura, ya enfocada literariamente por Vd. (según me dijeron), del Sr. Gründgens, Principal del Teatro Nacional<sup>[4]</sup> (Título: «El Principal»). Mi idea no es que Vd. escriba una voraz sátira política, sino una novela casi apolítica, al estilo del inmortal «Bel-Ami» de Maupassant, que ya le sirvió a su tío para descubrirnos el delicioso «País de Jauja». No veo a Hitler, Goring o Goebbels, como personajes de novela, ni «agitprop», ni topes comunistas, ni Münzenbergiadas<sup>[5]</sup>, pero sí veo algo así como el asesinato de aquel actor berlinés, cuyo nombre ahora no me viene a la memoria.<sup>[6]</sup> Todo visto a través del espejo irónico de una gran pasión oculta pero presente. Nació de exposiciones políticas ni sátira social. Sátira, sí, de ciertas figuras homosexuales. Sátira del trepador, quizá de muchos tipos de arribista. En resumen: contarle a la calle cómo se llega a Principal.

Creo que un tema así a Vd. le saldría muy bien, y que augura mayores posibilidades al situarse en el Tercer Reich. Hablé de ello con Landshoff y opina lo mismo que yo. También él le va a escribir.

Me alegraría mucho si con ello logro darle una vaga idea para una novela de ambiente teatral.»

Sobre nuestro descubrimiento escribí yo a Hermann Kesten el día 3 de diciembre de 1974:

«Por cierto: su carta del 5 de noviembre de 1935 contiene la “provocación” que llevara a la novela «Mefisto». ¡Es una pena que no haya estado en nuestro poder en el

momento del proceso! En algunos de los jueces pesaba demasiado el prejuicio de que sólo se pretendía injuriar y desprestigiar a Gründgens. Si se hubiera podido aclarar, tal como se deduce de su carta, que la idea vino de fuera, más aún, de un escritor que antepone el problema artístico a todo lo demás, quizás el proceso hubiera tenido otro desenlace. ¿Sabe Vd. que el Tribunal Constitucional rechazó nuestra demanda con una decisión de tres votos contra tres, y que la obra sigue prohibida en la República Federal Alemana? En la República Democrática Alemana y en Suiza aparece sin dificultades. Por cierto, es curioso que Vd. no haya reconocido, o lo haya hecho demasiado tarde, que la idea de «Mefisto» partió de Vd. Aun en el libro de *Recuerdos*,<sup>[7]</sup> que contiene su excepcionalmente bella caracterización de Klaus Mann, escribe Vd. literalmente “sin duda inspirado por el carácter teatral del régimen nacionalista”. Pero lo inspiró Vd., como lo muestra la carta en cuestión.»

Hermann Kesten contestó que ciertamente lo había olvidado por completo.

Ya estamos, pues, en la polémica en torno a «Mefisto. Novela de una carrera», el caso que ha ocupado a la justicia y a la opinión pública durante casi ocho años, entre 1964 y 1971.

Una descripción breve del suceso: la novela, escrita en 1936, apareció ese mismo año en la editorial Querido, Amsterdam, y en lengua alemana. Más tarde, se hicieron traducciones a varias lenguas. Hasta estos momentos existen once traducciones. En Alemania la novela apareció por primera vez en 1956, editada por la editorial Aufbau, de Berlín-Este. A finales del verano de 1963, la editorial Nymphenburger anunció la próxima aparición de las obras de Klaus Mann. En la edición se incluía «Mefisto».

El 31 de marzo de 1964 Peter Gorski, como hijo adoptivo y heredero del actor Gustaf Gründgens, fallecido medio año antes, presentó una demanda contra la editorial ante el juzgado hamburgués para impedir la aparición del «Mefisto» en la República Federal Alemana. En una sentencia del 25 de agosto de 1965 se rechazó la demanda. Como consecuencia de ello, la editorial publicó una edición de 10.000 ejemplares. Peter Gorski apeló contra la sentencia, e intentó impedir la distribución por medio de una disposición provisional. La Audiencia Territorial decidió que la novela tuviera que aparecer, hasta la promulgación de la sentencia definitiva, con el siguiente prólogo:

«Al lector

El autor Klaus Mann se exilió voluntariamente en 1933 a causa de sus ideas, y escribió esta novela en Amsterdam en 1936. Desde su visión de entonces y su odio a la dictadura de Hitler presentó una imagen crítica de la Historia del Teatro en forma novelada. Aunque hay innegables parecidos a personas de aquella época, fue él quien creó con su fantasía literaria a los personajes de su novela. Esto concierne especialmente a la figura del protagonista. Los sucesos y las ideas que se atribuyen a

este personaje son producto de la fantasía del autor. Por ello ha añadido a su obra esta aclaración: “Todos los personajes de este libro representan tipos, no retratos”.

El editor»

Como editor sentí la declaración, formulada por un juez, como un ataque al derecho personal de Klaus Mann, pero hice añadir el prólogo a los ejemplares que quedaban. A pesar de ello, el mismo juzgado prohibió totalmente la obra por sentencia del proceso el 9 de junio de 1966, es decir, aún con el prólogo de la editorial. El Tribunal Federal confirmó la sentencia en la revisión. Aplicó el derecho de protección póstuma a la personalidad y lo declaró preferente al derecho de libertad artística, a la que se había remitido la editorial en nombre de Klaus Mann y en el mío como editor.

A mediados de 1968 el abogado Gerd Arras apeló en nombre de la editorial ante el Tribunal Constitucional. El escrito no sólo trataba aspectos jurídicos, sino que aportando ejemplos se ocupaba del proceso de creación artística, especialmente en el caso de la literatura (con especial atención a la novela como reflejo de la realidad), ocupándose también del problema del realismo, es decir, de la relación entre la realidad y su reflejo artístico. La decisión se leyó el 24 de febrero de 1971.

Tres de los seis jueces constitucionales consideraron fundada la apelación y los tres restantes infundada. Cuando existe igualdad de votos se rechaza la apelación. Pero de los tres jueces que consideraron, como nosotros, una violación de los derechos fundamentales por parte de la sentencia, dos, el Profesor Dr. Erwin Stein y Wiltraut Rupp von Brünneck, hicieron uso de sus recursos legales para plasmar por escrito su opinión divergente. Estos escritos se añadieron al fallo del tribunal y se presentaron el 13 de julio de 1971. En aquella época escribió un periódico:

«El editor ha considerado este proceso políticamente desde el principio, según nos ha declarado. La decisión del Tribunal Constitucional parece sintomática de la situación en la que se encuentra la República Federal de Alemania en la línea divisoria entre reacción y progreso. En este sentido, la sentencia representa en verdad un texto negativo.»

El periodista que me había entrevistado, Erhard Becker<sup>[8]</sup>, vio por sí mismo «la situación preocupante bajo el signo de las leyes fundamentales de la Constitución mejor y más libre que ha tenido Alemania, por su desesperante semejanza con la vigente en 1936, cuando «Mefisto» contaba entre los libros prohibidos en Alemania, y su autor, Klaus Mann fue privado de su nacionalidad y despreciado. Hoy se le aprecia de nuevo. Sin embargo, su libro continúa prohibido por otras razones que las políticas, porque la honra del actor y Principal Gustaf Gründgens tenía más peso que la libertad del arte.»

Ahora, diez años más tarde, y después de que una importante personalidad del

teatro actual, la directora de teatro Ariane Mnouchkine, tras haber leído la versión francesa de «Mefisto» recrease el tema en forma de drama, veo yo las opiniones de 1971 confirmadas.

A la confrontación de los dos ex amigos, Klaus Mann y Gustaf Gründgens, se la ha llamado «duelo de muertos». De hecho Gustaf Gründgens no apeló a los tribunales en su momento, y los indicios hacen suponer que jamás hubiera apelado; pero había tomado algunas medidas después de la edición de Aufbau en Alemania Oriental, para impedir a dos o tres editoriales que publicasen la novela. En el momento de la presentación de la demanda, los dos «duelistas» estaban ya muertos. Klaus Mann se suicidó en 1949 en Cannes, Gustaf Gründgens murió en 1963 víctima de una sobredosis de barbitúricos en Manila, mientras realizaba un viaje alrededor del mundo.

Esta disputa levantó curiosidad póstuma por su significado político: un emigrante contra un alto dignatario del Tercer Reich, que había ayudado a perseguidos políticos y que había salvado, a ojos de muchos contemporáneos, el teatro alemán contra los embates del Tercer Reich. Pero hay, además, un aspecto familiar. Gustaf Gründgens se había casado con Erika Mann, hermana de Klaus. El matrimonio se divorció en 1929.

Y otra tragedia se sumó a todo ello: una de las causas que llevó a Klaus Mann al suicidio fue el que un editor de Berlín Occidental rehusara la publicación previamente aprobada de «Mefisto». El editor había querido publicar la obra, pero se trasladó, por causas políticas, a Baviera. Desde allí escribió a Klaus Mann el 5 de mayo de 1949:

«Desde aquí no es fácil lanzar «Mefisto», pues el señor Gründgens desempeña aquí un papel muy importante... Desde Berlín se habría podido lanzar fácilmente una obra así: pero en el oeste esta acción no es nada fácil».

Klaus Mann le contestó el 12 de mayo de 1949, nueve días antes de su muerte:

«Muy respetable Sr. Jakobi:

¡Su carta del 5 de mayo es impagable! Así que ahora a imprimir una novela se le llama «lanzar una acción». Esta acción, cree Vd., «no es nada fácil» en lo referente a «Mefisto» y por tanto, hay que ocultar la obra. ¿Por qué? Porque el Sr. Gründgens... «desempeña un papel muy importante».

¡A eso lo llamo yo lógica! ¡Y valor cívico! ¡Y fidelidad al contrato! No sé lo que me decepciona más: si la bajeza de sus convicciones o la ingenuidad con que Vd. las confiesa. Gründgens tiene éxito: ¿Por qué iba Vd. a editar un libro que parece dirigido contra él? ¡No hay que arriesgarse! ¡Siempre con el poder! ¡Hay que nadar a favor de la corriente! Ya se sabe a dónde puede conducir lo contrario: a uno de aquellos campos de concentración, de los

cuales después se pretende no haber sabido nada...

Le ruego tenga la delicadeza de devolverme inmediatamente el ejemplar de «Mefisto» que le confié (una rareza) a la dirección del encabezamiento.

Por favor, no me vuelva a escribir.

Mis respetos

Klaus Mann»

Precisamente esta carta la pone Ariane Mnouchkine al comienzo de su versión dramática de «Mefisto» (1979), que atrajo más de doscientos mil espectadores al *Théâtre du Soleil* en Vicennes, que en 1980 fue representada en Berlín y Munich, y se dio a conocer al gran público alemán por las retransmisiones en televisión. El texto de esta adaptación escénica de la novela se encuentra en «edition Spangenberg».

El proceso de «Mefisto» es el proceso literario más famoso después de la guerra. Las reflexiones sobre la naturaleza del acto creativo desempeñan un papel muy importante en él.

Curiosamente, tanto la Audiencia Territorial como la Federal pensaron que a Klaus Mann, de haber vivido, le habría parecido bien reescribir la novela de manera que Gustaf Gründgens ya no se reconociera en el personaje central, Hendrik Hofgen. Pues la reedición en la versión original habría supuesto en aquel momento (1965) repetir la deshonra y difamación de Gründgens que se había producido con las anteriores ediciones.

La Audiencia Federal añadió que con el tiempo palidecería el recuerdo del actor, y con ello sus derechos de imagen personal. Al menos, la potestad del demandante Gorski para reclamar la defensa de la fama social del difunto estaba limitada en el tiempo. Pero la Audiencia Federal consideró también que el libro transmitía en el momento de la sentencia una imagen negativa del carácter y la vida de Gustaf Gründgens.

Estas formulaciones, que aquí se reflejan en la expresión de los tribunales, nos llevan a la cuestión central del proceso: ¿Se trata aquí de una novela real sobre la carrera de Gustaf Gründgens? Y si así fuera, ¿hasta qué punto existe una descripción de la vida de Gründgens, una documentación que (según las palabras del demandante) está «falseada»? ¿O en realidad la obra es «un libelo en forma de novela» (palabras del demandante, de las que se sirvió el tribunal)? La duda entre estas dos posibilidades, la forma artística de la novela y la simple documentación, que tiene que ser exacta, condujo, tal como mostró la juez constitucional Rupp von Brünneck, a contradicciones lógicas en las sentencias de las dos altas instancias. Klaus Mann ha hablado en su autobiografía «*La época crítica*» de cómo su ex cuñado le sirvió de referencia. Desgraciadamente hasta mucho después de la sentencia de la Audiencia Federal no se encontró una cita muy anterior del autor sobre este tema. En

un telegrama enviado en junio de 1936 a la redacción del *Pariser Tageblatt*, decía:

«No es una novela en clave. Una explicación necesaria de Klaus Mann.»

«Estimada redacción:

Es una alegría para mí que la primera novela del nuevo *Pariser Tageszeitung*, periódico fundado con tanta valentía, empuje y energía, sea mi «Mefisto». Pero tengo que confesar a Vds., y sobre todo a nuestros lectores, que mi gozo se ha visto ensombrecido por la forma sorprendente y poco afortunada en que Vds. anunciaron mi obra en sus columnas. Con sobresalto observé que iniciaban el anuncio con las palabras: “Una novela en clave”. ¿Una «novela en clave»? ¿Cuándo un escritor que merezca tal nombre habría escrito algo para verlo publicado bajo denominación tan poco honrosa? Tengo que protestar en nombre de la dignidad de su periódico, en nombre de nuestros lectores, que son demasiado exigentes como para querer divertirse con «novelas en clave» y finalmente también en nombre de mi propia dignidad.

Me siento obligado a declarar solemnemente: Cuando escribí «Mefisto. Novela de una carrera» no me interesó narrar la historia de un hombre determinado. Me interesaba describir un tipo y con él los diferentes medios (mi novela no se limita a los fascistas) y las premisas sociológicas e intelectuales que hicieron posible una evolución semejante.

En su anuncio dice desgraciadamente que mi «Mefisto» muestra los «rasgos» de un determinado actor, que hoy vive en Alemania y tiene mucho éxito; no quiero repetir su nombre. Sí, efectivamente he conocido a dicho actor. ¿Pero qué puede significar hoy para mí? Quizás una decepción personal; quizá ni siquiera eso... ¿He caído tan bajo como para escribir novelas sobre vidas privadas? ¿Mi decepción, mi ira, mi dolor son tan indeterminados, tan «privados», que se ocupan de individuos con los cuales me enfado por esto o lo otro, y de los cuales me vengo en forma de «novela en clave»?

Mi dolor, mi ira y mi desesperación apuntan a cosas más importantes que un determinado actor, por mucho que haya ascendido a Principal de un Teatro Nacional. Si lo que hago es resumir las experiencias y sentimientos que nos han traído estos tres amargos años, si los resumo en una figura que no pretendo sólo polémica, sino también épicamente configurada; si lo que hago es una creación literaria, sólo puede suceder con una figura literaria, representativa, es decir: *inventada*.

No, mi Mefisto no es ése o aquél. En él confluyen muchos «rasgos» diversos. No se trata de un «retrato», sino de un tipo simbólico. El lector

juzgará, si se trata también de una persona con vida propia, un personaje visto y configurado artísticamente.

El lector, a quien dirijo abiertamente estas líneas, habría advertido, creo, sin estas mis «explicaciones», que la calificación de «novela en clave» tiene muy poco que ver con mi obra narrativa. Sin embargo, había que darlas. Más importante que cualquier consideración táctica y que cualquier tipo de prevención, me parece esencial (hoy más que nunca) que *nosotros* (precisamente en el exilio) vigilemos por nuestro honor de escritores e intelectuales y lo defendamos apasionadamente contra las torpezas que puedan producirse entre camaradas en las «precipitaciones de la lucha», ya que no podemos protegerlo de la maldad y la infamia en nuestro país.

Con mis mejores saludos y buenos deseos para su labor.

Suyo,

K. M.

El acusador se había apoyado con éxito visible en el comentario escrito por el periodista Paul Hühnerfeld<sup>[9]</sup> con motivo de la edición de *Aufbau* (1956). Según él, la novela es «un testimonio de la venganza privada de un hermano cegado por el resentimiento, que cree deshonrada a su hermana». En contra, no sólo habla en estos momentos la historia de la idea para «Mefisto» revelada por la carta de Kesten, sino también una declaración jurada de Erika Mann, según la cual ella y su hermano mantuvieron el contacto amistoso con Gustaf Gründgens hasta poco antes del exilio.

Esta interpretación del odio político como odio privado, se puede relacionar con la sentencia como «resultado de un sublime proceso de represión» según lo definió W. F. Schoeller. Uno de los más conocidos críticos de la justicia, el Presidente del Tribunal Supremo de Stuttgart, Richard Schmid<sup>[10]</sup> lo ha expresado así: «La decisión me parece una muestra de lo que Pascal quiso decir con la frase: *Tout notre raisonnement se réduit á céder au sentiment*. El sentimiento hablaba, según parece, a favor de Gründgens y en contra de Mann».<sup>[11]</sup>

Y un no menos conocido jurista crítico, el Fiscal General de Hessen, Fritz Bauer<sup>[12]</sup>, expresó ya en 1966 (sobre la sentencia de la Audiencia Territorial):

«El que Klaus haya visto subjetivamente a su cuñado es obvio, es asunto del artista, del historiador, en el fondo no se puede evitar. Yo no he comprendido nunca la seguridad del historiador; cada indicación sobre si aquí es Wallestein o Johan Wolfgang von Goethe, es siempre subjetiva, la pura verdad no se podrá comprobar nunca, la verdad surge de la discusión y la sentencia de Hamburgo viola el derecho a la discusión, el derecho a formar opinión sobre un hombre como Gründgens.

He lamentado profundamente, y una parte de la prensa lo ha subrayado también,

el que aquí se hayan impuesto criterios políticos, que se le haya reprochado a Klaus Mann el ver a Gründgens desde la óptica de los exiliados, lo que en el fondo representa un elemento irracional —aunque realmente represente lo dudoso de esta sentencia—. Que los exiliados hayan visto las circunstancias en Alemania de manera distinta que los no-emigrantes es muy natural. Lo que tiene valor histórico y literario es: ¿Cómo veía la emigración la patria abandonada? El testimonio de esa visión es una aportación a la historia y a la psicología social de nuestro tiempo... La respuesta sólo puede ser que la línea de separación entre la libertad de prensa y los derechos de la personalidad no puede situarse en la pretensión de un hombre a mantener una imagen fija y determinada. Cada uno de nosotros cambia en su historia, o su imagen cambia en la Historia, y tanto escritores como autores deben defenderse con manos y uñas contra que se les fijen límites de antemano, contra que se les imponga de buen principio una imagen determinada de una persona. No hace falta decir lo discutida que es la imagen de Federico el Grande. ¿Cómo aparece Federico el Grande en la literatura nacionalista germánica? ¿Cómo aparece Bismarck... o, mejor dicho, cómo ve Golo Mann a Bismarck?

¿Tendrán que venir ahora los herederos de Bismarck y decir que la figura de Bismarck configurada por Golo Mann está del todo desfigurada, que es negativa? A mi parecer, debe prevalecer también aquí, como principio fundamental, el derecho a la libre expresión. No hay derecho de imagen propia cuando se trata de una personalidad de significación histórica; todo personaje con significación histórica, tanto de hoy como del pasado, tiene que aceptar ser visto y juzgado con ojos subjetivos. Con ello sólo he querido situar el problema.»

Muy al contrario que Bauer, no opino que en el proceso se infiltrara el factor político, sino que lo político estaba allí desde el principio. Se trataba precisamente de un proceso político, por la simple razón de que la novela es política por los cuatro costados. En el prólogo que escribí a la adaptación dramática de la novela por Ariane Mnouchkine indiqué que el medio teatral evidenciaba lo político del tema, que la «obra elegíaca» de una artista no alemana nos había impartido una pequeña lección a nosotros y a los jueces.

Sólo los jueces de primera instancia (la Audiencia Territorial de Hamburgo) gozaron del privilegio de ser lo suficientemente jóvenes para no caer bajo las sombras del pasado. Ante los demás tribunales la libertad del arte tuvo que retroceder ante la protección de una personalidad (fallecida) y el honor individual. Finalmente, nuestra apelación a las instancias constitucionales se vino abajo ante un concepto del arte muy poco «creativo» (en el sentido más literal), que hizo que una obra de arte como «*Mefisto*» fuera medida por los jueces con la vara de la «realidad». De esta manera se le negó al arte la libertad que le es propia como «realidad superior». Los jueces, que así lo vieron, se aferraron a lo *particular*, el trasfondo privado, para ocultar y soslayar

sin dificultades lo *general*, el contenido político. Si la novela trata de cómo el arte se prostituye al poder, en la polémica sobre la novela el poder (de los tribunales) negó al arte su libertad como contra-realidad.

Sin embargo, tanto el Tribunal Federal como el Tribunal Constitucional ya previeron por sí mismos lo efímero de la prohibición y sentenciaron que «la necesidad de amparo legal del difunto Gründgens se reduce en la medida en que palidezca el recuerdo del difunto.»

¿Ha palidecido? Hace cuatro años, en noviembre de 1976, la emisora «Sender Freies Berlin» hizo una encuesta entre la gente que pasaba por la Hermann Platz en el barrio berlinés de Neukölln. La pregunta era: «¿Sabe Vd. quién fue Gustaf Gründgens?» El resultado demostró que el recuerdo del desaparecido actor, tan famoso en su momento, se había borrado. (Encuesta de Peter Sandmeyer)<sup>[13]</sup>:

Sandmeyer: ¿Sabe Vd. quién fue Gustaf Gründgens?

Encuestado 1: ¡Ni idea!

Sandmeyer: ¿Sabe Vd. quién fue Gustaf Gründgens?

Encuestado 2: Un director de teatro ¿Por qué?

Sandmeyer: ¿Se acuerda de él?

Encuestado 2: Pues... la palmó hace —¿cuánto tiempo puede hacer?— por lo menos diez años ¿no?

Sandmeyer: ¿Sabe Vd. quién fue Gustaf Gründgens?

Encuestado 3: No.

Sandmeyer: Vds. son estudiantes. ¿Saben quién fue Gustaf Gründgens?

Encuestado 4: Un actor, claro.

Encuestado 5: Yo no lo sabía.

Sandmeyer: Usted no lo sabe. Es cierto que era actor. ¿Se acuerda de él? ¿Lo ha visto alguna vez?

Encuestado 4: No, sólo me suena el nombre.

Encuestado 6: ¿Gründgens? Me suena su nombre, pero no sé qué es lo que ha hecho de especial.

Sandmeyer: ¿Sabe algo del comportamiento de Gründgens en el Tercer Reich?

Encuestado 7: Era un poco del otro bando ¿no? ¿Entiende? Eso... invertido. En el Tercer Reich. ¿Qué hizo? Creo que era un poco nazi. Pero por Dios, ¿Quién no lo era? Yo no, desde luego.

Encuestado 8: Gustaf ¿qué más?

Sandmeyer: Gründgens.

Encuestado 8: No, no lo conozco.

Sandmeyer: ¿Sabe Vd. quién fue Gustaf Gründgens?

Encuestado 9: Sí, un actor.

Sandmeyer: ¿Sabe Vd. por casualidad cuál fue su comportamiento en el Tercer

Reich?

Encuestado 10: No era nacionalista, por lo tanto estaba en contra de los nazis.

Según esto no queda la menor duda de que el «no insignificante grupo de lectores» que en 1963 «habría reconocido sin dificultades a Gründgens en Hofgen», hoy es muy reducido. (Estas citas, al igual que las del párrafo siguiente, pertenecen a las actas de las sentencias.)

Consecuentemente, también el «interés general» por Gustaf Gründgens, muerto hace 17 años, ha «desaparecido». Además, aquellos que aún hoy se interesen por Gründgens pueden crearse una «imagen exacta de la personalidad» del actor y *Principal* del Teatro Nacional de Prusia a través de las publicaciones aparecidas después de su muerte. También pueden visitar la exposición-Gründgens, abierta en Düsseldorf desde principios de 1980, y que recorrerá aún algunas ciudades de la República Federal. Esta exposición dice mostrar una documentación fiel a la historia, especialmente en lo que se refiere al comportamiento político de Gründgens y su ayuda a los perseguidos políticos del Tercer Reich. Gerd Vielhaber remite, en un comentario<sup>[14]</sup> en el periódico *Frankfurter Allgemeine*, a una de las frases claves de la exposición: «Mefisto y la época nazi». Allí se corrige, por medio de documentos, el error sobre el supuesto oportunista y colaboracionista en su precaria situación como «hombre de Goring» en el Teatro Nacional: «Los hechos hablan por sí mismos. La exposición muestra conscientemente también el cartel con la cruz gamada de Ariane Mnouchkine para la escenificación parisina de «Mefisto» según la novela (prohibida aquí) de Klaus Mann. Sus sabuesos dramáticos, encargados de encontrar «material negativo» en el archivo de Düsseldorf, vinieron en vano. No porque se les impidiese el acceso a él, sino porque no había nada que pudiera apoyar la identificación de la figura del Hendrik Hofgen de Klaus Mann con Gustaf Gründgens».

El promotor de la exposición, el director del Archivo de Teatro de Düsseldorf, Heinrich Riemenschneider, me dijo que él no sólo se alegraría de la aparición en la República Federal de Alemania de la obra de Klaus Mann «Mefisto», sino que también la apoyaría<sup>[15]</sup>.

«Sobre todo porque yo rechazo la prohibición y porque en ella veo un impedimento para la valoración verdaderamente sin prejuicios del comportamiento de Gustaf Gründgens en la época nazi.»

Wilfried F. Schoeller explica en su defensa, publicada en el periódico «*Süddeutsche Zeitung*», de la libertad de edición para la novela<sup>[16]</sup>, que la opinión pública siente un creciente interés hacia la novela como «fuente histórica inmediata» y como «excitante cuadro de la época».

Ya hace más de diez años, el Ministerio Federal de Justicia, en su testimonio para el Tribunal Constitucional, había calificado la novela como «material ilustrativo de las circunstancias internas de Alemania en aquella época», seguramente como

rechazo de la frase característica en la sentencia del Tribunal Territorial de Hamburgo: «La opinión pública no está interesada en una imagen falsa de la situación teatral posterior a 1933 desde la óptica de un exiliado político.» Un nuevo acento jurídico se produjo en el caso Mefisto cuando apareció en las librerías alemanas una edición pirata de la obra, probablemente impresa en Francia. El fiscal no pudo actuar en nuestra denuncia contra el desconocido impresor. Suspendió el procedimiento, aunque habría tenido que continuarlo con doble motivo: por ser un libro prohibido y por tratarse de una edición pirata. Así quedó el robo editorial como una anécdota más en un caso no exento de hechos curiosos.

La editorial Rowohlt obtuvo ya en 1966 la licencia para una edición de bolsillo. Ahora la editorial, en completo acuerdo conmigo y como editor original, ve llegado el momento de hacer una nueva y legal edición de la obra. Cuarenta y cuatro años después de haber sido escrita la novela y treinta y cinco años después del final de la dictadura nazi, que Klaus Mann combatió con todas sus fuerzas, y en especial con «Mefisto», se ha producido una nueva situación jurídica. Así puede ser dejada la obra de nuevo, y esperemos que por mucho tiempo, en libertad de acción.

Munich, otoño de 1980.

# Notas

[1] Klaus Mann: Cartas y respuestas I: 1922-1937; Cartas y respuestas II: 1937-1949, Munich: Ellermann 1975. (El tomo II contiene: «Recuerdos de mi hermano Klaus» por Golo Mann.). <<

[2] Hermann Kesten: nacido en 1900, novelista, ensayista, biógrafo, poeta y editor, director de la editorial Kiepenheuer hasta 1933. Fue lector literario de la editorial del exilio Albert de Lange en Amsterdam. <<

[3] Fritz H. Landshoff, nacido en 1901. En 1933 fue director del departamento alemán en la editorial del exilio Querido en Amsterdam. 1940 en EE.UU. Amigo de Klaus Mann, se ocupó de «Mefisto» desde el punto de vista editorial. <<

[4] Ya enfocada literariamente por Vd. del Sr. Gründgens, Principal del Teatro Nacional: K. se refiere al protagonista de la novela de Klaus Mann «Encuentro en el infinito» Fischer, Berlín 1932, en la que el protagonista de «Mefisto», Hendrik Hofgen, tiene un antecedente, el actor y bailarín Gregor Gregori. También él tiene rasgos reconocibles de Gustaf Gründgens, y también en esta novela interesa más el tipo que la persona. Gregori y Hofgen, las dos figuras de las novelas de 1932 y 1936, son idénticas, porque «ambas son la estilización de un tipo que, en su ambición de éxito y carrera, se convirtió en “mono del poder” y “bufón de asesinos” en el Tercer Reich». (Las citas son de Werner Rieck, «Gregor Gregori y Hendrik Hofgen. Historia de la novela de Klaus Mann «Mefisto», Padagogische Hochschule Postdam: Revista Científica, año 12/ 1968 núm. 4.) <<

[5] Münzenbergiadas: se refiere a la actividad político-publicista de Willi Münzenberg (1889-1940) que fue encontrado muerto en Grenoble. Editor de periódicos, publicista y político. En 1933 se le privó de la nacionalidad alemana. Organizador comunista del Frente Popular. En 1937 fue expulsado del Partido Comunista Alemán. <<

[6] Actor berlinés: Hans Otto, actor, comunista. Fue asesinado cruelmente por los nazis en prisión en 1934. <<

[7] Libro de Recuerdos: Erika Mann, «En recuerdo a Klaus Mann», Amsterdam: Querido 1950, pág. 85. <<

[8] Periódico: Erhard Becker en el Periódico del Rhin-Neckar de 14 de julio de 1971.

<<

[9] Paul Hühnerfeld: «El fenómeno de la familia Mann. Pensamientos con ocasión de dos nuevos libros de Klaus y Monika Mann», en *Die Zeit*, 1956 (no nos es conocida la fecha exacta). <<

[10] Richard Schmid: «Por la libertad de pensamiento es por lo que más sudor y tinta he derramado», en Stuttgarter Zeitung, 31 de marzo de 1979. <<

[11] W. F. Scholler: «El caso Mefisto. Mirada atrás sobre un escándalo en la literatura de los años 60» en Stuttgarter Zeitung del 8/9 de diciembre de 1979. <<

[12] Fritz Bauer: Aportación al seminario de Constanza 1966 (del acta de la Asociación de Bolsa de las Librerías Alemanas). <<

[13] Encuesta: Emisora Berlín Libre, redacción Rolf Hauf, autor Peter Sandmeyer, emitida el 4 de diciembre de 1976 (agradecemos al autor y al redactor el permiso para utilizarla). <<

[14] Exposición: comentario en el periódico *Frankfurter Allgemeine* el 15 de febrero de 1980. <<

[15] Apoyaría: Heinrich Riemenschneider en carta del 27 de mayo de 1980 a Berthold Spangenberg. <<

[16] *Süddeutsche Zeitung*: ver nota 11. <<